



CARLOS FUNCIA

# El pecio Santa Clara

Lectulandia

Germán Bravo, joven arqueólogo, cree haber descubierto la pista del *Santa Clara*, un galeón atacado por corsarios y hundido en la Bahía de Cádiz con una misteriosa carga en su bodega. En su búsqueda conocerá la aventura y el inesperado interés que despierta en dos mujeres que pertenecen a mundos opuestos, pero nunca llegará a sospechar el verdadero peligro que implica encontrar el *Santa Clara*. Un hecho misterioso e inconfesable en el ocaso del imperio español de América da lugar a una inmensa intriga en el presente. Mafias de trata de personas se dan la mano con sospechosas casualidades en el Archivo de Indias. A bordo de galeones comerciales o negreros, cabalgando a lomos de caballos cartujanos, bajo el fuego de piratas, corsarios y navíos de guerra, con el oro de América y el maremoto de Cádiz de 1755 como telón de fondo, Carlos Funcia combina en su primera novela un torrente de pequeñas historias que arrojan el nudo principal: los deseos de aventura y el ansia por desentrañar los misterios que nos rodean.

**Lectulandia**

Carlos Funcia

# **El pecio Santa Clara**

ePub r1.0

Titivillus 30.09.18

Título original: *El pecio Santa Clara*  
Carlos Funcia, 2006

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

---

Con sus voces de lirio las sirenas encantan a los mortales, pero ¡bien loco es quien se acerca para escuchar sus cantos!

Homero, *Odisea*.

Por ser hijas del mismo padre, las Sirenas eran las musas del mundo submarino. Por ser hijas de Melpómene —musa de la tragedia— estrellaban y hundían barcos con sus cantos. Pero una de ellas, Halosidne, sin embargo, era protectora del sueño.

Sirena del Mediterráneo: descendiente de Halosidne. Homero la personifica como foca monje velando el sueño de Proteo, en la isla de Faros, en Alejandría, también llamada Sirena del Mare Nostrum.

Eric del Ponto, *Panteón Olímpico Apócrifo*.

El Almirante... vio tres sirenas que aparecieron en la superficie del mar; éstas no eran hermosas como se pintan, aunque tienen algo en la cara de humanas.

Cuaderno de Bitácora de Cristóbal Colón, 9 de enero de 1493.



Hay que dar testimonio aquí de la contumaz percepción de Inés Alba, convencida, desde que nos conocemos, de que algún día sería capaz de completar una historia de pretensiones literarias; en este concreto, me ha mostrado salidas de atolladeros, al igual que nuestro hijo Pablo, también aportando soluciones sencillísimas a aparentes entelequias. A Mercedes de Pablos, mi control de calidad literario, debo agradecer sus comentarios, sus lecturas recomendadas y su generosidad. A Daniel Pérez, cantante, poeta, autor teatral y confidente desde la adolescencia, debo sus precisiones, y también con Begoña Rodríguez estoy en deuda por su sabiduría. Quiero expresar mi gratitud a José Luis Gozávez, Rosa Diez y Juan José Téllez por sus respectivas lecturas previas; bueno, de Juanjo Téllez celebraré siempre su amistad y comunes batallitas de muchos años ha. Esta publicación no habría sido posible si Pilar García no hubiese insistido reiteradamente en conducirme a Rogelio Delgado, que es mucho mejor editor que jugador de mus; ni, lógicamente, sin éste último mentado, que me acogió a partir de un mero esqueleto —una raspa, más bien—, y a quién es de justicia reconocer que se atreva a ser editor en los tiempos de la gripe aviar.

## NOTA DEL AUTOR

Ésta no es una novela histórica. Es una obra de ficción que se desarrolla en dos planos temporales, uno de ellos, en lo que hoy se entiende por «histórico», es decir, de cuando había una épica en los comportamientos y en la escenografía, de cuando — a nuestros ojos de hoy— el envoltorio de las acciones humanas era tan brillante, tan mítico, de tanta riqueza plástica y de léxico, que nos hace hoy vibrar de envidia y de nostalgia.

No es una novela histórica por cuanto no pretende fijar sucesos verdaderos en su preciso momento o devenir; eso es trabajo de los historiadores. Sí usa, en cambio, hitos, personajes, costumbres, incluso hechos verdaderos, pero siempre manipulados al servicio de la ficción *ex profeso* creada. A mayor abundamiento, muchos personajes y situaciones son, directamente, inventados: huelga decir que todos los personajes protagonistas del plano temporal actual son fruto del delirio del autor.

Como quiera que los hechos históricos más relevantes aquí usados son el Maremoto de Cádiz y el ataque del Almirante Vernon a Cartagena de Indias —la llamada «Guerra de la Oreja»— ambos se han hecho coincidir en la fecha del primero, en 1755, habiendo acaecido realmente el ataque inglés en 1741. Nunca existió un virrey de Nueva Granada llamado Esteban de Mesa, pero sí se construyó el Canal de Dique, aunque, en fecha distinta a la sugerida. También Celestino Mutis y Cadalso están movidos de sus fechas ciertas, pero no de su contexto; no fundó el militar escritor gaditano una Escuela de Eruditos, sino que escribió, entre otras obras, «Eruditos a la Violeta», y sí es verdadera su relación literaria con los Racine, Moratín y Meléndez Valdés. Sí existieron —movidos caprichosamente aquí en el tiempo— Blas de Lezo y José Patiño, y Norton y Perkins son trasuntos de Vernon y Jeckins. Pepa Oro existió, pero no trajo la Colombiana, sino la Milonga, y sí hubo una dama de alcurnia en el Cádiz del XVIII conocida como La Hija del Sol, aunque no se conoce la existencia del Ducado de Arroyomolinos. No existe Miradanza, ni las metopas o estelas son fuente de actualización de derechos o pleitos, ni está documentado que las hojas de coca fuesen objeto de tráfico, ni existen Los Sidonios como raza equina andaluza, ni se tienen noticias de *mafias* de investigadores en el Archivo de Indias de Sevilla, pero ¿a que sería divertido que todo ello hubiese sido cierto?

# MAPA







## PALABRAS IMAGINADAS, PREGUNTAS INOCENTES

¿Son inocentes nuestros actos? ¿Acaso son aleatorios nuestros escritos y pensamientos, nuestras palabras y frases? Suponiendo que no tengan dobleces en origen, que verdaderamente desencadenemos nuestras acciones sin ansias de devolución, sin venganza ni rencor, aún así, ¿son del todo inocentes? Aunque creamos que nuestras decisiones —también nuestras omisiones— persiguen tan sólo lo inmediato, lo siguiente, que son sólo reactivas; aunque nos convenzamos de que tienen una finalidad no dañina, positiva incluso; aunque creamos —y nos justifiquemos esa creencia con muy lógicos razonamientos— que actuamos sin segundas intenciones, buscando por instinto la mejor respuesta a cada interrogante, a cada cuita, a cada posibilidad de distinción, todo ello empero ¿son inocentes nuestros actos, son perdonables?

¿Podemos afirmar que no hay en cada una de nuestras actitudes un señuelo, una huella, la pieza de un engranaje que puede martillar en el momento, pero también luego, quizá mañana, dentro de cien años, ayer, o puede que en desde el pasado? ¿Seguro que nuestros gestos, por nimios que parezcan, no son de hecho un compromiso inconsciente con algo o alguien, con una entidad, con un ser vivo —o muerto, o nonato—, con un ni siquiera engendrado? ¿Seguro que no determinamos decisivamente con cada uno de nuestros actos, aparentemente más fútiles, otros aún desconocidos? ¿Seguro que no tejemos con la más desapercibida de nuestras expresiones el tapiz de la trayectoria de alguno o algunos de nuestros semejantes?

¿Seguro que Antonio Núñez Rivera, primer duque de Arroyomolinos, no estaba manchando a toda su progenie con su arrogante y nefanda emergencia social? ¿Seguro que no fue él quien, con su precipitado viaje a Nueva Granada en pleno siglo XVIII, accionó la cuenta atrás del timbre de alarma que empujó a la joven Lidia Daza a viajar a España —a Sevilla, a Cádiz— en el siglo XXI huyendo de una Colombia en llamas?

Supongamos que hubo algo por cuya siempre relativa importancia se mató; pongamos un objeto, una inscripción, una placa; pongamos que por ese objeto se mató; supongamos que después quiso esconderse ese objeto —o destruirse, u ocultarse—, sin lograrlo; supongamos que más de doscientos años después, ese objeto podría salir a la luz y que esa probable reaparición pudiere causar nuevas muertes; ¿diríamos que fue inocente su intento de ocultamiento? ¿No será, más bien, que el que mató por el objeto creyó —o intentó— destruirlo internamente avizorando ya un futuro regreso con más muertes? Y, en este caso, ¿a quién corresponde la sevicia de las muertes? ¿Al sujeto o al objeto?

Supongamos que ese rótulo, que esa placa, tiene una inscripción que, en su origen, quiso decir mucho, aunque ahora no es sino una mera pieza de arqueología,

pero los herederos de quien mató por ella y creyó ocultarla o destruirla suponen, imaginan, que todavía quiere decir mucho y vuelven a matar por ella.

¿Y las palabras? ¿Y lo que dice la placa? ¿Y lo que se escribe? ¿Seguro que cuando el escribano la Capitanía de Riohacha anotó el testimonio de un marinero orate que narraba el hundimiento del galeón *Santa Clara*, seguro que no estaba dejando con ello una huella a sabiendas de que, muchas decenas de años después, la leería el despistado Germán Bravo, y que imaginaría de esas palabras un pasado que le condujo a encontrarse con Lidia Daza?

Pero entonces ¿qué son las cosas, las palabras sino lo que imaginamos de ellas?

## TROPIEZO EN EL ARCHIVO

Germán Bravo cerró tras de sí con el talón la puerta de cristales opacos que comunicaba la Sala de Consulta del Archivo de Indias de Sevilla con el pequeño vestíbulo de acceso, pero en ese trance se quedó clavado, casi a la pata coja y con un espasmo de alarma en su cara: no recordaba si, cuando salió de su casa, había cogido las gafas de sol y, en ese caso —como no se las veía encima— si las había olvidado sobre el pupitre de la sala. Llevaba un bolígrafo en la boca y varios libros, carpetillas con hojas sobresaliendo por sus bordes y un cuaderno tamaño folio con numerosas anotaciones y tachaduras bajo el brazo izquierdo, mientras que de la mano derecha colgaba una bandolera de tela vaquera. Hizo ademán de girarse para volver pero, cuando estaba en esa maniobra, la puerta se abrió con fuerza golpeándole en el costado de manera que perdió el equilibrio y cayó al suelo con gran jaleo de papeles, desparramando el contenido de su bolso: una cartera, llaves, un teléfono móvil y una caja de regaliz cuyas pastillitas negras rodaron por el pequeño recibidor como un ejército de hormigas. Mientras se debatía entre el dolor de la cadera y la vergüenza, mientras recogía apresuradamente sus efectos, como queriendo borrar toda huella del percance, entrevió a un tipo alto y fornido que se agachaba para ayudarle y que, aparentemente apesadumbrado, decía «*sorry*, perdón señor, salía con prisa... lo siento»; «no es nada, no es nada», le devolvió Germán Bravo con una sonrisa postiza, reprimiendo el pinchazo de su costado y el sonrojo de la caída. El hombre le entregó un manojo de hojas desordenadas, reiteró sus disculpas y, huyendo la mirada de Germán, como si tratase de soslayar una intención oculta, desapareció por la puerta de salida.

Una vez recompuesto y agrupadas sus pertenencias, Germán Bravo respiró y repasó fugazmente la escena que acababa de protagonizar. Recordaba vagamente al hombre del portazo deambulando entre las pantallas de búsqueda y las vitrinas, entre los mostradores y la isleta central de información, bisbisando con el funcionario que la ocupaba; lo reciente del impacto le ayudó a configurar a un hombre maduro ya, a mitad de la cincuentena, ligeramente encanecido su pelo rojo oscuro, con el rostro estampado por un delta venillas rojas, ojos casi grises que debieron ser azules, y un español casi fluente, pero claramente británico. Debía de ser uno de tantos investigadores asiduos del archivo, del descomunal almacén de piezas y documentos que él frecuentaba desde hacía algo más de un mes, cuando comenzó a interesarse por las patentes de corso, por las actividades ilegales de los concesionarios de rutas marítimas y por el contrabando de los barcos españoles y europeos en la América del siglo XVIII.

Se palpó la camisa y los bolsillos, tomó su bolsa y papeles y regresó a la sala, al pupitre que había ocupado durante casi toda la mañana. Ahora estaba vacío, pero en el contiguo había una mujer adulta, con cara de fastidio, que anotaba y auscultaba

documentos mecánicamente; vestía traje de chaqueta y falda crema claro, rondaría los 40 años, morena, ni guapa ni fea, con coleta sencilla y gafas de leer, a la que tímidamente preguntó: «Perdone, ¿ha visto unas gafas de sol? Creo que las olvidé...»; ella se interrumpió y, con una sonrisa educada, le indicó que las había entregado en el módulo de información, adonde apuntó con las cejas y una pequeña elevación de la cabeza. Detrás del mostrador central estaba el funcionario habitual de ese turno; Germán le conocía de vista, de haberle consultado y solicitado pedidos en visitas precedentes. Se dirigió a él con aparente soltura, señaló con el dedo a la mujer y dijo:

—Esa señora... recogió mis gafas... las olvidé en el pupitre; ella las recogió y las dejó aquí...

El funcionario era moreno, ligeramente abotargado, olía fuerte a desodorante, estaba sentado y manipulaba el teclado de un ordenador; levantó la vista y, al ver al muchacho, mudó su habitual gesto de aburrimiento por otro de leve confusión; subrepticamente, ocultó con un golpe de tecla el contenido de la pantalla, y balbució:

—¿Qué desea?

—Que... me olvidé las gafas de sol; esa señora me ha dicho que se las ha entregado —repitió Germán.

—Ah, sí, sí, espere —dijo, mientras rebuscaba por los huecos interiores del mostrador entre hojas estadísticas y periódicos deportivos—; aquí están... tome —añadió, tendiéndole las gafas.

—Gracias —agradeció el muchacho—, a veces se me olvidan...

El funcionario, ya recompuesto de su rubor inicial, cambió el timbre de frío oficinista por otro más cálido. Se puso en pie y, esbozando un rictus de simpatía, siguió hablando:

—No se preocupe, ocurre con frecuencia que se dejan cosas en las mesas... —Y sin pausa prolongó la, hasta ahora, convencional conversación—: Viene usted a menudo últimamente ¿verdad?

Germán observó que su interlocutor era de mediana estatura, vestía camisa clara lisa, una camisa buena, pues le caía bien pese su abultado abdomen. Era bien peinado, raya a la derecha, su moreno asomaba por el pecho que permitían ver los primeros botones desabrochados.

—Eh... sí, desde hace unas semanas —contestó—. Verá, yo no soy investigador profesional, aunque tengo autorización, claro...

—Claro, claro —le pisó el funcionario—; si no la tuviera no habría tenido acceso al archivo.

—Claro, claro —prosiguió Germán, soltando tres falsas risas—, me autorizó un profesor de Historia... es un amigo mío y me está ayudando ¿sabe?... bueno, más bien me está corrigiendo —añadió con otras tres risas impostadas.

—Cuando se empieza se debe de tener un buen asesoramiento, pasa como en todo —concedió el funcionario con aire condescendiente—, si no, es muy difícil encontrar

nada.

Germán se llevó la mano a la cadera herida, reprimiendo un gesto de dolor y continuó el diálogo:

—Sí, sí, aunque me pregunto si no estará ya todo trillado aquí... si encontraré alguna pista de lo que estoy buscando.

—Mire, ahora todo el material está ya clasificado, pero esto es inagotable; yo llevo aquí casi treinta años viendo profesores, investigadores, doctorandos; parece mentira, pero a pesar de los miles de documentos y hallazgos ya realizados, todavía quedan muchos por interpretar y por descifrar. ¿Qué está buscando?

—No, nada en particular; tengo curiosidad por el contrabando y el mercado ilegal en América, en el siglo XVIII.

—¿En el siglo XVIII?

—Sí, sí, era el final del monopolio español; he supuesto que en momentos de crisis habría muchos avispados... quizá los que manejaban el transporte marítimo lo aprovecharían también en beneficio propio; no sé, puede haber algo interesante.

—Pero... algún destino tendrán sus investigaciones —preguntó el otro, pareciendo muy interesado.

—No, no, es sólo por afición... bueno, quizá encuentre el mapa de un tesoro —dijo Germán, dejando caer una risa forzada.

—No se ría —dijo el funcionario, medio en broma también. Hace años estuvo por aquí un alemán y con la información que recogió, localizó un pecio donde halló una pieza que luego sirvió para solventar un litigio fronterizo de España con Portugal.

—Sí... algo así he leído... —asintió el chico—, a ver si encuentro yo otro —terminaba ya.

Tomó los libros y las carpetas en actitud de irse, pero volvió a poner una mueca de dolor y a llevarse la mano a la cadera; al hacerlo, cayeron de nuevo al suelo todos sus efectos personales; varias miradas se levantaron de las mesas con un fugaz murmullo. El funcionario salió de su isleta y acudió en su auxilio; gatearon los dos unos instantes recogiendo papeles; al recobrar la verticalidad Germán vio a su lado a la mujer de traje de falda sobre la rodilla y gafas de leer:

—¿Estás bien? —preguntó la mujer—; vaya caída...

—Sí, sí... no es nada, es que me empujaron antes al salir y me he hecho daño en la cadera, aquí —dijo Germán, señalado su zona glúteo lumbar derecha.

—Ah, sí, el inglés alto ese que salió detrás tuya.

—Ah, sí, es Whithdraw —terció el funcionario, que no se iba de la escena—, sí, es un profesor inglés, lleva más de veinte años viniendo por aquí.

—¿Es alguien famoso? —curioseó Germán.

—Bueno, tiene publicado un estudio sobre los ingleses en América y otro sobre una familia de la nobleza, de rimbombantes apellidos, que se dedicaba al transporte comercial y a los vinos, en Jerez.

—Sí, yo también le he visto alguna vez por aquí —intervino la mujer.

—Va y viene —corroboró el funcionario—; igual viene durante varios meses seguidos que se tira uno o dos años sin venir.

—Eh... bien, bueno —susurró Germán—, tengo que irme; muchas gracias por todo señor...

—Crespo, Aurelio Crespo —reveló el empleado—; aquí estaré para ayudarle en lo que pueda, aunque ya por poco tiempo pues me jubilaré pronto.

—Eh... encantado, yo soy Germán —dijo, yéndose ya hacia la puerta.

—Yo también tengo que irme —dijo repentinamente la mujer.

Mientras se iba el joven volvió a esbozar una mueca de dolor, volvió a palparse el costado magullado por el golpe de la puerta. La mujer, que iba tras él, a resultas de ese gesto, dijo con cierta preocupación:

—¿Quieres que te va un médico? Hay uno al otro lado del río...

El muchacho se azoró, dudó unos segundos; aún confuso, concedió:

—Gracias; mejor abra usted la puerta... para no montar otro numerito.

Los dos rieron forzosamente mientras alcanzaban la calle. En el exterior tuvieron que ajustarse las gafas de cristal oscuro pues, aunque comenzaba diciembre, el sol estaba en el cenit de un cielo azul despejado y uniforme, un cielo de nieve, de sequía, pero que dejaba sitio a una viva luz de tonalidades pictóricas, cálidas, una luz acrisolada que la piel absorbía gozosamente.

Era Germán Bravo un recién licenciado en Arqueología. Había elegido esos estudios porque desde niño le habían atraído los restos, los indicios, lo que se escondía detrás de los numerosos enterramientos que aparecían con frecuencia en su Cádiz de nacimiento. Esa cotidianeidad con la búsqueda de la entraña que se esconde en mosaicos o ruinas la asimiló como una suerte de orden consustancial a la evolución humana; pero, a la vez, era la cáscara de un espíritu arriesgado y disperso, patente ya en sus primeras aficiones, pues las películas y lecturas de su infancia lo fueron siempre de misterios y tesoros durmientes a la espera de un descubridor. Por eso eligió Arqueología; pero pronto descubrió que su flamante licenciatura le proponía más rutina que emoción, así que se vio abocado a elegir como afición lo que no le permitía su carrera, y fue esa decepción la que le condujo a los archivos. Era adánico en el vestir y desgredado, tenía el aire indolente y despistado de los tímidos. Frecuentaba la casa de su madre en el Cádiz intramuros, una antigua, pero siempre encalada, casa de tres plantas, más profunda que ancha, cerca de la Alameda de Hércules, con una estrecha escalera que crujía y cuyos peldaños eran más altos e irregulares cuanto más subían; la azotea era alargada y caliente, hacía esquina la casa y desde arriba se podía alcanzar con la vista desde el Puerto de Santa María hasta mar adentro. Vivía en Sevilla, en un caluroso y despersonalizado piso de alquiler de dos habitaciones del barrio de Triana; era un nido de colchonetas con fundas sucias y desgarradas, catres de hierro, un sofá de cojines muy hundidos en el salón, una cocina minúscula con los azulejos goteados de grasa amarillenta y un escueto mobiliario de formica marrón descolorido; un clásico piso barato de alquiler.



En éste su primer año tras la licenciatura trabajaba limpiando y clasificando piezas en las excavaciones que se realizaban en Sevilla con motivo de la construcción de aparcamientos u otras obras públicas. Tenía frustrada su vocación de aventurero real pero, a cambio, alimentaba ilimitadamente los viajes interiores: tan pronto se descubría en ciudades imaginarias, junto a Kublai Khan por el corredor superior de la Gran Muralla, como se sorprendía descifrando los crípticos laberintos de la mitología artúrica bajo la piel de Indiana Jones. Recreaba la visión de imposibles ciudades de jardines colgantes, entraba en salones submarinos jalonados de columnatas, subía por escalinatas ebúrneas e infinitas. Desde siempre, y junto con las exhumaciones de circos y calaveras, había escuchado que la bahía de Cádiz era un inmenso cementerio de navíos transoceánicos, hundidos unos por la piratería y otros por temporales o defectuosas maniobras de aproximación; tenía en plena efervescencia el gusanillo romántico de la herencia perdida, del destino de las riquezas no encontradas, de los misterios y leyendas de la Carrera de Indias: también su imaginación le condujo a los archivos.

En las últimas semanas había recopilado noticias sobre pistas o localizaciones de restos de barcos europeos que trasladaban oro y plata desde América; lo había hecho con la ayuda de un amigo, Rubén, un profesor de Historia que le avaló para acceder al Archivo de Indias; habían amestado cuando, ambos de estudiantes, él comenzaba y aquél se licenciaba; una camaradería meramente universitaria, aunque ligeramente teñida de relación de maestría y pupilaje; pronto visitaría de nuevo a su tutor. La información que obtenía ensanchaba a vez su imaginación y su cabeza con imágenes de naufragios, cofres, maderas podridas y piezas metálicas recubiertas de crustáceos, de manera que comenzó a maliciar la certeza de que en el siglo XVIII, bajo las concesiones oficiales del transporte marítimo en Indias, muchos esconderían su particular tráfico ilegal; era mucha la producción americana, tanto de metales como de mercaderías; eran muchos los puertos de enlace, Perú, Nueva España, Nueva Granada, África, España, Francia, Inglaterra, Holanda; ahí, forzosamente, tenía que haber rapiña. Sus primeras indagaciones en el documentario del siglo XVIII del Archivo de Indias de Sevilla le pusieron ante documentos de protesta de ataques y abordajes o noticias de numerosos hundimientos de buques de distintas banderas. Fue el conocimiento de tantos excesos y desastres, fue la proliferación de las patentes de corso lo que le hizo conjeturar que muchos buques españoles o europeos camuflaban en sus servicios oficiales actividades de contrabando y mercado negro que iban mucho más allá de los cupos y permisos concedidos, y que seguían vías de distribución diferentes a las autorizadas, cuando no directamente prohibidas. Los corsarios, pensaba Germán, aprovechaban las patentes para conquistas y ataques en nombre de sus gobiernos, pero, sobre todo —pensaba—, ejercían esa encomienda para quedarse con los botines y traficar con ellos.

La mujer de coleta, ya sin gafas, y el joven habían salido del Archivo de Indias con dirección a la Puerta del León del Alcázar de Sevilla. De fondo se escuchaba el

martilleo de máquinas perforadoras y el zumbido de los generadores de las obras cercanas que se realizaban en la Puerta de Jerez para el metro y aparcamientos; desde hacía diez años siempre había obras en el centro, pero no obras breves, de mera superficie, no, eran obras de mucha profundidad, de las que siempre enseñaban vestigios, obras que permitían primeros empleos a recién licenciados, como Germán, pero que incomodaban muchísimo a vecinos y comerciantes. La mujer se recogió unas mechas que le acariciaban las mejillas y las acomodó por encima de las orejas; insinuando una sonrisa intencionada, informó al joven:

—Me llamo Amparo, soy profesora... profesora de instituto... he escuchado que tú eres... Germán, ¿no?

—Sí, Germán Bravo —dijo él con escasa voz.

Apenas la miraba; estaba atrapado en sus propias reacciones, cohibido por la compañía de ella. Sin dejar de caminar sacó de la bandolera la caja de regaliz, tomó una pastilla y ofreció luego a su acompañante:

—Ah... gracias —dijo ella, tomando otra y añadiendo a continuación: Oye, te he escuchado antes; hay algo publicado sobre el contrabando en el siglo XVIII, pero no mucho; es un buen tema, todavía no muy estudiado.

—Vaya... es una suerte... espero dar con algo nuevo... ¿por qué cree que está poco estudiado? —añadió tocándose el costado dolorido.

—No me hables de usted —dijo ella asomando coquetería—. Pues... supongo —agregó— que es un asunto que nos da mala imagen, que abunda en la leyenda negra, ya sabes...

Respiró; esto iba mejor, había conseguido entrar en diálogo con aquella mujer carnosa y desconocida sin desmoronarse. Siguieron caminando en silencio unos metros, ella mirándole de reojo, él con la vista fija al frente; por fin, se decidió a reiniciar la conversación:

—Usted... perdona, tú ¿qué estás haciendo, una tesis?

—No, no, trabajo para un instituto privado alemán; soy... una especie de corresponsal, les busco cosas que necesitan para sus fondos editoriales o como material para sus becados.

—Ya eres experta en el Archivo...

—Pues sí —dijo suspirando—, llevo unos añitos... pero me estoy hartando ya...

El muchacho la miró, meneó la cabeza y arrugó los párpados en un movimiento que denotaba no entender; la mujer siguió hablando:

—Cada día cuesta más sacar algo nuevo.

—El funcionario ese... Crespo se llamaba ¿no? —balbució el joven.

—Sí, Aurelio Crespo, es casi patrimonio del Archivo.

—Sí, sí —rió el joven—; no —prosiguió—, quería decir que él dijo que siempre se encontraba algo nuevo...

—Ya, qué va a decir ese metomentodo...

Germán hizo otro gesto de no comprensión, levantó las cejas.

—Es un chismoso —explicó la mujer—, se sabe la vida de todos, las investigaciones de cada uno, con quien anda, un cotilla, vamos...

—Sí —apoyó él—, ya he visto que enseguida me ha preguntado qué hacía, qué buscaba... me ha preguntado que por qué el siglo XVIII...

Habían llegado a la Puerta de Jerez, a una plaza abierta y airoso, casi en la ribera izquierda del Guadalquivir: en torno a una egregia fuente central de angelitos que orinaban, venía a ser la bisagra entre en casco histórico de Sevilla y los ajardinados extramuros del costado sur. El ruido de la maquinaria de obra era muy molesto. Por los agujeros de las sábanas de rafia verde que cubrían las vallas de protección asomaban cobertizos provisionales con mesas llenas de piedras y objetos recogidos en la excavación donde varios jóvenes los limpiaban y clasificaban. Germán gritó a su acompañante: «Esto es lo que hago —dijo, señalando a los arqueólogos—; lo del archivo es sólo por afición». Ella afirmó con la cabeza mientras se llevaba las manos a los oídos, protegiéndose del ruido de las palas y las perforadoras. Él hizo un gesto con la mano hacia la boca, como invitándola a tomar algo, e indicó el otro lado de la calle, hacia el río. Ella asintió. Cruzaron un paso peatonal y ya se disponían a franquear el puente hacia la orilla opuesta cuando ella volvió la vista hacia las obras; era un gesto casi de victoria, como diciéndole al ruido «ahí te quedas». Fue entonces cuando tuvo una visión que, sin que supiese por qué, le produjo una momentánea desazón: junto al semáforo que acababan de pasar había un grupo de adolescentes de cháchara, esperando el muñeco verde, pero le pareció ver también a Whithdraw, el investigador inglés de venillas en la cara, el del incidente del vestíbulo; estaba ahí, mirándoles, sorteando la vista entre ellos y un tabloide de enormes fotos y titulares. La mujer retiró la mirada en acto reflejo, pero uno pasos después volvió a girarse: los chicos cruzaban hacia ellos, pero ya no había rastro del inglés. El pinchazo persistía; pensó que se habría confundido, que no lo habría visto; luego se preguntó por qué le había incomodado la imagen del investigador inglés; luego expulsó ese pensamiento, recuperó el paso junto a su acompañante y llegaron ambos a la otra orilla, a la margen derecha del Guadalquivir, a los barrios de Triana y Los Remedios, a un consultorio médico adonde se dirigían.

El tiempo que le permitían sus prácticas arqueológicas lo dedicaba Germán Bravo a cotejar indicios y sus inexpertas deducciones con documentos verdaderos en el Archivo: era un control de calidad de los datos obtenidos. De ese modo, halló referencias de muchos hundimientos, como el *San Pedro de Alcántara*, el *Nuestra Señora de las Mercedes*, el *Santísima Trinidad* o el *San Antonio del Repiso*. Alguno de ellos rescatados en las últimas décadas por oceanógrafos ambiciosos, por amantes de los fondos marinos o, sencillamente, por buscadores de tesoros hundidos. Cazatesoros como el norteamericano Mel Fisher o el alemán Jarmut Wassler, al que se había referido brevemente el funcionario Crespo durante la charla en el mostrador de información de la Sala de Consultas del Archivo. Fisher —se informó Germán—, emergió el fabuloso tesoro del **Santa María de Atocha** en las costas de Florida en

1985, después de más de quince años de búsqueda y de la muerte de varios de sus submarinistas, entre ellos, su propio hijo. A lo largo de diecisiete años y cientos de inmersiones, la quimera de Fisher fue extrayendo del lodo de los cayos de Florida el ancla, ánforas, la barra con la numeración del manifiesto de navegación del buque y, por fin, el 20 de julio de 1985, el filón principal: más de 1000 barras de plata, decenas de cajas de plomo llenas de monedas, cientos de lingotes de oro, miles de esmeraldas y joyas de espectacular belleza. Leyendo estas reseñas, el cuerpo de Germán permanecía clavado en los papeles o en las pantallas, pero su imaginación descendía a las profundidades marinas junto a aquellos aguerridos buzos, aleteaba entre discos y cadenas escariadas de verdín y crustáceos; era cierto, era real que existían tesoros escondidos, agazapados como damas medievales condenadas a la hoguera aguardando la redención de un paladín.

El rescate de las riquezas del *Santa María de Atocha* le dejó el suave cimientito de la envidia, un alimento de aventurerismo, un ansia de tocar los límites. En cambio, el conocimiento de las expediciones de Jarmut Wassler llamaron su atención por el poder de revelación de los hallazgos, por las respuestas que indefectiblemente proporcionan piezas que se creían desaparecidas, pero que reaparecen como un oráculo, quizá como una maldición, como una venganza de la historia. Germán Bravo conoció que el aventurero alemán, animado por la gesta de Fisher, dispuso una expedición al Golfo de Cádiz en 1986. Buscaba los restos del Navío de Guerra *San Juan Nepomuceno*, hundido en 1700 a seis millas de Ayamonte, en la costa de Huelva. El navío procedía de La Habana, supuestamente con un cargamento de plata de Potosí. Había hecho escala en Azores, donde tenía una residencia de descanso el rey de Portugal, y resultó hundido días después por una tormenta a la que no supieron hacer frente ni la oficialidad ni la marinería, probablemente ebria, pues Wassler halló en el Archivo de Indias testimonios de un regalo del monarca luso Pedro II, apodado «El Pacífico», a los españoles de varias barricas de vino verde.

El caso es que Wassler, después de muchas inmersiones, no halló más tesoro que algunos cañones, tres grandes abrazaderas del palo mayor, estructuras de vidrieras de ventanales y lo que, a la postre, sería su pieza más influyente: un estuche de plomo que contenía una placa —una metopa— de oro con una leyenda grabada: era un mensaje de agradecimiento de «El Pacífico» al rey de España. Ambos países habían firmado la paz 1668, devolviéndose mutuamente las plazas ocupadas durante una contienda de veinticinco años. Se devolvieron todas, excepto Miradanza, entre los territorios de Cáceres y Salamanca, que España se negó a reintegrar a su vecino. Miradanza era una ciudad portuguesa desde cuatrocientos años antes, desde el Tratado de Alcañices, en Zamora, de 1292; tenía arquitectura portuguesa, ciudadanos portugueses, iglesias portuguesas, puentes portugueses, hasta el aire era portugués. Pero fue reconquistada en la mencionada guerra luso española de la segunda mitad del siglo XVII y quedó en disputa su titularidad. En octubre de 1700 los dos monarcas ibéricos, segundos ordinales de sus respectivas nomenclaturas, firmaron en secreto en

Zamora un protocolo para la cesión definitiva de Miradanza a Portugal; «El Hechizado» Carlos II y «El Pacífico» Pedro II acordaron que lo harían público con motivo de unos juegos florales a celebrar próximamente en la misma ciudad en litigio. «El Pacífico» se fue una temporada a ociar al Atlántico, a Azores, y el estéril y hechizado Carlos fallecía el 1 de noviembre, dos días después de que su colega luso entregase al comandante del *San Juan Nepomuceno* la placa de oro de regalo en su caja de plomo, junto con 10 barricas de vino verde. El protocolo de cesión quedó, pues, ignoto. Miradanza siempre estuvo en lite, hasta que la placa hallada por Jarmut Wassler en 1986 vino a demostrar un acuerdo por el que la soberanía de la ciudad sería portuguesa; merced a ese testimonio, ambos países acordaron la devolución en 1998. Hubo mucho boato y protocolo, pero la verdad es que a la población el acuerdo diplomático de la prueba de Wassler le trajo al fresco, pues su población era, de suyo y de siempre, *espaguesa (o portuñola)*.

La profesora Amparo indicó a su dolorido acompañante un inmueble señalizado con una cruz verde, pero Germán tiró de ella hasta el velador de una terraza que daba al río: «ya casi no me duele... ¿tomamos una birrita?», dijo; ella asintió riendo, meneando la cabeza. Tomaron asiento en una mesa soleada, pidieron cerveza. Suspiró él por la bonanza de la temperatura invernal, lanzó ella un nasal sonido de placer, «mmm, que bueno hace...». Él miró con el rabillo las manos de ella: eran pequeñas, de dedos muy proporcionados, tenía una sortija, probablemente de rubíes, en el corazón de la mano derecha y una alianza en el anular de la izquierda. El camarero interrumpió su reojo dejando dos vasos grandes con espuma y un plato de aceitunas.

—Yo vivo al otro lado, en Los Remedios... —dijo la mujer, indicando con la mano en la dirección del curso del río.

—Ah, yo aquí, en Triana —replicó Germán, señalando el suelo—, pero... luego iré a tu zona; mi amigo Rubén me ha recomendado una librería de temas colombinos...

—Puede que haya algo del asunto ese del contrabando y del corso.

—Sí, a ver si tienen algo del mercado negro en América Central.

Hizo una pausa para beber y llevarse varias aceitunas a la boca; luego sonrió como excusándose por lo que diría a continuación:

—Lo que pasa es que... te parecerá una bobada, pero me he topado con cazadores de tesoros y barcos hundidos y...

—Claro, claro —rió ella—, y quieres tu tesorito ¿no?

El chico se ruborizó, no supo cómo salir de allí. Ella dulcificó el gesto:

—Venga, no te enfades... supongo que te refieres a Fisher y el tesoro del *Santa María de Atocha*...

—Ah, ¿lo conoces? —Reaccionó, volviendo a su compostura.

—Todo el mundo lo conoce, Germán; además, no es el único. Han venido muchos aquí, al Archivo de Sevilla.

—Sí, también he leído que un alemán encontró un resto... ése por el que España devolvió un pueblo a Portugal; bueno, creo que también lo mencionó antes Crespo.

—Lo conozco personalmente, trabajamos juntos.

—¿Con Crespo?

—No, no, con el alemán, con Jarmut Wassler; trabajamos juntos, hace unos añitos ya... fue la primera investigación que hice para el instituto alemán, que fue quien financió la búsqueda del *San Juan Nepomuceno*.

El joven repitió para sí «Jarmut» varias veces (jarmut, jarmut). Estaba perplejo por las revelaciones de su acompañante, pero sentía a la vez una culebrina de ridículo en su cuerpo; pensaba «y yo creyendo que descubría la luna...». Se acomodó en la silla de aluminio. La mujer cerró los ojos un instante dejando que el sol bañase su cara; luego cruzó las piernas descubriendo unos centímetros más las medias que protegían los muslos. No pasó desapercibido para Germán ese gesto. Bebieron ambos a la vez de sus respectivos vasos de cerveza y, al unísono también, tomaron una aceituna. Ella prosiguió:

—Han venido muchos, de muchos países; generalmente todos solicitan permiso para buscar, pero sólo algunos realizan inmersiones y, salvo excepciones, nunca encuentran nada.

—Bueno, el alemán y tu...

—Eso fue una excepción; una excepción que me da trabajo y euros extras desde hace casi 20 años, una buena excepción —celebró.

—¿No ha habido nadie más?

—Bueno, vino también un canadiense, después de lo de Wassler, uno que andaba detrás de un cargamento de oro que querían sacar de Cartagena a mediados del siglo XVIII por los rumores del ataque de los ingleses, del ataque de la flota de Norton. Le dieron permiso y todo, pero no llegó a bajar; se quedó por aquí una temporada y unos meses después murió; fíjate cómo es la cosa —añadió, enfatizado con un arqueado de cejas—, que murió precisamente mientras hacía submarinismo en la costa de Cádiz, en Sancti Petri.

—Pero él... sería submarinista ¿no?

—Bah, todos los años muere algún submarinista; la zona de Sancti Petri, por lo visto, es peligrosa, tiene muchas corrientes o pleamares, o como se llamen, algo de eso pasaría...

—Ya, ya —asintió Germán, meditando. Tras una pausa, preguntó—: Y ese instituto alemán tuyo, ¿se dedica sólo a barcos...?

—No, no, se dedica sobre todo al estudio de la pervivencia del derecho, de los derechos adquiridos en épocas anteriores que salen a la luz por el hallazgo de pruebas que así lo certifiquen; como el caso de Miradenza y el *San Juan Nepomuceno*.

—En ese caso era una prueba grabada en oro, con el sello real ¿no?

—Sí, fue Joao IV de Portugal quien comenzó a certificar en metal decisiones, digamos, importantes; algunos reyes españoles también lo hicieron como mayor

garantía para las cédulas o decretos en papel. Pero es muy difícil aceptar pruebas en metal, habría que ver entonces las de piedra, placas, lápidas, estelas...

—Pero en el caso de Miradanza sí que sirvió...

—Bueno... más bien fue una excusa. España y Portugal deseaban esa solución como muestra de una verdadera ruptura de fronteras... bueno, ruptura de puertas afuera, claro, porque luego no sé si se hace mucho por una unión real.

Amparo volvió a mirar al sol, a suspirar; cambió el cruce de piernas. Germán se ajustó el hombro de la camiseta y se rascó fugazmente la espalda en un tic de relleno gestual. Sorbió otro trago de cerveza y dijo:

—O sea, que si alguien encuentra hoy una prueba de que un palacio, por ejemplo, fue vendido fraudulentamente hace 200 años, ¿habría que devolverlo a los herederos del verdadero propietario?

—Es que eso es lo que está en discusión: en qué casos, con qué garantías de autenticidad, y después de cuánto tiempo transcurrido pueden alegarse esas pruebas halladas en viejos archivos, excavaciones, registros de iglesias... o barcos hundidos —dijo, riendo abiertamente.

—No te rías —dijo él, sonrojado tanto por el comentario de ella como por el resol del mediodía y la primera cerveza—. Es como lo de la Sidonia esa, la Sábana Santa...

—La Sindone —corrigió ella.

—Eso, la Sindone; bueno, se ha demostrado por la prueba del carbono que pertenece al siglo XIII, es decir, que no es el Santo Sudario; o sea, que ahora la Iglesia tendría que devolver todos los óbolos recaudados por la falsa sábana...

—Jajajajajajaja —rió abiertamente la profesora Amparo—, me temo que con la iglesia hemos topado, jajajajajaja.

El chico rió también, los dos con un asomo de felicidad por efecto de la cerveza. Se escuchaba música comercial proveniente de un catamarán de recreo que navegaba por el río. Apuraron los dos el primer vaso. Él levantó en uve los dedos índice y corazón de la mano derecha, hacia el camarero; luego señaló los vasos vacíos e hizo un rulo con los mismos dedos juntos. Tomó otra aceituna y, con soniquete de resignación, aunque claramente relajado, dijo:

—Pues me acabas de bajar los humos...

—¿Por qué? —protestó ella.

—Porque parece que ya está todo estudiado...

—Para nada, Germán. En concreto, en eso del mercado negro, hay mucha tela que cortar; seguro que salen apellidos de familias «respetables» ligados al tráfico de esclavos o de mercancías; eso sí, será difícil que consigas publicar.

—¿Por qué? —se extrañó el muchacho.

—Algo extraño pasa en el Archivo, otros compañeros me lo han dicho también —indicó Amparo, ahora recobrando la seriedad en su parlamento—. Parece que sólo unos pocos se llevan las mejores investigaciones, los trabajos más interesantes —agregó.

El camarero se acercó a la mesa, depositó dos nuevos vasos de cerveza y otro platillo de aceitunas; tomo los vasos vacíos y se fue.

—Pero si tú tienes un tema tuyo y lo sigues bien... —siguió Germán.

—Siempre hay alguien que te lo pisa, no sé qué coño pasa, pero siempre aparece un catedrático o algún famoso investigador amigo de un editor, no sé, a los «normales» nos cuesta mucho sacar algo nuevo. Eso sin contar los fondos que han desaparecido...

—¿Fondos desaparecidos?

—Ahora ya no, pero hasta hace unos años robaban documentos; ¿sabes? —añadió —, llevaban cuchillas y los cortaban, o humedecían el borde interior y los arrancaban de los legajos.

—Qué cabrones —dijo él, animado por el «coño» que había soltado ella—. Y ¿nunca les han pillado?

—Hubo varias denuncias, pero es muy difícil, sin pruebas... Hubo varios robos aquí en Sevilla, pero también en otros archivos, en Madrid y en Simancas...

La mujer reflexionó unos instantes; dejó flotar la mirada, meditando; descruzó las piernas, se acarició el cuello; él seguía todos sus movimientos con atención, estaba expectante, ávido de sus gestos, de sus comentarios. Amparo prosiguió con cierto aire de intriga:

—En Simancas... creo que pillaron a uno intentando robar, o llegaron a localizarlo, no recuerdo bien, yo por entonces empezaba... es curioso, pero hubo también otro tipo que, además de Wassler, agitó mucho el asunto de las placas y las metopas.

Se recompuso en la silla, tomó aire docente:

—Verás —explicó gesticulando con las manos—, es que comenzaron a aparecer placas, inscripciones, metopas, y hubo muchas opiniones a favor de que se tuviesen en cuenta como fuente de derecho, hubo, incluso, tesis doctorales; hubo uno que había sacado no sé qué de Simancas, un tal Viñas, creo recordar, pero luego desapareció, nunca más se ha sabido de él; ninguna publicación, ni informe, ni investigación...

—Vaya —bromeó Germán—, cuánta desaparición: el canadiense ahogado, los fondos robados, el desaparecido de Simancas...

Ella tomó otra aceituna, la mordisqueó, sacó el hueso y sorbió de su vaso. El chico la siguió, pero se quedó el hueso en la boca. El teléfono móvil de ella dio señal de llamada; lo tomó y dijo «ya voy, ya voy... tardaré diez minutos... venga, vaaale, adiós», y colgó. El joven se ausentó de la llamada tomando su llavero y jugueteando con él, girándolo en un dedo, o pasándolo de uno a otro como un komboloi griego. Luego dijo:

—Tienes que irte...

—Sí, me esperan en casa. ¿No vamos al médico? —añadió.

—No, no, y no me duele... Sólo una cosa, Amparo —agregó—, ¿qué es lo último



que has hecho? En el Archivo, quiero decir.

—Nada, porque tenía casi listo un trabajo sobre la concesión de libertad a los esclavos que trabajan en minas o en obras públicas, en Nueva Granada y Perú, y cuando ya tenía el aval de mi director toda mi investigación fue publicada por un ayudante del catedrático Moreno Terán, Juan Moreno Terán... ¿lo conoces?

—Sí, claro, todo el mundo lo conoce —asintió él.

—Pues todo lo mío lo publicó, así, de sopetón, Pérez Terry, su ayudante... y eso que mi trabajo era de economía, de derecho y economía...

—Será que ese ayudante estaba investigando lo mismo.

—Nunca le vi por el archivo; además —dijo ella, centrando la mirada en un punto lejano, inconcreto, imaginario— no es la primera vez ni soy la primera persona a la que le pasa algo así.

—¡El fantasma del Archivo! —dijo él, queriendo deshelar la tensión que había tomado la charla.

—No tiene gracia, ¿eh?; son muchas horas tiradas a la basura...

—Lo siento, lo siento —interrumpió él, desolado— sólo quería...

—Y el instituto alemán quiere resultados...

—Lo siento, no era mi intención...

Se sacó el hueso de aceituna de la boca. Se levantó y manoteó con gran aparato, llamando la atención del camarero, a quien hizo el gesto de frotar los dedos pulgar e índice. «¿La cuenta?», voceó el empleado; los dos asintieron maquinalmente, pero ella espetó con autoridad: «No te preocupes, ya pago yo». «Lo siento...», insistió Bravo. «No, venga, no te agobies...», replicó ella educada; luego, sonriendo, añadió: «¿nos vemos otro día... en el Archivo?»; «sí, sí, vale», asintió él, ¿quieres mi número...?; «vale», siguió ella; «¿te doy una llamada perdida y lo copias?», dijo el chico; «vale, venga», terminó ella. Se despidieron sin tocarse, a mano alzada. Quedaron sobre la mesa los vasos de cerveza casi llenos, el plato de aceitunas algo resacas y el llavero.

## EOLO TRASTEIA

La Mar Océana era, por debajo del Trópico de Cáncer, una inmensa tiniebla que se metamorfoseaba en especulares amaneceres azules, gigantescas balsas de sargazos, crepúsculos púrpura, riberas esmeralda; era mosaicos de coral y de burbujas, era dulces y anchos deltas que conducían aquietadamente a interiores de magia y de misterio, de oro y de veneno, de gloria y de codicia. Eso era el Atlántico, el Poseidón de los océanos, en el siglo XVIII, cuando ingleses, franceses y holandeses estaban lanzados a la explotación de un territorio, a la ocupación de unas líneas marítimas comerciales que españoles y portugueses habían abierto doscientos años antes. Desde su parnaso, Eolo, divertido, movía a su gusto en esa descomunal bañera las minúsculas embarcaciones, apenas cáscaras de maní que bordeaban la panza brasileña, pero sabía que ahí debía de negociar con Ogún, el que mandaba sobre las tierras y sobre las cabezas de sus negros moradores. O soplabla el dios del viento a sotavento de La Española, hacia Nueva España, a Yucatán o al Golfo de Darién, pero ahí tenía que vérselas ora con Quetzacoalt, ora con Obatalá, pues era la mirada de esos sus epígonos la que se posaba sobre los actos y omisiones de los nativos de esos predios. Si miraba Eolo hacia el este, hacia las costas de los congos africanos, allá que reclamaban Mawú y Bareena —la que mana inteligencia— al dios de los vientos pernadas y aranceles. Pero nada de eso le pesaba al patriarca de los dioses de los vientos, pues entre colegas tenían sus tejemanejes: otras veces eran ellos quienes reclamaban el abrigo del Olimpo para perfeccionar sus sagrados oráculos o refinar premios y castigos.

De modo que el dios Eolo era el testigo caprichoso de la algarabía marina que iba y venía entre Europa y América, el narrador del ajeteo naval entre América y África, entre Nueva España y Río de la Plata, pero también jugueteaba: ahora lanzaba una chinita y un terremoto levantaba olas gigantescas, arrasaba kilómetros de costa, destruía barcos, defensas y edificios; ahora tiraba un salvazo y una brutal tormenta engullía una flota entera como ellos, los dioses, sorben de un trago una copa de ambrosía; ahora espiraba un leve resoplido y un tornado cruzaba el mapa como una peonza, en espirales eléctricas de brillo y de naufragio. En ese atlas, en los confines de la costa oriental de Nueva Granada, Eolo observa y narra ahora que de una disimulada ensenada asoma el mascarón de proa de un galeón ligero, de dos filas de 10 cañones, una por costado, más dos bombardas pesadas sobre sendos arcones en cubierta. Navega mansamente, agazapado, y enarbola un extraño pabellón blanco con una gata negra rampante en el centro. Eso mira y cuenta Eolo en el indefinido tramo costero que separa el Brasil portugués de Nueva Granada.

Más arriba, mucho más arriba, apenas 50 millas al sur de Irlanda, Eolo ve una avanzadilla de seis navíos de la Armada Inglesa; en el puente de la primera cubierta de la nave capitana, asido a la barandilla, está el almirante Edward Norton; a su lado,

el comandante Perkins, ya emérito, con una dureza en el rostro que exterioriza deseo de venganza; sobre su cabeza un tricornio con escarapelas, ligeramente ladeado, cubriendo, pero no ocultando, la mejilla izquierda: tiene un muñón, una cicatriz en relieve, un trozo de carne descuajada en lugar de oreja; es un desorejado que traslada esa amputación al rencor de su gesto. Norton se dirige a su ayudante: «En un mes avistaremos Portobelo». Perkins responde entre dientes «vamos a partir en dos la salida del oro de los malditos españoles». Mucho más al norte, en el puerto de Galway está lista otra armada, con dos navíos más, 28 buques de línea, y 12 fragatas: es la más grande flota nunca reunida por los ingleses. Destino: Cartagena de Indias.

Por debajo del ecuador, incluso del Trópico de Cáncer, Eolo narra el movimiento de barcos en las guarniciones de la costa africana. En menos de 80 kilómetros de ribera hay embarcaderos y campamentos portugueses, franceses y holandeses; hay corbetas de guardacosta, buques corsarios y galeones comerciales. Uno de ellos es el *Reine Charlotte*, de pabellón francés, al mando de Lavoisier, que se dispone a atracar el barco en los pantalanes del destacamento portugués de Saô Afonso do Rei. Durante dos semanas entrará en negociaciones con los oficiales lusos y reyes africanos, y emprenderá una travesía al corazón de las tinieblas, en busca de un cargamento de ébano que tiene ya apalabrado con varios hacendados brasileños. Desconoce el capitán francés que nunca llegará la carga a su destino.

Eso en el Golfo de Guinea, pero otra vez en la costa atlántica, muy al sur de Cartagena, muy al norte del Río de la Plata, en la delgada confluencia entre el Brasil y Nueva Granada, cerca de donde antes ha visto Eolo un ligero cañonero de bandera blanca con una gata rampante negra, navega a toda vela, de norte a sur, el *Santa Clara*. Es un galeón español, con apenas defensas, con varios tornos de driza, grúas de cuádruple polea y dos grandes cabrestantes. Limpia de desniveles y escalones la cubierta, tiene andariveles de cuerda, tiene anudados a la tapa de regala numerosos cabos con ganchos y mosquetones: está claro que es un navío de transporte.

El *Santa Clara* es un galeón comercial español con base en Cartagena de Indias, perteneciente a la compañía «La General de Ultramarinos», propiedad de dos grandes familias peninsulares: los López de Aranda —Marqueses de Daimiel—, y los Núñez Rivera —Duques de Arroyomolinos. Los manchegos, haciendo valer sus prebendas en la Corte de Madrid, conseguían las concesiones, aportaban la mayoría del capital — de hecho, eran dueños del 75% de la compañía, —aseguraban las rutas de transporte interior y encargaban la construcción de los barcos generalmente en los astilleros de Pasajes, pues El Ferrol se dedicaba a los navíos de la Armada. Sus inmensos latifundios castellanos constituían el aporte de madera para las atarazanas, que eran sus principales clientes; disponían de aserraderos propios y vendían también madera para la construcción de viviendas y caravanas, carros, remolques y otros vehículos de transporte; con los beneficios de esas transacciones sufragaban la casi totalidad de sus propios barcos. Por su parte, sus socios, los andaluces duques de Arroyomolinos, gestionaban las rutas marítimas, los suministradores y los

proveedores comerciales de ultramar, ejercían su influencia en las aduanas y puertos, sobornaban a los funcionarios para obtener información privilegiada y se encargaban de la recluta de las tripulaciones. El *Santa Clara* procedía del astillero de Pasajes, que construía sobre todo galeones comerciales para todo el área del Cantábrico y Gran Sol. Tenía asignada la ruta entre Veracruz y Barranquilla, con los puertos menores de la bahía de Campeche y Yucatán. Transportaba todo tipo de mercaderías, renuientemente tabaco, especies, alcoholes, azúcar de caña, algodón y bases para colorantes, índigo y añil en especial. Cada seis meses cedía la línea durante uno a otra compañía de conveniencia. Los consignatarios de Cartagena argüían para esa vacación la necesidad de limpieza de casco y retoques en el calafateo, tarea que, normalmente, se hacía en anual, pero pretextaban los corresponsales cartageneros que el buque, al ser costera y muy frecuente su navegación, precisaba de más periódico mantenimiento.

Los duques de Arroyomolinos, asentados en los territorios de Jerez, los puertos y Sanlúcar, entraron en la propiedad de La General de Ultramarinos por la ambición expansionista del fundador de la saga, Don Antonio Núñez Rivera, hijo de Antonio Núñez, que fuera durante 42 años regidor de Medina Sidonia, y Ramona Rivera, única hija de unos pequeños propietarios dueños de varias decenas de hectáreas en la villa de Algodonales. El Núñez patriarca, además de alcalde asidonense casi vitalicio, era terrateniente de cien mil hectáreas de pasto y monte bajo, terrenos que generaban la mayor producción de algodón de la península. Más de la mitad de esa producción embarcaba también por añadas hacia en Nuevo Mundo en rama, madeja o rudimento; el resto lo distribuía a tejedores, sastres y costureros de la península. Naturalmente, todo ello lo heredó el único hijo de Antonio Núñez y Ramona Rivera.

Antonio Núñez Rivera casó con Clara Cereto, heredera, a su vez, de una reputada familia jerezana, dueña de otras doscientas mil hectáreas entre Jerez y Sanlúcar, éstas de tierra blanca y albariza; una parte sustancial de esa propiedad estaba verdeada por ringleros de cepas que daban un excelente vino seco, imprescindible en las mesas de la nobleza castellana y de la Corte madrileña, obligado inclusive en los mejores palacios flamencos y en las refinadas recepciones de los loores ingleses. Algunas variedades de ese vino se exportaban a Indias, en competencia directa con los caldos portugueses, y ahí andaban en querellas los vinateros jerezanos con los del Algarve. Pero a Núñez Rivera no le bastó con las ganancias que le proporcionaba el vigente sistema de distribución del algodón ni, tras su matrimonio, con los enormes beneficios del vino; quería más poder, más influencia. Para ganarse el favor de la monarquía contribuyó con la Corona vendiendo al Estado, a mitad de precio, todas las variedades de tejido de algodón para la fabricación de los uniformes militares. Sabía que la lana era monopolio de Castilla, pero reventó el mercado del algodón. Tal desprendimiento le fue retribuido, además de con una creciente influencia en la Corte para todos los asuntos relativos a los territorios del Sur, con el Ducado de Arroyomolinos, distinción con la que la nueva familia ingresaba en la nobleza

española. Desde entonces, una placa de cobre con la firma del rey Borbón y el Toisón de Oro presidía el tímpano del zaguán en su palacio jerezano: era el título de concesión del ducado que, como corolario del privilegio en papel archivado en la Real Chancillería, acompañaba toda gran decisión, pues habían tomado los monarcas españoles de sus homónimos portugueses la costumbre de sancionar con metopas de metal los reconocimientos singulares.

Los nuevos duques de Arroyomolinos residenciaban en Jerez, pero se ordenaron construir un cortijo de descanso en Medina Sidonia; era una encalada y sencilla mansión de anchos muros, con ermita, cuadra y bodega, bautizada como Hacienda del Cristo de la Sangre. La cuadra tenía un mayoral enamorado de los caballos que ingenió una nueva raza equina, híbrida del cartujano y el ibérico, a la que bautizaron Sidonio, de gran belleza, aunque poco longevas las primeras camadas. Antonio Núñez Rivera y Clara Cereto tuvieron por descendencia dos hijos, un varón y una hembra; el vástago, Antonio también, contrajo nupcias con la hija de un cortijero de Arcos de la Frontera, matrimonio que seguiría la línea dinástica en adelante. La hija, Clara Núñez Cereto, destacó en todo ya desde niña; recibió clases de canto y piano, lecciones de filosofía, matemáticas e idiomas; era bellísima, de púber ya amazona, destacaba en las monterías, abría los bailes, amenizaba las celebraciones con que los duques agasajaban a menudo a altos funcionarios, obispos y otros nobles de la zona. Estudió en la exclusiva academia de los Cartujos de Jerez, la más exigente de los territorios del sur, donde menos de la cuarta parte de los inscritos —siempre bajo influencias— superaban las enseñanzas de religión, comercio, francés, leyes o urbanidad. Clara Núñez Cereto era el ojito derecho de sus padres: sus virtudes, su elegancia, su simpatía, estaban en boca de todos los de su clase, pero era también admirada y respetada por peones, zagalas y jornaleros, pues ella les respetaba a ellos. Todos hacían cábalas sobre su futuro, con quién casaría, si sería dama en la corte, menina, noble consorte o lograría la alcurnia por derecho propio.

Tanta fama y expectación, tanta perspectiva de buenaventura se desmoronó como un castillo de arena cuando, a los doce años, cayó en un pozo de tristeza, abandonó estudios y actos sociales, quedó postrada y recluida dando pie a toda suerte de comentarios —que si lepra, perlesía, tifus o alferecía— y, casi un año después, ingresó en el convento de clausura de Las Esclavas Madres Reparadoras de Jerez. Se dijo que una de las monjas de ingreso afirmó en la cocina a una salera —y ésta lo dijo a sus vecinas, que lo dijeron en el mercado, y los mercaderes lo propalaron en sus casas— que estaba lánguida y desmejorada cuando entró, sin brillo su piel ni su cabello, muy delgada, pálida, alicaída. Su padre pareció mantener el tipo, pues no acusó el golpe con drama, llanto, desgarró ni sufrimiento, pero se volvió arisco y altanero: prohibió a su gleba que le mirara a los ojos, incluso que hablasen en su presencia, pues parecía temblar hasta con el susurro de los comentarios. La madre, Clara Cereto, quedó gravemente afectada, se tornó reservada y muda, vistió en lo sucesivo de oscuro, siempre con velo o mantilla, dejó de mostrarse en fiestas y

kermeses y raramente volvió a aparecer junto a su marido, hecho que también estuvo mucho en habladurías. Pasó a ser una sombra de sí misma; elegante, eso sí, como un busto de marfil envuelto en pañuelos de coral negro, pero sombra al fin.

Fue por entonces cuando el arrogante Antonio Núñez Rivera solicitó —y obtuvo, tras el pago de las correspondientes regalías— los derechos de inscripción como apellido compuesto de su primero, de modo que su descendencia se apellidaría por los restos Núñez «de» Cereto más el familiar de sus respectivos cónyuges. El nuevo duque dijo que un compuesto otorgaba mayor resplandor a su estirpe, pues casi todos sus semejantes apellidaban largo de primero. Además de ese cambio nominal otros muchos dieron que hablar tras el desgraciado episodio de su hijita Clara; por ejemplo, sus repentinos y reiterados óbolos a la Iglesia de San Miguel y los encuentros y desencuentros con su párroco, el padre Rollán, confesor, a mayor abundamiento, de su esposa. Se murmuró también entre la capellanía que el obispo, receloso de la distinción para con aquella parroquia, quiso averiguar el porqué de tal dispendio, pero el duque —se rumoreó— acalló los dichos internos con nuevas donaciones al episcopado. Clara Cereto, por su parte, pasaba las horas en su gabinete en recogimiento, en oración, leía y releía salmos y escrituras; al final de su vida, escribió. Sólo salía Clara Cereto de su hacienda jerezana los domingos, pero lo hacía mucho el día del Señor: se confesaba con el padre Rollán y asistía a su a misa en San Miguel; visitaba de seguido en las Esclavas Madres Reparadoras a Clarita, le llevaba alimentos que la hija rehusaba o vomitaba, le llevaba su calor y su regazo, se alimentaban ambas de su amor y sus dolores; a la caída del día, antes de regresar por otra semana a su noble caserón, visitaba brevemente a Juliana, esposa de Diego Baza, el pregonero. Juliana era una de las más populares costureras de Jerez, que le solía bordar por temporadas, y también los mantos a las dolorosas y las sayas a los nazarenos que procesionaban en Semana Santa. Tras el ingreso de Clarita en clausura, pasó a visitarla semanalmente; se dijo que si aprovechaba la salida para entretenerse y ayudarla en la borda, pues tejía Juliana de oficio capotes, haldas y carmiñolas, y estaba mermada por su reciente maternidad, don que Dios le dio tras muchos años de búsqueda y resignada esterilidad; se dijo que si las dos aprovechaban para relatar de sus maridos, pues Diego Baza, que bebía, se fue una noche con el albacea de Don Antonio Núñez sin decir nada, dejándola en posparto con sus bordados, y a Jerez sin pregonero; se dijo, cuando recuperó Juliana su total capacidad tejedora, que si preparaban ambas un sudario de seda negra y terciopelo con hilos de oro, perlas y ámbar, para cuando el Señor llamase a Clarita a su seno.

Eso hacía semanalmente con alguna que otra excepción: un sábado de otoño anterior al domingo de visitas fue de madrugada a Cádiz, al convento de Santa María, pues había oído de una mujer de sociedad que, repentinamente, entró a clausura, que oraba y escribía —como a ella le gustaba, poesía—, y que era conocida como La Hija del Sol no sólo por su excelsa formación, sino porque resplandecía la Plaza de San Juan de Dios cuando era paseada en faetón —en invierno— o en tálburi para días

soleados. Aquel sábado rompió la gaditana su encierro y estuvieron juntas en retiro todo el día confiándose tristezas y cuitas. Eso hacía semanalmente la duquesa con alguna salvedad, hasta que Clarita Núñez Cereto falleció de astenia —certificó el médico— dos días antes de cumplir los dieciocho. No hay mayor dolor para una madre que sobrevivir a sus hijos; no hubo mayor dolor para Clara Cereto que sobrevivir a su hija en la terrible tesitura que lo hizo, no tuvo límite su dolor, sólo ella y su confesor conocieron el horizonte por donde su pena se despeñaba como el agua en una catarata. Clarita fue enterrada de madrugada, casi a escondidas, en el panteón familiar del cementerio y tras un austero tedeum oficiado por Rollán en el convento. Sólo acudieron sus padres y hermano, las monjas y Juliana la bordadora, pero en Jerez y en Medina Sidonia hubo una telaraña de murmullos, una pantomima de persignaciones y letanías, muchas iglesias doblaron a muerto campanadas espontáneas de acólitos o sacristanes, fue una sinfonía de metales imprevista, correlativos fueron los tañidos, y cada golpe de badajo era una bofetada en el rostro huidizo del padre de Clarita, cada gong era una cuchillada de amargura en el pecho de su madre.

Los años que siguieron, y hasta su muerte, Clara Cereto los malvivió en la Hacienda del Cristo de la Sangre; se trasladó a Medina Sidonia poco después de la muerte de Clarita, y una vez que su marido partió célere para Indias, para Cartagena, para mejor velar por sus negocios de ultramar, dijo a su albacea. Padeció esos años en gran misantropía, apenas salía por el día a distraerse con las montas de sus caporales, de muy raro se dejaba ver en el pueblo; oía misa los domingos en la capilla de la hacienda —venía el clérigo Rollán a cantarla para ella— y entretenía el resto del tiempo en su aposento. Y escribió. Escribió jaculatorias de inspiración bíblica, poesía —verdad que asonante y carente de prosodia— mística tributaria de San Juan y Santa Teresa, y un diario, un largo diario memoria donde manifestó sus ideales de adolescente, sus ilusiones de casamentera, su ascenso social con el egregio matrimonio, la tragedia, el agostamiento de la joya de la familia, la gangrena que se cebó con su hijita y la terrible tesitura que la envolvió, que sólo ella y el padre Rollán conocían. La duquesa de Arroyomolinos dejó sus secretos en cuatro legajos dentro en una gaveta de caoba de Cuba, en el cajonero que guardaba las vestiduras talaras de la sacristía de la ermita del Cristo de la Sangre; eran sus confesiones y quería confiarlas a su preceptor, pero él nunca supo de aquel testamento pues no llegó a tiempo siquiera para los santos óleos: una tarde a Clara le falló el aliento, la iluminó el manto de armiño del ángel de la muerte y mandó a llamar de urgencia a su director espiritual, más ¡ay! Estaba ausente, y se entregó en paz con dolor a su futuro antes de que el ministro de Dios se hiciera presente.

El padre Rollán no pudo recoger en su estola el último hálito de Clara Cereto porque estaba ausente. Estaba de vuelta de Madrid, adonde había viajado, junto con su obispo de Jerez, para asistir al sínodo convocado por el nuncio de Su Santidad de Roma. Se trataba de un extraordinario ordenado por la Congregación para la Doctrina

de la Fe para analizar las desviaciones de los dogmas que se observaban en varios países cercanos: efectivamente, las ideas del galicanismo en la Francia del siglo XVII prendían —con sus peculiaridades— en la península itálica, donde Febronio cuestionaba la infalibilidad papal y defendía una Iglesia más dependiente del Estado, al menos sólo infalible desde los concilios, desde la discusión y el contraste. Pero es que Austria fue mucho más allá, pues el emperador José II sometió a los obispos, reglamentó ritos y cultos y clausuró seminarios. Con este panorama temía la Santa Sede que en España, entre las misiones a Indias, la moda herética europea y lo que consideraban gangrena espiritual de La Ilustración, reverdeciera la marea molinista que ya se había extendió por la piel de toro casi doscientos años antes; recelaba Roma de una resurrección de las ideas de Luis de Molina, el jesuita fustigador de esclavistas, economista y pionero del humanismo, que daba la oportunidad al hombre de que pudiese «ser bueno», incluso de resistir las tentaciones sin que tuviera que estar necesariamente de por medio la Gracia Divina. Rollán era párroco, cierto, pero muy viajado —a París, Roma, Nueva España, Cuba—, muy versado en Indias, pues adoctrinaba a los que de su zona eran llamados para las tripulaciones de flotas y galeones, y les confesaba y aconsejaba a su vuelta. Era también doctor en Teología y Derecho, tenía todas las papeletas para hacer carrera en clerecía —de obispo o cardenal—, pero prefería quedar resguardado del oropel de los mitrados en su parroquia jerezana —no por asco a las finanzas, pues bien que cogía los óbolos del duque de Arroyomolinos, sino por comodidad, por el «estilo de vida»— aunque, eso sí, mantenía sus contactos en la capital, asistía a conciliábulos, reuniones o conferencias. Por su formación y trayectoria era citado a sínodos y conferencias, pero también para tenerlo de su lado, no fuera a ser que tuviese un ataque de filosofía y crease otra corriente pseudoherética, no fuera a ser que se encontrase la apostólica Iglesia romana de sopetón con una suerte de Rollanismo ibérico.

Al Sínodo para la Prevención del Molinismo acudió llamado por su sapiencia global, pero lo que de verdad quería el padre Rollán era tener un aparte con el arzobispo de Madrid y, concurrentemente, Nuncio Vaticano. No se sabe de qué hablaron, pero fue con secreteo, irritado y efusivo el jerezano, cariacontecido y preocupado el madrileño. El celoso obispo de Jerez les merodeó el diálogo, fingía cerca de ellos gran actividad, fingía ir a lo suyo y poco pudo recabar, pero sí una frase del Nuncio Vaticano: «Hablaré con el procurador general, en la Real Chancillería, pero hay que llevarlo en silencio», dijo que oyó. Fue al regreso de este sínodo que el sacristán de San Miguel le salió al encuentro en Sevilla y le llevó la mala nueva de la agonía de su parroquiana duquesa. Rollán se apresuró lo que pudo, pero sólo llegó a unguir en viático en la frente exánime y fría de Clara Cereto, ya amortajada en su estancia de la Hacienda del Cristo de la Sangre, en Medina.

Esto fue lo que se supo del drama personal. En lo dinerario tras el ducado y la fusión familiar de los negocios del vino y del algodón, tras la unión de terrenos, no hay que ser adivino para columbrar que con el manejo de trescientas mil hectáreas



desde Medina hasta Sanlúcar, los Núñez —el duque más bien, pues Clara Cereto se había enclaustrado a resultas de lo de Clarita—, pasó a convertirse en el oligarca más poderoso de Cádiz y sus alrededores. Más de cinco mil familias dependían de sus algodones y vinos, la mayoría jornaleros, pero también sastres y botelleros, artesanos carpinteros que suministraban husos y toneles, acemileros, caballistas, marchameros y, en las bodegas, capataces; era éste un empleo de suma delicadeza, pues eran los alquímicos del sabor, del cuerpo y de las lágrimas del vino; no cualquiera podía ser capataz de bodega y Antonio Núñez tenía al mejor, tenía a Bejarano. Apenas salía de las bodegas, toda su vida entre andanas y alcoholes, pero jamás cogió una borrachera. Bejarano era el objetivo de sus competidores: «si le quitamos a Bejarano le quitamos los vinos», decían otros bodegueros de Jerez y Sanlúcar, creyendo que con él comprarían sus secretos.

Así que progresó y mucho el duque de Arroyomolinos. Tenía a más abundamiento el favor de la Iglesia por sus frecuentes óbolos y así impuso el respeto de braceros y plebeyos, pues desde los púlpitos se exaltaban sus virtudes cristianas y su generosidad para con la cátedra de San Pedro; pero por más propaganda, no era bien visto el noble viñero, lo que apenas le inquietaba, pues sus exportaciones al Nuevo Mundo, al resto de España, Francia, Holanda y la península italiana crecían y crecían. Y como dinero llama a dinero, Antonio Núñez Rivera se dijo: «¿por qué no transporto y distribuyo yo mismo mis vinos y telas, en lugar de rentar a otros esa ganancia?». Así que entró de lleno en los negocios de ultramar, de la mano de los Marqueses de Daimiel, los mayores productores de madera y fabricantes de buques comerciales. Así entró a formar parte de La General de Ultramarinos, una de las principales beneficiarias de las travesías trasatlánticas, así logró la concesión del transporte comercial entre Veracruz y Barranquilla.

Pero ocurrió que pocos meses después de la muerte de Clarita el primer duque de Arroyomolinos navegó a Indias; fue una salida casi repentina, inmediata al recibo de un correo especial de la Real Chancillería de la Corte de Madrid; fue un viaje inesperado que, a la postre sería terminal; un extrañamiento voluntario que venía cuando más bajo estaba su predicamento social, adonde había caído por su sorprendente deriva hacia la altanería y la arrogancia que experimentó a la muerte de Clarita. Fue una huida lenitiva cuando en la alta sociedad era tolerado por su poder y negocios, pero rumoreado en los salones como supuesto depositario de una terrible y misteriosa culpa; cuando en la sociedad baja seguía siendo temido, pero ahora despreciado, acusado sin palabras de una ignota e innombrable protervia que flotaba en las casas y en los agros de la comarca como la nieve que levanta el aire en los algodones. Se fue tras una visita de un enviado de la Corte; cabildeó con él toda la mañana y le despidió, acompañado de un lacayo, camino de Arcos de la Frontera. Manuscibió a su mujer relatando que, sin demora, partía de fiscal de sus manejos trasatlánticos, pues recibió una delicada visita matinal. No estaba ese día su albacea. Dejó instrucciones a sus administradores sobre como proceder con sus socios los

marqueses de Daimiel. Revisó en persona el inventario general y los libros de sus negocios en América, los movimientos de los centros Barranquilla y Veracruz, la sede corresponsal en Cartagena, las rutas, los balances, los gastos de maniobras, las fechas e importes de los arqueos, relaciones de proveedores, en fin, que se iba; ordenó un baúl con ropa y armas y tomó un enganche ligero camino de Cádiz, a cuyo puerto llegó de madrugada. El subsiguiente mediodía partía un buque oficial de muda de guarniciones y altos funcionarios; no le costó mucho a un rico como él conseguir del capitán autorización de pasaje.

No estaba ese día su albacea, que estaba de balance en la Hacienda de Medina, pero creyó hacer bien Núñez Rivera —bien a su interés, se entiende— dejándole por escrito que si otro emisario venía, con cédula o documento, con noticia que hubiere de informar, además de al noble duque, al plebeyo trompetero de Jerez, a Diego Baza, el pregonero, marido de la costurera Juliana, compañera o carabina —como quieran— de su esposa, en fin, que si uno venía para noticiar a él y al otro también, que lo siguiera y le arrebatara la cédula o papel lacrado, en fin, lo que fuera se lo quitara, que no supiera Diego Baza lo que a él fuera informado; se lo dejó de puño y letra y ordenó su lleva inmediata y entrega en mano a su delfín en el Cristo de la Sangre. Y así ocurrió a las seis semanas, que llegó otro emisario también con escudero a caballo y palafrén, pero éste sin jinete, pues traía en las albardas dos cajas de plomo: «No está el duque, don Antonio, que partió a Cartagena, ni su mujer, doña Clara», dijo al traedor el albacea; «pues he de darlo en mano, firmado y rubricado», negó el enviado. «Y ese otro ¿a quién habéis de entregar?», interesó el ducal apoderado; «a Diego Baza, el pregonero», replicó el mensajero, «y ¿qué haréis con el de mi señor?», no cejaba el albacea; «entregaré los dos en mano, en Jerez y en Cartagena, ése es el mandado del real corregidor», espetó el recién llegado, y tras una reverencia torció el ronزال de su caballo.

El obediente apoderado de Núñez Rivera siguió a distancia al trío de caballos hasta la casa de Baza. Tocó la campanilla el escudero, aporreó la puerta, no estaba la tejedora, estaría de borda o conversa con la duquesa doña Clara. Pero la puerta se abrió, allí estaba el pregonero de Jerez, parecía mareado, olía a vino bien tirado. Cuando los enviados le hablaron de entrega, les manifestó trabado: «vamos todos al tabanco», al mesón que está aquí al lado. «Firme aquí, le traigo este recado, del Corregidor general, tiene que quedarlo», apremia el real emisario; Diego Baza firma en el documento, abajo, lo que le pongan lo firma, donde señalen echa el garabato y, entre risa y cuchufleta toma el estuche de plomo «¡pardiez, lo que pesa!», se le cae de las manos, lo arrastra por fin con sudor adentro del patio. Salieron los enviados. El íntimo del duque, que estaba al acecho, abrió el portón y saludó al borracho; estaba sentado, más bien tumbado en un rinconero, en un tronco cortado a mitad, a lo largo, lo plano arriba y arriba del plano Diego Baza tirado. A su lado, en el suelo, la pesada caja de plomo; intentó abrir el precinto, pero sólo enredó los alambres. El otro lo invita a acompañarle, «quiero ayudarte, Diego, te daré una tisana que remedie tu

estado», le dice, y se ríe. Vanse los dos con la caja pesada en la mano, viajan hasta Medina, y en la Hacienda de La Sangre entran abajo, a una cuadra pestosa y vacía; echado en las pajas le dice el amigo del duque: «espera, te traigo de urgencia un electuario». Puso agua en un perol a calentar en la cocina, y a la alcoba del duque, abrió un secreter privado; de uno de sus cajones tomó una bolsita que abrió, olió, cerró y estrujó en la mano. En el agua hirviente, el leal sirviente echó un puñado: era beleño, una ración de caballo, y volvió a la cuadra con la taza humeando. El pobre pregón cantaba y reía; tomó en sus manos el tazón con el brebaje, «no huele mal, está muy caliente», decía, pero al templarse, lo sorbió en tres tragos. Y ya nunca más se supo en toda la comarca de Diego Baza, elregonero de Jerez, nunca más se oyeron sus notas desafinadas, ni sus gorgoritos ni sus parrafadas. Todo esto pasó después de seis semanas.

Así que seis semanas después de la partida, la flotilla de transporte y muda de guarniciones atracaba en Cartagena de Indias. Antonio Núñez Rivera tuvo la sensación de que no se había movido de Cádiz, que el aire de Cádiz se había vuelto pesado y denso, que un bochorno ineludible le recubría como un unguento de gelatina, que el tiempo se detenía, le costaba respirar, notó la lentitud. Buscó a su corresponsal, Rodrigo Daza, que tenía empresa y casa en la calle Pedrerías, en el malecón del puerto. El tal Rodrigo Daza se le reportó como consignatario y, en general, hacedor de gestiones y operaciones: control de almacenes, carga y descarga, trámites, permisos, partes de zarpa y arribada, albaranes, inventarios. Daza informó a Núñez que por cada operación retenía un tanto por ciento y que, además de con La General de Ultramarinos, consignaba a otras compañías y tenía otros negocios, como el transporte terrestre de mercaderías, para lo que disponía de una red de carros, porteadores y celadores por todo el norte de Nueva Granada. Quería ganarse su confianza. Le contó que, realizaba portes para el Estado, ora de minas y fundiciones a cecas, ora de cecas a puertos; estos transportes, naturalmente, acarreaban escolta militar, pero era un ingreso seguro y periódico y, además, le permitía trapicheos con los oficiales, aunque esto último no se lo dijo Rodrigo Daza a Núñez Rivera.

## ENCUENTRO EN EL MERCADO

La madura investigadora Amparo se alejaba, iba quedando en segundo plano su traje de chaqueta y falda crema claro, iba como urgida por una obligación doméstica, persistía aún enarbolada la mano derecha de Germán Bravo, despidiéndola, ya prácticamente ausente el pinchazo en la cadera que le infirió el portazo del inglés; estaba ella al fondo de la imagen y en primer plano dos vasos de cerveza casi llenos y un plato de aceitunas resacas. Se giró y encaminó por el paseo de ribera, abajo derecha el río, a contracorriente, y no había recorrido aún diez metros cuando escuchó a sus espaldas «¡señor, señor, su llavero...!». Germán desanduvo lo andado, agradeció al camarero la deferencia, tomó el llavero y reinició la marcha, ahora a un paso más rápido. Entró en el portal de su vivienda de alquiler; como siempre, no tenía correspondencia; subió las escaleras hasta el segundo piso, abrió la puerta, no había diferencia de temperatura con el exterior, dejó los libros, carpetas y papeles en la mesa del salón, entró a orinar al baño, lo hizo largo y gustoso quedando el borde del urinario y los azulejos verdes del rincón salpicados; luego, en la cocina, tomó una lata de menestra de verduras y otra de sardinas, ambas con mecanismo de apertura, las puso en una bandeja, agregó un vaso de agua del grifo, cubiertos y se sentó en el sofá del salón, puso la tele y comió, cucharada de verduras, sardina, cucharada de verduras, sardina, así hasta que se hartó de verduras y de sardinas y entonces comió chocolate de una tableta que tenía en la mesa hasta que se quedó adormilado, y luego dormido.

Unos seis meses atrás, en otra vivienda de otro barrio de Sevilla, tenía lugar un curioso experimento que combinaba la resistencia humana a dos magnitudes distintas: la temperatura y el sonido. Quedaba claramente demostrado que el zumbido del ventilador era mucho más soportable que el peso de la solana: las ráfagas intermitentes, el aire removido, compensaban con creces el runrún del aparato, cuyo alivio recorría tres de las cuatro esquinas de la habitación con su envergadura de 180°. Lidia Daza juntó con dos dedos de su mano las dos hojas y el sobre de la carta que acababa de recibir, y a la que había echado una primera lectura; puso la mano en la trayectoria del ventilador y se enredó unos minutos con el revuelo aleatorio del aire sobre los papeles, con el ruido sordo, fricativo, que éstos emitían cada cuatro segundos; en la otra mano tenía un vaso con agua. Por toda vestimenta tenía un pantalón muy corto ajustado —casi una braguita— de algodón y el pelo recogido con horquillas en un moño de urgencia; se secó el sudor debajo de los pechos y detrás de las rodillas con una camiseta y releyó una carta que vendría a desencadenar el punto final de su saga en tierras colombianas:

Apreciada señora Daza: En el plazo de 30 días a partir de la fecha abajo expresada, esta Procuraduría General de Cartagena procederá a la ejecución del acuerdo adoptado por el Cabildo Local, que enajena la propiedad de la calle Pedrerías n.º 8 y pasando el terreno a la municipalidad tras su derribo. Determina esta sentencia

el Protocolo 233/98 del Archivo Local. Siendo usted única heredera conocida de la propiedad y sus enseres y aprobado el expediente con silencio de su parte, se actuó la enajenación. Se le suplica por esta que retire los enseres en plazo de un mes. En caso contrario, serán incautados y subastados. Cartagena, Colombia, 23 de abril de 2004. Anexo lista de enseres. El Procurador General (firma ilegible).

Lidia Daza bebió de un trago el vaso de agua fría y hojeó el adjunto con el inventario: muchos muebles desvencijados, cortinas raídas —decía el listado—, lámparas viejas, nada que le mereciese la pena, aunque sí llamó su atención la existencia de un arcón que contenía «ropa, carpetas y objetos personales», según el anejo. Vino vagamente a su memoria una requisitoria anterior para que se pronunciase sobre el futuro de lo que había sido la hacienda familiar de sus antepasados durante más de dos siglos. De ella sólo recordaba que era de una planta, muros de tapial y vigas de madera muy carcomida, que estaba ruinoso, y que, siendo ella niña, tenía realquiladas la mayoría de las habitaciones que daban a la calle como almacenes para los comerciantes de la zona portuaria. No era extraño que estuviese ya en derribo. Pensó que, de alguna manera, la muerte de la casa venía a completar el fin de la presencia de su apellido en Colombia, una presencia que comenzó a fines del siglo XVII, cuando un antepasado que formó parte de la expedición descubridora de Rodrigo de Bastidas decidió quedarse en las Indias al abrigo de la ventaja que siempre cobran los conquistadores. Ella, hija única, quedó huérfana a los 16 años. Fuera por desapego de posibles ancestros, fuera por ilegítimos, fuera por no reconocimiento o por razones de dinero, la verdad es que su línea genealógica fue muy poco prolífica, al menos por lo legal, por lo documentado en los registros de nacimiento cartageneros: ella era la única mujer en un árbol de un solo ascendente por grado, siempre masculino, excepto los dos hijos que tuvo Rodrigo Daza, nieto del iniciador, de quien pronto sabría que huyó de Cartagena en 1755, ante el temor de que la ciudad cayese en manos inglesas, cuya flota, al mando del almirante Norton, tenía taponada la bahía.

Hacía nueve años que Lidia Daza, ya sin familia, viajó a Sevilla para estudiar literatura en español beneficiándose de una beca de un año concedida por su singular situación personal; y fue ahí donde vio la rendija por la que colarse y enderezar su vida: fue la tácita quietud de los andaluces, su efervescencia por los sentidos pero, sobre todo, la miseria y el terror de lo cotidiano en su país de origen, lo que le decidió a establecerse. Tuvo que costearse sus estudios y estancia a partir del segundo año con trabajos esporádicos. Se alquiló de interna en la casa de una profesora los tres últimos cursos universitarios, lo que le confirió estabilidad para terminar la carrera y contactos y buena prensa para su futuro profesional; a cambio de labores domésticas y la cuida de los dos hijos de su empleadora, en aquella época tenía habitación, comida y una pequeña gratificación.

Ahora Lidia Daza estaba en su vivienda de alquiler en el centro de Sevilla, repantigada en un sillón, combatiendo la violencia de la temperatura con su joven

desnudez, un vaso recién vaciado y una carta en la mano. Enseguida decidió que contestaría a la Procuraduría de Cartagena con la petición de que le enviaran el arcón a porte pagado. Renunciaría, con acta notarial, al resto de objetos y derechos que pudiera conservar aquel territorio de su niñez; renunciaba a unas raíces de más de dos siglos y ocho generaciones, pero lo hacía sin nostalgia, pues se repetía «Colombia está bien jodida ahora, cualquiera te mata o te viola porque dice que le miraste mal» y asentía con la cabeza, como reafirmandose. «Ya no tengo nada allá, y pude salir sin tener que pagar de por vida mi boleto», se repetía mientras se levantaba, se remojaba, se ponía un vestido blanco largo y ancho que contrastaba con su piel canela, se ahuecaba el pelo y se reajustaba toda ella para salir a la calle. Era un día muy caluroso, pero extraordinario: por la tarde había recibido la carta, pero por la mañana había recibido en el teléfono móvil una llamada enigmática de Rosita, una compatriota recién llegada que la citaba para relatarle algo que decía tenerla muy preocupada. Era una típica tarde agostea en Sevilla, ya con el calor húmedo del océano, ya con la brisa suave y placentera que concede a julio el perdón y que preludia un septiembre pegajoso.

«Sin que tenga que pagar de por vida el boleto», se decía, sorteando el espesor de las calles, esquivando los frenazos de los coches y las fotos de los orientales que transitaban como marionetas detrás de un abanico que flotaba como un dosel portado en andas. Esquivaba a los turistas, oía en su cabeza los susurros que salían de los sillares de las iglesias, mascaba su cal y sus campanas; pasaba a su lado, como el paisaje por la ventanilla de un tren, una fronda verde y exultante moteada de naranjas, percibía el peso del calor estático del final de la tarde mientras se dirigía a la cita con la muchacha que había conocido dos semanas atrás, junto al río, donde suenan lejanas las músicas comerciales, donde se desvanecen los neones de los escaparates y los letreros de los toldos, donde, al declinar el día, los puentes mudan su forma a la que les confiere la luz artificial, pero donde son los redobles de tambores y estruendo de trompetas —que recuerdan en toda estación la Semana Santa, la fiesta de la primavera, la irrupción del equinoccio—, son tambores y cornetas el vocerío que se extiende por el horizonte como un coro de dominaciones.

Lidia Daza estaba empleada como ayudante en el departamento de filología de la Universidad de Sevilla y usaba sus ratos en la preparación de la tesis doctoral. Había logrado una autonomía personal y laboral que le hacía sentirse casi libre y privilegiada respecto al resto de compatriotas o emigrantes americanos. Esa relativa posición le ponía en el objetivo de muchos *hispanos* de la zona, que reclamaban su ayuda, sus escasas influencias o su cobertura emocional, y ese triple motivo estaba de seguro en la llamada y la urgencia de Rosita, a la que conoció quince días atrás en el paseo junto al río Guadalquivir, el lugar informal de cita de ese colectivo emigrante americano en los atardeceres. En la ribera izquierda del Betis, en los alrededores del Muelle de la Sal los acentos seguían suaves y sonoros, pero más musicales, más carnosos. Se amuchaban rostros de cabello negro liso o crespo, de tez aindiada y

labios exagerados, de cuerpos orondos y aniñados; venían ráfagas todavía levemente veraniegas, pero ellos y ellas tenían fría la mirada, una mirada con la que vigilaban al desgaire el racimo de niños que subían a los árboles y esculturas, se prendían en los matorrales, se desgarraban las camisetas de colores chillones, sus pantalones de marcas deportivas, se ensuciaban, en fin, con un gusto que sus mayores echaban de menos, aunque celebraran. No iba allí con frecuencia; de hecho, cuando conoció a Rosita hace dos semanas, fue su segunda vez.

Hace dos semanas, junto a uno de los arcos de piedra que sujetan el puente de Isabel II, ya iluminado por el chorro metálico de un reflector, Lidia vio a una joven que conversaba con un hombre; estaban bajo el arco, a media luz; ella parecía indecisa, asustada; más que conversar, parecía que él la advertía, la señalaba con el índice y repetía ese gesto acomodándolo a sus palabras; encogía y relajaba los hombros, gesticulaba, no voceaba, pero eran palabras y gestos contundentes, no aún terminales, pero sí preventivos; al principio parecía que ella sólo escuchaba estática, paralizada, como en apnea; pero luego, poco a poco, levantaba también las manos, las palmas boca arriba, interrogando, negando con la cabeza, farfullaba algo, quizá sólo amagara lo que le parecieron palabras entrecortadas, sílabas de desconcierto; el hombre dijo algo corto y sólido y se fue y, mientras desaparecía, ella aún le decía algo, extendía su brazo, ahora ya con rasgos que delataban una pincelada de angustia en el rostro, incluso hizo ademán de seguirle, pareció salir un fantasma de ella hacia él, pero regresó enseguida con el original, enseguida abortó el intento. La joven se quedó junto al pilar metalizado, mirando al suelo con desasosiego, parecía aterida, casi tiritando en el crepúsculo del agosto sevillano. Lidia se acercó distraídamente, simulando que al azar, manoteando como para quitarse de encima mosquitos. Al llegar a su altura se detuvo, estiró los labios y dijo:

—Hey hermanita... ¿qué te ocurre?

Rosita despertó con alerta, se atusó torpemente los cabellos que tenía recogidos por debajo de las sienes con sendos prendedores, y con una mueca de desconfianza, replicó:

—¿Qué?... ¿quién es?

—No te me asustes, sólo pensé que ocurría algo —insistió Lidia.

—No, no se preocupe, señorita, sólo que llegué acá ahorita y no conozco a nadie... —balbució aún desconfiada la otra mujer.

—De Colombia, ¿cierto?

—Sí, señorita, de Antioquia Medellín; llegué a España nada más en dos semanas...

—Está bien mi paisa —dijo Lidia—, no se me desmorone tan seguido.

La joven recuperó la sonrisa al reconocer el argot costeño medellinense.

—¿También es colombiana? —dijo Rosita, ya casi risueña.

—Sí, de Cartagena, pero estoy ya por nueve años... Mi nombre es Lidia... —dijo, tomándola de una mano.

—Yo soy Rosa, Rosita... —dijo la otra, bajando la vista al suelo.

Las dos guardaron una pausa; Lidia le tomó ambas manos entre las suyas; luego le acarició una mejilla y ensanchando aún más su boca, hizo ademán de abandonar el lugar:

—Anda, vení pues, que te acompaño... ¿dónde te quedas?

—Me dieron esta dirección; entraré a servir enseguida...

Rosita mostró a Lidia un papel con una dirección de la Avenida de La Palmera, una de las zonas más exclusivas de la ciudad. Lidia tomó del brazo a la muchacha y la condujo hasta una parada de taxis; mientras su acompañante entraba en el primero libre, escribió algo; luego mostró el papel con la dirección al taxista y le dejó un billete para el cobro de la carrera; después devolvió el papel a la pasajera y le dijo: «aquí te copio mi número... y ámate que en unos días iré mejor ¿prometido?»; «prometido, señorita Lidia, muchas gracias», respondió Rosita con la cara iluminada; Lidia aún le dejó un beso en la mano. El coche arrancó y las dos mujeres reiteraron el despido agitando las manos.

Habían comenzado a mostrarse meses atrás por Andalucía, por Sevilla en particular. A lo largo de los últimos años, los colombianos habían ido llegando a Madrid y Barcelona, en cuyas barriadas y pueblos aledaños malvivían hacinados en pequeños apartamentos que compartían para ahorrar gastos. Se agrupaban por amistades o zonas de procedencia y solían sobrevivir con subempleos en la construcción o la limpieza los hombres; las mujeres, como empleadas de hogar, o al menos eso decían, porque muchas divagaban sobre su verdadera ocupación. Rosita había llegado a Madrid hacía dos meses; se instaló en casa de unos amigos de su Antioquia de procedencia que estaban precariamente establecidos con la disputadísima busca de la venta callejera. A poco de su arribada reportó a un arisco y desconocido paisano, que se decía miembro de la asociación con la que tramitó los documentos de salida y billetes, y que también les buscaba empleo. El hombre, descuidado y parco, intentó que aceptase un trabajo de camarera en bar de las afueras, a lo que dijo no, pues los amigos de acogida le advirtieron que ése era el camino más recto para hacerse puta. Es aquí cuando el atrabiliario personaje le dio a entender que, quizá, sus documentos no estaban en regla y tendría que abandonar el país: «Señor, serviré en casas, se lo ruego, no me mande de vuelta», suplicaba ella. El granuja la conminó entonces a viajar a Sevilla, donde le aseguró que tendría empleo como asistente de hogar. Dos semanas después, Rosita esperaba sentada en un banco de la Plaza Nueva, frente al Ayuntamiento, donde se había citado con Lidia Daza, la mujer de Cartagena que conoció en el Muelle de la Sal quince días atrás, nada más llegar a la capital de Andalucía.

—Alegría de verla, señorita Lidia.

—¿Quihubo pues?, ¿cómo fue?

Se saludaron con dos besos. Rosita miró alrededor, miró si les miraban; Lidia se sentó a su lado. Siempre recorriendo con las pupilas todo el campo visual, siempre



con el rabillo del ojo avizorando, Rosita comenzó sus revelaciones:

—Una historia fea, señorita Lidia, me asustaron.

—Pero ¿quiénes son?

—«Chojín» y sus muchachos; me dieron la casa para servir, pero sus perros me amenazaron; quieren la mitad de mi salario; si no pago me dará una levantada... y también a mi familia.

—¿A tu familia? Creí que estabas sola...

—Sí vine sola, señorita, pero quebrarán a mi familia en Antioquia.

—Ellos saben que eres de Antioquia...

—Pues claro que sí, ellos me arreglaron los papeles... lo hacen con muchos, de allá para acá...

—Seguro que se las pican de duros, verás... ¿y ese cholín?

—No sé, señorita Lidia; le llaman «Chojín»; uno del grupo me dijo en Madrid que buscara en el río a Pedrito, al hijueputa de Pedrito Morales, que me diría casa para servir. Fue el día que me conoció usted, señorita Lidia; me amenazó, me dijo que tenía que regresarle la mitad de mi ganancia; de seguro que ahorita está por acá, vigilando.

Las dos mujeres escudriñaron instintivamente a los viandantes: grupos que se arremolinaban en torno a las farolas, fumaban, reían, hacían corro en torno a bolsas de plástico y botellas de licores y refrescos. Se levantaron y echaron a andar. Rosita explicó que su padre y sus dos hermanos trabajaban en pésimas condiciones en las plantaciones de café de Medellín. Reuniendo los salarios de medio año lograron obtener clandestinamente los documentos que le autorizaban para venir a España. Ella esperaba ayudar con su dinero, pero ahora, con las amenazas recibidas, apenas le llegaba para sus más elementales gastos.

—Rosita, tienes que contar a la policía española —dijo Lidia Daza.

—No, señorita, a los uniformados no... darán trompadas a mis padres, no, por favor...

—Tienes que poner denuncia...

—No, señorita Lidia, de seguro que ya saben, que tienen compinchados a españoles, no, no...

—Mira, hija, esto no es la jodida Colombia, de veras...

Lidia Daza hizo una pausa en la conversación; siguieron caminando las dos, ahora por el acartonado interior del Barrio de Santa Cruz, alejándose del centro; tomó a la muchacha por el hombro y la apretó contra sí, con un achuchón físico y emocional que Rosita agradeció con un suspiro; de los azulejos de los balcones, de los geranios de las paredes de aquel congosto de callejuelas que atravesaban caían restos de conversaciones, palabras devoradas por murciélagos, difuminadas por la luz violeta de los faroles, por la luz que moldeaba unas sombras jadeantes, unas sombras sobre pisadas, sombras céleres y avisadas que les avizoraban, que como búhos carnívoros posaban sus ojos y clavaban sus uñas en la espalda de las dos muchachas. Lidia

preguntó azorada:

—Así, como tú... ¿vienen muchos compatriotas?

—A decenas, señorita, empacar la maleta y dejar la malaventura; sólo me dijeron mis amigos de Madrid que no aceptase camarera, pues terminaría de edecana.

—Pero no se pueden quedar con tu sustento —exclamó Lidia—, tenemos que judicializar... ese Chojín... ¿es el que maneja?

—No lo sé si solo... ellos arreglaron mis papeles y me mandaron a Sevilla, no tuve lugar de conocer más.

Las dos mujeres estaban ya lejos del ajetreo nocturno de las calles del centro, estaban ya en las rondas, junto a una parada de autobús. Entretuvieron la espera con la reconstrucción de los rasgos físicos del tal Pedrito Morales hasta que llegó el vehículo naranja que correspondía. «Debes denunciar», le susurró al despedirse, «y llama si te asustan, ya veremos». El autobús se alejó con chasquido de puertas y restallidos de tubos de escape. Lidia se encaminó por la ronda hacia su casa, girándose cada poco, sobrevenida de pronto por una agria desazón, con mal cuerpo, segura de que tenía todavía los ojos y las garras de los búhos pegados en su espalda, las sombras sobre pisadas al acecho.

Germán Bravo se despertó bruscamente con un sabor acre en la boca, la baba casi cayéndole, como asustado por algún mal sueño. «Me quedé dormido», se dijo; «ah, me tomé dos cervezas», recordó, mientras estiraba los brazos y eructaba levemente, apartándose de las líneas de luz pajiza que, como un pentagrama, atravesaban el salón desde las lamas de la persiana de la ventana. Se recompuso la camisa y el pantalón, se refrescó la cara y salió a la calle en dirección a una librería que le había recomendado su amigo Rubén, el profesor tutor, en el contiguo barrio de Los Remedios. Quería saber bien del siglo XVIII colombino, pues había encontrado ciertos datos sobre un galeón de entonces llamado *Santa Clara*. En el Indiferente General del Archivo, entre documentos incompletos o aún no interpretados, halló la declaración de un individuo ante la Capitanía de Riohacha, en Nueva Granada; era una caligrafía apresurada e incompleta; el testificante aseguraba formar parte de la tripulación de conveniencia del galeón comercial «S. Clara», y que éste había sido abordado y hundido por piratas en la costa oriental del nuevo virreinato; el manuscrito estaba fechado el 12 de mayo de 1755, y añadía un apunte del tomador señalando que el declarante tenía aspecto desmañado, hablaba inconexo, estaba como demente, agregando que el supuesto lugar del incidente estaba muy alejado de las rutas oficiales, por lo que le restaba credibilidad a la comparecencia. No obstante, lo peculiar del documento le invitó a copiarlo y guardar la signatura «por si acaso»; sin embargo, percibió en esa reseña que su intención inicial sobre el mercado negro y el curso derivaba claramente hacia barcos misteriosos, quizá a tesoros. Y en esas deducciones andaba cuando se topó con el escaparate de la tienda.

Echó un vistazo rutinario a los títulos expuestos, donde se mezclaba la ficción literaria con ensayos, docentes, históricos o biográficos. Pasó al interior y buscó las

estanterías de historia; una vez ante ellas, los títulos relacionados con la etapa colonial: sus dedos índice y corazón saltaban sobre los lomos como las yemas sobre las teclas de un piano: «Zámbigos y Cambaigos en Perú», «La Encomienda de Tucumán», «Indios precolombinos: de Teotihuacán a Chichicastenango», «Las reglas de los congos africanos», «Negros y blanquiñosos en la América española», «Los libertos andinos», de Pérez Terry, con prólogo de Moreno Terán... Germán tomó el libro y leyó la contraportada; se rascó la coronilla y, perdiendo la mirada, se dijo «éste es el que decía Amparo... el de su investigación... vaya». Siguió mirando y desechando títulos hasta que sus dedos se toparon con uno firmado por James Whithdraw; «¿Whithdraw? Ése es el apellido del inglés del portazo... a ver si es...», susurró, y sacó el libro del anaquel para ir directamente al título: «Los duques de Arroyomolinos: pioneros de ida y vuelta». En la solapa interior venía la biografía y foto del autor, era el de esta mañana, sólo que con veinte años menos. Se le definía como profesor e investigador inglés, como «hispanoamericanista» le definía la solapa, y decía también que estaba afincado en Andalucía desde hacía más de dos décadas, y que era «minucioso y preciso como un sabueso» en el estudio de las fuentes; éste era su segundo trabajo publicado en España, siendo el anterior otro que versaba sobre las posesiones británicas en América del Norte. Germán Bravo tomó dos pastillas de regaliz que extrajo de su bandolera; no se lo pensó dos veces y pagó el importe de la edición de bolsillo. A paso rápido regresó a su casa de alquiler y, sin dilación, se hundió en el sofá del salón, ya casi seca la funda del sudor de la siesta, y se entregó a la hagiografía de los duques de Arroyomolinos escrita por el minucioso y sabueso hispanoamericanista inglés.

No era muy extenso el libro, menos de ciento cincuenta páginas de cuerpo 14; a su término sólo le cupieron a Germán dos posibilidades: o eran los Núñez de Cereto, que no eran otros que los duques de Arroyomolinos, los ignotos héroes de la epopeya, los ocultos muñidores que en cualquier hazaña ceden el protagonismo a otros segundones; o eran eso —se dijo— o el librito en cuestión no era más que una babosa socapa loatoria de las sucesivas generaciones del áulico apellido, pues ningún lunar había en ninguna rama del árbol, parecían todos los Núñez de Cereto más decisivos que Cortés, De las Casas y Bolívar juntos. Bueno, solamente mencionaba que en el origen, una de las hijas, Clara Núñez Cereto, contrajo de niña una patogenia indeterminada e incurable de la que falleció antes de los dieciocho; ése era la única sombra entre tanto brillo. Señalaba Whithdraw con gran precisión cómo nació la saga, la concesión del ducado y la presencia de la metopa de cobre con el sello borbónico que certificaba la distinción en el frontis de su palacio jerezano, su acción comercial en Indias y su benevolencia para con nativos y esclavos, la sagacidad hereditaria para ampliación de sus viñedos en Jerez, cómo, se habían convertido en los principales productores y exportadores, cómo protegían los métodos tradicionales y la pureza de las distintas variedades, jamás aguaron las madres del vino para aumentar la producción, como hacían otros; narraba Whithdraw cómo extendieron el

negocio a las empresas auxiliares de embotellado, etiquetado y cartonajes; se henchía el relator con la gesta y evolución del caballo «sidonio», raza equina criada en la dehesa del Cristo de la Sangre, en Medina Sidonia, en Cádiz; una dehesa que tuvo en los inicios una ermita y una hacienda, que fue la residencia de la duquesa, Clara Cereto, cuando su marido partió a Indias para supervisar *in situ* sus empresas. Antonio Núñez Rivera —aseguraba el libelo— murió valerosamente defendiendo Cartagena del ataque de Edward Norton, siendo su hijo Antonio el mantenedor de la stirpe, desde entonces ya con el compuesto Núñez «de» Cereto como primer apellido. De El Cristo de la Sangre —decía el libro— quedaba ahora, como casa de campo, lo que fue la ermita, mientras que la dehesa se había trasladado a otros terrenos en Arcos de la Frontera. Contaba, en fin, cómo colaboraron los duques en la liberalización del comercio en Indias, cómo mediaron en los primeros conflictos independentistas, cómo revalorizaron el marco de Jerez, su labor social, su calidad de motor de la economía de interior de la provincia de Cádiz, tanto y tantos dependían de los Núñez de Cereto que J. W., como buen corifeo, fue un paso por delante y terminaba pidiendo que la provincia de Cádiz debería de dejar el topónimo «Cádiz» a favor de otro más genérico, —«más justo», decía el librito—, y proponía el de Serrimar: Jerez, provincia de Serrimar, Cádiz, provincia de Serrimar, Algeciras, provincia de Serrimar, la Diputación de Serrimar, proponía el biógrafo de los duques de Arroyomolinos que se denominase la institución provincial supralocal ubicada en la capital, Cádiz.

Meses atrás de este invierno, en agosto, la emigrante colombiana recién llegada a Sevilla y nombrada Rosita, había trasladado sus temores a una paisana nacionalizada española, Lidia Daza según su pasaporte. Ambas habían quedado en tenerse en contacto para auxilio, si fuese necesario. En ese mismo agosto, pero cien kilómetros río Guadalquivir abajo, rebasados los arrozales de Isla Menor e Isla Mínima, más allá del lucio de El Bocón, del lucio Real, de los lucios de Los Ansares y El Membrillo, en los confines de Argónida, pero ya con agua salada, frente a la Punta del Malandar, en la playa de Las Piletas, había acotados unos dos mil metros cuadrados con establos, comederos y abrevaderos; había varios chiringuitos, una multitud apiñada a lo largo de la playa, muchos en traje de baño; justo frente a una pancarta rotulada como «meta» había un palco provisional, pero bien amueblado, cubierto, enfaldillado con ajados reposteros, con moqueta, sillas y plantas, con servicio de camareros. Uno de ellos, a la entrada, disfrazado de camisa blanca y chaleco, pantalón gris a rayas, botos camperos y sombrero cordobés, venenciaba copas de manzanilla fresquita y clara, a los exclusivos ocupantes del palco: las consabidas autoridades locales y provinciales sentadas muy formales en primera fila y detrás, de pie o también sentados, pero en conciliábulo particular, célebres bodegueros, condes, duques y marqueses, militares, distinguidos veraneantes, ganaderos de los caballos en liza, armadores pesqueros y otros y otras de lujoso porte y exquisita educación.

En la bajamar de las playas de Bajo de Guía y Las Piletas, con el sol rojo púrpura

extendido sobre las lentas arrugas del mar que se bebe el río, todo estaba listo para la última carrera de la temporada; mil trescientos metros, con el cajón allá casi en Bonanza, en agua dulce, y las apuestas cerradas; bajo el palco el *paddock* ha quedado expedito del paso de cortesía de los ganadores de la prueba anterior; arriba, algunos apuntan sus prismáticos hacia el norte, en espera de que caigan los portones. Arranca la carrera con relinchos y al unísono trotar de ocho monturas; el público grita desde la arena, otros aplauden con el agua por la cintura. Hay dos alazanes, tres tordillos, un negro, un ruano y un castaño; a los cien metros el traqueteo del galope se ha espaciado: se han destacado uno de los alazanes, *Roger II*, un potente purasangre de la cuadra Ferré Rusinyol montado por su sobrina Montse; el negro, *Zahiro*, elegante sidonio del hierro Núñez de Cereto, gobernado por el jinete olímpico Juan Antonio Altomarán; y *Pierrot*, un tordillo andaluz de la ganadería francesa Poissireaux Boulanger, pilotado por *Monsieur Girardot*. Más atrás vienen el otro alazán, también andaluz, dos tordillos westfalianos, el árabe ruano y, en último lugar, un *holsteiner* castaño de la cuadra Cantagallo, de Chucena, Huelva. En el medio kilómetro el negro sidonio y el alazán purasangre sacan un cuerpo al primer andaluz; la arena mojada amortigua el golpeo de los cascos sobre la inusual pista, pero alguno del segundo grupo chapotea en la espuma de la última ola de la bajamar levantando una fugaz erupción de vidrio y salitre. A los mil metros el duelo se dirime entre el purasangre de la cuadra catalana y el sidonio del duque de Arroyomolinos, pero a falta de cien metros, el negro parece exhausto y el alazán de Ferré Rusinyol corta la tanza en solitario, haciéndose con la carrera y con los nueve mil euros de premio.

En el palco las autoridades aplauden de forma mecánica, ellas y ellos muy pagados de sí mismos, y se forman grupitos atrás, asienten con la cabeza, celebran o deploran la carrera unos, se felicitan, se dan palmadas, se consuelan otros. Trota por el *paddock* la pareja ganadora, saluda la amazona sobre el alazán andaluz, resopla su caballo con espumas en la boca, sujeta ella la brida, le acaricia el lomo, sonrío y saluda, susurra a su montura. Arriba, la venencia vuelve a sus elipses, vuelven los arcos de manzanilla a deshacerse en las copas, se deslizan como plumas las bandejas de langostinos, de jamón de Huelva, la repostería, los helados. Jaime Núñez de Cereto Saladillo, duque de Arroyomolinos y dueño de la ganadería del mismo nombre, de quien no se separa un individuo grandote y casi pelirrojo, comenta con Jorge Cantagallo —el de Chucena— y con el concejal de Fiestas sanluqueño la ocasión perdida. En el centro, el ganadero catalán vencedor de parte muy crecido con dos ilustres veraneantes: el célebre periodista Carmelo Fragua y el catedrático sevillano Juan Moreno Terán; al triunvirato se agrega, tras una seña del periodista, el escritor local Luzardo Galletti. Fragua, alto y con bigote, depositario de un gracejo vecino de la más ácida socarronería, dispara:

—Espléndido, mi querido Ferré, espléndido; estaba seguro de que no me fallaría —pregonó con una prosodia exageradamente protocolaria.

—Gracias, Carmelo, gracias, el mérito es de la chica...

—Bueno, bueno, bueno, la niña no es que sea un bombón, es que es una bomba... ¡qué elegancia, qué dominio, qué... qué arte! —insistió Fragua, depositando una fina loncha de jamón en su lengua. ¡Excelente, excelente este pernil!— añadió.

El resto de la reunión rió las frases y gestos del reputado periodista. El catedrático Moreno Terán, vació una copa y chasqueó brevemente con la lengua: «mmm, qué fresquita...»; luego prosiguió la charla:

—Los sidonios del duque no terminan de cuajar.

—Son rápidos y ligeros, pero les cuesta ir más allá de la milla —terció el escritor Galletti.

—Lo ganan todo en doma y saltos —dijo el triunfante Ferré.

—Los que nunca sacan nada en raid son los westfalianos —prosiguió Galletti. Pero siguen viniendo...

—Son muy buenos en acoso y derribo; como andan por aquí en la temporada, aprovechan... —apuntó el ganadero catalán.

—Y qué me dicen, mis queridos amigos, del último, del escobero —apuntó Carmelo Fragua.

—Bueno, es que a los Cantagallo los preparan sólo para morfológicos, no están para correr; no corren porque no quieren, porque la raza es veloz y lo vale —arguyó Moreno Terán.

En el otro grupo, Jaime Núñez de Cereto Saladillo atendió a un aparte solicitado por su acompañante de aspecto inglés, que le bisbisó algo al oído; el noble, educadamente irritado, pareció dialogar seriamente con su interlocutor, manoteando ambos; por fin, Núñez de Cereto se retiró y se puso el móvil en la oreja, quedando en solitario varios minutos. Mientras, el concejal de Fiestas se reunió con el alcalde, y Jorge Cantagallo, el ganadero de Chucena, se agregó al primer grupo, saludando y felicitando primero a Ferré y luego al resto.

—No ganamos una —dijo el de Chucena.

—Pero son unos animales preciosos —le consoló el catedrático.

—No tendría inconveniente en dejarme invitar a un paseo por el coto en uno de esos ejemplares —intervino Carmelo Fragua, riéndose, celebrándose a sí mismo.

—Eso está hecho —corroboró Cantagallo— cuando quieras.

Ferré y Fragua comenzaron a departir sobre qué bonita era Barcelona, mientras Galletti se excusó y bajó a la arena, momento en que Moreno Terán apartó a Jorge Cantagallo, al que inquirió discretamente:

—¿Le ocurre algo a Jaime? Parecía preocupado...

—El que venía con él, que le ha dicho algo, algo de su hermano... —musitó Cantagallo.

—Ah, sí, claro, le dicen El Ermitaño; es un hermano que vive solo en Medina Sidonia, en una antigua ermita.

—Y ¿qué le pasa?

—Lo han internado varias veces, en el psiquiátrico.

—Nunca he escuchado nada...

En ese momento, Ferré fue urgido para el agasajo por las autoridades y por su sobrina, la elegante amazona Montse Rusinyol, vencedora de la última carrera de la temporada y de los nueve mil euros. Carmelo Fragua volvió al primer grupo, a su conversación; usaba de la palabra el conspicuo catedrático Juan Moreno Terán.

—Se llama Antonio, creo, es un tío inteligentísimo, tenía tres carreras a los 23 años, pero ya desde niño sufría ataques epilépticos y depresiones... una lástima.

—Esa familia siempre ha tenido casos raros —intervino Carmelo Fragua: Por lo menos, eso me ha dicho gente íntima suya; ha habido desheredados, algún *down*, claro, con tanta endogamia...

—Sí, eso se dice; se dice en círculos muy restringidos, claro. Porque lo que es su biografía... —dijo el catedrático.

—Ah, pero ¿tiene una biografía y todo? —dijo Fragua.

—Bueno, más que una biografía es un panegírico; ese que está con él, el pelirrojo, es el autor; es un investigador, o supuesto investigador inglés, va mucho por el Archivo de Indias; publicó un libro sobre los Arroyomolinos y sus negocios aquí y allá.

—¿Aquí y allá? —intervino Cantagallo, oidor hasta ese momento, que giraba la cabeza a derecha e izquierda, como si viera un partido de tenis, según quien hablase.

—Sí, aquí y en la América colombina, en Colombia; tuvieron cierta relevancia en el siglo XVIII, poco antes de la liberalización del comercio ultramarino.

—¿Y aquí? —repreguntó Cantagallo.

—Bueno, aquí son los mayores productores de vino, son dueños de casi medio millón de hectáreas, sobre todo después de emparentarse con los Saladillo; desde que Jaime tomó las riendas han triplicado la producción... algunos dicen que con malas artes...

—¿Ah sí? ¿Y... qué se dice? —insistía indiscreto Cantagallo.

—No sé si será cierto, pero algo pasó con Bejarano, con el capataz, heredero directo del primer capataz de las bodegas; le despidieron o se pelearon, no sé, pero él tuvo un accidente y ahora está en silla de ruedas... si no ha muerto ya...

El grupo hizo otro silencio, otra pausa de carraspeos, caladas y sorbos. Moreno Terán añadió:

—El caso es que son los que mandan en el Consejo Regulador y en los exportadores...

—Pero no en las carreras —terció Carmelo Fragua con chanza.

Todos rieron un poco forzadamente. Cantagallo, ya con fehaciente indiscreción, siguió preguntando: «¿Y El Ermitaño ese?». Hubo unos segundos de silencio, los que se aprovechan para beber un trago o buscar un cigarro; Fragua sacó y encendió un puro. Juan Moreno Terán dudó unos instantes; finalmente, con cara de fastidio, dijo: «estaba llamado a ser el heredero, aunque no fuera el mayor, esa listísimo; pero con sus ataques se volvió huraño y reservado; hace años que ya no aparece el público».

La conversación quedó rota por los aplausos del resto de invitados del palco y también por la gente de la playa; el alcalde entregaba a Montse Rusinyol el trofeo y un cheque: Detrás, los mayores subían a los animales a las furgonetas y los servicios municipales se disponían a desmontar establos y grada, atentas ya las máquinas de limpieza de la arena, pues mañana haría un estupendo día de playa.

Meses después de la jornada hípica de Sanlúcar de Barrameda, con el arcón genealógico ya en su poder, el pasado caribeño de Lidia Daza quedó extinto. Su vida seguía en la privilegiada rutina de la tesis que preparaba sobre las coplas populares andaluzas, su empleo en la universidad y sus amistades colombianas. Se vio un par de veces más con Rosita, la joven que le contó que habían intentado chantajearla los mismos que le ayudaron a llegar a España, pero nada más le dijo de aquel episodio. Era sábado y, como casi todos los sábados, se dirigió a la plaza de La Alameda de Hércules, a reunirse con paisanos y amistades que gustaban de cuchichear entre los tenderetes de los mercachifles y chamarileros que exponían allí el fruto de desahucios, hurtos o reventas. Pensó que habría podido instalar un puesto con el contenido del arcón de su expropiada casa de Cartagena, pues eran muchos y muy variados los achiperres que traía: espadines, candelabros, notas de contabilidad, vestidos largos, enaguas, medias, alfileres, vasos de metal y cristal, libros y periódicos viejos, fajos de correspondencia cuyo valor sería, seguramente, el de sus sellos de lacre o textura de parafina; la mayoría de tales misivas era de contenido comercial o normativas financieras y jurídicas; todas las guardó sin más, excepto una que era personal, estaba firmada por su antepasado Rodrigo Daza y dirigida a sus dos hijos, que en el momento de escribirla, se hallaban en sendos buques militares entre Veracruz y Portobelo; en esa carta, les informaba de su salida precipitada de Cartagena y de su partida apresurada para España con un cargamento «secreto de gran valor»; el carácter personal y el enigma del contenido de esa carta la habían traído de cabeza por unos días, hasta que lo dejó ir, aunque ahora, como una premonición, volvió fugazmente a sus pensamientos. Ya en el mercadillo deambuló, como de costumbre, entre las tribus de *hippies*, neorrománticos, travestidos, moteros o parejas de enamorados con gafas oscuras y zamarras de cuero.

Esa misma mañana de sábado decembrino también recorría el bullicio del mercadillo, mirando distraído y legañoso los puestos de antigüedades Germán Bravo. Esa matinal combinaba la escucha de las retahílas de voceros y regateadores con sus desmedidas ilusiones aventureras; sin apenas darse cuenta había pasado de investigar el mercado negro caribeño a soñar con un tesoro escondido, con un barco de doble vida, con el hallazgo de una prueba que pudiera cambiar algún destino. Paseaba entre la bulla; ahora se detenía ante una mesa con libros y tebeos antiguos, ahora paraba frente a un caballete que sujetaba una sencilla marina, ahora sorteaba alfombras llenas de mercaderías baratas. Así hasta que se detuvo ante un puesto en el que, junto con pequeñas imágenes de santos, marcos de cuadros y piezas de vajilla de cristal y porcelana, había expuesta la miniatura de un galeón, con sus finas láminas de madera



ya alabeadas, descolorido, con dos de los palos rotos, sin apenas velas y sin nombre. No supo cómo, pero salió de su boca una pregunta: «¿es el galeón *Santa Clara*?». El vendedor encogió los hombros con cara de hastío, pero Germán sintió que sobre su mejilla derecha se deslizaba como un pañuelo de muselina la sorpresiva mirada de una muchacha morena, de cabello negro ondulado y rasgos redondos y abundantes. «¿Sabes del *Santa Clara*?», oyó decir a la muchacha que le iluminaba con su ancha dentadura y su envolvente acento caribeño.

—¿Co... cómo dices? —borboteó el muchacho confundido, creyéndose observado por miles de ojos, repentinamente protagonista, como sacado a la fuerza de su escondite.

—¡Qué charro! Recibí una carta que decía de ese barco... escuché que lo nombrabas... —dijo Lidia con sorpresa.

—Ehh... bueno... —balbució Germán, confundido por lo de «charro», pero enredado en su acento—; lo he visto en unos papeles... en el Archivo de Indias —agregó.

Los jóvenes pasaron a segunda fila, empujados por otros mercaderes, pero no dejaban de mirarse, con recelo, sí, pero presintiendo también mayor contenido al azaroso encuentro.

—¿Vas seguido al Archivo? —apuntó ella—, conozco a algunos —añadió, queriendo alargar la conversación.

—No, no, que va... a veces me entretengo con barcos de la época colonial, pero sólo como aficionado —indicó ya con más seguridad, como dándose importancia.

—Está bueno... —asintió la joven— y... ¿cómo va, quieres buscar más?

La pregunta le cubrió el rostro de rubor. Tragó saliva y, cayendo al precipicio que se abría ante sí, balbució: «¿Te... te apetece pasear, estás... sola?». Los instantes que transcurrieron hasta la respuesta de ella le parecieron como una infinita ducha de engrudo, instantes sólidos, plomizos, eternos; «okey, sí, vamos pues», dijo ella con naturalidad, «platicaremos de barcos y tesoros, claro», añadió riendo, y se encaminó a una terraza cercana, arrastrándole a él con su propio movimiento.

Sentados en un velador frente a sendos vasos de cerveza, Lidia Daza explicó a Germán que trabajaba en la Universidad a la vez que dedicaba todo el tiempo que podía a la búsqueda y recuperación de autores y repertorios de coplas y cantes populares andaluces con destino a su tesis doctoral: buscaba pasodobles, trovos, letras de carnaval; quería compararlos con los cantes de ida y vuelta y establecer un mapa de orígenes y referencias. Ello le llevaba a viajar por toda Andalucía y documentar fuentes en archivos y bibliotecas. «Me enamoré de Cádiz a primer golpe de vista», dijo con su acento azucarado: las cúpulas doradas, los castillos de tierra, las calles estrechas y asimétricas le hacían sentirse como en su Cartagena de origen.

—Anda, qué casualidad... yo soy de Cádiz —exclamó triunfante Germán Bravo.

—¿De veras? —dijo Lidia, jugueteando con la voz. No le creo...

—De Cádiz Cádiz —insistió él, con gesto falsamente agraviado—, ¿qué pasa, no

puedo ser de Cádiz?

—Eh, no se me altere, parcerito —porfió la joven con un mohín—; a ver —añadió— ¿cómo se llama la playa?

—Pero... ¿por qué no me crees?

—La playa, mancito, cómo se llama la playa.

—Ésa es muy fácil, anda, ponme otra...

—La playa... ¿cómo es su nombre? —siguió ella con el juego.

—Está bien —cedió Germán con fastidio— cual quieres. ¿La Victoria, La Caleta, Santa María del Mar?

—Bueno está... gaditano —repuso zalamera.

—Y tú..., ¿de dónde eres, cómo te llamas?

—Lidia, soy colombiana de Cartagena.

—Yo me llamo Germán. Y... Lidia... ¿llevas mucho tiempo aquí?

—Voy por nueve años.

—Ah —exclamó él—, entonces ya eres de las nuestras...

—Sí, casi sí... aquí se puede estar... —dijo ella abandonando su sonrisa.

—Oye... ¿por qué no me creías?

—Pues... era mucha chimba... Santa Clara, Cádiz... —Hizo una breve pausa; luego le miró a los ojos y prosiguió—: Cádiz me tiene plagiada, me siento de toda la vida...

—No me extraña —dijo él, dándose aire de sabiduría. Cádiz es lo mejor del mundo...

—Puritito Cádiz, seguro —dijo ella ampliando la sonrisa.

Siguieron conversando. Lidia le explicó cómo conoció los orígenes y evolución de las coplas populares o de carnaval, su peripecia detectivesca en relación a su tesis, «pero cuando me rendí todita», enfatizó, «fue al topar una estampa de un cantante flamenco»; «cantaor», corrigió Germán. La chica contó que en el interior de un diccionario de 1888 —que encontró en la biblioteca particular de un profesor emérito, al que había localizado a través de su antigua empleadora—, descubrió una estampita muy artesanal que tenía por el anverso una ilustración con un escueto retrato en blanco y negro de un varón agitanado, llamado «El Sombra», y en el reverso reproducía las siguientes alegrías:

Las mareas son la fuerza  
de azules vientos  
que cubren la bahía  
de mis deseos.  
Y mis deseos, niña,  
de ámbar llenos  
duermen en un cofre  
aún más adentro.

Lidia apostilló que nunca halló otras referencias de «El Sombra» ni encontró a nadie que tuviese noticia de aquellas alegrías, de modo que, después de obtener el permiso de su dueño, se quedó con aquella estampa como si fuese el máspreciado de los incunables. «Quizá las escribió un poeta anónimo o un poeta popular, no parecen de un cantaor», terminó.

Germán la miraba fijamente, provocadoramente, y tarareó con gran alharaca —y escaso fraseo— las alegrías de «El Sombra»; al finalizar su actuación ella le aplaudió y rió abiertamente; la joven le hizo después un relato breve de su pasado hasta la recepción de la carta de expropiación: «Desde que llegó el baúl sólo hago que probarme vestidos y leer papeles viejos», decía; «Vino una carta del abuelo de mi abuelo, la que antes mencioné; dice que Cartagena es asaltada por los pinches ingleses y que viene hacia España en el buque *Santa Clara* con un cargamento secreto de gran valor. Por eso me provocó que alguien supiese del mismo barco», concluyó. El joven la escuchaba con ojos caedizos; le explicó que pocos días antes había hallado una referencia de un galeón hundido del mismo nombre. Luego, aterciopelando la voz, balbució: «Resulta extraño que hayamos coincidido este día, en este instante y en este lugar... creo... creo que es una señal...», dijo, bajando aún más la voz. Ella sonrió, negó con la cabeza:

—Fue chévere —replicó ella sonriendo—, podemos pasear otro día si te apetece —dijo, ensanchando su boca.

—Claro que me apetece —exclamó Germán con seguridad, y luego, modulando la voz, como declamando, agregó: te mostraré las plazas y los rincones que guardan los secretos de esta ciudad.

La muchacha bajó la mirada con un arrebol en el rostro; miró distraídamente los alrededores y, arrugando la nariz, concluyó:

—Mmm... no eres de aquí, no me engañes... pero bueno, si hubiese sido una señal, te espero el próximo sábado, a la misma hora, en el mismo lugar, ¿okey?

—Okey —dijo el chico, y enseguida—: ¿me das tu teléfono?

Lidia Daza dudó unos instantes; luego sonrió y dijo «toma, copia». El joven tecleó en su móvil el número de la muchacha, que se levantó como impelida por un muelle, le saludó con la mano y se alejó entre los ritmos jamaicanos que salían de los bares de la zona, mientras Germán asentía también con la mano, una mano que se le quedó alzada, paralizada la mano y todo él también detenido, haciéndose pequeño y ridículo, llenándose de adolescencia.

Permaneció unos minutos en alucinación. Repitió mentalmente charro y chévere, con el acento de ella (charro, chévere, charro, chévere). Luego se puso a hojear un periódico local que estaba sobre la mesa, arrugado y manoseado, aunque del día. Saltó por las secciones hasta una gacetilla sobre unas reformas que se planteaban en la Base Naval de Rota, antes USA, ahora OTAN: que si quedaba sólo como abastecimiento, que si se daría de baja a tres de las ocho escuadrillas aéreas operativas, que si se iba a reducir el personal civil; ello trufado de declaraciones de

líderes —políticos y de opinión— de izquierdas que cuestionaban abiertamente su mera existencia y llamaban a una próxima —y ya tradicional— marcha y concentración a las puertas de la base militar. Germán tensó los músculos imaginando que tantos vuelos supersónicos que se escuchaban a todas horas durante la Guerra de Irak, —incluso siendo él adolescente, cuando la Guerra del Golfo—, venían a Rota a cargar bombas que unas horas después estaría matando a personas. Pasó página.

Más al interior del diario había un reportaje sobre el incremento de la inmigración en España, con referencias específicas a Sevilla. Era un asunto recurrente desde hacía varios meses: ahora no sólo se planteaba la llegada de ilegales en pateras por las costas más cercanas a África, sino por aeropuertos o desde otros países europeos. Germán fijó su atención en los párrafos que venían después de un ladillo que decía: «Mafias colombianas». «Lidia es colombiana», se dijo, mientras leía con avidez el resto del artículo. El periódico relataba la existencia de grupos mafiosos colombianos establecidos en España que conseguían los permisos de salida para mujeres que luego derivaban a la prostitución o las introducían en los mercados de trata de personas. «Yo pensaba que se dedicaban a la cocaína», se dijo con sorpresa. El artículo terminaba reseñando que había grupos que exigían dinero a los colombianos asentados en España bajo amenaza de agresiones o desvalijamiento de las casas donde malvivían. Germán Bravo tuvo un pálpito, un amago de ansiedad; se puso en lo peor: «Lidia estará siendo amenazada...»; unos segundos después frunció el ceño, quiso quitarse del pecho el apretón y de la cabeza a la chica, hizo como que se recompuso y se dijo «y a mí qué... no conozco de nada a esta tía... a ver si me quiere liar con algún rollo raro...». La melodía cantarina de su teléfono móvil le sacó de la quimera; en la pantalla parpadeaba el nombre de Amparo, la profesora que conoció en el Archivo, con la que tomó unas cervezas, la que tenía una alianza en el dedo anular de la mano izquierda.

# EL ITALIANO

El dios de los vientos ha dibujado el atlas, ha colocado en el mapamundi pequeñas cáscaras, ha soplado divertido y escupido, y ahora vuelve la mirada al sur de Nueva Granada, a la costa norte de Brasil. El cañonero ligero que acaba de asomar por la rada camuflada tiene el pabellón blanco con una gata negra y su tripulación parece jocosa y pendenciera; los hay, empero, que tallan figurines en los barrotes de las regalas, que pintan sobre tablas o láminas de cobre, haciendo otros de modelos, leen unos terceros manuscritos y cabreros. Son fornidos y musculosos hombres, aunque también los hay achaparrados y rencos. Los hay blancos, pero también negros y aindiados, bereberes y chinos, todos con cicatrices que más parecen taras de parto que marcas de combate de cómo encajan en su fisonomía; todos son de piel bruñida y acristalada, blanden sus pechos a la brisa del océano, gime la brisa engullida por ellos.

Tiene el cielo el lubricán de la tarde y hay un ligero mar de través que tabletea suavemente contra las amuras de estribor. La embarcación navega silenciosa a sotavento, sin la mayor ni la mesana, sólo con el trinquete, costeando, hasta que cae la noche. Es la *Gata Negra*. Nadie la ha visto, pero en todas las comandancias y puertos del Caribe la conocen; la mención de su nombre eriza el vello de los brazos y acelera el pálpito de los corazones. Es la destinataria de todos los enigmas, el ogro que se invoca en los desastres, la amenaza para los barcos y compañías que ejercen el tráfico comercial y humano en los mares del sur, es la conciencia indócil para los contrabandistas, para las redes de mercadeo clandestino de metales, joyas, especias o alcoholes; temida y tabú incluso para corsarios. Es la gran bestia marina, y también lo es la leyenda de su capitán, «El italiano».

El navío echa el ancla y arría el velamen al abrigo de un pequeño cabo. Los marineros, que han cenado bien y bebido moderadamente, se tumban en los jergones de cubierta o bajo los castilletes a eructar, a iniciar una sinfonía de ronquidos mecidos por el balanceo del oleaje. Pedro Arbolí es uno de ellos, es el que dirige las maniobras; lleva una camisa ancha color tinto y pantalón negro sujeto por un cinturón de cuero negro con una hebilla de cobre que tiene grabada una pezuña de jabalí. Es un gañán originario de una aldea del Condado de Niebla que se enroló con 12 años, como grumete, en un bergantín de la Armada para la vigilancia de las costas españolas; así conoció todos los puertos desde Barcelona hasta Faro, aprendió los rudimentos de la marinería, el gobierno de las embarcaciones, las estrategias ante ataques o tormentas, la rigidez de las líneas jerárquicas: aprendió desde la defensa de la ley a burlar la ley. Ahí estuvo hasta que el costeo y la protección se le quedaron pequeños y él estancado: debido a su iletrada extracción, no lograba pasar de simple marinero. Pero una travesía a Indias le brindaría la oportunidad de dar un giro a su ansia de progreso.

El bergantín en el que servía formó parte de la escuadra de escolta para una

importante expedición de transporte de maquinaria y elementos con destino a la nueva ceca de Bogotá; en las cercanías de esa ciudad se había descubierto un gran yacimiento de oro y las autoridades del virreinato estaban terminando las obras de preparación para la explotación de la mina, sus accesos, su protección, el reclutamiento de especialistas, las levadas de nativos y esclavos para las tareas de pica y acopio, los barracones para su alojamiento. Partieron desde Cádiz con la máxima reserva dos buques de transporte llevando en su interior dos colecciones completas de moldes para la fabricación de moneda, así como cuatro colecciones de moldes para lingotes de otros tantos pesos y tamaños; la carga incluía dos grandes hornos de cerámica desmontados, cuyas piezas serían encajadas y soldadas en su ubicación final, en la nueva ceca de Bogotá que aliviaría el incremento de demanda monetaria derivada del exceso comercial, y que abastecería de monedas a las ciudades de la costa caribe, dejando Potosí para el interior. Una fragata y el bergantín de la Armada española acompañaron tan sensible cargamento, pues había que protegerlo no sólo por su valor y el enorme perjuicio que causaría que cayesen en manos ajenas los juegos de moldes de monedas, sino porque el solo hecho de que se conociese ese transporte, a oídos de los ingleses, sería la delación de la existencia de la nueva mina y, por tanto, de una nueva ceca.

La Expedición llegó sin contratiempos a Portobelo, y fue aquí, y en esa circunstancia, cuando Pedro Arbolí decidió poner en práctica sus conocimientos a propio beneficio; en el puerto, además de buques comerciales y otros de combate, había otro, también de aspecto comercial, pero extrañamente con algunas troneras disimuladas. Tenía bandera española y estaba rotulado con el nombre de *La Gobierna*; en una posada cercana, de abundante tráfico de meretrices, entabló conversación con su capitán, a quien ofreció sus servicios y le pidió enrolarse; dos días después, en el bergantín de la Armada descubrieron su desertión, pero *La Gobierna* ya había zarpado con Pedro Arbolí agazapado en la cubierta; ahora era corsario, ahora una singladura de acción y riquezas, fugaz como un entremés de Cervantes, se representaba en su horizonte. *La Gobierna* tenía patente bienal de la Corona española para la zona de Nueva Inglaterra, aunque se abastecía generalmente en Veracruz y Portobelo. Era uno de los corsarios que trataba de frenar a los ingleses en su propio dominio, muchas millas arriba de Nueva España. Atacaba pequeños puertos y navegaba luego mar adentro, a esperar los navíos ingleses de reconocimiento, a buscarles la popa, a laminar el buque escolta y darse a la fuga hacia el este, aprovechando el viento favorable.

En uno de esos ataques, *La Gobierna* fue víctima de su estrategia: una fragata le sorprendió por su popa y quedó atrapada entre dos buques de guerra; renunció al abordaje de la almiranta, pero no pudo evitar el abordaje por la que le cerraba la vía de escape; durante casi media hora fue cañoneada y abordada por los marineros de Perkins, comandante de la flota de costeo en Nueva Inglaterra. Pero Pedro Arbolí, como los buenos estrategas, sabía que la mejor defensa era un buen ataque y que

había que arriesgar: junto con dos más, lanzó los garfios a la popa del inglés, balancearon los tres ante las bocachas de los cañones, golpearon sus cuerpos la madera rozando la línea de flotación del barco enemigo, pero alcanzaron la cubierta, Arbolí quería descabezar la fragata, reducir al timonel, quebrar la rueda, romper el timón. Reptó hacia el puente, hacia un Perkins que se desgañitándose contra sus hombres pues veía que se iba el corsario español sin daño; Arbolí llegó a él, le estampó de un empujón contra el juanete, y le puso la punta del cuchillo en la nuez; por señas y le hizo comprender que, si no detenía el ataque, se hundiría la hoja en su garganta. «¡Stop!, shit spaniard..., ¡stop!», el ataque se detiene; los otros dos han destrozado el timón y la rueda y saltan por la borda; Arbolí suelta una carcajada y, sorpresivamente, rebana de un tajo la oreja del comandante inglés y recula hasta saltar también entre los aullidos del oficial desorejado; sus dos colegas le auxilian en el agua bajo una granizada de disparos; los dos buques se alejan, con tensión en *La Gobierna* e ira en la fragata de bandera de cruz roja y aspa blanca, con escozores en el cuerpo de Pedro Arbolí, donde ha hecho blanco algún disparo.

Curó de sus heridas en tierra firme, en Barranquilla, pero la soledad de la convalecencia le llevó, una vez más, a cambiar de ocupación; Arbolí se infiltró en una cuadrilla que intermediaba en las componendas ilegales de gemas y perlas. Las conseguían de los criaderos clandestinos propiedad del misterioso y legendario bandolero de mar, mentado «El italiano». Con esta ocupación desarrolló sus capacidades negociadoras, de modo que no tardó el mítico pirata en desear conocerlo. Arbolí ganó prontamente su confianza y entró a su servicio, una nueva vuelta de tuerca en su romancero personal, un peldaño más en su escala de medrajes. Ahora es el hombre de confianza de «El italiano» y, cabe la costa, una vez encarado al norte el navío que escudriña Eolo, trepa Pedro Arbolí hasta la cofa de la *Gata Negra* y otea en el anochecer lapislázuli las tenues luces de unos faroles que se mecen y parpadean en el horizonte; unos faroles que apenas dejan ver la mancha de un casco y unos mástiles con algunas velas desplegadas. Desciende como una araña y se encuentra en cubierta con el capitán, que acaba de asomar por la trampilla de la bodega: «el cuadrado va a entrar en el círculo», le dice. «El italiano», con una saya blanca anudada a la cintura que devuelve a la oscuridad como una luciérnaga los escasos rayos de luna, restriega su mano derecha por la axila contraria, palmea la espalda de su lugarteniente, ordena el cambio de vigilancia y se acoda en un poyete; entorna los párpados, se encierra en sus pensamientos, se queda como adormilado, murmurando. Está claro que esa presencia inesperada incomoda al capitán, que frunce el ceño y las mejillas, masculla improperios, urde reyertas, vislumbra pelea.

En duermevela, medita el capitán en su existencia, parece que reza, que cruza los dedos de sus manos y las apoya piadosamente sobre su pecho; su tripulación, de múltiples pelajes y variopintas creencias, que dormita en los jergones de cubierta, le ha visto con frecuencia en ese éxtasis, le respetan, tiene la marinería de la *Gata Negra* otro brillo, donde la comprensión de las rarezas del compañero es el paradigma de su

conducta ética. Piensa «El italiano» que toda una vida de riesgos al servicio de sus ideas quizá merezca ya un término; piensa en los inquisidores, en Thomas Tew, en Misson, pero, sobre todo, piensa en Libertalia, el paraíso real que duró mientras fue ignoto, pues sólo cuando es desconocido lo sublime existe, y se desmorona cuando accede a él la envidia que cabalga a lomos de los rudos y los cobardes, que son la mayoría. Él, Caraccioli, se atrevió a proclamar la igualdad de los hombres desde los púlpitos romanos, a difundir sus soflamas contra reyes y prelados en los arrabales del Tíber, ante cátedros y estudiantes, entre la muchedumbre de porteadores y artesanos del puerto de Ostia. Él se enfrentó a la Jerarquía eclesiástica romana, pero los herederos de los apóstoles lo tomaron enseguida como objetivo, fue tildado de libertino, hereje, revolucionario, endemoniado. Fue encargado por la curia al inquisidor principal la apertura de una causa contra el cura Caraccioli, el monje que predicaba entre chabolas, en los puertos, una causa que, fueran como fuesen las declaraciones, todos sabían que terminaría en Auto de Fe, que su cuerpo, vivo o muerto, ardería en el quemadero.

Ocurrió por aquel entonces que al puerto de Ostia arribó el buque *Victoire*, de la Marina de Guerra francesa, y por unos días florecieron en las calles romanas las guerreras y los relucientes corrajes de los oficiales franceses, sus penachos y escarapelas, y también los uniformes más modestos del resto de la tripulación. Entre ellos está el joven Misson, de aprendiz de marinero; aunque ha estudiado en su Provenza familiar Lógica y varias materias de humanidades, la lectura de novelas despertó su pasión por los nuevos caminos, por el riesgo, y ambas ideas estaban aquel antaño en el surcado de los mares. Así que Misson se acerca a una aglomeración donde un monje predica que es de la ignorancia de lo que se aprovechan los poderosos, que la rigidez de las muchas obligaciones e impuestos no es una ley natural, sino sobrevenida y decretada por la nobleza y la Iglesia, un sacerdote, en fin, que afirma que enseguida será capturado por los inquisidores y quemado en la hoguera. Esta afirmación levanta ayes y murmullos; la certeza de que esa afirmación es una profecía hace que se disperse su auditorio, lentamente que se vuelvan las cabezas, motiva ese aserto que algunos aleguen obligaciones repentinamente perentorias para escabullirse del artesanal predicadero. Todos se van, se hacen cruces, todos esconden la cara y juran, todos excepto el joven francés, que permanece iluminado y vertical y que se encara sonriendo al monje visionario y agorero:

—¿Creéis, acaso, que una doctrina al margen de la jerarquía que se asienta en la cátedra de San Pedro que fundó Cristo; creéis que esa supuesta doctrina, que esas ínfulas renovadoras, serían aprobadas por Dios, que sólo por el hecho de que sean escuchadas, incluso jaleadas en voz baja por los desfavorecidos, sanarán sus almas en procura de su salvación, creéis incluso que son sostenibles desde la mera filosofía?

Caraccioli esboza en sus facciones una mezcla de desconfianza y de entusiasmo, arruga la frente, contrae los labios, pero suaviza pronto las mejillas, achina los rabillos de sus ojos, aterciopela la voz y responde:



—Cristo era un hombre, señor, amaba a los hombres, murió por la salvación de los hombres; no podemos encerrar su verdadera enseñanza en la rigidez de las normas o en el albedrío de los papas y los obispos; era pobre y ellos nadan en fastos, son de oro sus estolas y casullas, no lo olvidéis, señor.

Hizo una pausa, miró de arriba a abajo a su inesperado interlocutor, su modesto, pero colorido, uniforme de aprendiz, su juventud, repasó la solidez argumental y gramática de su pregunta; un escalofrío seguido de un flujo de sudor le recorrió la espalda y el estómago, y farfulló:

—Me entregaré señor, no hace falta que uséis la violencia, ya no hay nadie por aquí, me habéis engañado con vuestra pregunta...

—¿Qué insinuáis? —replicó el francés.

—¿No sois guardia vaticano, no os envía el inquisidor? —apuntó, aún desconfiado, el cura.

—Pero... ¿qué decís? Soy Misson, aprendiz del *Victoire*... me interesa vuestra prédica, yo tampoco creo en una doctrina que se base sólo en la fe y en la obediencia a la Jerarquía.

—Nada de lo que predico está fuera de las escrituras.

—Es la interpretación que hace la Iglesia de las escrituras, la ventaja que cobra su colegio cardenalicio, sus congregaciones oficiales, es esa interpretación endógena, hacia la consolidación de su poder terrenal, lo que la aleja de los hombres, de la salvación.

—Es mejor que no os vean conmigo —indicó Caraccioli desolado—, es notorio que me harán un Auto de Fe, que terminaré alimentando la hoguera de un quemadero.

—Eminencia —dijo Misson con un guiño de sorna—, podéis evitar que os prendan, podéis huir...

—Las garras de los inquisidores, las espadas de sus delatores, alcanzan todo confín de tierra firme...

—Pero no el mar... —el francés bajó la voz, susurró cerca de su oído: puedo ayudaros a huir, puedo ocultaros en el *Victoire*, zarpamos en dos días... pensadlo... adiós eminencia.

Caraccioli no se lo piensa dos veces; redacta una carta de apostasía, se despoja del hábito y lo guarda en una talega: accede a la Iglesia de Santa María Maggiore, deposita la carta en el cepillo y esconde la talega en un confesionario; recoge varios libros en el convento, libros de Platón y de Tomás de Aquino, pero también la Biblia y las tesis de Lutero y, con la ayuda de Misson, se introduce en el *Victoire* el día de su partida, pues regresa ya el buque francés a La Rochelle, donde tiene su base de relevo. Cuando las guardias vaticanas le buscan casa por casa, convento por convento, posada por posada, cuando interrogan a sacristanes y plebeyos, golpean y exigen delación a los desarrapados, amenazan a las madres con sus niños, cuando toda esa persecución romana, Caraccioli está escondido en una bodega, entre ratas y munición, es decir, entre municiones; su amigo le visitará diariamente: además de

llevarle alimentos necesitan ambos de la nutrición del espíritu, de la conversación, y allá abajo, entre sentinas y roedores, los dos amigos disertan sobre si la salvación viene de la fe en sí misma o por el amor al prójimo; o si éste, sin oración, es egoísmo; o si la jerarquía debe predicar con el ejemplo y renunciar al oropel, si Dios aprobaría las causas generales de la Inquisición, si «ama a tu prójimo como a ti mismo» quiere decir amarse primero a uno mismo y, en este caso, si queda hueco después para amar al prójimo, en fin, discuten de respuestas a preguntas que sólo pueden hacerse los ilustrados, pues la plebe bastante tiene con servir y creer a ciegas. Son aquellos tiempos de riqueza espiritual y de aventura los que ocupan el cerebro de Caraccioli, ahora adormilado en un poyete de su *Gata Negra* de bandera blanca, mascullando sonidos inconexos, como poseído, negando con la cabeza, como Ulises resistiéndose a imaginarios cantos de sirena.

El caso es que el *Victoire* partió de Roma y, entre dudas y disquisiciones en la bodega, navegó hacia España, costeando Adra y Almería, alcanzando la junta de los mares en Gibraltar y, sirviéndose de las corrientes del Golfo de Cádiz para bordear Portugal, nortea. Un día después de doblar el Cabo de San Vicente, camino de Lisboa, sus vigías divisan la enseña inglesa en la mayor de un poderoso navío de guerra; los fusileros británicos están apostados, incluso apuntando, al igual que los artilleros; es el descomunal *Winchelsea*, y navega a sotavento; en pocos minutos estará encima, virará 30 grados para encarar sus baterías y lanzar su primera andanada. El *Victoire* adivina la maniobra y apunta su proa hacia los cañones; la primera salva la ha esquivado, pero no así la descarga de fusilería, que ha abatido a 35 marineros galos, entre ellos, al capitán, al contramaestre y al primer oficial; la nave ha resistido el primer embate, pero ha quedado sin mando, de sorpresa y al paio.

Es entonces cuando Misson siente la palabra interior, «ahora o nunca», y toma el mando por la vía de la autoridad. Se yergue en el primer puente y ordena mantener siempre la quilla aproada al babor del inglés, que sigue virando hasta quedar a barlovento; ahora la ventaja la tiene el joven aventurero, que despliega todo el velamen, vira bruscamente y descarga toda la artillería de estribor con su enemigo en paralelo. Ha provocado tres boquetes en el casco y destruido las piezas del castillete, pero los dos buques siguen girando y en poco tiempo las tornas volverán a invertirse; el *Winchelsea* es superior en dotación y en hombres, los franceses saben que no durarán mucho. Caraccioli se da a valer, sale del escondrijo, sube a la cubierta y lee en el rostro de Misson lo delicado de la situación. «Ataquemos su punto más débil», grita a su amigo. Los dos barcos siguen girando en círculo, ahora con ventaja para los británicos. Misson arriesga una delicada maniobra: seguirá con la proa a babor del enemigo, tratará de recibir los menores daños de la inminente salva pero, cuando vuelva a tener viento favorable, echará el cabo del ancla y girará amarrado a ella, esta vez a estribor, para buscar el paralelo contrario del *Winchelsea*. Se la juega a una sola carta: concentrará todos los cañones y toda la fusilería en un solo punto, donde

supone que está el polvorín; asegura Arbolí: «está en la bodega de proa, lejos de los camarotes de los oficiales, cerca de las rampas de abastecimiento a los artilleros»; tomarán de referencia un cruce de cuadernas del buque adversario, pero antes reciben la descarga del buque de la Armada inglesa; aunque están aproados, el trinquete ha saltado por los aires y la cubierta se ha hundido en uno de sus costados; el *Victoire* ha resistido el segundo embate, pero no resistirá el tercero; recobra otra vez la posición del viento, el inglés es ahora quien le muestra la quilla para evitar la maniobra anterior; a una orden de Caraccioli, cae el ancla de popa, toda la rueda a derecha, el barco vira violentamente a babor, toda la cañonería de estribor fuerza su envergadura y apunta la mira al cruce de cuadernas bajo el castillo del inglés: cuando Misson baja su sable un estampido de bombardas y fusiles se concentra en un solo punto del *Winchelsea*; al estruendo siguen tres segundos de eco y un descomunal fogonazo en el buque enemigo; al anchísimo foco de luz, al atronador bombazo, le siguen numerosas tracas, pero los marineros franceses, Misson y Caraccioli, no pueden oírlos, han quedado momentáneamente sordos, ocurriendo, sin embargo, que sus cuerpos saltan celebrando el estropicio. Cuando recuperan la audición el navío británico se hunde de costado acompañando su final de un regurgitar sordo y sostenido, de un rugido de agonía, celebran Poseidón y sus titanes la nueva pieza conseguida.

En el *Victoire* todo es algarabía, emoción y rechifla para con los ingleses. Un puñado de marineros y aprendices sin mandos ni oficiales, guiados del tesón y el arrojo de Misson y Caraccioli, han conseguido hundir nada menos que a un navío de tres puentes y seis andanadas. El buque está cerca de Lisboa, el agua viene a ratos con el limo del Tajo, se endulza, se enturbia a oleadas. El ilustrado francés y el cínico romano se abrazan, se miran a los ojos, se confabulan tan sólo con sus visajes, tantas horas de plática en la bodega les han conferido un exclusivo lenguaje de gestos. De modo que Misson trepa hasta la botavara del palo mayor entre vivas y requiebros, levanta el puño izquierdo y ese gesto es jaleado como seña y señuelo, el puño arriba, hacia el cielo, a más alto el brazo limpio mayor es el recreo, mayor el desgañite de gargantas de marinos que ahora callan, pues su jefe baja en brazo, los aquieta y pide calma: «¡Camaradas!», grita, «¡compañeros!», y de nuevo el clamor de sus soldados irrumpe el mediodía en alta mar frente a Lisboa; «Mes camarades, mes amies», repite el capitán, «es la fe en nosotros mismos, es la confianza en nuestra ansia de vivir, nuestro anhelo de libertad lo que nos ha dado la fuerza», y es interrumpido con coros de «¡Misson!, ¡Misson!, ¡Misson!», y prosigue el nuevo líder, «es la norma trasnochada, es la obediencia ciega la que nos quita la fuerza, la que nos hace vasallos, es la religión, es la jerarquía la que corrompe nuestras mentes, la que siembra en nosotros la semilla de la envidia y la avaricia, la que tiene su creencia en el odio y la violencia», y sigue el rugido de la tropa «¡Victoire!, ¡Victoire!, ¡Victoire!». Misson mueve los brazos, ahora horizontales y extendidos con las palmas hacia el suelo de madera, pide calma, no ha terminado su soflama marinera: «ha sido la

inteligencia, ha sido la hermandad, la hermandad y la inteligencia, y nuestra humanidad, nuestra fe en nosotros, en nuestra humanidad lo que ha vencido al enemigo», y vuelven vítores y voceríos, vuelve Misson a bracear, pide atención, pide calma, tiene una propuesta: «¡Camaradas, vivamos la libertad, vivamos en hermandad, sigamos el camino de la inteligencia! —¡Libertè, Libertè, Libertè!, ruge la marinería—, seguidme a la busca de la nueva sociedad, busquemos en el mar la utopía, camaradas, la tenemos al alcance de la mano, no más distinciones, ¡todos somos iguales!», clama Misson, y sus hombres ya rendidos, aún le aclaman, aún gritan «¡Egalitè, Egalitè, Egalitè!».

La marina de guerra francesa pierde un barco y la costa occidental africana gana un depredador, un extraño pirata que adopta la enseña blanca, que ataca sin piedad a los barcos negreros y libera a los esclavos, que es buscado ferozmente por navíos ingleses, por los gemelos del *Winchelsea*, y también por los franceses, que quieren castigar la desertión. Pero el *Victoire* navega al sur, se esconde en Guinea, se hermana con el pirata Tew, convencen a su causa a las tripulaciones de los barcos que abordan; tiene la nueva hermandad marina una flota de cinco buques, todo lo consigue la convicción de Misson, la inteligencia de Caraccioli, todo menos erradicar la blasfemia; es tan necesario como respirar el jurar en vano para los piratas utópicos, así que «si va bien todo lo demás, dejémosles el desahogo venial de la blasfemia», se dice la pareja que gobierna. Va bien casi todo, porque uno de los galeones, holandés de procedencia, por su cuenta, y cuando la flotilla de banderas blancas norteaba la costa oriental de África, ha interceptado un lujoso barco hindú, lo ha abordado, ha arrojado al agua a los hombres y secuestrado a esposas, hijas, concubinas y princesas. «¡Eso no está bien!», ruge la voz flamígera de Caraccioli, «lo prohíbe nuestra ley», remacha, y el capitán flamenco le replica «¡Eh, Caraccioli!, la ley del mar dice que uno se queda lo que encuentra», y ríe su camada la chacota. A la noche, el iracundo monje y diez de sus piratas se deslizan en bote hacia el holandés, suben la escalerilla, a empellones saca el romano al capitán de su litera, lo apuñala y lo lanza por la borda; sus acompañantes entran en los camarotes, arrancan a los hombres del cuerpo de las hembras y los mandan en compañía de su indigno jefe. El resto se rinde; Caraccioli les ordena trasladar a las mujeres a otros barcos y les da una hora para irse: en sesenta minutos serán cañoneados si siguen a la vista. También en si fue justo en esa acción piensa ahora «El italiano», embriagado en el riel de la luna, enredado en sus sirenas interiores, apoyado en una jarcia, ronroneando, con los ojos en el suelo, como sufriendo.

Días después de aquel ejemplar episodio los piratas blancos se hallan frente a la isla de Madagascar. Bordea el grupo la isla por su oeste, les gusta a los líderes libertarios su espesura, su bonanza y, aún más que su morfología, su recóndita ubicación. Al norte hallarán un fondeadero natural, al abrigo, con una pequeña playa y recoletas planicies, y protegido todo ello en un costado por un cortado, y por una cadena montañosa al otro. «Éste es el lugar», se dicen los piratas filósofos, se lo dicen

con los ojos exultantes, como Josué al llegar a la tierra prometida, como los amantes reciben la reciprocidad de su ser amado, se lo dicen con la plenitud. Allí se establecen y fundan Libertalia; consiguen una relación de respeto mutuo con los nativos, recelosos en principio a la presencia extranjera, e instauran una nueva forma de vida, unas nuevas leyes inspiradas en la hermandad y en la felicidad, han hallado, en fin, su Arcadia. «Cada hombre nace libre y tiene derecho al aire que respira»; «La diferencia entre hombres y hombres, donde unos nadan en lujuria y otros en necesidad, se debe a la avaricia, en uno, y a la pusilanimidad en el otro»; «Ningún hombre tiene poder sobre la libertad de otro»; son los tres primeros artículos de la nueva legislación de que se dota «La Compañía Libertariana»; tendrá un Consejo, sin distinción de razas ni nacionalidades, y tres altas magistraturas: Misson será el Conservador, Caraccioli Secretario de Estado y Tew Almirante. La esclavitud será declarada ilegal, todo queda al servicio de la colectividad, no hay propiedad privada, no habrá cercas ni vallados entre viviendas, todos están obligados al trabajo y a la defensa, se prohíbe la blasfemia. Los miembros de los cuatro barcos más las mujeres renuncian a sus nacionalidades y se adscriben a la nueva: todos serán, en adelante, Liberi; las mujeres son iguales a los hombres, tienen tareas en defensa, los hombres ayudarán en el parto y en la educación y compartirán las tareas domésticas. Los liberi crean su propio lenguaje tomando palabras del nativo malgache, del inglés, español, portugués, holandés, bereber, francés, swahili e hindú. Durante más de una década se forman familias multirraciales con las mujeres hindúes, otras aborígenes, negras de África y otras de otros barcos que se suman a la experiencia de la hermandad libertariana.

Pero, como casi un siglo más tarde el pueblo francés sabría, toda revolución tiene su Thermidor. Un día Tew fue de caza con su cañonera, nada que no hubiese hecho, y con éxito, tantas veces antes; en dos semanas estaría de vuelta con nuevos botines que acrecer a la hacienda pública de la isla blanca. Pero esta vez se topó con un tornado que desarboló su nave en un santiamén; los remolinos la agitaron, entraron quintales y quintales de agua, quedó sin gobierno y la propia tormenta la estrelló contra el farallón de una isleta cercana. La tripulación se puso a salvo, pero perdió Tew su barco, perdió Libertalia a su Almirante y ganaron la pista definitiva cuatro fragatas inglesas que buscaban a los piratas desde hacía más de diez años; hallaron los restos del naufragio y enseguida tomaron la isla y a los supervivientes; Tew y algunos otros murieron torturados antes de delatar a sus hermanos, pero no todos los humanos, por piratas blancos que sean, tienen la misma resistencia. Los ingleses hallaron el enclave y cañonearon durante una semana a los libertarianos; también los nativos, aunque nunca fueron sojuzgados, vieron la ocasión de vengarse de la usurpación, de modo que los hermanos piratas se vieron entre dos fuegos. Casi todos murieron defendiendo su sueño, Misson murió, otros lograron confundirse con los nativos, se quedaron para siempre en la isla de las especies; los ingleses, empero, nunca tomaron la plaza, les bastó con destruirla. Para su suerte —o su desgracia, pues durante muchos años se zahirió por ello—, Caraccioli estaba de caza cuando se produjo la fatal arribada y

ataque británicos y, avisado desde el interior del desastre, aún dudó si regresar para unirse a la defensa, pero las órdenes de Misson eran tajantes: huir era la única salida para salvar la quimera de la nueva sociedad.

Con la tripulación mermada, el barco en precario y el corazón contrito por el fracaso de la utopía, tuvo varias semanas de penosa navegación hacia el sur, sin apenas agua ni alimentos, hasta que logró atracar en Xai Xai, en la bahía de Maputo, en la franja oriental africana. Era un pequeño puerto con una guarnición hindú, aunque la mayoría de sus pobladores eran negros bantúes que trabajaban para los comerciantes portugueses, pioneros en la extracción y exportación del caucho, y los árabes dependientes de los sultanatos de Yemen o Bombay. En aquella etapa, el que fue cura ácrata pidió a sus hombres que optaran por establecerse o seguirle, quedando con él una decena de los primitivos marinos del buque de guerra francés. Con ellos puso su empeño en la reparación del navío durante un año y completó la tripulación con una nueva recluta de hombres, nativos o hindúes la mayoría, aunque también había un chino. El nuevo *Victoire*, bandera blanca, reformado y reforzado, acopiada la bodega de agua, conservas, encurtidos y salazones, zarpa de Xai Xai hacia una incierta singladura, pero todavía con la enseña del pirateo sin rapiña, aún con el mar como sustento. El buque derrota más al sur, agota el azul oscuro del Índico y se zambulle de lleno en el verdoso Atlántico, navega dos días rumbo al oeste, dobla el Cabo de La Buena Esperanza y vuelve a virar, sigue ahora el banderín del bauprés la aguja de la brújula, remonta la costa oeste de África, busca aguas conocidas, las que le llevaron, años atrás en inverso, a su *ínsula Barataria* ya desvanecida.

Resiste su buque las ventoleras africanas, el violento embate del Ferbén, el poderoso viento del corazón de las tinieblas. Ingresando ya en el Golfo de Guinea se ha topado con varios buques negreros; eso nunca lo toleró la tolerante tripulación de Misson, así que no tuvo contemplaciones con ellos, hundió y saqueó los barcos y liberó a los ébanos. Fue entonces, en el vértice del golfo, cerca de la desembocadura del Congo, cuando decidió cambiar definitivamente de aguas y puso proa al Nuevo Mundo, a las américas, al Caribe de ron y plata, de azúcar y especias. Hemos dicho que Caraccioli era buen estratega y, por tanto, listo, así que pensó: «Nueva Inglaterra, Jamaica, Nueva España, Guayana... por ahí andan en querellas ingleses, franceses y españoles; iremos más al sur, hacia Brasil, donde sólo nos las veremos con portugueses». Pensado y hecho. Pone viento en popa, a toda vela, apenas hay que sujetar la rueda, el viento y la corriente le llevan a una oculta rada de la costa brasileña. Allí estableció su nueva base, su nueva Libertalia; allí maquilló la embarcación y la renombró como la *Gata Negra*; desde allí realizó incursiones, casi siempre hacia el norte, travesías de caza, de abordajes escasos pero contundentes, asaltos a navíos comerciales o militares con los que acrecentó sus riquezas y enseres, las defensas con las que blindó su guarida, las verdades y mentiras que fraguaron la leyenda de «El italiano», el pirata blanco que supeditaba sus acciones al imaginario ideológico de su tripulación, pero que tenía su verdadero tesoro custodiado por

tritones y sirenas.

Era donde el caribe quebraba hacia el sur, donde sus templadas corrientes se fundían con el Atlántico, unos cientos de millas antes de la desembocadura del gran río, era allí donde el pirata blanco y su caterva tenían su secreto tesoro escondido: una decena de fondos marinos marcados con señuelos naturales, un bosque acuático de algas y filamentos, un lujoso paraíso submarino donde se fraguaba el contravalor de su poderío en la zona: criaderos de perlas, atolones de coral, cementerios de carey, un terreno arenoso que producía un fértil cultivo, un valioso acervo de brillo, codicia y elegancia. Pero su verdadera pasión, su joya más deseada, no estaba bajo mar, sino bajo tierra. Sobre el mar de su escondite, entre las rocas que jalonaban su fondeadero, bajo los montes costeros. Era un arcano sólo compartido con los indios que se lo mostraron y ejercían su custodia. Era una cueva de intrincada entrada, muy pequeña, abovedada, que guardaba en su interior tres anchas columnas de ámbar, tres gruesas estelas que caían desde el techo como chorros de melaza, de un ámbar transparente, hialino, casi amarillo, resina de copal era el cristal que supuraba la montaña en formas caprichosas y reflejos rutilantes, como ríos de mercurio eran los caños de ámbar donde Caraccioli, con sus indios, de vez en cuando de ocultaba. Eran restos de savia y clorofila, columnas de caramelo que guardaban en su interior aires e insectos millonarios, estalagmitas de miel y resina, restos de la flora que resiste a la intemperie, eran semen, eran flujos esculpidos por los siglos al abrigo de los vientos y el salitre.

Con la renta de la siembra y recogida de perlas coralinas tejió Caraccioli una red de confidentes y contactos en el mercado negro, acumuló una enorme reserva para responder de sus operaciones y aún tuvo para sobornar a oficiales de las goletas de vigilancia, para engañarlos sobre la verdadera ubicación de su refugio. Así, de estas cuitas y leyendas, de estos mitos y riquezas creció en el imaginario americano el furor de la bestia marina, la leyenda del extraño pirata de bandera blanca, de «El italiano» y su rapidísimo navío, la *Gata Negra*. Ahora, en el agazapado galeón, el capitán parece despojarse del «mal de luna», parece salir de la embriaguez del laberinto de sus tormentos interiores, farfulla frases en latín, sentencias inconexas, parece que, por fin, de su éxtasis despierta.

Los espías de Caraccioli habían avistado días atrás la presencia del buque español y desconfiaron de su presencia tan al sureste. «El italiano» no deseaba compartir con nadie sus criaderos ni quería testigos en la zona. Poco antes de despuntar el alba, cuando la aurora apaga los destellos de las estrellas más lejanas para dar paso a la sinfonía de los pájaros costeros y a la voracidad de las gaviotas, el *Santa Clara* navegaba a toda vela y en silencio, camuflado su sordo borboteo en el suave oleaje que rompe contra las rocas de la ribera. Casi dos millas más abajo los cañones de estribor, a los que se sumaban las dos bombardas de la *Gata Negra*, están cargados y las mecha dispuestas. «El italiano» ordena levar anclas y el navío se desliza a mar abierta, sin pabellón, separando las gasas de niebla, a media vela. Cuando está a

menos de una milla del galeón español arría de golpe las velas mayores, el timonel gira toda la rueda y el navío vira bruscamente logrando el paralelo con el *Santa Clara*. Los artilleros acercan sus bujías a las mechas y doce salvas simultáneas quiebran la rutina del amanecer con un clamor de hierros y reflejos: una bombardita ha destruido el castillo de popa y cuatro cañones han impactado en el navío español: uno en la amura de estribor, otro parte en dos el palo mayor, y otros dos han abierto sendos orificios en el casco. La tripulación del *Santa Clara* dormía, pero despierta alarmada y mira el extremo de los palos con la esperanza de que sólo sea fuego de San Telmo, pero no hay tormenta; apenas se esfuerzan en desconcierto para repeler el primer ataque cuando los cañoneros de la *Gata Negra* han preparado y disparado una segunda salva que abate la mesana y destroza las crujías de proa. Con dos tiros de vela y otros tantos giros de timón, los piratas abarloan el barco, lanzan cabos y sogas y abordan el navío comercial; son los piratas ágiles como volatineros de circo, equilibristas, buitres leonados que planean sobre los despojos anunciados de la desconcertada marinería criolla de navío español.

El orto solar brilla en sus garfios y pendientes, rebota en sables y puñales como un reflejo celestial, un amanecer de pólvora y estruendo es la última postal en la mirada de los marineros del galeón español. Los secuaces de Caraccioli y Arbolí inician el saqueo. El *Santa Clara* está herido de muerte, tiene tres grandes boquetes en su costado de estribor, pero no sangran, muy al contrario, absorben, chupan como una esponja el agua marina, engullen agua salada al mismo ritmo que la masa de agua salada engulle al galeón. Los piratas, a marchas forzadas, despojan al navío de su carga más a mano —80 fardos de tabaco y especias, 30 arcones de telas, 20 tinajas de agua y 20 odres de aceite— y acopian el botín en los botes, pues han soltado las amarras ante la rapidez de la agonía; Pedro Arbolí tiene la impresión de que algo se dejan, algo importante, pero ya no hay tiempo; por fin, emitiendo un bufido como pórtico de su muerte, se hunde el *Santa Clara* en las aguas del océano como una mariposa desaparece absorbida por la lengua de un camaleón.



## ENTRE MUJERES

—¡Eh, Germán! ¿Qué pasa con los mosaicos?

—¿... Los mosaicos?

—Hace más de una hora que tenían que estar ya limpios y numerados...

—Ah... sí, los mosaicos... es que... vale, vale, ya casi están, en diez minutos se los entrego.

—Venga, hombre, si es menos de medio metro... —añadió ya para sí la delegada de Patrimonio en la excavación, y de nuevo en voz alta— venga, que hay que terminar hoy el yacimiento dos.

La prospección arqueológica se llevaba a cabo en La Pasarela, junto a la antigua Fábrica de Tabacos, ahora sede central de la Universidad de Sevilla. Se conocía la zona como La Pasarela porque hubo una pasarela durante la Exposición Iberoamericana de 1929. Germán Bravo estaba en la cota cero, sentado en una silla de tijera, ligeramente acodado en un tablero de caballetes, con un pincel limpiador en la mano derecha y un trozo de azulejo con pequeños pegotes de tierra reseca en la izquierda; se había ausentado de sus manos, se había adormilado, tenía en la boca el regusto acre de los lunes cuando su jefa le devolvió al mundo. Estaba bajo un rudimentario cobertizo de obra; sobre el tablero había muchas otras piezas cerámicas, un barreño con agua, una botella de disolvente, trapos, un cuaderno, lápices y rotuladores. Estaba frente a un gran socavón, un cráter, casi una mina a cielo abierto que iba desde la fachada este de la Universidad hasta el parque de El Prado y desde el Casino de la Exposición hasta los Jardines de Murillo; en estos dos extremos —que eran los límites oblongos del perímetro de la intervención— había sendos monopostes anunciadores de quince metros de altura cada uno rotulados con la denominación de la obra, su presupuesto y el nombre de la empresa constructora: «Plaza Pasarela. Parking Universidad. La Música del Viento», era el nombre de la actuación, y la constructora «Proyectos Sevillanos Integrales, PROSEINSA»; entre ambos postes informativos estaba el enorme agujero de doscientos metros por ochenta en el que, como era habitual, habían aparecido restos arqueológicos; eran las obras para el paso elevado y aparcamiento subterráneo que realizaba el Ayuntamiento de Sevilla con objeto de crear un gran espacio peatonal en superficie y ganar medio millar de plazas de aparcamiento en una zona de mucho ajetreo social y administrativo y, por tanto, de gran congestión de tráfico. Se trataba de crear una gran área franca de vehículos que se sumaría a los parques de El Prado y María Luisa, y a la Plaza de España, ésta última verdadero escaparate de la arquitectura regionalista andaluza que alcanzó su esplendor con motivo de la Exposición Iberoamericana de 1929, pero también estandarte de la organización territorial de España instaurada por Javier de Burgos en el último tercio del siglo XIX.

En esa excavación era donde Germán Bravo tenía su primer empleo de postgrado;

se ocupaba en la recogida de restos, su limpieza, clasificación y numeración. Era lunes, lo que a Germán —como a cualquiera— predispone de oficio a la huida; en el recién licenciado arqueólogo esa tendencia a ausentarse era, además, genética, consustancial; si a ello añadimos que, desde el sábado en el mercadillo de la Alameda, por vez primera en su vida su cabeza estaba llena de dos mujeres, no tendremos otro remedio que interceder ante la delegada de Patrimonio en la excavación de La Pasarela para que condone al joven en prácticas sus despistes. Hacía dos días, el sábado, en la Alameda, había chocado con Lidia Daza y no podía ser casualidad, no podía serlo porque ambos estaban bajo el encantamiento del galeón *Santa Clara*; no, no podía ser casualidad porque las cosas que ocurren son las que tienen que ocurrir, no podía ser casualidad por el efecto mariposa; no fue casualidad que cuando Lidia Daza se despidió el sábado, le llamase por teléfono Amparo, la profesora casada de unos cuarenta años que conoció en el Archivo y con quien conversó en una terraza de la orilla derecha de río. Tenía la voz amistosa aquella llamada, casi cómplice, no aún seductora, pero era una voz que agrandó a Germán, que exacerbó su imaginación, que le separó de la realidad como un globo de cumpleaños se separa del suelo: «toda la vida sin comerme nada y, en dos días, dos días», se decía, claramente enfebrecido, con el pincel y el trozo de mosaico en sus manos, estático y con la mirada extraviada en medio del estrépito de cláxones, perforadoras y frenazos que le rodeaban aquel lunes, en aquel momento, cuando reproducía mentalmente la llamada de la profesora.

—¿Germán?

—Sí... ¿quién es?

—Soy Amparo... nos conocimos en el Archivo... —decía la voz suave y negociadora del otro lado del teléfono.

—Ah... sí..., sí, ¿qué tal? —contestó un poco azorado.

—Quería pedirte disculpas... el otro día fui... me fui muy bruscamente...

—Ah, no se preocupe... perdón, no te preocupes... fui yo, que hice un comentario inoportuno.

—Qué va, qué va... es que... me esperaban en casa, los niños...

—Ah... sí... los niños, ya, ya...

—Oye, ¿vas a ir la semana que viene por el Archivo? Podríamos quedar... si quieres, te ayudo en lo que andas buscando.

—Pues... me gustaría mucho, sí —replicó el joven, ya con aplomo, casi triunfal, muy seguro de sí mismo.

—¿Tú... puedes cualquier día? —agregó la mujer.

—Es que... tengo que estar en la excavación... hasta el jueves, creo; ¿el viernes puede ser? —dijo, creyendo que dominaba la situación.

—Bueeeno..., vale, vale... me viene un poco a trasmano, pero...

—No, no —corrigió él rápidamente—, si quieres otro día...

—No, no, está bien el viernes... yo iré también el jueves, por mis cosas, ya sabes,

lo de los alemanes...

—¿Que andas mirando? El otro día no me lo dijiste... —siguió Germán, buscando a la llamada un territorio no tan de agenda.

—El viernes te cuento ¿vale? Y tú me cuentas de tus excavaciones.

—Vale, vale; nos vemos allí, ¿a las 10 está bien?

—Está bien, el viernes a las 10; un beso —dijo ella, y colgó.

«Me dijo: un beso», se decía entre azulejos desenterrados y ruidos de obra cuando la urgencia de su directora le sacó de la ensoñación. De nuevo en la realidad tomó una pastilla de regaliz y siguió cepillando trocitos de piedras, restos cerámicos diversos, trozos de vasijas y herrajes que habían aparecido en el yacimiento dos, junto al pabellón de Portugal de la Exposición Iberoamericana de 1929, en la triple intervención de La Pasarela: plaza, aparcamiento y paso elevado.

Tenía la obra un recorrido muy polémico pues La Pasarela era un espacio público de Sevilla muy céntrico y de mucho estrés diario: a ella daban los juzgados, la Universidad, una estación de autobuses y dos intersecciones —dos cruces— de otras tantas salidas de la ciudad con una ronda periférica intermedia. Hubo dos propuestas y mucho debate ciudadano, tanto de la opinión pública como de la publicada, desde dos años atrás, desde el mismo día que se decidió la actuación; una sugería un gran espacio subterráneo de cuatro niveles, tres de *parking* y uno para multicines, centro comercial y auditorio con capacidad para 978 asientos; este foro aliviaría las peticiones de uso del Teatro de La Maestranza, y acogería presentaciones y representaciones populares o festivas —como asambleas de cofradías, de asociaciones de vecinos, de federaciones de peñas futbolísticas, zarzuelas, carnavales, flamenco, en fin, «género chico»—, reservándose La Maestranza para la música culta y la danza y, naturalmente, para el Pregón de la Semana Santa y para el premio anual de la Fundación Lux. La otra propuesta era un poco más atrevida; se titulaba «La Música del Viento» y mantenía el *parking* subterráneo, pero optaba por un viaducto para vehículos, un gran puente elevado en cuyos extremos, a modo de pórticos, habría sendas esculturas de las santas Justa y Rufina —se entiende que tallas contemporáneas—, mientras que del centro se elevaba un descomunal palio coronado por un colosal toro de lidia figurativo —semejante al que cerraba la cabalgata diaria de la Expo 92— con múltiples tubos y agujeros por los que el viento, al pasar, provocaría más de siete mil sonidos distintos, aflautados los siete mil; sus autores eran los famosos arquitectos sevillanos Zoilo Luna y Zoilo Ortuño, conocidos como «los zoilos», de cierta relevancia internacional.

En el propio gobierno municipal había quien quería simplemente el soterramiento y quien, por el contrario, se decantaba por el innovador viaducto. Los defensores de éste último pretextaban que la obra conciliaba el estilo clásico de la Universidad, el regionalista de la Plaza de España, el religioso de las patronas y el vanguardista del puente con su toro musical; «tradición y modernidad», argüían. Los ciudadanos se interesaron vivamente por la polémica obra, realizaron alegaciones, se organizaron

conferencias y ciclos de arquitectura y urbanismo, aportaron los sevillanos de a pie sus propios bocetos, a mano o en 3D, incluso maquetas de corcho o poliestireno llegaron al Ayuntamiento. Entre las sugerencias había quien pedía en el megapunte símbolos islámicos, menos hindúes, incluso uno chino; también pidieron que, en lugar del toro —o a la vez— hubiera algún señuelo del fútbol, alguna referencia al Betis y al Sevilla, los clubes que «llevaban por España y por el mundo el nombre de la ciudad» aunque, generalmente, era más por España que por el mundo; también hubo quien incidió en los sonidos: uno pidió que las melodías toriles fuesen *sevillanas* o marchas de Semana Santa, aunque no las produjera el viento, mientras que otro estaba seguro que el torito, en lugar de música, se tiraría reverberantes pedos. También se reprochó el altísimo coste de la solución viaducto, incluso hubo quienes censuraron su «excesiva modernidad».

Paradójicamente, los ambientes más conservadores de la ciudad hacían *lobby* a favor de La Música del Viento, mientras que los progresistas defendían el solo soterramiento; éstos, además de criticar el precio, decían que era toda una agresión visual y arquitectónica poner ese *scalextric* frente a la antigua Fábrica de Tabacos y en competencia con las torres de la Plaza de España; los contrarios, además del argumento de «tradición y modernidad», apuntaban que traería tecnología constructiva e ingeniería de última generación; «al fin y al cabo —decían los conservadores— ahí hubo antes una pasarela». El caso es que la solución viaducto terminó por imponerse: verdad era que produciría más molestias a los ciudadanos y era carísima, pero si la obra concluía antes de las elecciones locales, «la gente no lo tendrá en cuenta, lo dicen las encuestas», proclamaba en privado un destacado funcionario que estaba al frente del organismo de obras. Y en eso estaba ahora Germán Bravo, en esa profunda depresión urbana plagada de restos arqueológicos.

A media mañana entregó los trozos de azulejos, limpios y numerados, de lo que debió de ser una cámara de reserva o un sobrado; eran escasamente policromos, sólo blanco y azul, sin apenas filigrana, a triángulos; debieron de proteger las paredes de una pequeña pieza donde probablemente se almacenaban vasijas de aceite, de vino o de esencias. La directora de la excavación meneó la cabeza condescendiente y le envió entonces al yacimiento tres, más próximo a la cara este de la Universidad, a la fachada de la Facultad de Derecho, donde habían salido a la luz unos enterramientos. Junto con otros dos compañeros tenía que delimitar el yacimiento y extraer y clasificar cuidadosamente las piezas; pero allá abajo, entre restos de sarcófagos, de huesos y calaveras, volvió a extraviarse la mirada del flamante arqueólogo gaditano y, detrás de la mirada, indefectiblemente, salió también huyendo su memoria; sus manos enguantadas recogían esqueletos, pero él recreaba ahora su rato con el olor de la joven colombiana que le habló ante el galeón en miniatura, se mecía en la pausa de sus palabras, en su carnosidad, en su aparente sosiego. ¿Pensaba en ella por motivos «profesionales», porque ella decía estar ligada al galeón *Santa Clara*? ¿Pensaba en ella, quizá —y en negativo—, porque podría ser un cebo de algún grupo mafioso

colombiano? Había leído un reportaje en un periódico sobre eso, era demasiada casualidad que una chica se le presentase así, de sopetón, a él, que se quedaba mudo sólo con pensar en la posibilidad de una caricia femenina... O, por el contrario, ¿pensaba en ella porque temía que la chica pudiera ser víctima de esos mafiosos? Entonces es que estaría preocupado por ella; en este caso ¿por qué tenía que preocuparse por ella? Apenas se conocían... Quizá sólo quería embaucarle y luego burlarse de él, ya se lo habían hecho otras veces antes... O puede que... no, no, eso no... aunque... ¿pensaba, acaso —sin poder dejar de pensar—, en Lidia Daza porque le había seducido su desenvoltura, su zalamería cuando dudaba de su calidad de gaditano? Esas bromas, así, nada más conocerse, no se hacen con cualquiera, se decía. O ¿sería por su espontánea dulzura, porque se había interesado por él? —«por mí, se interesó por mí, que nunca nadie se interesa por mí... bah, no sé por qué pienso esto»—, ¿sería por eso que ahora era ella quién le tenía tan lejos del hueco funerario en que practicaba su licenciatura?

—¡Germáaaaan! —volvió a escucharse la voz de la directora.

El joven se había quedado solo en el yacimiento tres, con una bolsa de loneta llena de huesos y un cráneo en la mano; las máquinas y los obreros habían parado, tocaba una pausa. Él miró todavía ausente al lugar de donde venía la voz; cuando su vista llegó a la jefa de la excavación, aún tenía en sus ojos la extrañeza, la duda sobre quién era la persona que gritó su nombre:

—Pero ¿qué te ocurre esta mañana? —insistió la delegada de Patrimonio—; hace rato que los demás han subido ya...

—Ah... sí, sí, disculpe... es que... me quedaban unas cosas que recoger por ahí... —se excusó, señalando con el dedo un punto indeterminado.

—Anda, venga, sube a la caracola, que vamos a numerar y clasificar para el laboratorio.

Tomó la bolsa de loneta llena de huesos y subió por la escalera de madera; conforme ganaba la superficie se mostró ante él, ancho, noble y hexagonal, el monumento de la sede rectoral de la Universidad de Sevilla; entonces vino a su cabeza que ahí tenía el despacho su amigo Rubén, y recordó de seguido que había quedado en verse con él para que le ilustrase sobre los conocimientos que había respecto al tráfico comercial en Indias, sobre el mercado negro y el contrabando; eso le retornó, también de seguido, a Lidia: le había dicho la muchacha que estaba de ayudante en el Departamento de Filología; quizá también estuviese por ahí su despacho, se decía, quizá estaban ahora muy cerca uno del otro. «Bueno», se dijo, «hemos quedado el sábado...», y la asunción de esa certeza le provocó una inyección de vitalidad, un chorro de energía, veía la vida de otra manera.

Por la mañana habían terminado de localizar y clasificar restos en los yacimientos de la obra de La Pasarela. Ahora, en la Universidad, cerca de la excavación, entraba en el despacho de Rubén y se sentaba en su mesa. Le dolían un poco las manos, los dedos y las muñecas de tanto escarbar, anotar y limpiar, a veces con mucho pulso

para no dañar las piezas.

—Cuéntame, ¿qué tal en las excavaciones? —preguntó Rubén.

—Bien, muy bien —dijo él, frotándose las manos, con una mueca impostada, como de molestia. Ahora estoy aquí, en La Pasarela.

—Ah, entonces ahí estará Luisa, de Patrimonio, es amiga mía; es un poco... un poco exigente, pero está preparadísima, la tía.

—Joer, no me deja ni respirar —protestó Germán—, está todo el día encima de mí: que si sube los azulejos, que si baja a los huesos...

—Jajajaja —rió Rubén—, anda, no te quejes, que es la mejor...

—No, si no me quejo —insistió, frotándose de nuevo las manos.

—Bueno, a ver, querías saber lo del mercado negro ¿no?

—Sí, sí, del contrabando, del transporte de mercancías.

El profesor Rubén se acomodó a su sillón, rebuscó en algunas carpetas que tenía sobre la mesa, tecleó algo en el ordenador y dijo:

—Transporte de mercancías... y de hombres ¿eh?, no te olvides de la trata de esclavos.

—Ah, sí, sí, de eso también, claro —asintió Germán.

—Pues mira —declamó con aire academicista el profesor—, muchos españoles, criollos, descubrieron ya a principios del dieciocho que existían, tanto en Perú como en Nueva Granada, algunos negocios de distribución y transporte, todos con sus propias flotas, que no eran sino la tapadera de tráfico ilegal de metales, de piedras preciosas, alcoholes y de hojas de coca.

—¿Hojas de coca? —exclamó con sorpresa el joven.

—Sí, sí, hojas de coca, eso no se ha estudiado mucho aún. Los conquistadores, los religiosos y los encomenderos —prosiguió Rubén— descubrieron que los indígenas mascaban esas hojas para llevar mejor el trabajo, el mal de altura, el calor, las enfermedades...

—Vamos, como ahora...

—No, no compares coño, era la hoja solamente; bueno, la cosa es que algunos, algunos no indígenas, empezaron también a mascar y a experimentar sus efectos y, claro, la Iglesia se metió por medio...

—Siempre que hay algo bueno, se mete la Iglesia...

—Jajajaja —rió de nuevo el profesor—, sí, así es; pues eso —continuó—, que un concilio celebrado en Lima lo prohibió invocando que transmitía propiedades satánicas e incitaba a la idolatría.

—Joer, cómo se han pasado siempre... —protestó el chico.

—Fíjate...; bueno, el caso es que con el veto —continuaba Rubén, ante la actitud cada vez más expectante de Germán Bravo— comenzó el mercado clandestino, destinado principalmente a los no nativos, para su consumo por placer pero también, y especialmente, a su reventa a buques negreros que, a su vez, la usaban como peaje para que los reyezuelos africanos facilitasen las levadas de esclavos.

—¿Los reyes africanos colaboraban en la venta de esclavos?

—Al principio no, pero cuando se precisaron levas masivas, era imposible sin la colaboración de los reyes negros.

—¡Qué hijos de puta! —profirió Germán—, qué cabrones.

Rubén extendió los brazos, ensanchó los ojos y cejas resignado, como queriendo decir «qué se le va a hacer...». A continuación, preguntó:

—Pero... ¿qué andas buscando exactamente?

—Nada, nada en especial, ya sabes, es por afición, pero a lo mejor encuentro algún apellido ilustre ligado al mercado negro.

—Seguramente, seguramente; no hay casi nada publicado de eso.

Germán calló unos instantes; hizo ademán de decir algo, pero lo abortó; lo intentó de nuevo, pero también se contuvo; por fin, a la tercera:

—Esto... no sabrás de algún club de submarinistas...

—¿Submarinistas? Bueno, Biología tiene uno muy bueno, pero ¿por qué te interesa eso ahora?

—Nada, nada, ya sabes, todos los años salen piezas con el dragado de la bahía de Cádiz...

—Ya, y tú vas a bajar a buscar estatuillas fenicias ¿no? No me jodas...

—No, no te rías, era sólo una pregunta. Por cierto, Rubén —dijo ahora cambiando de asunto— una investigadora que conocí la semana pasada decía que era imposible publicar, que cuando tenía un tema bueno, ¡zas!, llegaba otro y lo publicaba antes.

—Bueno, eso lo sabe todo el mundo.

—¿Lo sabe todo el mundo? Mi amiga decía que Pérez Terry, el discípulo de Moreno Terán, le había pisado la última...

—Germán, verás... no llevo mucho tiempo aquí... Moreno Terán tiene un gran prestigio y muchas agarraderas, aquí y fuera de aquí, manda mucho... por favor, no me pongas contra la espada y la pared, no puedo decir nada de eso...

Dicho lo cual se recompuso en el sillón, hizo ademán de recoger carpetas, cerró el ordenador; ante la confusión de su amigo, daba por finalizada la entrevista con una última frase:

—Bueno Germán —dijo palmeándole la espalda y arrastrándolo hacia la salida— que te vaya bien en las excavaciones... llámame cuando quieras... y suerte en el Archivo.

—Vale, Rubén, gracias, ya te diré... —Aunque esto último ya no lo escuchó su amigo, que se perdía al fondo del pasillo para desaparecer tragado velozmente por las escaleras de bajada.

Germán Bravo se quedó momentáneamente desconcertado, a la puerta del despacho de su amigo, sólo entre los tapices, panoplias y pendones que colgaban de las paredes del ancho, hexagonal y noble edificio de la antigua Real Fábrica de Tabacos de Sevilla, Universidad desde 1953.

Viernes por la mañana temprano. Germán, ante el espejo de su desordenado

cuarto de baño, estuvo más tiempo que de costumbre. Se despreczaba una y otra vez, se quitaba las legañas, metía sus uñas en los rabillos, en los lacrimales, tanto que se enrojecieron y supuraron sus ojos; no era la única avería en esa repentina vocación por el acicalamiento que le había sobrevenido: junto a la patilla izquierda y bajo la barbilla tenía sendas heridas sangrantes de tanto como se había empleado con la cuchilla en él, por otro lado, inhabitual afeitado. Se había puesto el pantalón de bonito, el que le marcaba muy bien las caderas, y una camisa que tenía por estrenar desde hacía varias semanas, regalo de su madre. Se puso desodorante, una vaporización por axila, y se estiró una vez más para ver el conjunto en el espejo; hizo varios gestos, uno de hablar distraídamente, otro de señalar algo indeterminado, unas risas, una cara de carantoña... luego volvió a vaporizarse las axilas, carraspeó, se miró de cada lado; por fin, meneando la cabeza, se dijo «no sé qué gilipollices estoy haciendo...» y salió del baño, tomó unas carpetas, el cuaderno y su bandolera, su chaquetón de cuero y salió a la calle, a cruzar el Guadalquivir en dirección al Archivo de Indias, pues a primera hora tenía una cita con Amparo, la investigadora de la alianza en el dedo, la que tenía hijos, la mujer que le habló con voz sedosa y cómplice a través del teléfono móvil.

Al principio iba a buen paso, tenía tiempo, llegaría un poco antes. Pero conforme se acercaba no sabía qué diablos le pasaba a sus piernas que se volvían pesadas, le costaba moverlas, querían y no querían caminar; eso mismo le ocurrió a su garganta, que necesitaba aire, respirar profundo, pero notó que la glotis se estrechaba y apretaba, quería respirar y no quería; hacía fresco esa mañana, se levantó el cuello del tabardo cerca ya del edificio del Archivo y ahí le vino el pánico: estaba a punto de encontrarse con Amparo y le ocurría lo mismo que a sus piernas y garganta: quería y no quería. No había nadie en la puerta. Sintió un alivio repentino y, enseguida, una gran decepción —«nadie se preocupa por mí, ya se han reído de mí antes...», eran frases socorridas que guardaba celosamente y reproducía en circunstancias como éstas, que eran muy frecuentes en él—, pero pensó en positivo y se dijo «así tengo más tiempo para pensar qué le voy a decir en cuanto la vea», se decía entrando ya en el vestíbulo, aún con la congoja de que ella pudiera estar ya allí y pillarle de sorpresa. Se acercó a la puerta con intención de entrar en la sala y echar una ojeada, tendió la mano hacia el tirador y cuando apenas lo había alcanzado escuchó su nombre a sus espaldas: «¡Germán, eh, Germán!». Se giró y era ella; Amparo se acercó con una ancha sonrisa que coronaba su elegante conjunto de chaqueta y pantalón oscuros; llevaba acurrucados entre el brazo y pecho izquierdos unos libros, y el bolso colgado del hombro derecho; el muchacho apenas pudo balbucir un «ho... hoola... iba a entrar ahí...» señalando hacia la puerta, cuando ésta se abrió de sopetón y le golpeó en la espalda, empujándole hacia la mujer, echándole sobre ella; «¡pero... qué...!, ¡oh, perdona!», atinó a decir; por instinto los dos, espontáneamente abrazados, miraron hacia la puerta de golpe abierta: No podía ser cierto, no era verdad, no hay casualidades, pero ahí estaba él, el hombre alto y fuerte de la camisa de cuadros —



hoy con distintos colores— el pelirrojo de venillas en la cara, con su tres cuartos de cuero; era Whithdraw, el inglés de la primera vez, el que ella creyó ver que les espiaba al cruzar el río, era él, que, saliendo de la sala, había vuelto a dar un portazo al frágil arqueólogo gaditano empujándolo a los brazos de la mujer madura.

Los tres se disculparon en un cruce de frases inconexas y atropelladas; luego se sonrieron, como dando por hecho que sus encuentros en el Archivo estaban ligados de por vida al incidente de la puerta; «esta puerta...», dijo Whithdraw, «abre mal, abre el revés, para afuera» y disculpándose otra vez, se marchó. Germán y Amparo se desasieron y pasaron al interior de la Sala de Consultas, pero ¡qué inolvidables serían para él los segundos que estuvieron accidentalmente enlazados! Estaba guapa, maquillada, cálida, sin gafas, mantenía la coleta, evitó su caída, le sujetó; tuvieron juntas sus mejillas, pudo notar su olor, su temperatura, el perfume del suavizante de su ropa y ahí seguía, a su lado, saludando al funcionario Crespo y tomando los dos una mesa aislada donde dejaron los bártulos, tomando posesión de ella.

—Desde luego —dijo ella meneando la cabeza—, ese tipo la tiene tomada contigo.

—Bueno, esta vez no ha sido nada —replicó él, aunque para dentro se decía jubiloso «ha sido mucho».

Mientras extendían sus libros y cuadernos sobre el escritorio, iniciaron un diálogo en voz baja, a hurtadillas, conscientes de que contravenían el silencio que se supone en esos lugares:

—Bueno, qué, cómo van tus barcos hundidos... —susurró ella.

—No te burles... —accedió él, y prosiguió—, no te lo creerás, pero el sábado conocí por casualidad a una tía, a una colombiana; no te lo creerás, pero me dijo que su tataratabuelo o así, uno muy de atrás, embarcó en un galeón, y resulta que yo había visto algo de ese galeón el otro día, aquí.

—Vaya, cuantas casualidades —replicó ella con tonillo.

—Sí, hemos quedado en vernos mañana —dijo sin saber cómo, pero se dio cuenta de inmediato que había dicho de más.

—¿Ah sí?, mira que bien —masculló Amparo con segundas y ya casi hablando normal.

—Es que... hoy quería mirar más de ese barco... se llamaba *Santa Clara*, era de transporte de mercancías... pero, Amparo —añadió, queriendo girar la conversación, con de voz de diálogo abierto—, me ibas a contar lo que hacías para los alemanes...

En ese momento varios otros investigadores chistaron y carraspearon; casi todos miraron censores hacia ellos, se hizo silencio; el funcionario Crespo también les miró desde el mostrador y, cruzando el índice en los labios, puso una sonrisa postiza, de uniforme. Amparo bisbisó:

—Te he traído un trabajo sobre lo del contrabando, me lo han pasado unos amigos de Madrid.

—Ah... muchas gracias... Amparo... —dijo tomando el cuadernillo y haciendo

como que lo leía con atención. Luego agregó: pues yo he leído el libro del inglés ese, el de los portazos... es una biografía de una familia de Jerez con negocios en Indias; no veas el tío, parece encargada por ellos, todos parecen unos santos.

—El otro día, cuando salimos... venía detrás de nosotros... o eso me pareció, no sé —apuntó ella con intriga. A continuación, y estirando el carmín de sus labios, propuso: Oye, ¿pedimos?

—Sí, sí, claro... —asintió él abducido por la cosmética sonrisa de ella.

Se dirigieron a los puestos informáticos de consulta y a los cajoneros de fichas; tras unos minutos y varias anotaciones de firmas, Germán se encaminó a la isleta central a realizar el pedido, tomando de camino una pastillita de regaliz de la caja de su bandolera. Crespo estaba como siempre, rezumando salud y buen desodorante, con su cara de atención al público y su moreno indeleble; terminaba de despachar a una mujer que todavía hojeaba unos papeles sobre el mostrador:

—Es el nomenclátor de concesiones de transporte marítimo y los registros de los puertos de Colombia... de Nueva Granada, perdón —explicó Germán, entregando su hoja con una mano y con la caja de pastillas en la otra.

—Mmmm... esto va a ser mucho... —replicó Crespo, apuntando las firmas y epígrafes en una libreta de notas.

—¿No va el ordenador?

—¿El ordenador?

—Como veo que lo anota en un papel... insistió el chico agitando, haciendo sonar la caja de regaliz, como con un tic.

—Bueno... sí... es que se ha ido la línea hace un momento —contestó Crespo, visiblemente dubitativo.

Inesperadamente, la mujer que estaba en el mostrador y que ya se retiraba, volvió la cabeza y dijo «hace un momento sí que iba». Crespo exacerbó su azoramiento y lo arregló como pudo: «Ah, sí, sí, acaba de volver; enseguida lo meto», dijo, y tarareó una melodía muy en boga mientras lo hacía. En ese interludio Amparo se acercó a ellos para entregar su hoja. Se refería la de ella al periodo inmediatamente anterior al independentismo, a las últimas resoluciones comerciales de la Corona española, a la última legislación en derechos del trabajo, las últimas leyes para indios y negros; el instituto alemán para el que trabaja promovía un estudio comparado de la legislación *tardocolonial* las dos américas; se trataba, según le explicó allí mismo, de un cotejo de las leyes españolas con las de Nueva Inglaterra, Nueva Holanda y Nueva Francia; naturalmente, la parte española le correspondía a ella.

Crespo recogió la hoja de Amparo e introdujo las firmas en el buscador del ordenador; a continuación indicó a los dos amigos que podían ir a su puesto, que un ordenanza les llevaría las peticiones poco a poco. Eso hicieron ellos pero, estando ya casi sentados, el joven se irguió de nuevo y susurró a su compañera «me he dejado la caja de pastillas» y volvió al mostrador; en el escaso instante de recogida de su minúscula pertenencia pudo avizorar cómo Crespo anotaba discretamente algo en la

misma libreta que su pedido, pudo notar cómo el bronceado funcionario en vías de jubilación se incomodaba por su presencia, «ya se lo llevan a la mesa», insistió endureciendo la voz. Germán se alejó justo cuando Whithdraw regresaba a la sala desde el exterior; ya sentado en la mesa dio un codazo a Amparo señalando la isleta con la barbilla; los dos observaron cómo Crespo y el inglés cuchicheaban, había disimulo en sus caras, les miraban de reojo y cuando las cuatro miradas chocaron, los ocho ojos desviaron el objetivo, conscientes todos de que todos se miraban. Whithdraw se acercó a una mesa y se sentó, se quedó esperando, leyendo un tabloide de grandes titulares y fotos. Germán comentó a Amparo «está raro hoy el Crespo...» y luego añadió con sorna, pero con gracia: «gracias por contarme de qué va tu investigación», a lo que ella respondió con su madura boca de carmín y un parpadeo envolvente «no seas bobo, te lo iba a contar de todas maneras».

Amparo se metió de lleno en los documentos de finales del dieciocho y principios del diecinueve. A su lado Germán analizaba directorios de concesionarios de transporte marítimo y terrestre, relaciones de permisos de zarpa de los puertos de Nombre de Dios, Portobelo, Cartagena, Barranquilla, Riohacha y Santa Marta y se dejaba empapar por el perfume de ella, por los aromas del cuerpo caliente y experto que tenía a su lado, se le iba fácilmente la cabeza. Con gran esfuerzo de concentración logró conocer que había tres grandes tipos de concesiones de transporte: el terrestre, de interconexión de las colonias de América del Sur, que cubría rutas de Perú y Río de la Plata hacia Nueva Granada, y viceversa; el marítimo de conexión entre México y Nueva Granada; y el marítimo de exportación e importación desde Indias a España; a ellos se añadía, de forma específica, un cuarto grupo, el de interior terrestre en Nueva España. Los titulares de las concesiones apenas cambiaron desde principio de siglo, desde el cambio dinástico de los Austria a los Borbón; apellidos ilustres u otros ligados a los virreyes o presidentes de audiencias poblaban esas listas; al llegar a 1743 a Germán le llamó la atención un cambio en la ruta Veracruz-Barranquilla; le chocó porque, junto a los marqueses de Daimiel, el nombre que aparecía era el del ducado de Arroyomolinos —decía el legajo—, «los del libro de Whithdraw», se dijo Germán. Pero mucho más le alteró el hecho de que la mayoría de albaranes y otros papeleos de trámites de allá estaban firmados por un tal Rodrigo Daza: «¡Rodrigo Daza!», dijo elevando la voz, como si tuviera auriculares; Amparo elevó la vista; el resto de la sala carraspeó y chistó, Crespo meneó la cabeza... El muchacho se ruborizó y se excusó ante Amparo, le rezó al oído que creía haber descubierto a un antepasado de la chica que conoció el sábado en el mercadillo, la que apenas le tenía preocupado, con la que mañana estaba citado en el mismo lugar y a la misma hora que seis días atrás. Tuvo una doble emoción al decir eso: la que ya tenía por lo que creía un gran hallazgo, y la que le provocaba el olor del cabello de la madura profesora de instituto, del ligero sudor de su cuello, incluso el olor de sus cosméticos era turbador para el aventurero arqueólogo en prácticas. Tan embelesado estaba en su doble emoción que no supo cómo explicarse

la susurrante, pero contundente reacción de ella: «Germán, pareces un crío, no haces más que llamar la atención... primero el barquito y ahora la colombianita esa».

No entendía nada. No hacía más que compartir con ella sus avances, sus ratos en el archivo y ella se enfadaba. Pero ¿qué había hecho él, qué había dicho para que le riñese de esa forma? Había hablado un poco alto, vale, estaba un poco excitado por el progreso de sus indagaciones y eso le hacía alzar la voz, de acuerdo, pero ¿acaso no les habían llamado la atención antes a los dos, es decir, también a ella? ¿Por qué era ahora, de repente, un crío?, y, sobre todo, ¿por qué decía «colombianita» cuando se refería a Lidia? Se quedó unos segundos indeciso, no sabía si pedirle disculpas por algo que desconocía haber dicho o hecho, o si recoger sus cosas y largarse. Contó hasta diez; sorprendentemente hizo lo más sensato: seguir mirando documentos; ahora eran los registros de salida de las capitanías los puertos del Caribe. Le interesaban las posteriores a 1734, las referidas a las actividades de Rodrigo Daza; no tardó en aparecer el galeón *Santa Clara*; tuvo el impulso de volver a decirlo, pero se contuvo, no quería más reproches, más reconvenciones, más carraspeos. Aparecía frecuentemente el galeón en todos los puertos desde Veracruz hasta Barranquilla; espaciaron sus travesías cuando los ataques ingleses a Portobelo y Cartagena; el último apunte era desde Barranquilla, fechado el 30 de septiembre de 1755. «30 de septiembre de 1755...», meditó. Impulsado por un resorte el muchacho pasó atrás varias hojas de su cuaderno, hasta las notas sobre la declaración de un supuesto superviviente del supuesto ataque pirata al *Santa Clara*; estaba fechada ésta cuatro meses antes. «Entonces...», maquinaba rascándose las minúsculas cicatrices del afeitado de la mañana, «claro, que aquí el escribiente duda de la veracidad de este marinero... que si no, habría dos barcos con el mismo nombre», seguía discurriendo, ya sin prestar atención al olor ni a la temperatura de Amparo, ni a su cabello recogido, ni a lo bonita que estaba con su austero maquillaje, «o lo que pasó es que no fue atacado el *Santa Clara* y se trata del mismo barco...» maquinaba Germán Bravo esa mañana, ya con un rictus salaz en su sonrisa, copiando literal la reseña, tirado del hilo de un ovillo de aventura.

Indicó a su compañera con un gesto, cerrando el cuaderno y organizando los legajos, que ya estaba listo por hoy; ella levantó la vista como interrogando; miró su reloj y dijo bajito «de acuerdo»; avisó con una seña al ordenanza, recogieron sus efectos y se dirigieron a la puerta de salida; al pasar por el mostrador de información saludaron a Crespo, que les contestó con un gruñido, apenas sin levantar los ojos, cerrando de un golpe de *intro* el contenido de su pantalla; ya abriendo ella la puerta, volvieron a mirar atrás y se encontraron con la mirada huidiza, casi viscosa, de Whithdraw, que regresó a su tabloide como si no se hubiesen encontrado otra vez los objetivos de sus ojos, volvió a los y grandes titulares como un párpado al cerrarse cuando un insecto se le acerca.

Amparo y Germán habían ganado la calle. Estaban parados, uno frente a otro. A ella se le había desatado el pequeño tornado de la exclusividad, del instinto natural de

posesión que sale a flote cuando a la mera atracción se le añade el también natural surgimiento de la animalidad, lo decía su cara. Él disfrazaba un asomo del mismo sentimiento en su incompreensión ante la seriedad de ella. Sintió ahogo. Se sentía atraído por aquella mujer madura, por su seguridad, porque tenía en el rostro las marcas de la vida, porque le inspiraba protección, maternidad; pero, a la vez, Lidia era la aventura, la juventud, el frescor, las gotas de rocío sobre la hoja recién nacida; sintió ahogo. Sin su permiso, sus labios pronunciaron algunas palabras:

—Estoo... me tengo que ir... me ha ido bien esta mañana... ¿y tú?

—Y yo ¿qué? —replicó ella.

—No... que tus niños... que... ¿qué tal te ha ido hoy?

—Pero qué dices, Germán —mantuvo Amparo.

—Que... tendrás que ir a por tus niños...

—Hoy los recoge su padre —dijo ella, ya modulando su tono.

—¿Estás casada? —preguntó él, abochornándose enseguida de su atrevida pregunta.

—Bueno —prosiguió ella amistosa—, tenemos nuestros líos...

La conversación había vuelto al territorio de la mera atracción. Germán respiró y preguntó un escalón por debajo de la mera atracción:

—Y... ¿qué tal esta mañana, has avanzado?

—Oh, sí, sí; ya casi tengo terminado lo que me han pedido los alemanes, el último cuerpo legal, la jurisdicción del ocaso de la hegemonía española en Indias —dijo, engolando la voz, con un timbre de broma, exageradamente científico.

Él se rió, los dos rieron. Se iban a despedir cuando Germán, que daba la cara a la entrada del archivo, vio aparecer a Whithdraw en el vano de la puerta; ella vio cómo cambió su cara y se volvió también; el inglés de la camisa de cuadros hizo ademán de volver a entrar, pero reconsideró su actitud y terminó de salir; les saludó con una sonrisa disfrazada y se alejó en dirección contraria a ellos.

—Se pasa el día leyendo el *Sun* y cosas por el estilo —dijo Germán.

—Por lo que me has contado del libro sobre esa familia, ni es investigador ni nada.

—Bah, no sé, me da igual. Oye, Amparo —se lanzó; estaba completamente crecido—, ¿nos vemos la semana que viene?

—Bueno, vale, ¿me llamas?

—Claro, claro, te llamo, seguro.

Se dieron un beso en cada mejilla. Él volvió a notar la humedad de ella, el abrigo de su cabello, ya con mechass sueltas, con los aladares caoba dibujando jeroglíficos en sus sienes, como las plumas de avestruz pintan miniaturas en el margen de un pergamino viejo.

Germán Bravo está claramente venido arriba; su vida ha cambiado, por fin tiene un sentido: tiene un trabajo en las inevitables excavaciones de Sevilla, ha iniciado una investigación que cree original y que le ha conducido a lo que cree la pista de un

tesoro o un misterio, o el desenmascaramiento del pasado de alguna respetable familia andaluza; ha conocido a una mujer madura que le atrae y a una joven colombiana que le gusta; piensa que, quizá, el hecho de que ambas se hayan interesado «algo, un poquito», ya implica que él se sienta atraído por ellas; en realidad, piensa que se sentiría atraído por cualquier mujer que se interesase «algo, un poquito» por él. Estaba excitado, estaba soliviantado por sus consultas de la mañana: había hallado una segunda referencia al galeón *Santa Clara* y había encontrado un antepasado de Lidia Daza; quería conocer sus negocios y tejemanejes en el Caribe, quería, secretamente, llegar a ella a través de sus ancestros. Tenía que decírselo a Lidia, habían quedado en verse mañana, pero tenía que decirle algo ya, ya, ya. Marcó su número.

—Lidia, es... es fascinante, tengo más información del *Santa Clara*, estamos tras su rastro...

Una vez que la muchacha hubo identificado la llamada y digerido lo atropellado de su planteamiento, tomó aire y contestó:

—¿Germán?

—Y, además he visto el nombre de tu abuelo.

—¿De mi abuelo?

—Sí, del que te mandó la carta esa de su salida de Cartagena.

—No es abuelo, parece, es más atrás que abuelo —dijo ella riendo abiertamente. Luego añadió: ¿con qué haces andas?

—Por aquí, por casa; esta mañana estuve en el archivo.

La conversación se detuvo con un silencio que, en el teléfono de ella, rompía lejanamente el sonido de puertas, escaleras y saludos borrosos; Germán salía a comer algo y el ruido de la calle le impedía escuchar su voz con claridad. Después de unos cuantos «se va, se va... no, no oigo nada, ahora, ahora te oigo bien, no, no te muevas...», preguntó:

—Oye... Lidia... ¿va todo bien?

—¿Si va bien? Normal, como siempre —dijo ella, extrañada.

—Es que... he leído por ahí que hay grupos que os chantajejan, grupos de colombianos...

—Eso sí, es cierto.

—Tú... no estarás...

—No, mancito, no, gracias por tus desvelos, yo no, pero sé de una que le sacaron monedas no más llegar acá.

—Se lo habréis contado a la policía, ¿no?

—Rosita no quería; se llama Rosita, ¿sabes?, no quería...

—Bueno, bueno... —interrumpió—, oye ¿irás el mañana al mercadillo?

—Claro que iré; tenemos una cita, ¿recuerdas?

El muchacho ensanchó su boca triunfante, se despidieron ambos con un ¡chao! Y se dirigió a la taberna más cercana; estaba nublado, pero iluminaba con su cuerpo el

pavimento de las calles y las losetas de las aceras, estaba seguro de que todos le miraban, se sentía a gusto por ello.

Ya es sábado. Este sábado no había ninguna maqueta de barco ni marcos de cuadros ni santos sobre el tablero con borriquetes del mercadillo de La Alameda, ni era el mismo puesto de venta ni el mismo tendero, pero Germán y Lidia —ella con camiseta ajustada de media manga y vaqueros, él con camisa ancha, pañuelo al cuello y pantalón con bolsillos en las perneras— paseaban entre la marabunta como si fuesen turistas primerizos, tomados esporádicamente de la mano, con lustre de recién salidos de un hotel de tres estrellas. Él sentía que le faltaban pulmones para la cantidad de oxígeno que respiraba, todo lo que olía era ella; a ella le sobrevenían oleadas de calor, borbotones de primavera, y los dos eran cautivos de una lluvia de endorfinas, la tormenta esa que nos hace egoístas, dependientes, irracionales, unidireccionales. Después del paseo, ella le invitó a su apartamento para mostrarle los restos del naufragio de su progenie, y allí descubrió que era una chica divertida y juguetona: Lidia se embutía en un vestido largo de terciopelo granate con bordados de oro en el escote y en el bajo y brocado de algodón blanco en los puños y cintura. Él estaba sumergido en una marea de cojines, mirándola callado, como ausente; le parecía una diva, una actriz de primera plana que ahora dejaba acariciar su cuerpo por un camisón de encaje negro con delicados tirantes y figuras de pájaros mayas en el escote y la espalda; también se probaba sombreros, toquillas y faltriqueras, bañadores de cuerpo entero, enaguas, guantes de piel hasta el codo, pañuelos de popelina y redecillas de malla con abalorios en el pelo. Eran todos del arcón de Cartagena.

Afuera todavía era invierno, pero ese invierno que en Andalucía está a punto de convertirse sin transición en verano. El paseo y la prueba del vestuario dieciochesco les había provocado sed y abierto el apetito. Los dos jóvenes salieron a tapear, estaban a gusto, iba a tirar la casa por la ventana. Tomaron cerveza, montados de bacalao con salmorejo, melva con pimiento rojo; eso les consumió casi la previsión de dinero de todo el fin de semana, pero harían un esfuerzo, pues algo muy similar a la felicidad les sube desde el estómago y se instala en sus mejillas, encendiéndolas, coloreándolas. Un poco más allá son dos copas de manzanilla —en rama, saca de verano— lo que saborean en la boca, aunque sienten como si ese líquido divino se empapase hasta el final de sus extremidades, bombeado desde el corazón por venas y arterias. Entre ambos consumieron un plato de finas lonchas de jamón de Huelva, y creyeron que eso que se les deshacía en la lengua, eso, no les podía estar pasando a ellos, no podía ser tan bueno. La vianda multiplicó el hervor de sus sentimientos y caminaron sobre nubes, el mundo girando alrededor de ellos. Pero, claro, el momento era demasiado bueno, o sea, algo va mal, así que Germán decide una pausa, decide emborronar un poquito la tarde, cambia radicalmente de tema:

—¿Has vuelto a saber algo de Rosita?

—Pues mira, que al mencionarlo ayer recordé que va para meses sin saber de ella y la llame por el celular, pero no estuvo en toda la tarde. Llamé también a la casa en

que sirve, pero informaron que no iba por una semana. Me supo raro...

—¿Te dijeron por qué dejó de ir?

—No sabían, llamaron a la agencia y tampoco sabían.

—Y ¿has ido por el muelle, por dónde se reúnen?

—No, no volví por allá.

—Bueno, ya dará señales de vida —dijo Germán, restando importancia. Quizá se ha ido a Madrid o Barcelona, o fuera de España, no sería el primer caso.

—Denuncié su desaparición a la policía —dijo ella inocentemente.

A Germán se le revolvió el bacalao contra el jamón; un sabor agrio le subió repentinamente por el esófago, se puso a sudar.

—¿Qué lo has denunciado a la policía? Pero si a lo mejor no es nada... —añadió. Inmediatamente cayó en lo absurdo de su comentario: si no era nada, mejor, pero ¿y si era algo? Entonces podría estar entrando en un sitio peligroso, por tanto no era tan absurdo su comentario.

—Lo que dices es absurdo —dijo ella—, si mi amiga fue sacada ¿de veras lo dejamos en manos de esos hampones?

El muchacho se ruborizó, lo hacía con mucha frecuencia; pero le dio la vuelta a la situación; ahora creyó ser un aprendiz medieval al que un caballero le entregaba lema, blasón y divisa, y le daba espaldarazo nada menos que con Excalibur; creyó ser un paladín, y Lidia su favorita.

—Naturalmente que no la dejaremos tirada, Lidia, has hecho lo que tenías que hacer.

—Andá, vamos a casa, que quiero enseñarte otra cosa —finaliza ella.

A media tarde, en su casa, Lidia da a leer a Germán la carta en la que Rodrigo Daza explica su salida desde Cartagena hacia España. Es una especie de examen de conciencia, donde reconoce su fracaso en la procura del mantenimiento del negocio familiar. Pero, además de la cortedad en la gestión profesional, también manifiesta su miedo; miedo al derrumbe de todo el imperio colonial, miedo a Norton, a los ataques de los ingleses, miedo a los cambios en las relaciones comerciales y a las circunstancias políticas. Por eso quiere huir y deja esa misiva en la hacienda familiar de la calle Pedrerías, en los alrededores del puerto. Tras su lectura, e investido de un exagerado caletre policial, Germán Bravo conjetura algo fantástico y misterioso en aquella salida precipitada y en aquel cargamento secreto: si ha tenido que salir a las bravas, sólo habrá podido llevarse consigo lo más valioso; ese «cargamento secreto de gran valor» podrían ser mercancías... o monedas... joyas, un tesoro, por pequeño que fuera. No se atrevió a decírselo a Lidia, pero dedujo que Rodrigo Daza tenía todas las papeletas para ser un verdadero capo del mercado negro; que, oculto bajo la apariencia de sus transportes comerciales, escondía tráfico de gemas, de hojas de coca quizá, quien sabe, pero tenía claro que Rodrigo Daza no era precisamente trigo limpio, más bien un cobardica. Le pidió prestada la carta, sólo serían unos días, para estudiarla bien; ella accedió, aunque de no muy buena gana.



Por la noche Germán se empeñó en pasear, pero era un paseo con segundas: quería mostrar a Lidia la excavación del túnel de La Pasarela, el lugar donde trabajaba. Se encaminaron a los alrededores del Parque de María Luisa, hacia la zona del antiguo Pabellón de Portugal de la Exposición Iberoamericana de 1929; había sido antes una zona despejada, pero con los jardines del Prado y la obra del aparcamiento no se parecía a los Campos Elíseos precisamente. Los dos jóvenes bordeaban la Universidad bajo las luces anaranjadas que iluminaban naranjos y plataneros, franqueaban aceras y carriles por los que circulaban autobuses anaranjados, caminaban sobre albero naranja pálido. Ella volvía la cabeza regularmente, ha vuelto a notar ojos de búhos clavados a la espalda. Se tomaron de la mano, caminaba él sobre un bordillo en equilibrio, ella pasaba su mano por enredaderas de jazmín azul, por matorrales de dama de noche. Ella creyó ver a dos hombres que parecían seguirles desde un rato y se lo manifestó, pero él creyó que imaginaba. Estaban casi abocados al gran agujero, a la magna obra de la nueva ciudad del siglo XXI. Junto al poste informativo de ese lado había una caseta de vigilancia. «Mira», dice él, «ahí está la alacena de los azulejos, mira, allá, frente a la Facultad de Derecho, está la fosa de los huesos», y los dos rieron con eso. Ahora era él quien creyó ver a tres hombres, dos más adelantados y un tercero más atrás, parados, al acecho. «¿Quieres que entremos?, le propuso, ¿saltamos y entramos?», insistió; ella meneó la cabeza diciendo «no seas niño».

Buscaban los aledaños del parque, no había nadie, apenas parejas en la intimidad de las sombras, apresurados viajeros tirando de maletas que van o vienen de la estación contigua. Era la tercera vez que ese vehículo amarillo pasaba ante de ellos; dio la vuelta bruscamente en la mediana y se acercaba de nuevo. Frenó en seco junto a ellos y dos hombres salieron como una exhalación, alcanzaron y se abalanzaron sobre la muchacha; uno le tapó la boca y la agarró fuertemente del cuello, mientras el otro intentaba tomarla por los pies; Germán, que en un primer momento tuvo el impulso de supervivencia de huir, recapacitó; ésta era la mejor manera de morir, un paladín que defiende a su favorita; su cuerpo se acercó a los truhanes y su pierna le propinó una patada a uno de ellos. Los agresores dejaron a la chica y rodearon al muchacho contra la verja de hierro; uno de ellos sacó una navaja y, entre cortas carcajadas, dijo: «Vaya, vaya, miren qué tenemos acá, si es un princesito...»; el otro remató «vamos a enseñarle a respetar al güevoncito este, vamos a quebrarle las piernas...». Nunca supo cómo, pero Germán se zafó del intento de sujeción de uno de ellos y lanzó otra patada a la mano del que tenía la navaja. Ahora los dos se lanzaron sobre el aventurero gaditano con una lluvia de puñetazos y patadas que él esquivaba como podía, y podía poco, la verdad; no lograron arrojarlo al suelo, pero su cara, cuerpo y brazos recibieron los impactos de aquellos mercenarios. Lidia se había alejado y gritaba, pedía ayuda, y marcaba en su celular el número de emergencia. Los vigilantes de la obra habían escuchado jaleo y ya estaban en el lugar del pugilato; el coche amarillo pegó dos acelerones y su conductor gritó «listo, salgamos, nos

vieron», y los dos macarras, a regañadientes, mascullando amenazas y advertencias, subieron por fin al coche y se alejaron con gran chirrido de ruedas y rugido de motores.

También con ruido de motores y sirenas, con olor al caucho quemado, dos vehículos de policía llegan al escenario; uno sigue en persecución del coche amarillo y el segundo recoge a los heridos. A Germán lo conducen a un servicio de urgencias cercano, a ella a la comisaría. Poco después se reunirá allí con ella. El joven tiene dos hematomas en un costado, un fuerte golpe en la mejilla y arañazos y magulladuras en los brazos y resto del cuerpo. Pronóstico reservado dentro de la levedad. En las dependencias policiales los jóvenes han sido acomodados en un despacho casi confortable, les han tomado las identificaciones de procedimiento, esas que piden en todos los sitios —especialmente cada vez que alguien llama a su compañía de móviles para que no le resuelvan un problema—, y les urgen después un relato pormenorizado de lo que saben y han visto: la escena bajo el puente de Triana, las conversaciones con Rosita, la sospecha de que les vigilan, los ojos de búho clavados a la espada, la desaparición y denuncia, la trifulca de esta noche. La inspectora Robles, acompañada por otro agente, escucha con atención, toma notas, pregunta y repregunta; la inspectora es alta y les explica que, tras la denuncia de Lidia, las investigaciones en círculos colombianos progresan, que en breve habrá resultados, puede que ahora mismo hayan detenido ya a los ocupantes del coche amarillo.

La inspectora Robles manifiesta gran soltura, tiene autoridad y firmeza, se ve que sabe tratar a las víctimas, toma decisiones que son acatadas sin rechistar por sus subordinados. A Germán no le pasa ese comportamiento desapercibido, como tampoco que, además de alta, es morena, de pelo negro, de ojos azules; tanto no le pasa de soslayo su aspecto que cuanto más se fija en sus características morfológicas más confuso y atropellado es su relato, más surrealista, mezcla golpes con azulejos, carreras con legajos: «¿Se encuentra bien?» inquiera la agente, «ehh, sí..., disculpe, es que me duele...», escapa con ingenio, y Lidia, a su lado, menea la cabeza con un gesto maternal, le acaricia los cabellos.

## MINAS Y CECAS

¿Qué hacía el galeón *Santa Clara* tan alejado de su ruta? ¿Por qué se expuso a aguas desconocidas conociendo, como se sabía, que eran pasto de asaltos, que eran aguas del pirata Caraccioli? La búsqueda de indicios —que no la resolución— de su extraño proceder nos conduce primero a un grupo militar que sesteaba en un bosque del interior de Nueva Granada. Los soldados permanecían tumbados o sentados en la ladera, bajo la umbría benigna de una treintena de cedros. La lentitud, el espesor del ambiente en la quebrada sólo lo alteraban los esporádicos relinchos, los resoplidos de los caballos, los trallazos de sus colas espantándose los bichos. Pegado a la piel, al sudor de los hombres, quebraba la lentitud el zumbido de los insectos; era éste una sonatina sostenida y monocorde de minúsculos aleteos originariamente graves y lejanos, que crecía y crecía y se acercaba, haciéndose más agudo cada segundo el zumbido, subiendo su agudeza y cercanía, dejando de ser ya un sostén del duermevela para convertirse en una sirena de alerta, tan agudo y cercano que era ya un pitido penetrante y afilado que solía terminar con una bofetada en el propio rostro, una agresión propia seguida de un impropio, de una maldición por la mierda suerte de estar allí, en aquella quebrada, al acecho de la zona y al cuidado de dos mierda indios que tenían embaucado al virrey; un dicterio por estar allí en lugar de sestear cómodamente en los frescos sótanos de los cuarteles o entre los brazos de las inditas no mierda de los lupanares de Santa Fe.

El pelotón y el oficial que sorteaban insectos llevaban varias semanas de campaña, de este monte a aquella cañada, de aquel raso a esa arbolada, peinando terraplenes y escarpadas, praderas y humedales, siempre avizorando intrusos, siempre detrás de los dos indios que se decían brujos, magos de su tribu de las montañas de Santa Marta de Sierra Nevada. Eran los confines del primer tercio del siglo XVIII cuando estaba este destacamento en las estribaciones septentrionales de la cordillera central de Nueva Granada, al norte de Medellín, mucho más a norte —en la ribera izquierda del río Magdalena— de Santa Fe, en el corazón de la selva bogotana. Esteban de Mesa, el nuevo virrey, quería ser recordado, quería su nombre impreso en oro en el libro de la historia. Quería frenar los continuos ataques de corsarios ingleses u holandeses, poner coto al contrabando y al mercado negro, ganarse el favor de los indígenas —pues con ello, pensaba, apaciguaría los brotes independentistas que ya asomaban por los viejos virreinos— y acometer una gran obra pública: un canal desde Cartagena hasta el río Magdalena que asegurase el suministro de agua dulce a la mucha población y sirviese, sobre todo, como vía fluvial alternativa para el transporte a bordo de embarcaciones menores. Todo ello le conducía a una misma entelequia: metales preciosos, monedas, dinero: con más recursos económicos mejoraría las dotaciones de los acuartelamientos costeros, paliaría la escasa liquidez monetaria que había provocado el ingente incremento del comercio, mejoraría las

condiciones de los caciques y las encomiendas, y podría abordar el extraordinario proyecto de la construcción del Canal del Dique. La cuestión era que la producción argentina de Potosí iba casi en su totalidad para España; otras minas menores del Perú apenas daban réditos a sus concesionarios y las de Pamplona, Buriticá y Mariquita estaban también agotadas; así que durante el primer año Esteban de Mesa ordenó drenar todos los ríos y antiguos lavaderos en busca de pepitas o indicios, pero esa enorme operación de búsqueda, si bien sirvió para entrenar soldados, apenas dio para su mera financiación.

Entonces, De Mesa se dijo: «hagamos lo que hicieron» y ordenó repetir lo que los pioneros de la conquista: aquéllos, viendo que los nativos se adornaban con perlas, piedras preciosas o collares de oro y plata, los embaucaron con bisutería y cristalitos para que les condujesen a las minas, a los escondrijos de cuya tierra extraían el metal de sus ornatos. El virrey, en el curso de sus negociaciones de apaciguamiento con los caciques, y fracasada la дрена de ríos y lavaderos, cedió a la mística aborigen y obtuvo el préstamo de dos conspicuos zahoríes a los que pondría a la busca de nuevos yacimientos auríferos bajo la protección de sus soldados. Los zahoríes de la Sierra Nevada eran auténticos chamanes; afirmaban haber visto cómo el supremo pájaro Quetzal llenaba el mundo con la luz que brotaba de su pico y después, de un coletazo, cómo dibujaba el arco iris con la algarabía de su plumaje; provenían de progenies inmemoriales que guardaban los huesos de sus muertos junto a los huesos de todos los muertos de la estirpe; mascaban pasta de tabaco, siempre llevaban pasta de tabaco, y la mascaban para entrar en mistificación y, desde ahí, realizar conjuros y adivinaciones. Usaban el péndulo y las varillas; liaban al extremo de una coleta de lana una perla del tamaño de un limón verde y lo sobrevolaban por tierras, rocas y ciénagas, hasta que su pendular les indicaba veta o señuelo; las varillas eran sendos gusanillos forrados de cobre que sujetaban una en cada mano; caminaban con ellas en paralelo a la superficie hasta que las puntas se juntaban, se imantaban, eran atraídas por algo en el subsuelo y ocurría igual que con el péndulo: veta o señuelo.

Además de por los insectos, el silencio pertinaz de la exuberancia y la humedad pegajosa del sotobosque neogranadino eran también alterados por los murmullos ininteligibles de los dos místicos nativos: «cauhé sheliné, cahué sheliné, iripana meseré, cahué sheliné», o algo así decían, y luego se reían a carcajadas largas y sonoras. De vez en cuando gritaban «leima, leima, leima» y chistaban «shshshsh» pidiendo silencio y haciendo señas. Entonces el oficial y un par de soldados se les acercaban, e insistían los aborígenes «leima, leima, aquí señor, aquí, aquí» señalando insistentemente el suelo con los índices de la mano, y entraban como en trance, entraban en una suerte de epifanía telúrica, y todos miraban expectantes en su derredor con la respiración contenida, miraban los péndulos y las varillas que se prolongaban de las manos de los dos indios. Generalmente, ese éxtasis colectivo solía terminar abruptamente, con un «tahiná, nada señor, tahiná» decían los indígenas meneando la cabeza, y se recomponían, reían otra vez con estrépito, farfullaban entre

ellos, y también rompían filas los soldados destacados mascullando agravios y amenazas, y regresaban a la sombra de los cedros, a su aburrido concierto de zumbidos y bofetadas. Ese día los zahoríes les habían gritado ya tres veces «leima, leima» y, una vez celebrado el consabido rito de la fascinación por los movimientos pendulares o la espera de la junta de las varillas, las tres veces habían terminado en «tahiná, tahiná», las tres veces retornaron de vacío a los cedros; por eso el oficial del pelotón de cobertura estaba ya un poco hasta las gónadas de los indios chamanes y de sus risitas, de sus «leimas» y de sus «tahinás», de sus péndulos y sus varillas. Por eso, cuando volvió a escuchar la cantinela del «leima, leima, aquí señor, aquí», se dijo «como vuelva a ser “tahiná”, por el escapulario de Santa Dositea que los empalo ahí mismo», y de seguido, refunfuñando, acompañado de dos de sus soldados, bajó a la algaida de dónde venían los exabruptos de los indios que, ahora sí, parecían verdaderamente excitados.

Esta vez los zahoríes parecían concentrados, aquietando a los soldados con sus gestos, mascando pasta de tabaco, vibrando sus cuerpos con los movimientos circulares del péndulo, con el tintineo de las varillas rozándose, atraídas por el suelo; «leima, leima, leima» decían temblando, «leima, señor, leima, aquí, aquí», insistían, epilépticos ya sus cuerpos y sudando a chorros, como enfermos, y parecía vibrar también la tierra bajo sus pies, y escucharon los soldados del destacamento de busca de minas un traqueteo metálico, como de un buril rayando una pletina, un mugido que venía de dentro, de lo profundo y, de pronto, cayeron como sacos de patatas los dos brujos, se desplomaron exhaustos y cesó todo. El oficial y los soldados se quedaron mudos, durante unos instantes petrificados, poseídos también de la energía de los magos; cuando volvieron a normal —con gran dolor de cuerpo, de huesos y músculos, de articulaciones y cabeza— uno de ellos exclamó «¡señor, están poseídos!», mientras que el oficial, más avisado, más avezado —pues por algo era oficial— ordenó «la han encontrado, aviémonos a reanimarlos». Minutos después los muy desfallecidos indios volvían al terreno de los mortales y, entre señas y palabros, dieron a entender que habían localizado un filón de oro en ese lugar, lo que volvió risueños y prontos a reconciliarse con ellos a los militares españoles. El oficial dispuso inmediatamente cuatro centinelas en los oteros, que cuatro zapadores comenzasen a excavar el lugar señalado por el péndulo y las varillas, y que otros dos partiesen de emisarios hacia Santa Fe, a dar cuenta a Esteban de Mesa del hallazgo.

Dos semanas más tarde una compañía de caballería tenía acordonado un perímetro de una legua desde el lugar del yacimiento. Los zapadores habían horadado una cata vertical de cincuenta metros de profundidad y dos galerías horizontales, a diez y veinticinco metros, respectivamente, desde las que partirían otras varias más hacia la ladera de la montaña, pues ésa era la dirección que seguían las vetas halladas; eran dos filones de mineral de oro de gran anchura y espesor, más pura la más profunda, y tanta era la urgencia que tenía Esteban de Mesa por la explotación que ya estaban abajo los ingenieros y los químicos mientras los obreros aún apuntalaban

túneles y chimeneas, instalaban elevadores y contrapesos, explanaban el terreno colindante, construían almacenes y laboratorios, barracones para los obreros españoles, portugueses y criollos, y otros chamizos más alejados para indios y negros esclavos. Así que lo que era un tremedal selvático bogotano se había convertido en un agro de mucho ajeteo y construcciones. Primero el campamento militar, con cuatro grandes cobertizos de lona y jergones de litera para la tropa, y otras tiendas más pequeñas para los oficiales; poco a poco ese alojamiento pasó de efímero a permanente, con garitas de vigía, comedores y letrinas. Los barracones de obreros pasaron de meras casetas de madera a naves de piedra y adobe y las chabolas de indios y negros siguieron siendo chabolas. En la parte más abrigada se erigió un caserío más coqueto, con viviendas de dos plantas encaladas, de ladrillo y yeso y ventanales de madera de teca; eran el alojamiento de ingenieros, químicos y delegados virreinales. Por allí estaba también un pequeño y cochambroso hospital, donde los más proclives al ataque de insectos y reptiles acudían en busca de remedio, en procura de ungüentos, julepes o sahumeros; paradójicamente, eran españoles, criollos y portugueses los que más acudían al galeno, siendo que los de las chabolas enfermaban menos. El caserío precisó más servicios y acomodos, más organización y papeleo, fue el embrión de una nueva villa, llamada Remedios por los que procuraba el citado dispensario, y como todo en Remedios era la mina, la susodicha pasó a denominarse Mina Remedios.

Entre los que obraban destacaron los portugueses; se trataba de dos centenares de hombres que habían venido ex profeso desde la península, contratados discretamente por Esteban de Mesa, pues, vía diplomática, tuvo noticia de cómo se emplearon los lusos en el acopio de materiales y construcción general del Monasterio de Mafra. Era éste una enorme abadía ubicada en un terreno yermo, en tierra desnuda, sin peñas ni roquedales en sus alrededores. Era el convento de Mafra como un descomunal meteorito incrustado a la fuerza en una planicie, era algo ajeno a su entorno. Por eso mucho sufrimiento llevó a sus promotores, muchos cálculos a sus alarifes, muchas muertes y padecimientos a los braceros trajeron ese capricho eclesial y regio. Regio porque fue ordenado por el monarca Joao V, y eclesial porque tuvo que ver el futuro abad del monasterio. Regio pues fue como cumplimiento de una promesa de rey al Altísimo: erigiría un monumento si le daba el hijo que se resistía; y, claro, si había promesa a cambio, vendría el hijo, y claro que vino. Eclesial porque todos estaban seguros que si el rey no tenía hijos era por sí, y no por la reina; todos incluso el futuro abad, que quiso asegurarse su abadía procurando el hijo que el rey no tendría. La cuestión es que el formidable edificio, financiado con los recursos americanos de las posesiones portuguesas en la cuenca brasileña de Minas Gerais, concluyó en inmueble de mucha luminosidad, pero gran trabajo de mantenimiento, pues acabó teniendo más de cuatro mil puertas, más de tres mil ventanas y una respetadísima biblioteca de cuarenta y pico mil volúmenes; y cientos de muertos en el camino.

Mucho sufrimiento tuvo la erección de Mafra pero, en retorno, gran fama de

especialistas cobraron sus albañiles e ingenieros, sus porteadores y yeseros, y por esa razón —a los supervivientes— los reclamó el virrey de Nueva Granada. Eran ordenados y autosuficientes, trabajaban a destajo en las roturaciones, en el aplanamiento de las vías y su pavimentación con piedras, con losas que acopiaban desde lo alto de la cordillera, con megalitos que arrastraban con correas y estallaban con detonaciones de pólvora de la fábrica de Santa Fe, y luego acarreaban en bastidores uncidos de mulas y cuando las bestias se empantanaban en los baches, eran los portugueses los que empujaban el transporte; lo mismo hacían con la maderería, se empleaban como expertos leñadores en la tala de tecas y coníferas con las que los carpinteros —ya no portugueses— fabricarían carros, elevadores, contenedores, construcciones diversas y enseres industriales y domésticos. Las prisas virreinales y la entrega de los lusitanos condujeron a que en cuatro años la mina entrase en funcionamiento. Mientras la construcción, los delegados de Esteban de Mesa organizaban su puesta en renta: buscaban privados a quien ceder la explotación, establecían las distintas rutas de transporte para según qué calibres de mineral y sus destinos: bien directamente a Cartagena, para exportación o venta a terceras naciones, bien a los hornos de Medellín, bien a los almacenes de Santa Fe, donde, también por iniciativa de De Mesa, se ejecutaban nuevos hornos y fundiciones y, más secretamente, una ceca. El transporte desde la mina a fundiciones sería al alimón: mediante concesiones o con carruajes militares, pero siempre con abundante escolta, un contador del virrey, otro de la Audiencia y otro de la mina. Así, con Mina Remedios remedió Esteban de Mesa los recursos que precisaba para no pasar desapercibido, para ser alguien la historia, para sus estrategias políticas, sociales e industriales.

Unos años después se producen en dos puertos de Nueva Granada tres arribadas de gran interés para este relato. Llega a Portobelo un bergantín de la Armada Española que transporta confidencialmente elementos de fundición para Mina Remedios y para la Ceca de Santa Fe. Esta ciudad, sede de la Audiencia y del Virreinato, quedaría bien servida de empleos y producción, pues a la inminente fundición y saca de monedas se añadía la ya consolidada fábrica de pólvora. Bien, ése es el barco que llegaría al *puerto bello*. Varias millas más al este y varios meses más tarde, lo haría a Cartagena uno de los dueños de La General de Ultramarinos, el duque de Arroyomolinos, Don Antonio Núñez Rivera; venía a intervenir directamente en sus negocios de acá, o al menos eso dijo. Éste fue el segundo de los tres barcos que ahora nos atienen. Finalmente, poco después el anterior, también en Cartagena, atraca un buque habitual de la Corona con emisarios reales que vienen a supervisar la labor de los adelantados, de los contadores, oidores, delegados, jueces, oficiales militares, tesoreros, en fin, de toda la maquinaria administrativa de España en Indias. En este último viene un envío singular del Rey para el duque de Arroyomolinos, a quien los correos buscan —más no encuentran— para su entrega entre los tinglados del puerto, pero luego hablaremos de eso.

El bergantín de la flota de guerra española que amarró en Portobelo lo hizo de noche, dos huecos más adentro que *La Gobierna*, otro de aspecto mercantil con vigías armados de trabucos y dos troneras disimuladas en cada costado. En el mismo muelle militar le esperaban diez grandes carros, cincuenta estibadores y una compañía de caballería; apenas engancharon los cabos en los noray, toda la marinería se puso en marcha: unos aseguraban los precintos de cada uno de los ocho voluminosos bultos apilados en la primera cubierta, otros giraban los cabrestantes, aflojaban las poleas y fijaban los mosquetones en las argollas de los fardos. En tierra los de estiba acercaban otras dos grúas al costado del barco y todos maniobraron, unos con la guía de las grúas, otros con frenos y calzos, otros con pacas de paja para embutir la carga sin que sufriera; en poco más de cuatro horas las ocho piezas de los dos crisoles estaban acomodadas en otras tantas carretas y cubiertas éstas por lonas oscuras. Por las rampas bajaron con plataformas de ruedas las seis colecciones de moldes, cuatro para lingotes y dos para monedas, que fueron dispuestas en las otras dos carretas.

En todas estas tareas destacaba la soltura y buen ánimo de Pedro Arbolí, uno de los marineros del buque de guerra. Arbolí estaba contento; estaba fatigado por el esfuerzo y por el denso clima de telarañas, pues le parecía el aire como una madeja de hilachas de algodón; era su primera vez en el Caribe, pero estaba contento, demasiado contento, prisionero de un fuerte impulso interior, sin freno. Terminada la descarga, el comandante dio libre hasta mediodía a su tripulación: a dormir el que quisiera y el que no, divertimento y merodeo. La mayoría se entregó a los jergones, pero Pedro Arbolí prefirió el paseo; fue la última vez que le vieron. Deambuló por los arrabales, respiró con dificultad, sudaba, se refrescaba con jugos de frutas extrañas, muy dulces, muy espesas. Vio luego a un hombre con aires de capitán descender de *La Gobierna* y le siguió, le siguió hasta una taberna cerrada y sin luz, pero que abrieron; entró el capitán y también Arbolí, que traía resuello; olía a perfumes y a ron, olía a dinero, había mujeres en sueño, mujeres que nunca antes habían visto sus ojos ni sueños, mujeres de ensueño, negras, inditas, mulatas, olía a deseo, se oían gemidos y truenos.

Dos semanas enteras se emplearon en el transporte de los hornos y moldes desde Portobelo hasta Santa Fe. Un crudo itinerario que esquivaba a veces los caminos por trochas y senderos pues tal era la discreción que había impuesto Esteban de Mesa. Varias mulas murieron en el camino, exhaustas del peso, enfermas o muertas a tiros por indómitas o locura, pero las había de reserva en la reata; se notaba que los «portugueses de Mafra» —como fueron conocidos— estaban en el Dique, se les echaba de menos, se notaba que no manejaban la caravana, pues de haberlo, ésta habría gastado sólo una semana en el transporte de la carga. A las afueras de Santa Fe había una extensa explanada cercada y vedada, con varias construcciones de piedra, dos grandes zanjias a cielo abierto con otras tantas grúas al borde. La descarga de la moldería fue sencilla a las naves de piedra, donde había cuatro recipientes cerámicos sobre grandes parrillas de ascuas. En cambio fue más penosa la monta de las piezas de los dos crisoles para los hornos de fundición, pues hubo que acomodar sobre



soportes de roca cada uno de los cuatro elementos de cada vaso con gran precisión, con mucha pericia de especialistas y mucho aseguramiento; había también balsas de drenaje y decantación y salían de los hornos tubos o canalillos para la traída del metal líquido hasta la ceca, bien a los recipientes de lingotes, bien a los de moneda. Semanas después ya estaba en producción toda la cadena: de la mina a la fundición, de la fundición a la ceca; ya tenía el virrey recursos para sus planes políticos e industriales, ya construían los «portugueses de Mafra» el Canal del Dique que aliviaría la sed del campo y el transporte.

El segundo barco que interesa a esta historia llegó a Cartagena. Era también oficial, de muda de tropas y funcionarios, de avituallamiento. De tapadillo, pues eran estrictas las normas y no podía tomar pasajeros, viajó Antonio Núñez Rivera. Había embarcado de urgencia en Cádiz, haciendo valer ante el capitán su título y sus monedas. Había llegado a Cádiz tras una noche de viaje y una tarde de ajeteo: menos de un día antes de su partida había recibido en su cortijo de Jerez la inesperada visita de un emisario real, con escolta y palafrenero. Al toque de la campana acudió un fámulo que, viendo el boato y la enseña del destacado visitante, lo entró al pórtico, y a los caballos, al abrevadero. Acudió al cabo el duque, siempre irritado y ronco, en saya y calzón largo, sin gala y con galochas, circunspecto. Habló el mensajero:

—Señor, ¿sois vos Don Antonio Núñez Rivera, por gracia de Dios y dechado de Su Majestad, duque de Arroyomolinos?

—Yo soy —dijo con arrogancia el duque—, ¿qué se os trae?

—Soy correo real, con orden de entrega de una cédula de la Real Chancillería que os concierne —recitó el emisario, de pie, con la barbilla pujante.

—¿Puede saberse de qué se trata? —insistió el duque, todavía con mucho recelo.

—Lo ignoro, señor, traigo dos sobres lacrados y sellados y se me ha ordenado la entrega en persona con firma de recibí.

—¿Decís que traéis dos sobres?

—Señor, uno es para vos, el otro para otro servidor de Su Majestad.

—Y los sobres... ¿decís que proceden de la Real Chancillería?

—Es una cédula firmada por el Corregidor General de la Real Chancillería, señor —dijo el mensajero, relajando el gesto y exhibiendo el sobre y otro documento—; tenéis que firmar aquí...

Antonio Núñez Rivera tomó el papel, que no era otro que el recibí de la entrega. Lo leyó con detenimiento, haciendo tiempo, pues eran meras fórmulas su contenido. Se acarició la perilla, emitió varios «mmm» de asentimiento y, cambiando el semblante adusto por otro acogedor y hospitalario, dijo al enviado de la Corona:

—Pasad, pasad, señor; estaremos más tranquilos adentro. ¿Os apetece una copa de vino, unos torreznos, unos chicharrones?

—Os lo agradezco, señor —aceptó distendido el otro caballero—; en verdad que las tierras del sur son verdes y benignas, pero el clima es sediento —concluyó bajó la puerta de madera noble de doble hoja en cuyo dintel pudo ver la metopa de cobre con

el toisón de oro de la concesión del ducado a su accidental posadero.

En el interior el duque cuchicheó algo con su criado y, cuando regresó con su visitante invitado, le pidió su sobre y su recibí; «debéis firmar primero el recibí, señor», advirtió el emisario, a lo que Núñez Rivera contestó con un «oh, naturalmente» y un chasquido de dedos; se acercó un doméstico con una bandeja sobre la que había un tarrito con tinta de la china y una larga pluma de águila con el plumón cortado al vies y protegido por un canutillo de carey. El noble tomó los adminículos y signó su firma al pie; en esa escritura estaba cuando los criados trajeron otra bandeja, ésta con una botella de vino, dos copas, un plato de aceitunas de mesa, otro de chicharrones y otro de queso viejo, y la depositaron en una mesita baja, entre ellos. El noble jerezano llenó las copas; los dos las chocaron pero, mientras que el forastero la vació de un trago, él apenas la rozó, tan sólo un buche se quedó en su boca. A continuación rasgó el precinto, extrajo la notificación, depositó el sobre en la mesa y la leyó. Nada del hervor que sintió con la lectura, ninguno de los demonios que bailaban en su barriga tras conocer el contenido de la real cédula salieron a la flor de su piel; era una coraza de bronce su piel, pero una coraza que le protegía de su adentro. Decía la misiva:

Yo, Corregidor General del Reino de España, por la presente manifiesto que he escuchado el informe de su eminencia el Arzobispo de Madrid y que, en aplicación de la jurisprudencia vigente y lo que en Derecho Natural y buen juicio corresponde al tenor de los hechos informados, vengo a declarar la extensión y partición de los bienes de herencia del Ducado de Arroyomolinos, desde de la próxima generación, a la progenie del vecino de Jerez Don Julián Baza, siendo de aplicación, en lo sucesivo, siempre a los primogénitos varones directos, sin grados ni colaterales. Es notificación del asiento en el archivo de la Real Chancillería, a veintidós de septiembre de mil y setecientos y cuarenta y ocho. El Corregidor General.

Ninguna de las ideas que pasaron por su mente salieron a la luz, nada de la tensión de sus carnes se percibió en su flor de piel; por el contrario, esbozó el duque una espléndida sonrisa; dobló la carta, la introdujo en el sobre y acercó el borde de su copa a los labios; mientras llenaba la copa de su invitado; éste se interesó:

—Perdonad, señor, ¿buenas noticias tal vez?

—Oh, sí, sí, excelentes, excelentes; una visita providencial la vuestra de hoy —dijo, haciendo de beber de nuevo.

—Bien, señor, sublime este vinillo... ahora tengo que...

—Señor emisario, el otro sobre es... —interrumpió el de Jerez.

—Debo entregarlo a Diego Baza, el pregonero, es orden del Corregidor... —aclaró el enviado especial succionando la segunda copa de vino.

—Veréis, señor —indicó Núñez Rivera, cada vez con más azúcar en la voz—, si no tenéis inconveniente, yo mismo puedo entregársela, su mujer viene con frecuencia a bordar con la duquesa. Yo creo que más bien dicen chismorreos, ya sabéis, las mujeres —susurró.

—Oh, sí, señor, desde luego, las mujeres...

El emisario tomó varios tacos de chicharrones, aceitunas y queso, celebrando con pequeños mugidos su buen sabor y oportunidad; el duque sirvió otra copa, y asedando aún más la voz, propuso:

—Hablando de mujeres, señor ¿le haríais ascos a las más bellas y jóvenes damas del sur, a las más cimbreantes bailarinas moras?

—Mmmm mi querido duque, sería un extraordinario colofón a este sublime refrigerio... —dijo el otro, con asomos de ebriedad.

—Yo me encargo de la carta de Diego Baza y de enviaros su recibí; si lo deseáis, mis criados os acompañarán a vos y a vuestra escolta a un mesón en el camino de Arcos de la Frontera, donde pasaréis una noche inolvidable.

—Pero la carta... debo entregar la carta —balbució el caballero vaciando la cuarta copa de vino de Jerez. Tras unos instantes de duda, se secó la boca con la bocamanga y, con aire triunfal, afirmó: Qué diablos, vos sois noble, ¿por qué no habría de fiarme de vos? Vengan esas jóvenes bailarinas...

—¡Así se habla! —concluyó el rico vinatero, batiendo palmas en aviso de sus siervos.

Poco después, con la segunda carta en una mano, el duque de Arroyomolinos alzaba la otra en despedida del traedor, cuya montura se alejaba a la estela de la de su criado camino de La Casita, una selecta mancebía entre viñas y dehesas, en el camino de Arcos de la Frontera. Antonio Núñez Rivera rasgó el sobre y comprobó que la misiva era idéntica a la suya, pero distinto el destinatario; la arrugó y la echó al fuego, y convocó a su administrador para darle instrucciones precisas, pues había resuelto embarcar mañana mismo para Indias, tenía que alejarse de su mujer malencarada, del marasmo de rumores que le asediaban tras la enfermedad y muerte de su hija Clarita Núñez Cereto.

Eso fue lo que ocurrió antes de la partida de Cádiz, pero ahora, en Cartagena, Antonio Núñez busca a su todero. Rodrigo Daza le cuenta al codueño de La General de Ultramarinos que él transporta, aparte, desde las poblaciones de interior hasta los puertos, incluso desde las tierras del Perú. Transporta todo tipo de mercaderías, desde enseres a alimentos, patatas, tabaco, café, telas, maderas, caballos y leña. Tiene buenas relaciones con la Audiencia, que le arrienda portes de mineral bruto desde las minas a las fundiciones de Santa Fe o Medellín. Tiene —le dice— corresponsales en todos los puertos de la costa y almacenes en Veracruz y Barranquilla, siendo el de Cartagena el central de la concesión de transporte marítimo de los marqueses de Daimiel y los duques de Arroyomolinos. Los Daza están avecindados en Nueva Granada desde antes del virreinato, desde el descubrimiento y conquista de sus predios. Un bisabuelo de Rodrigo Daza, del que desconoció antecedentes o familiares, fue de la expedición de Rodrigo de Bastidas, de la singladura que descubrió las costas y esos terrenos, conocido como estaba ya El Darién. Aquel marinero se estableció en las guarniciones militares que los descubridores dejaban a

su paso tras la toma en posesión y la clava de bandera. Con el paso de los años algunas de esas barbacanas se mudaron en ciudades y el segundo Daza colombino, en ditero. En honor al descubridor, su abuelo bautizó a un hijo tenido con una india quechua con su mismo nombre y éste, que casó por rito religioso católico con una mulata conversa, transmitió el mismo sustantivo a sus herederos, al Rodrigo Daza que ahora recibía la no esperada visita del duque de Arroyomolinos, con quien compartiría una larga estadía y sus manejos. No eran, pues, los Daza de estirpe fulgente ni de sangre antigua sino, más bien, bastardos, mestizos, sobrevenidos, impuros, decía la Iglesia. La dita dio a su abuelo y a su padre grande conocimiento y experiencia para conocer y viajar por la costa e interiores de los nuevos territorios y, sobre ese cimiento estableció Rodrigo Daza su negocio de transporte terrestre, y ahora marítimo, como delegado de una de las mayores compañías españolas de cabotaje.

El tercer barco relevante para los Núñez Rivera y los Daza es similar a los dos anteriores, oficial, de muda y correo. Al igual que el anterior, toca puerto en Cartagena, aunque unos meses más tarde, pero de éste desembarca otro emisario real y también es su destinatario el noble vinatero, algodnero y comerciante colombino. El correo de la Corte de Madrid precisa una carretilla para mover el objeto de su viaje: es un bulto no muy grande, pero muy pesado; viene también de orden de la Real Chancillería y busca entre los tinglados los almacenes de La General de Ultramarinos. Ante el portón pregunta por el duque, pero es Rodrigo Daza quien recibe: «El señor Núñez Rivera ha viajado por dos semanas a Santa Marta; yo soy su corresponsal, ¿qué deseáis?». «Debo entregar en mano este objeto, vengo desde España por ello», replicó el viajero. Como quiera que fuera remiso a la entrega a persona distinta del titular, Daza tuvo que exhibir su certificado de corresponsalía con la firma del duque y, aún así, el emisario dudaba, pero cedió cuando le fueron mostrados los almacenes, llenos de mercancías, fardos, bolsas y paquetes, con los marchamos de La General de Ultramarinos. El funcionario dijo que lo pensaría. Lo pensó rápido o durmió mal esa noche, porque volvió a siguiente día y cedió; pensó que era eso mejor que una espera de quince días, y aceptó el recibí con la firma por autorización, pero con el lacre del ducado. Rodrigo Daza apiló el pesado bulto en un rincón despejado y regresó cansino a la oficina, a dedicación de trámites de rutina; al rato salió al sobrado para comprobaciones, pero se detuvo; al pasar junto al objeto se detuvo, cierto que sólo un instante, pero se detuvo; se giró y lo auscultó como si galeno; luego siguió, siguió más despacio, pero su mente estaba ya muy afuera de los fardos y anaqueles, se le coló el gusano de la curiosidad por el bulto con peso. Se asomó con sigilo a la puerta, no había bulla en los muelles; cerró el portón y, sin disimulo, fue recto, atizado por la emoción de lo ilícito, hacia el paquete con sello real, a penetrar en lo que, estaba seguro, sería un misterio ajeno. Era un maletín de plomo con cierres de alambre; forzó los precintos con un punzón y, al abrirlo, un resplandor púrpura le iluminó el rostro, pero eso no fue nada, pues fue otro chorro de

luz el que le invadió, el que le puso contento y maquiavélico cuando vio y revió el interior de la valija.

En la gobernanza de la colonia las cosas le iban saliendo más o menos a Esteban de Mesa: convenció a la Iglesia para que reconociera los ritos y creencias indígenas, casi equiparó los derechos de negros y esclavos con los de españoles o criollos; renació el anticuado sistema de mitas —una especie de salarios obligados para equilibrar las remuneraciones—, lo que condujo a poner en pausa conatos de independencia; mejoró las dotaciones militares, descubrió y puso en renta una mina de oro y acometió su gran obra de ingeniería: el Canal del Dique, que supondría la llevada de agua dulce para muchas poblaciones de interior, para consumo y para riego de huertas de las grandes haciendas, pero también como complemento del transporte por tierra; esto último trajo quebraderos, pues los poseedores de burros y acémilas vieron seriamente comprometido su medio de subsistencia. Ello empero, la cuestión es que el proyecto consistía en la unión de varios caños tributarios del río Magdalena, así como la conexión de media docena de poblaciones, entre ellas Pasacaballos, Gambote, Mahatas o Barranca; el canal afluiría finalmente al caudaloso río neogranadino para ganar más fácilmente los puertos caribeños, especialmente el de Barranquilla. Sin embargo esto no le terminó de salir bien al virrey, pues a las protestas de muleros, burreros y acemileros, se añadía el elevado coste de la obra, las querellas sobre su gestión —entre los cabildos de las poblaciones ribereñas— y los enormes problemas de mantenimiento. Tampoco la climatología ayudó, pues cuando no eran avenidas que desbordaban, eran sequías las que lo interrumpían. No obstante Esteban de Mesa, con la mina, tenía ganado el favor de la Corte de Madrid y el parabién de sus administrados americanos.

La Mina Remedios fue el escenario de las mejoras laborales a indios y negros pues las mitas extendieron su duración y crecieron los gremios afectados; también dio quehacer a las fundiciones de Medellín y alimentó, sobre todo, la ceca de Santa Fe. Diariamente se extraían de las vetas bogotanas entre veinte y treinta quintales de mineral bruto, que era pesado y registrado por el contador; a renglón seguido, se ordenaba su transporte a los hornos correspondientes, en carretas de alquiler con vigilancia militar. Rodrigo Daza venía a realizar casi la mitad de la lleva a la ceca de la capital. Una vez en la fundición, un secretario rubricaba el albarán de entrega y cada partida tenía luego su traducción en arrobas de metal precioso: un quintal de la veta 16 dio dos arrobas de lingotes; un quintal de la veta 9 dio una arroba y media, y así sucesivamente. De las naves de moldeado una parte del oro en lingotes iba para España, y la otra se vendía a hacendados, encomenderos u otros particulares, como los muchos orfebres que proliferaron a su estela. La ceca era para especialistas, para artesanos; tenían todo un paño de pared para herramientas; tenían ordenados los troqueles, punzones, cuños y matrices. Troquelaban primero las barras de la fundición según el tamaño de sus matrices y grababan luego el cospel con cuños y punzones. Los recortes volvían a las fraguas, mientras que la moneda pasaba a la mesa de

labiado y, después, a la balsa de decapado. De la ceca de Santa Fe salió el Real de a Cuatro, moneda que tuvo una rápida difusión por su versatilidad, pues agrupaba cuatro reales y fraccionaba, a su vez, el Real de a Ocho de la ceca de Nueva España. Por eso fue popular, pero también fue célebre por su ley, pues todas llevaban muy visible la marca de quilates; «valía más que su valor», se decía del Real de a Cuatro.

Además de monedas y lingotes, el oro bogotano alimentó los talleres de orfebrería. En efecto, orífices y plateros proliferaron, pues los nobles y adinerados reclamaban sus aptitudes para toda clase de objetos: desde joyas a cuberterías, desde bustos a bisutería. Lo eclesiástico —cofradías, hermandades, órdenes, compañías, la Iglesia, en fin— fue cliente muy destacado, pues tuvo que vestir sus templos de crucifijos y candelabros, campanillas y ciriales, patenas y copones, cálices y sagrarios. El auge llamó prontamente la atención de los legisladores, que establecieron las condiciones del pujante gremio, su organización por categorías de Maestro, Oficial y Aprendiz; y, ya se sabe, a más condiciones, más impuestos, de modo que también vigía para ellos el pago del Quinto Real: la quinta parte de sus beneficios, a saca de la Corona. Pero, en adición a estas ordenanzas, digamos coercitivas o recaudatorias, circularon libros de aprendizaje editados en Madrid y Sevilla. Naturalmente, estos tratados difundían el arte de la orfebrería desde el punto de vista ibérico, de la iconografía religiosa o militar, castellana en particular; por eso no tardaron en incorporarse nuevos manuales con filigranas, técnicas y motivos aborígenes. Y así, entre lingotes y monedas, fue perdiendo el subsuelo de Remedios su brillante contenido, fue a enroscarse en cuellos y muñecas, llenó bolsas y bolsillos, lució en mesas y en altares, en muros, en peanas, en capillas, estandartes y manteles.

Rodrigo Daza no solía hacer la ruta Santa Fe-Portobelo, pero no le extrañó la llamada del tesorero de la fundición capitalina, pues en la administración era común que Daza no transportaba mal, no distraía mucho metal, solían llegar casi completas sus caravanas. No le extrañó, pues, recibir el encargo de trasladar uno de los mayores cargamentos de oro desde la ceca al puerto bello, pues reclamaba metal precioso Madrid para sus guerras europeas. Nada menos que un millón de pesos en monedas de oro y otro millón en lingotes. Daza tuvo que alquilar mulas y carretas, pues hubo de componer una caravana de veinte tiros que precisó de una compañía entera de protección. Casi tres semanas empleó la expedición en llegar a los tinglados oficiales del puerto de Portobelo y un día entero usaron los porteadores en descargarlo y acomodarlo hasta su subida a un navío de la Armada que lo transportaría hasta Cádiz. Pero el barco no llegaba y lo que sí llegaban eran noticias del despliegue de una flota inglesa en el Caribe interior, repostada en Nueva Inglaterra y que, según los informantes de Cuba y Yucatán, ya había rebasado el golfo de Florida. Los ingleses habían renunciado al corso, a los Navíos de Permiso y zarandajas de éstas, y venían sin tapujos, a cara descubierta, con su Armada de Guerra bajo mando del sanguinario almirante Edward Norton.

Oídos los informes, Esteban de Mesa ordenó al Ejército el regreso del oro a Santa

Fe y urgió a las avanzadas militares y a los habitantes de Portobelo a una defensa «pasiva» de la plaza: Norton no tendría el oro, no tendría resistencia, se erguiría en triunfador sin recompensa, dejaría la presa sin gloria, se iría sin estrellas. Así que ya tenemos de nuevo a los braceros del puerto cargando las veinte carretas, unciéndolas de bueyes y acémilas, y a la compañía de defensa formando en hileras, a retornar el preciado metal a la ceca. Hemos dicho que Rodrigo Daza tenía buen cartel, casi nada extraviaba. Hemos dicho bien: «casi nada» perdía por caminos o en la carga. Era rápido en columbre de delitos el experto transportista y conductor de reatas. Díjose Rodrigo Daza «esta vuelta es prematura, urgente y acuciada». De modo que urdió un plan; dijo a sus truhanes que armasen como aquéllas una carreta de nada y la pusiesen, con sus mulas y herrajes, al borde del camino que daba a la hondonada. La caravana estaría allí de noche, sin luna, distraídos los escoltas. La última carreta era de lingotes y tomó de sorpresa un sendero lateral cuando otra de señuelo a su lado desperezó a la compañía por relinchos de sus bestias: «¡Mi capitán, mi capitán, una carreta ha caído al barranco!», exclamó el segundo de Rodrigo Daza. Nada se puede hacer, es un terraplén sin fondo, con cardos, escarpados y alimañas. «¡Que siga la caravana, ya vendremos a buscarla!», ordenó el capitán.

La carreta verdadera, con el oro, por veredas y caminos, se dirige a Cartagena. Rodrigo Daza no tiene ninguna duda, va completamente confiado, está segurísimo de que Antonio Núñez Rivera, codueño de La General de Ultramarinos, le cederá el *Santa Clara* por dos meses, sólo por dos meses; «¿Para qué lo queréis?, si no es mucho preguntar, pues soy el titular», pregunta con intriga el noble jerezano, «por mis cosas, para nada», frota el haragán sus manos; «pero ¿qué excusa daré, maldito Daza?», dice el duque acorralado; «oh, señor, que precisa de lavado y carenado, qué sé yo, vos sabréis», responde el cínico empleado, que vuelve a frotarse las manos, pues se ve en dorados negocios y en placeres también dorados.

Es de noche en Cartagena y en el puerto hay trajín de estibadores y carretas; del tinglado de La General salen hombres hasta el muelle, pasan sacos, fardos, es una estiba menor, no es costumbre izar a barco tan escasa mercancía, pero es la orden recibida. Se une a la cadena otra cuadrilla de carga, suben cajas diferentes, muy pesadas pues precisan más esfuerzo. No es normal, pero es a bordo el comerciante; en el puente del *Santa Clara* Daza espera esa descarga, les indica a los que estiban que las bajen al sollado, al final, junto al madero donde cruzan alfajías de sustento; al final, en la alacena disfrazada, tras la puerta simulada en trampantojo, tras las telas y las jarcias de las velas de repuesto. Antes del amanecer la carga ha terminado. No es normal, pero esta vez Rodrigo Daza paga en el acto y sonante con Reales de a Cuatro. No es normal la poca carga, ni el peso de aquellas cajas, no lo es la estiba extra por más que sea pesada, no lo es que esté el patrón, ni tampoco el pronto pago. No es normal que a mediodía cambie de capitán, mude la marinería, no es normal que el *Santa Clara*, en lugar de hacia poniente, que es donde está Veracruz, ponga rumbo hacia oriente.





## PESQUISAS, INSTINTOS

La inspectora Robles estará tres o cuatro años por encima de la treintena, tiene formación universitaria y habla idiomas; lo de la formación universitaria es porque tanto Lidia como Germán tienen la sensación de estar hablando con alguien que tiene formación universitaria, por la gama y tino de su vocabulario, porque concuerda bien géneros y números, no abusa de las desinencias, de los «mentes», porque los más viejos del lugar —los policías más viejos de la comisaría, los más mayores, los de bigote y barriga— le tienen el respeto que viene de la inseguridad que viene de la incuria —aunque luego cuchicheen a sus espaldas—, porque mete alguna cita en sus frases, porque tiene libros en un pequeño anaquel, y tiene también un pequeño aparato de música y una maceta con flores rojas en el ala de la mesa; lo de los idiomas, porque interrumpió su encuesta con ellos —pidiéndoles reiteradamente disculpas— para atender una llamada de Interpol —eso voceó el telefonista—, de alguien que reclamaba datos sobre traficantes de cocaína, o quizá eran de armas, algo así creyeron escuchar, porque escucharon sólo la voz de ella y en inglés.

La comisaría estaba en una calle casi céntrica y ancha, en un edificio de unos diez años muy funcional y despersonalizado, ocupaba la planta baja, la primera y un sótano; las tres plantas superiores eran oficinas de varias administraciones públicas y en el sótano no estaban los calabozos, sino los almacenes y las taquillas. La inspectora Robles les llevó a su mesa para proseguir las conversaciones; vestía blusa rosa palo con los dos primeros botones desabrochados, chaleco y pantalón azul marino; en el chaleco, muy cerca del hombro izquierdo, un broche plateado, un sencillo prendedor con una piedra de jade turquesa engastada; apenas tenía maquillaje ni anillos, ni usaba perfume llamativo, aunque sí una delgada pulsera plateada, abierta y lisa, en la muñeca izquierda, en cuyos extremos había como pinzas, pinzas de cangrejo o de langosta tal vez, una especie de curva ancha con dientes. «Me la compré en Egipto, en Luxor», dijo la alta inspectora tras percibir que Lidia Daza ojeaba intermitentemente su escueto brazalete. «Es un cangrejo» afirmó Germán, bravo. Robles sonrió con una mueca; «Son faláricas —dijo, señalando los extremos de la pulsera—, puntas de lanzas egipcias», agregó para saciar una curiosidad que leía en ellos, una curiosidad que parecía buscar a la persona que había dentro de la inspectora de ojos azules y cabello negro. Hubo un silencio. Se quedaron pasmados con su escueta respuesta; él pensó que quería dárselas de listilla, de aparentar cordialidad y sapiencia y espetó: «Ah, sí, son lanzas de las policromías del templo de la emperatriz Hatshepsut, lo estudie en tercero»; «sí —replicó ella sin mirarle— de la primera reina de Egipto». Germán carraspeó, se dijo «(querrá parecerse a ella, por eso viste como un hombre)», pero, sin pretenderlo, ante su propia sorpresa, sus pensamientos se descolgaron de su boca: «Hatshepsut... vestía de hombre, no quería ser repudiada», dijo, «vestía de hombre... también». Otro silencio. Silencio y espera; Lidia le miró entre el asombro y la vergüenza; él sintió petardos en la boca, fue un

horror pronunciar Hatshepsut, le ardían la lengua y las encías; Robles, con displicencia, fundió el hielo entre ellos: «sí, sí, me gusta ese personaje». Más silencio, otra vez espesor en el aire, más gestos apresurados; una pausa que Lidia ocupó pensando que la agente explayaría sus ocios con el esoterismo, que se refugiaría en la magia de las antiguas religiones para compensar la escatología por donde, de fijo, se movería su trabajo diario; sea como fuere el caso es que ese momento, esa pulsera, esa tensión académica, sexual, sobrepasó la formalidad, la marcialidad que se supone en cuarteles y gendarmerías.

No tardarían en encontrar a la persona que habitaba el interior del cuerpo de la inspectora pues, aunque ahora estaban con el asunto de Rosita y los incidentes de La Pasarela, en las semanas siguientes fueron muchos los encuentros que tuvieron, encuentros por motivos de delitos, encuentros policiales, pero en los que conocieron que había figurado con anterioridad en la policía científica, que había servido durante dos o tres años como escolta de un ministro y que había puesto en marcha la unidad contra la violencia machista en la provincia de Salamanca. Pero ahora estaban con el asunto del tráfico de personas por mafias colombianas y Germán Bravo estaba dolorido —era ya casi una costumbre— estaba dolorido por la paliza aunque, por dentro, estaba eufórico, satisfecho, expectante; estaba seguro de ser el protagonista de un gran asunto internacional, se había jugado la vida, se había enfrentado nada menos que a mafiosos colombianos, de los que se decía que hacían desaparecer a sus enemigos disolviéndolos en ácido, como hacía la romántica camorra napolitana; él había hecho esa heroicidad, su concurso habría sido clave para la detención del grupo de delincuentes internacionales, estaba seguro; él lo había hecho y, además... además había salvado a la chica... «he salvado la vida de Lidia», se decía entornando los ojos, relajando los labios, intentando una sonrisa que, en su cara magullada, no era sino una divertida máscara de comedia.

—Es una minucia —dijo Robles, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo dice? —farfulló Germán saliendo de su ensimismamiento.

—Este asunto de ustedes, desgraciadamente es bastante habitual.

Lidia Daza arrugó la frente, asintió con amargura. Germán convirtió su máscara de comedia en otra de tragedia, no entendía nada, comenzó a sudar, a tragar saliva, todo se derrumbaba.

—Yo... yo creía que estábamos... que nos habíamos... que esos tipos eran... —tartamudeó.

—Ésos son una pandillita, una de tantas, señor —replicó Robles.

—Lo bueno es que estamos bien —terció Lidia—, que salimos de ésta; vinieron los uniformados y ahora les relatamos.

—Desde luego, desde luego —dijo la inspectora—, es vital su colaboración. Tras su denuncia —prosiguió Robles, mirando ahora a Lidia— investigamos en los círculos colombianos; identificamos y localizamos al Pedrito Morales ese, que es uno de los lugartenientes del tal «Chojín», que es el jefecillo de esta banda. Tras la pelea

con ustedes...

—¿Cómo que pelea?, cortó irritado Germán.

—Disculpe —prosiguió la agente—, tiene razón; tras la agresión a ustedes he dispuesto una operación que espero que concluya esta misma noche; esperamos detenerlo, a él y al resto de su banda de aquí, de España.

—Claro, de aquí —intervino el chico, con aires de gran experto en delincuencia internacional—, porque estos grupos tienen secuaces en todo el mundo, claro.

—Bueno, no en todo el mundo, pero sí al menos en el país de origen, en Colombia en este caso, y el de destino.

—Yo pensaba que los colombianos se dedicaban sólo a la cocaína —expuso Germán, ingenuo e incrédulo a partes iguales.

—Las grandes mafias van por la coca —explicó la policía—, pero éstos son los grandes carteles, gente muy poderosa que tienen comprados a jueces y policías allá en Colombia; incluso —agregó la inspectora— se permiten lavar parte del dinero como donaciones para causas humanitarias que, naturalmente, no llegan a ese destino. Esto de ustedes es una minucia, créanme.

—¿Y los seguimientos que nos han hecho, también son una minucia? A ella la vigilan desde el verano... —clamó el chico.

—Perdonen otra vez —se disculpó Robles de nuevo—, era una manera de hablar; esto de ustedes es, ahora mismo, lo más importante. Quería decir que es menor en relación a las grandes operaciones, que les viene bien incluso; prefieren que nos dediquemos a perseguir estas extorsiones en lugar de investigarles a ellos. Suelen llegar a acuerdos de no agresión —prosiguió—, pero de vez en cuando los grandes se las arreglan para ponernos a nosotros, o a la Guardia Civil, sobre la pista de los más, digamos, pequeños; de esta manera los tienen a raya y aparecen como pantalla de sus verdaderos negocios ilícitos.

Lidia y Germán escucharon las explicaciones con distinta actitud; él defraudado, agraviado con aquella mujer que le había desmontado sus ínfulas de posteridad, pero, a la vez, embaucado por la claridad de sus ojos azules sobre un fondo tan negro. Lidia, por su parte, asentía, atendía con aquiescencia, con la tristeza interior de reconocer la penosa imagen internacional que tenía su país. El joven volvió a gemir, a suspirar por el dolor de sus heridas; hurgó en su bolso, extrajo la cajita metálica y ofreció regaliz; ante la negativa de las dos mujeres, puso una pastilla en su boca, pero la escupió al instante, pues su sabor, mezclado con el de restos de sangre que aún tenía en la lengua, le pusieron al borde de una arcada; manifestó su intención de marcharse «quiero irme ya, anda, vámonos», murmuró. Eso hicieron ambos; Robles les acompañó hasta la puerta, donde les aguardaba un vehículo; antes de abandonar la comisaría Lidia Daza preguntó a la agente del broche de jade turquesa «¿qué de Rosita?», y aquélla respondió escuetamente «creemos que fue secuestrada, pero estoy segura de que enseguida la rescataremos. Les avisaremos en cuanto así ocurra», concluyó, levantando el pulgar de su mano izquierda, emitiendo su muñeca un reflejo

fluorescente desde las pinzas de cangrejo —o puntas de lanza— que se miraban asimétricas en su rígida y abierta pulsera de plata.

Lidia Daza tardó en dormir esa noche, se levantó inerte, pesada. Tenía la vista lacrimal, borrosa, flotaba su mirada en un punto inconcreto de la pared que había un par de metros frente a su mesa del Departamento de Filología; estaba la proyección de sus pupilas fija en un cartel de unas jornadas o conferencias ya celebradas, de expertos, ponía, o no, no, ¿esperma?; había una O grande... ah, ya, EsperantO, y la «o» final era más grande y emulaba un globo terráqueo, eso, eran unas jornadas sobre Esperanto, pero Lidia Daza tenía la mirada borrosa y desenfocada sobre la O final, sobre su delgada trama de meridianos y paralelos, estaba ensimismada, perdida, ocupando su mente los acontecimientos de ayer, de los últimos meses, desde que recibiera la carta de Cartagena, el arcón con la carta de su antepasado Rodrigo, desde que conociera a Rosita, luego secuestrada, desde que chocase con Germán en La Alameda; le caía bien ese chico, un poco descuidado y vulnerable, casi siempre le dolía algo, además ayer le dieron una paliza, pobre, «quedó adolorido por mí, fue romántico», pensaba, «tuvimos una tarde linda y le chuzaron por mí», pensaba; un romántico susceptible y un poco primario, y eran precisamente sus aprensiones lo que le hacía sentir ternura hacia él, protección, simpatía, estaba a gusto en su compañía, le gustaba esta amistad, quizá cariño era lo que sentía por él, le atraía, era el primer chico con el que había salido más de una vez así, como para salir, el segundo que invitaba a su casa, el primero al que iba a invitar a un viaje, juntos los dos, aunque fuese ahí al lado, a Cádiz. Dobló su cabeza hasta el pecho, hasta tocarlo con la barbilla, cayó su cabello hacia abajo, estuvo así unos segundos; levantó la cabeza de golpe, todo el cabello hacia atrás, se lo recogió con una mano, cabeceando para ajustarlo, y con la otra se anudó un sencillo coletero. Respiró profundo, todos los poros de su piel tostada respiraban, se llenaban de humedad, sentía cosquilleos en el estómago, entre las piernas, se le erizaron los escasos vellos de sus brazos, una fina lámina de sudor cubrió la piel de su cuerpo fértil y latente. Después de una década en Sevilla estaba empezando a vivir, a sentir cosas nuevas, aventuras, riesgos, y eso no la alarmaba, no lo temía, ella venía de una infancia huérfana y miserable donde el horizonte era no estar muerta al día siguiente; al contrario, esto le gustaba, por esto gemía. Tecleó su número; varios tonos de llamada y unos extraños gruñidos se escucharon al otro lado, «Oaa iriaaa...», decía la voz gangosa y apagada de Germán por el altavoz del celular.

—Germán —dijo ella, entre intrigada y preocupada por los mugidos de su amigo—, ¿va de chimba?, ¿qué le ocurre?

—Ee... engo inaada aoca... o eoo aaarr.

—¿Qué le pasa a la boquita, flacucho?

—Oto y ano esaee —oyó, y se cortó la llamada.

Pulsó de inmediato rellamada; quería saber si había ido al médico, cómo estaba. Se dio cuenta de que estaba preocupada, era una mujer en cuya columna vertebral, en

cuyos genes estaba preocuparse por los demás, pero ahora estaba de otra manera preocupada, como por sí misma a la vez que por él. La llamada comunicaba, colgó, volvió a rellamar, comunicaba; después entró un mensaje; pulsó Leer, pulsó Germán.

—Lidia no puedo hablar tengo la boca hinchada.

Pulsó Opciones, Responder, Pantalla vacía, escribió; luego Opciones, Enviar, Aceptar, Enviando mensaje, Mensaje enviado.

Germán pulsó Leer, Lidia.

—Imaginé. ¿Has ido al médico?

Luego Opciones, Responder... Enviar. Y Lidia Leer, Germán.

—Tomo pastillas, que tal has dormido.

Opciones, etcétera. Y Germán Leer, Lidia.

—Regular, oye te vienes a Cádiz el viernes.

Opciones, etc.

—Bueno que tienes que hacer.

—Ver alguien por la tesis.

—¿Por alegrías de sombra?

—Sí, también por carnavales.

—Vale, es la Erizada.

—Sí, habrá ambiente.

—Vas a alucinar.

—¿Alucinar? Jaja.

—Jajaja alucinar, ¿qué haces?

—En trabajo, ¿y tú?

—Excavación.

—¿Nos vemos mañana?

—He quedado.

—¿Has quedado?

—Sí he quedado.

—Quién.

El siguiente mensaje del muchacho tardó un poco más, no fue tan inmediato ni tan divertida la espera para ella.

—Con Amparo, vamos al archivo.

Lidia notó entonces un temblor, otra oleada húmeda en todas sus glándulas, un pinchazo agudo e intermitente, aunque pasajero, en el pecho; respiró hondo, recorrió con la mirada los plafones del techo, los rincones, el globo terráqueo de la O final de EsperantO. «Otra vez en contravía», se dijo; carraspeó, se irguió, tomó el teléfono, pulsó menú, mensajes, selección, mensajes de texto, crear mensaje... opciones, enviar, aceptar, enviando mensaje, mensaje enviado; y él leer, Lidia.

—Diviértanse un beso.

Germán se había sentido incómodo consigo mismo cuando respondió a la pregunta de ella, desasosegado con su tardanza en responder, pero más todavía con su

escueta respuesta; se sintió malvado, con el vértigo de una mala acción; pulsó opciones, etc., y escribió: «vale hablamos de Cádiz un beso», y ya no hubo más mensajes.

«Actúo bobamente», se decía Lidia ajustándose la ropa, dándose a sí misma sensación de actividad, «con el mundo lleno de mancos», pensaba con una falsa risa. Se puso a hacer cosas. Esa mañana una amiga suya de Historia, auxiliar del profesor Rubén, le había pedido que le echase una mano con los últimos detalles del acto de la tarde en el Teatro de La Maestranza, donde se celebraría la entrega anual del premio que concedía la Fundación Lux, que en esta edición había recaído en el catedrático Juan Moreno Terán. Las dos jóvenes se juntaron en una sala de reuniones, tenían que chequear listas de invitados, confirmaciones, repasar y fotocopiar las notas del discurso, coordinar, junto con el Gabinete de Prensa y con el Teatro, la presencia de periodistas. Ciertamente que el Teatro de la Maestranza no se cedía para cualquier acto; fuera de la programación de ópera y de la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla (ROSS) —que bien podría llamarse ROCHE (Real Orquesta de China y del Este) porque la mayoría de sus profesores eran chinos o de los antiguos países del Este de Europa— apenas quedaban huecos para otros actos o presentaciones. Pero, naturalmente, siempre había fechas para el pregón de la Semana Santa y para el añal galardón de la muy privada e influyente Fundación Lux.

El Azahar de Oro —de oro blanco— era un preciado reconocimiento social, respetable sobre todo porque lo otorgaba la Fundación Lux; llevaba aparejada la denominación de «sevillano ilustre» al agraciado, así, en masculino, pues siempre se había distinguido a hombres. Con los vientos de igualdad que trajo la democracia, llegó a proponerse en una ocasión condecorar a una mujer, Alegría Cabrera, que fue alcaldesa conservadora durante una legislatura, pero varios miembros se opusieron porque se negaron a cambiar el título de «sevillano ilustre» por el de «sevillana ilustre»; «para sevillanas, ya tenemos las de la Feria», dicen que se dijo en aquella junta directiva que certificó que el género del Azahar de Oro —de oro blanco—, seguiría siendo de varón. La Fundación Lux era una entidad privada que promovía, según sus estatutos, «la cultura, el arte y las tradiciones» y que tenía «vocación social» con su apoyo y presencia en asociaciones para la prevención de la salud y de discapacitados, aunque también —y sin ambages— estaba detrás de los movimientos antiabortistas y de otros que propugnaban las medicinas paliativas contra la eutanasia. Los socios eran, a su vez, otras fundaciones «sociales» de grandes empresas, entidades financieras o compañías de seguros, y varios particulares ligados a la nobleza, en su mayoría terratenientes y latifundistas de las provincias de Sevilla, Cádiz y Huelva. El presidente y promotor de Lux era también el presidente y dueño de la firma Proseinsa.

Proyectos Sevillanos Integrales, Proseinsa, empresa constructora de gran implantación regional y nacional, era propiedad de la familia Puche Peral, procedente de Cantabria, jándalos establecidos en Sevilla desde cuatro generaciones. Era con

diferencia la primera empresa local y una de las de mayor facturación de Andalucía, con gran influencia en la Confederación de Empresarios y en la Asociación Española de Empresa Familiar. Era la primera empresa local y su dueño, Javier Puche Montes de Oca, hijo de José Luis Puche Peral, no era un cualquiera. Su padre fue el gran impulsor de la empresa —en realidad, grupo de empresas, pues agrupaba consultorías, fábricas de áridos, transportes de materiales e importación de maquinaria—, el creador del imperio económico, el muñidor del actual entramado de influencias e intereses —lo que hizo en la etapa *técnica* del franquismo, bajo el paraguas del Opus Dei, con su fino olfato financiero, con la inestimable desidia del apenas existente empresariado rural y cortijero andaluz, y al abrigo de una legislación benevolente—, fue, en fin, el patriarca de Proseinsa. Pero su hijo Javier, el actual dueño, no era un cualquiera; era el verdadero tahúr que tenía los ases y comodines de las grandes finanzas de la región; se decía en círculos económicos y de poder muy restringidos que daba su *placet* o repudiaba a alcaldes, presidentes y banqueros, que tenía sobre toda operación política o económica de calado su opción de *bola negra*. Era miembro de más de treinta consejos de administración, entre ellos, dos bancos nacionales, y en las cajas de ahorro regionales se las arreglaba para tener testaferrros.

No era de extrañar, pues, que a la llamada anual desinteresada y filantrópica de Lux acudiera lo más granado de la sociedad, de la sociedad que se veía y de la que no se veía: asistían al acto, además del alcalde, el presidente de la Diputación y el delegado del Gobierno, el presidente del Consejo de Hermandades y Cofradías, el de la Real Maestranza de Caballería, los de los empresarios y cámaras de comercio, el arzobispo, el rector magnífico de la Universidad, los presidentes del Real Betis Balompié y del Sevilla F. C., los mandos de la Policía y Guardia Civil, el Capital General del Ejército de Tierra, el Almirante de la Zona Marítima del Estrecho y los presidentes de la Asociación de Sevillanos Sefardíes, de la Asociación para la prevención del Cáncer, de la Asociación de Minusválidos Físicos, Psíquicos y Funcionales y el director gerente de una popular cervecera propiedad de la multinacional belga Cuvée. Éstos eran los de la sociedad que se veía; de la que no se veía había influyentes médicos y abogados, ingenieros, otros maestrantes, propietarios rurales y vinateros y un cirujano plástico. Entre los vinateros, como no podía ser de otro modo, estaba Jaime Núñez de Cereto Saladillo, duque de Arroyomolinos, acompañado de su fiel escudero, el investigador pelirrojo de la camisa a cuadros y venillas en las mejillas, el inglés J. Whithdraw. Cerca del premiado, sonriente y solícito, estaba el profesor Rubén; su ayudante y Lidia ejercían de azafatas.

El catedrático Juan Moreno Terán subió al estrado del Teatro Maestranza. Había un atril y una mesa con tres sillones barrocos de marcos dorados y asiento y respaldo de terciopelo rojo; en el centro estaba Puche Montes de Oca, a su derecha, el presidente de la Real Maestranza y a su izquierda el rector magnífico: cultura y tradición, ése era en mensaje. En primera fila, los miembros de la Junta Directiva de

Lux y el resto de autoridades por orden de relevancia. Aunque existían unas normas legales de protocolo para todo tipo de actos públicos, era habitual que en cada sarao como éste los encargados o encargadas de protocolo de los diferentes invitados llegasen con mucha antelación y, en el sitio, delante mismo de las sillas o sillones, se enzarzasen en discusiones sobre la prelación del asiento: «Mi jefe va aquí», «no, no, aquí va el alcalde», «pero eso ¿cómo va a ser? Ese sitio es para los maestrantes», «¿qué dices? Estos dos son de la directiva», «para nada, para nada, aquí va mi jefa», y así un buen rato, todas y todos indignados de oficio entre ellos, haciendo aspavientos, señalado butacas, cambiando y volviendo a cambiar los cartelitos con los nombres como si jugasen una partida de cartas, así hasta el último momento, hasta que cada uno de sus jefes o jefas llegaban, y aún ahí había algún avisado que, cuando ya se sentaban las autoridades, subrepticamente, todavía cambiaba el mesero para sentar en mejor posición a su dilecto.

Juan Moreno Terán subió al escenario llamado por el secretario de Lux, una vez leído el acta de concesión del Azahar de Oro (blanco) para recibir el galardón y la metopa con el título de «Sevillano Ilustre». El teatro no estaba lleno, apenas el patio de butacas, con los invitados de la sociedad que se veía y la que no se veía, pero había casi un cien por cien de ausencias de ese otro número de invitaciones menores que siempre se envían para rellenar, porque están en el *mailing*, y como están en el *mailing* hay que mandarlas; de masas, específicamente de masas, no era este acto. Puche Montes de Oca entregó el galardón y la metopa al catedrático y ambos se abrazaron, parecía un abrazo de robots secuenciado por los *flashes* de los fotógrafos; Moreno Terán, con el Azahar de Oro —siempre de oro blanco— en una mano y la metopa en la otra, no podía abrazar bien a Puche Montes de Oca, más bien lo hacía con el interior de las muñecas, cruzadas en la espalda del presidente de Lux, pero evitando dañar el dorso del empresario con los premios, tratando a la vez de que no chocasen entre ellos, un agobio, vamos; de manera que, en esa confusión, lo que hizo casi instintivamente fue dar un beso en la mejilla a su mecenas, cerca de la boca, pero un beso al fin y al cabo, un beso que fue captado por las cámaras de foto y televisión, pero que ningún diario la publicó, aunque sí una cadena local muy famosa, muy de boca en boca porque todas las noches emitía pornografía casera.

El acto se celebró como de costumbre. La jornada siguiente, en su mesa de ayudante del Departamento de Filología de la Universidad, Lidia Daza hojeaba los periódicos, las reseñas y reportajes de la concesión del Azahar de Oro —blanco, de oro blanco— al conspicuo catedrático de Historia Juan Moreno Terán. Esa mañana tenía que concertar unos permisos y autorizaciones para grupo de investigación al que auxiliaba, así como gestionar varias comunicaciones y ponencias; quería, además, ponerse en contacto en Cádiz con un experto en cantes y coplas que, al parecer, tenía referencias de la escasa trayectoria flamenca de El Sombra, el de las alegrías del ámbar que halló en una estampita. Como todos los años todos los periódicos concedían un buen tratamiento al acto, era como una fecha color rojo en el



calendario, casi una seña de identidad, una cita obligada en las noticias de sociedad, de la florentina sociedad sevillana. Todos daban relieve a la reunión anual de Lux, pero «El Río», el diario más, para entendernos, localista ofrecía, además, un cuadernillo con fotos, tanto del acto protocolario como de la recepción que hubo a después. Fotos de tres en tres o de cuatro en cuatro: Moreno Terán, Núñez de Cereto y el alcalde sonríen con un catavinos en la mano; Puche Montes de Oca de parte relajadamente con Alegría Cabrera y el arzobispo; El almirante, el capitán general y el rector magnífico atienden las explicaciones del presidente del Real Betis Balompié; y así ocho páginas; los textos destacaban los nombres propios en negrita, y no faltaba una referencia para la calidad de los «inevitables canapés de Agustí».

En cuanto al discurso del galardonado, todos coincidían en destacar su «sobria sabiduría», con frases como «debemos avanzar, pero desde nuestras esencias» o «hay que resistir la colonización de modas pasajeras» (eso decía un experto en historia de América, y lo decía en Sevilla, de donde partieron tres de los viajes de Colón, el tío) y otras parecidas; tampoco pasó desapercibida su llamada de atención ante los «grandes proyectos» que acometía la ciudad: había que «ser valiente» y «hacer un esfuerzo» —decía— para que una intervención tan singular como la que se llevaba a cabo en La Pasarela fuese «verdaderamente un hito, una referencia para la arquitectura y el urbanismo mundial, como lo fue el Guggenheim para Bilbao en su momento». Sobre este último asunto, el diario que, para entendernos, hemos llamado localista, iba aún más lejos pues reproducía el discurso íntegro de Moreno Terán resaltando párrafos como «dejar La Pasarela como estaba sólo para ganar un aparcamiento sería como desvestir a un santo para vestir otro; los sevillanos no nos merecemos una obra tan larga y molesta para que todo quede igual; es preciso que quede un sello, un legado arquitectónico atrevido, provocador incluso, pero que será el emblema de la nueva Sevilla del siglo XXI; nuestros herederos no nos perdonarían que, por rechazar un esfuerzo presupuestario, renunciásemos a la innovación, al diseño y al urbanismo del futuro», y añadía el diario una especie de comentario editorial que se decantaba claramente por el proyecto de «La Música del Viento», el del toro musical, «pues es ahí —decía El Río— donde nos van a mirar, y no en los remiendos de la periferia». Sólo otro diario de pequeña tirada que, para entendernos, diremos progresista, llamaba la atención sobre los compromisos de endeudamiento que podría acarrear el megalómano proyecto para las arcas municipales, recordando que la hacienda local estuvo constreñida durante casi cuarenta años por las enormes rémoras de la Exposición Iberoamericana de 1929.

Después de un bostezo Lidia Daza apartó los periódicos aburrida, se acomodó en la silla y repasó sus notas sobre la tesis que preparaba. Un veterano aficionado de la Peña Flamenca de Coria del Río —una de las de mayor raigambre de Andalucía— le encaminó a Ubaldo Beltrami, otro aficionado con solera, pero de Cádiz, que era toda una modesta autoridad en cantes y coplas de fiesta, un erudito local sin tesis ni títulos, pero hecho a sí mismo en su sapiencia. Coria del Río, población cercana a

Sevilla, tuvo gran influencia después del Descubrimiento de América, pues el Guadalquivir a su paso era la balsa en la que descansaban las flotas entre travesías; semanas antes de zarpar, allí se acopiaban y abastecían. Ahora, sin embargo, además de ese pasado y de su espléndido paseo fluvial, Coria presumía de ser cantera de grandes futbolistas y de ser la patria de adopción de Blas Infante, el considerado «Padre de la Patria Andaluza», notario malagueño que propuso el escudo, el himno y la bandera andaluces y que fue fusilado —como tantos otros— por los golpistas recién iniciada la Guerra Civil de 1936. La cuestión es que a través de Coria del Río Lidia se citó con Ubaldo Beltrami en Cádiz el siguiente fin de semana. Habría de ser una fecha adecuada, pues el domingo se celebraba la tradicional «Erizada», en la que se consumían centenares de docenas de erizos en el Barrio de La Viña, siendo esa degustación de vino y crustáceos la banda sonora de la primera actuación pública —aunque sin disfraces ni parafernalia— de las agrupaciones carnavalescas que ese año competirían en el Concurso oficial del Gran Teatro Falla; La Erizada era, oficiosamente, la verdadera apertura de los carnavales de Cádiz.

En eso andaba Lidia Daza cuando unas calles más adentro, en un bar cercano al Archivo de Indias, tomaban café Germán Bravo y la profesora Amparo, de unos cuarenta, madre de dos hijos. Él iba informal, tejano que parecía limpio y su cazadora de cuero negro, levantado ya el satín de los codos y los puños. Ella tomaba café y él agua, aún tenía la boca llagada; aunque, con dificultad, algo podía hablar, ya se le entendía. Así que Amparo pudo entender —y entendió mucho, ¡vaya que sí entendió! — su prolijo relato, la batallita que dos noches atrás había protagonizado en el parque de La Pasarela, su paso por urgencias, la comisaría; a estas alturas huelga decir que lo relatado por Germán con gran aparato, con mimo a veces, con mucha efervescencia, fue una especie de epopeya, un romance épico y singular, un espejo literario donde él era el juglar, el caballero, el rey y, casi, casi, la misma favorita. Bueno, la favorita era Lidia, «estábamos juntos», dijo, «habíamos quedado para charlar de lo del *Santa Clara*». Ella rió condescendiente y divertida, le acarició el cabello. Estaba rebosante Amparo esa mañana, tenía imán, lo percibía el resto de la clientela; no era perfume lo que despedía, no, era ella misma, sus movimientos, el timbre de su voz, sus guiños y visajes, toda ella era como un vaporizador de hormonas, era el aroma del café, el humo de cacao caliente era en una mañana seca, invernal, que ella estaba convirtiendo húmeda, casi caribeña. Llevaba el pelo suelto y sedoso, sin coleta, media melena paje irregular, suavizadas, pero no ocultas, las estrías de sus ojos y sus ojeras, ligera base de maquillaje, labios granate espesos, muy perfilados, chaqueta entallada crema, abierta, dejando ver una blusa cruzada violeta, muy escotada, levantados los pechos, casi juveniles, pañuelo de seda amarillo informalmente anudado, falda corta crema, no mini, corta, ajustada, ciñendo una cintura goyesca, medias crema de red, zapatos de piel crema oscuro, de punta suave y tacón de aguja. Estaba rebosante y él estaba preso de sus imanes, de sus vapores, de sus inaudibles cantos de sirena. Muy a su pesar, ella había consumido su café y él su agua; tenían

que irse ya hacia el Archivo, eran investigadores.

En el camino recordó que por la tarde iría a la Facultad de Biología en busca del club de submarinistas del que le había hablado Rubén. Se lo hizo saber a ella, que contestó con un gesto de condescendencia. Otros de la excavación también le contaron parabienes de ese club, bueno, le dijeron que eran unos *freaks* del buceo, amantes de la espuma, de la cerveza. A la tarde iría porque quería saber si habría alguien dispuesto a hacer inmersiones en la bahía de Cádiz. Estaba seguro de que el *Santa Clara* de Rodrigo Daza estaba allí abajo, era una intuición y, pese estaba demostrado que jamás se cumplían sus intuiciones, este palpito es verdadero, seguro que lo era, tenía que serlo. Iría por la tarde, pero ahora iban al Archivo y en este momento, a él le importaba tres pitos el archivo, el buceo, la arqueología, el *Santa Clara*, todo le traía al paio, embaucado como estaba por aquella mujer madura, impecable y carnal.

Alcanzando el vestíbulo él se frenó, le cedió la puerta a ella, no fuera a abrirse y golpearle de nuevo y aparecer como una maldición el pelirrojo de la camisa a cuadros. Estaba la Sala de Consultas distinta esa mañana: no estaba Whithdraw, no estaba Crespo, había menos gente, más conversaciones, ruidos de cajones y cuchicheos. En la isleta de información había una funcionaria joven a la que Lidia preguntó por Crespo; «estaré yo en su lugar unos días», respondió escuetamente; «¿ya se ha jubilado?», curioseó Germán; «no, no —dijo ella— estará fuera unos días», repitió. Se dirigieron a los monitores de búsqueda, pero no funcionaban. Entonces Amparo preguntó a una cara conocida qué ocurría: «ayer vinieron dos informáticos y se llevaron el ordenador de Crespo —dijo—, por eso hoy no va el sistema; es un rollo, pero hoy sólo atienden pedidos por las fichas de las cajoneras», agregó. Luego, más en confianza, dijo que, al parecer, el responsable de redes del Archivo había citado a Crespo; «debe haber pasado algo, algo que hayan robado, no sé, algo raro», farfulló con misterio. Por eso había menos visitas, por eso el runrún de las conversaciones, el ruido de puertas y cajones. Un rato después de consultar los ficheros, depositaron las hojas de pedidos bajo la sonrisa cosmética de la sustituta de Crespo. Se dirigieron a la mesa que ocupaban habitualmente, se pusieron frente a frente. Ella cruzó y descruzó las piernas varias veces; él desplomó la cara en su mano derecha y el mismo codo en la mesa; la izquierda, extendida, tamborileaba nerviosa y arrítmica sobre la mesa. Se cruzaron las miradas, la de él esquiva, líquida la de ella.

—¿Qué vas a ver hoy? —susurró ella, rozándole de la mano.

Era una mano clara y templada, de dedos largos, sin anillos, uñas de cuatro milímetros con puntas ligeramente redondeadas, esmaltadas en brillo granate, de porcelana.

—Na... nada —dijo él, desasiéndose, invirtiendo la postura—; no sé cómo seguir, en realidad no tengo nada, sólo dos fechas y mi intuición... no sé cómo seguir.

—Entonces... ¿vas a ir a ver a los buzos de todas formas? —dijo Amparo llena de miel, acariciando ahora el dorso de la mano derecha del joven atolondrado.

—Bueno, sí, ya lo tenía previsto; al menos a ver qué me dicen... Y tú —preguntó él, tomando las riendas—, ¿terminarás hoy?

—Espero que sí, me faltan unas actas que acabo de pedir —respondió soltándole, pero aún goteando sus pupilas, dejando él de escuchar otra música que no fueran los violines de sus ojos.

(Está para comérsela, joder, cómo me estoy poniendo... menudas tetas que tiene la tía, joer, nunca me había fijado... claro, es que hoy se ha puesto esa blusa que se le pega al cuerpo... seguro que se ha subido las tetas, o se ha puesto un sujetador de esos que las suben, seguro... uff que mal, que mal... además, la tía me coge la mano, menudo tembleque que me ha entrado... joer, nunca me había puesto tanto una tía... además ésta es ya madurita, debe saber chino la tía, joer como me estoy poniendo, no puedo moverme, le diré algo, no sé qué decirle, algo tengo que decirle, uff, es que ahora mismo, si pudiera...).

—Y... éste lo publicarás... ¿no? —dijeron sus labios.

(No sé qué me pasa... hace tanto que no me sentía así... pero qué has hecho tanto tiempo, tía... hace tanto que no te ponías... no, no puede ser, este tío no tiene nada que ver conmigo, pero... es tan joven, tan despistado, tan desprotegido... ahí, con el cuerpo magullado, la boca esa... ahora mismo le mordía la boca, le curaría sus llagas con mi lengua, le chuparía la sangre, le chuparía entero... uff, vaya cosas se me ocurren... y esas manos temblonas... si me acariciasen... si se metiesen entre mis piernas... uff qué calor me tengo... se me ponen duros los pezones, seguro que se me nota, pero... me gusta, me gusta que se note... le cogería el culo así, fuerte, le arañaría la espalda, le mordería el cuello... es que ahora mismo me tiraría encima de él, que me meta las manos en las bragas... uff, qué cosas se me ocurren...).

—Espero que sí, porque como me lo pisen otra vez... —se oyó la voz lánguida y sudorosa de ella.

(Es que le levantaría la falda aquí mismo, le bajaría las bragas, seguro que está mojada, joder, desnuda tiene que estar de vicio la tía, es que me tiraría encima, así... no, no, mejor despacio... no, mejor ella encima mío, vestidos los dos, con todos estos rodeándonos, qué morbo... le comería las tetas y las orejas, joder, le mordería todo el cuerpo ese que tiene, me apretaría contra ella, joderr, cómo estoyyy... no, no, ella estará pensando en su marido y en sus hijos, seguro, no querrá... si le digo algo... si le dijera que... le puedo decir que venga a casa luego... no, no, me mandará a tomar por culo, seguro... es muy... elegante, una tía muy hecha, no le gustaré, seguro, pero es que me tiene... esa boca, esos labios...).

—Pues yo no sé... no sé por dónde tirar... —dijo despistadamente—; oye... Amparo ¿por qué no...?

—¿Por qué qué? —repitieron los labios granate, un poco desvaídos ya por el interior, ensalivados por dentro.

—No, que... que a ver si nos traen ya los documentos...

(Amparo, contrólate un poco tía... qué coño, ¿por qué no puedo darme un

gustito? A él, seguro que no le importa... no sé, no sé, hace tanto tiempo que no sé lo que es ligar... a lo mejor le parezco una viciosa, una puta, pero ¡hace tanto tiempo que no me doy un gustazo...!, y este chico... lo mataría de gusto... y me moriría yo, es que ya me estoy muriendo, mierda, tengo los pezones como clavos, tengo ganas de mear, me meo... pero ¡vaya mierda!, están los niños, coño, él podría haber hecho algo por ellos, y no ahí, todo el día tocándose los huevos, joder, me casé con un vegetal, si es que soy gilipollas, tengo ganas de gritar, ahhhh...).

Ese último suspiro mental coincidió con un golpe seco en la mesa:

—¡Aquí tienen lo que han pedido! —sonaron bruscos la voz del conserje y el chasquido de cuatro carpetas de documentos que el funcionario arrojó sobre la mesa —; ¡vaya mañanita que llevamos hoy...! —añadió réprobo, y se alejó.

El palmetazo de infolios y expedientes sobre el escritorio, la pequeña nubecilla de polvo que levantaron, les sacó de su festiva ensoñación; despertaron al unísono de una siesta fugaz, de las que se hacen en mala postura, de las que dejan sabor a jengibre. Ella se encerró con denuedo en las últimas averiguaciones de su trabajo para el instituto alemán, escrutó, tradujo, interpretó con fruición títulos, actas, relaciones, sentencias, se alejó rauda del terreno movedizo que pisaba, de una debilidad que, sin embargo, creía que se merecía, de una tentación visceral que necesitaba, que le atraía. Él se concentró en el dolor de bajo vientre que le sobrevino y en despejar su cabeza de elucubraciones libidinosas pero, cuanto más se esforzaba en limpiar su cerebro, más se enredaba en las redes genitales, en el mapa lúbrico por el que se deslizaba como si un enanito patinase por las sinuosidades de su cerebro. No sabía por dónde seguir; avanzaba en el destino del *Santa Clara*, pero a la vez, todos se lo tomaban a broma, estaba frente a un muro, no sabía seguir; no era capaz de pensar que había llegado a esa pared desde el contrabando caribeño, desde el mercado negro, desde las patentes de corso, no era capaz de pensar que podía regresar al punto de partida porque su cabeza era una coctelera de golpes, hojas de coca, Amparo, galeones, Lidia, pastillas de regaliz, tesoros hundidos y excavaciones y, por si fuera poco, se disponía a sumergirse en el proceloso mundo del buceo con escafandra.

Estuvieron más de una hora en la mesa, una frente a otro, sin decirse palabra, devorando documentos ella, haciendo como que analizaba él. Amparo dijo «ya he terminado, voy a pedir unas copias», y se levantó hacia la isleta central; allí entregó una lista con las firmas. La funcionaria echó un vistazo; luego levantó la vista y comentó casi para sí misma «vaya, lo mismo que pidieron ayer». Amparo mudó de color, perdió la base de maquillaje que tanto revuelo había levantado desde primera hora de la mañana; «¿cómo ha dicho?, ¿qué han pedido eso mismo?»; «Sí, ayer, poco antes de que vinieran los informáticos, llegó un pedido muy parecido», indicó la sustituta de Crespo. Amparo tragó saliva varias veces seguidas, se volvió, tensó la cara, ya no era una fuente de sensualidad, sino de ira. Germán se había levantado y ya estaba junto a ella, preguntándole con un gesto qué ocurría; ella masculló en voz baja «estoy hasta el coño de esto, se van enterar», y se giró de nuevo hacia el mostrador;

ahora puso su mejor sonrisa y dijo con suficiencia «ah, sí, debe ser de uno de mis compañeros, debe ser de...» —hizo como que trataba de recordar— «Rivas González, pone aquí...», dijo la funcionaria, y Amparo corroboró «Rivas, claro... bueno, bueno... encargue una copia de todas maneras, ahora me pondré de acuerdo con él; mañana vendré a buscarlas», terminó, y salieron los dos, al paso rápido de ella. Germán estaba estupefacto, nunca había visto a una mujer así de alterada, se le habían pasado los dolores, las cuitas mentales, ya no había muros ni paredes. En la calle Amparo vomitó ante él sus indicios, su frustración, sus instintos no manifestados, le gritó que ya estaba harta, que Rivas era otro de los discípulos de Moreno Terán, que ya estaba bien de trabajar gratis para ese preboste protegido por lo más rancio de la ciudad, que por mucho predicamento, por mucho premio que hubiese recibido le iba a desenmascarar, no podía ser casualidad que las mejores investigaciones fuesen robadas por sus allegados, por sus pelotas, por sus correveidiles. Iría a la prensa, claro que iba a ir a la prensa, algunos compañeros la respaldarían, seguro, llamaría a la sección de Cultura de «El Planeta», un diario que, para entendernos, llamaremos «cañero», les diría que mucha rehabilitación, mucha propaganda, mucho museo en el Archivo, pero que todo estaba bajo la lupa de un catedrático que decidía quién publicaba, qué investigaciones eran las buenas, y que se las ingeniaba para quedárselas; estaba claro, era toda una red de investigadores, editoriales, imprentas, departamentos, ellos se quedaban los cursos y seminarios, las conferencias, las mejores becas en el extranjero; estaba harta, lo iba a denunciar, iría a la prensa.

Se despiden sin besos, sin citarse de nuevo. Germán se encamina al campus técnico, bordea el río, los tinglados del puerto. Está revuelto, agitado, está lleno de heridas, heridas de la paliza de los chulos colombianos, herida su investigación, piensa que no avanza el *Santa Clara* porque quizá no le interesa, porque lo que le interesa son las mujeres del *Santa Clara*, el deseo sexual que le provoca Amparo, el misterio y la dulzura de Lidia, le duele la ira de Amparo por el robo de sus pesquisas «quizá también a mí me roben, claro, es eso, por eso no avanzo, porque alguien me lo está robando», se dice ciego a su propio beneficio. Compra un bocadillo y con una Coca-Cola se tumba en el césped de los jardines de Biología; se queda dormido. Una ráfaga de frescor le despierta, está despistado, atolondrado, no sabe dónde está; es casi de noche, recuerda, se levanta, entra en la facultad. En la conserjería le señalan que el Club Universitario de Buceo, el Cubu, está en el sótano, por la escalera de la derecha. Desciende, avanza en una estancia mal iluminada, revuelta, con tuberías y tubos, máquinas, aperos, montones de cosas, suelo hormigón; sigue a alguien que va con bombonas amarillas, otros vienen con trajes negros de neopreno. Por fin, a la izquierda, hay un cuartucho estrecho, casi un cuchitril, con una pequeña mesa y un ordenador y detrás de la mesa una joven muy delgada, de cabello rizado, que habla por teléfono echada sobre el respaldo, sonriendo, rascándose o acariciándose la nuca con la mano derecha. En cuanto le ve, se recompone y le hace una seña de que espere

un poco. Frente a la mesa hay varias bombonas más, unas amarillas, otras metálicas; más allá hay un montón de tubos delgados y negros, como los de riego por aspersión, pero tienen unos relojes en los extremos, relojes y como ventosas, no, no, son tubos de respiración, son los que deben de ir enchufados a las bombonas. Hace calor ahí abajo, huele a humedad, es feo el sitio, de vez en cuando se oye bajar agua o líquidos por el laberinto de tubos que recorren paredes, techos y suelo; incluso elevados un metro del suelo hay tubos en ese sótano almacén.

—Hola —dijo la joven de pelo rizado, mostrando su blanca dentadura, su columnata de mármol reluciente—, ¿vienes por el curso o por la excursión?

—Hola —dijo Germán, saliendo de las tuberías, del calor y la humedad, de la fealdad del sótano, concentrándose ahora en aquella sonrisa, en aquella voz aterciopelada e ingenua—; no, no —añadió—, sólo venía a informarme.

—Bueno, pues... ¿qué quieres saber?, quieres hacerte socio, quieres hacer un curso...

—¿Socio? Bueno, primero quería saber que actividades hacéis, si podéis hacer un trabajo...

—¿Cómo un trabajo? Es que esto es un club de buceo deportivo.

—No sé... buscar cosas... en el mar.

—¿Se te ha perdido algo en el mar? —dijo ella medio en broma.

—No, no —dijo él, ahora con tono también de broma—, no, es en Cádiz, en la bahía de Cádiz, que...

—A Cádiz no solemos ir, pero sí a la costa, a Sancti Petri, a Granada, a Almuñécar, o a salidas a alta mar a ver cachalotes.

—¿Cachalotes? ¿Hay cachalotes por aquí?

—Bueno, no lo sabes bien... y delfines y ballenas; hay salidas chulísimas. Venga, ¿por qué no te apuntas a alguna?

—No, es que... verás... me da un poco de vergüenza decirlo, pero creo que... en Cádiz podría estar un barco hundido, un galeón del siglo XVIII al que le estoy siguiendo la pista y...

—Ah, pero de eso no hacemos nosotros... —dijo la joven de pelo crespo negado con la cabeza; luego agregó: hombre, a lo mejor, si quiere hacerlo un tres estrellas, o un monitor, pero particularmente, claro, por su cuenta.

—¿Tres estrellas?

—Bueno, es que son los que tienen más inmersiones y más experiencia; hay una estrella, dos estrellas y tres estrellas.

—O sea, como en el ejército.

—Jajajajajaja, más o menos, más o menos; bueno, están también los monitores... y las monitoras ¿eh? —dijo, levantado e índice, apoyando en ese gesto, en ese dedo, su leve proclama feminista—, que en esto hay muchas mujeres... los monitores son los más... los que más saben, vamos... y las monitoras.

Lo de «muchas mujeres» le animó, cada vez estaba menos en un sótano sucio y

lleno de tuberías y más en la cubierta de un lujoso yate. Se sentía ya más a gusto, con ganas de prolongar la conversación; hizo una panorámica por el estrecho habitáculo, una breve inspección por lo que ya había visto antes, pero fingiendo ahora más interés, ganando tiempo.

—Éstas son las bombonas para respirar debajo del agua ¿no?

—Botellas, se llaman botellas, tienen oxígeno; sí, ahí se acopla el pulpo con los respiradores, el manómetro, todo eso que hay ahí —dijo, señalando el montón de tubos negros apiñados como una madeja de sarmientos—; pero, oye, de verdad, por qué no haces un curso de una estrella... verás cómo te gusta.

—Uff, no, no, uff, sólo pensarlo..., no, no creo que pueda.

Tosió ligeramente, miró la hora, se llevó una mano al costado, puso cara de dolor; «bueno —dijo—, tengo que irme...»; «¿te encuentras mal?», dijo ella ante sus gestos; «no es nada, me di un golpe con una puerta...». «Oye —añadió la muchacha—, enseguida viene Arturo, que es monitor; a lo mejor a él le interesa eso tuyo... mira, ahí viene». Apareció en el umbral un joven de mediana estatura, rostro alegre y positivo, dicharachero; Germán tuvo que apartarse para que el otro pudiera entrar; saludó a la chica con sendos besos, se preguntaron ambos por sus respectivos asuntos de los últimos días; a continuación ella hizo las presentaciones:

—Arturo, éste es... perdona, ¿cómo es tu nombre?

—Germán, encantado —dijo, estrechando la mano del monitor.

—Muy bien, bienvenido —dijo Arturo.

—Ehh, yo soy Ruth —dijo la chica—, que no nos habíamos presentado.

—Entonces... ¿estás buscando un buzo profesional?, dijo Arturo.

—Alguien que quiera buscar un barco del siglo XVIII en Cádiz.

—Eso nunca lo he hecho, es más de buzos profesionales.

—Pero vosotros... tú ¿puedes ponerme en contacto con alguno?

—Bueno, quizá algún guardia civil, por su cuenta... —dijo el monitor, y girando el diálogo, inquirió— ¿un barco hundido?, ¿con un tesoro? —añadió con un poco de guasa.

—Podría ser... he encontrado unas referencias en el Archivo...

—¿En el Archivo de Indias?

Arturo se rascó el cuello, se puso la mano en la barbilla mirando al techo, achinó los ojos haciendo memoria.

—Espera... recuerdo que hará unos veinte años, cuando yo empezaba con esto, conocí a un canadiense, en Sancti Petri, en una de mis primeras inmersiones, y contaba por el club de submarinismo de allí que buscaba un barco en Cádiz.

—¿Uno que murió ahogado? —exclamó Germán, recordando la primera conversación con Amparo.

—Sí, sí, ahora que lo dices sí, lo encontraron dos o tres días después... yo bucé con él, era muy bueno, muy bueno, me extrañó que se ahogase.

—Una amiga mía me comentó ese suceso, cuando la fiebre de los buscadores de



tesoros hundidos, en los ochenta —dijo, ya con displicencia, ya casi yéndose.

—Entonces... —terció Ruth, que había estado de intrigada espectadora— ¿no te apuntas a nada?

—Uff, no, no, de veras... además, esas bombonas pesarán lo suyo.

—Botellas, se llaman botellas —reconvino la joven.

Los tres rieron y se despidieron con braceos y sonrisas ortopédicas; «Si te acuerdas de alguien que quiera bajar...» dijo Germán hacia Arturo; «llámame la semana que viene, a ver si tengo a alguien», contestó el monitor, y allá abajo se quedaron los buzos, con sus bombonas —o botellas—, sus pulpos de plástico negro, joviales junto al rumoroso laberinto tuberías y máquinas del sótano de la Facultad de Biología.

Era ya anochecida exterior cuando volvió a respirar sin agobios, a escuchar el amable ruido de los coches y las motos, los dulces cláxones, los frenazos y acelerones, las voces de los conductores y la música de sus motores. Había árboles luminosos y fríos, deshojados, casi primaverales, había vaho licuado en las palabras, bufandas holgadas en los hombros y en los pechos. Ya estaba bien por hoy, iría a su casa, una ducha y a descansar, su cabeza era un terremoto, su estómago una bañera de vitriolo, su respiración un vendaval, su corazón un laboratorio de vasos comunicantes. La casa olía a cerrado. Normalmente olía a cerrado, a fregona sin detergente, a latas caducadas en el armario. Se despojó de la ropa, la tiró al suelo del baño, entró en la bañera, corrió agua, olió a butano, estaba helada, luego ardía, luego fría, luego hervía; por fin, laxo y encorvado, dejó templar su cuerpo en un chorro templado.

El agua se llevaba el sudor y su pintura, desleía las imágenes del día, notó sus pensamientos bajando por el cuello, por la espalda y por las nalgas, girar en espiral con la espuma y con los pelos, oyó el ruido de atadores, el pitido de los grifos en las venas de las casas, el timbre intermitente que venía de su ropa, el timbre de su ropa, el timbre electrónico que venía de su ropa, «¡mierda, el teléfono!», gritó húmedo y en cueros. Salió apresurado, sin toalla, buscó a tientas en el suelo, sonaba el móvil con reproche la tardanza, no en el pantalón, sí en la zamarra de cuero. El nombre de Lidia parpadeaba, se secó la mano y la oreja, por fin pulsó la tecla: «Germán, entraron en mi casa» dijo una voz escueta, sorprendentemente desolada. El chico se quedó inmóvil, no dijo nada, no reconocía esa voz, no sabía dónde estaba... «Escúcheme, mi amigo, ¿está ahí?», dijo ella; «sí... sí —logró decir—, ¿cómo que han entrado en tu casa?», y ella contestó en sollozo «tumbaron la puerta, revolvieron todo a garrotazos... vení pues, hazme el favor», y él, de nuevo héroe y paladín «estaba en la ducha... ¿has llamado a la policía?», «están de camino, vení por favor»; «ya estoy ahí, cariño», «(me dijo cariño)», «(le he dicho cariño)», y colgaron los dos.

Robles y dos agentes más tomaban fotografías y huellas, recogían pruebas e indicios cuando llegó al piso atracado; llegó a un desbarajuste de prendas y papeles, un tráfigo de objetos sin orden, muebles desubicados, cajones abiertos. Ella tenía los

ojos enrojecidos, su rostro era claro, eran colores inusuales en la tez mulata; él se echó en sus brazos, parecía que era él quien necesitaba el calor de un cuerpo, tanta era la ternura que puso en el gesto. Robles miró su abrazo como si fuese parte del escenario, hablaba con sus agentes, conjeturaba, negaba con la cabeza, se encogía de hombros. Los jóvenes se despegaron; Lidia balbució «estoy aterida Germán, yo me destaqué, vinieron en venganza, de seguro que *Chojín* y sus compinches».

—Pero... ¿aún no les han detenido? —reprochó Germán a Robles.

—Tranquilízate —dijo la inspectora—, les tenemos controlados, esperábamos que entrasen en contacto con otros miembros de su banda en Madrid y Barcelona para tenerlos a todos —añadió con sequedad, tuteándole por vez primera.

—Pues parece que no los tenías tan controlados... —tuteó Germán.

—No te precipites... no creo que hayan sido los de aquí, puede que hayan venido de fuera —añadió en tono de intriga.

La inspectora dejó pasar unos segundos, miró a sus compañeros, hizo sonar los tacones de sus zapatos un par de veces —zapatos de punta, azules, lisos—, volvió a analizar la estancia y dijo casi para sí «de todas formas... es raro, es raro...», y dejó en el aire su extrañeza, se acarició la mejilla, meditando.

Estaba todo muy revuelto, todos los cajones vacíos y vueltos, muebles separados, cuadros movidos o arrancados, el baño y la cocina también alterados, pero menos, y el arcón de su antepasado estaba también volcado, todo por el suelo, los vestidos y candelabros, zapatos y pañuelos, ornatos y camafeos, objetos desperdigados. La agente ya había realizado la primera tanda de preguntas de rigor, echa algo en falta, quién cree que pudo ser, ha recibido amenazas, llamadas, etc. Ahora venía el segundo interrogatorio; el asalto fue entre las siete y las nueve:

—¿Sueles estar fuera de casa a esas horas?

—Luego de trabajar —dijo Lidia— si salgo, es por esa hora.

—¿Has visto a alguien no habitual cerca, más de dos veces, en esta calle, merodeando, alguien que te haya llamado la atención?

—No me fijo en eso —dijo secamente.

—Como nos dijeron que los matones estaban controlados, nos despreocupamos —intervino Germán, queriendo prolongar la respuesta de ella. ¿Acaso tenemos que mirar siempre atrás, estamos amenazados?— insistió casi provocando.

—Mira —dijo Robles—, entiendo que estéis preocupados y estamos haciendo todo lo posible porque dejéis de estarlo, pero nunca está de más estar un poco atento; esta tarde ha habido otros dos asaltos a esa hora, otros dos pisos.

La agente aguardó unos instantes a que los chicos se templasen; luego prosiguió con su encuesta:

—¿Estás segura de que no echas nada en falta?

—No lo creo, no vale un peso lo que tengo.

—¿Algo que hayas recibido hace poco, o que te hayas comprado, algo que alguien pueda saber que lo tenías?

—No, no... —repitió meditando.

—Es extraño —insistió Robles—, unos matones que no se llevan nada, ni dejan, firma, ni mensajes.

—Bueno, el arcón... —farfulló la muchacha.

—¿El arcón? —dijo Robles levantando las cejas.

—El arcón que recibí de mi antepasado, de Cartagena de Colombia.

—¿De Colombia? Podría tener relación. ¿Qué tenía? —urgió Robles.

—Antiguallas, cosas viejas; mire acá —dijo, señalando el arcón y su contenido esparcido por el suelo—, vestidos, candelabros, sombreros... cartas antiguas, una se la llevó él —señaló a Germán— que quería «analizarla» —dijo con retintín—; no valen un peso.

—Está bien, está bien, ya te llamaremos en cuanto sepamos algo nuevo —terminó la inspectora.

Poco después, los agentes recogieron sus efectos y se fueron. En la escalera Robles aconsejó a Lidia que fuese a dormir a otro lugar por esta noche; ella lo rechazó con un gesto amable; justo cuando ya se iba, se oyó la voz de Germán diciendo con displicencia «oiga... ¿y la pulsera?»; ella respondió «sólo la llevo cuando visto de hombre», y desapareció.

## NEGREROS Y CANÍBALES

Días después del abordaje y hundimiento del *Santa Clara* a manos y cañones de «El italiano» y su *Gata Negra*, treinta grados más al sur, en plena costa brasileña, el buque francés *Reine Charlotte*, con base en La Rochelle, y capitaneado por el excéntrico Lavoisier, acaba de sobrevivir fatigosamente a otro de sus finales, pero ha perdido en el envite a su mejor carpintero y a tres marineros más: Un violento tornado lo ha sacudido como un tiovivo desencajando la arboladura y los puentes. Ante la tempestad, el capitán ordenó segar el mastelero para equilibrar el casco y, en esa tarea, un mal equilibrio, el valle de una ola, dio con el maestro ebanista en la tapa de regala, yendo a dar fuerte con el parietal contra el canto de madera, quedando a la vista espantada de sus compañeros flojo y descoyuntado, descerebrado e irreconocible. Después de este incidente y sus pérdidas, después de la rebelión habida en la carga, tan sólo quedan a bordo siete de los marineros originales. Las cubiertas inferiores apestan a excrementos y vomitonas, hieden al vaho casi sólido de los bacilos y miasmas que revolotean a sus anchas sobre los cuerpos de ébano sangrantes de veinticinco hombres y veintitrés mujeres yoruba, todos y todas con argollas en cuello, muñecas y tobillos: es la mercancía humana que hace cuatro semanas ha sido impunemente arrancada de las chozas del corazón de África para ser incrustada en el corazón de América del Sur.

El descalabrado navío se dirige a la bahía de Todos los Santos, en el Brasil, y hace treinta y cinco días que levó anclas desde la guarnición portuguesa de São Afonso do Rei, en el Golfo de Guinea. El *Reine Charlotte* fue construido en los astilleros de Pasajes; esas atarazanas solían fabricar navíos comerciales para destinatarios nacionales, franceses o portugueses y, en general, para cualquier peticionario del área de Gran Sol; los de la Armada eran, por orden real, exclusivos de El Ferrol. El año de 1738 salieron de Pasajes dos galeones, uno para la compañía española La General de Ultramarinos, y el otro para la francesa Le Magasin Indien, domiciliada en La Rochelle. Aunque los pedidos exigían a diseños personalizados, los ingenieros del astillero del norte de España —sin conocimiento de los peticionarios, naturalmente— copiaban los mismos modelos para distintos propietarios; con ello ahorraban planos y derechos, y ganaban también en serrería y andamiajes. Claro está, siempre tenían en secreto la solicitud más específica, más inconfesable, de cada peticionario. Así pues, el armador francés pidió de singular que una parte de la bodega tuviera mamparos fácilmente desmontables, con un solo y muy seguro acceso, y así se le entregó el galeón, que fue bautizado como *Reine Charlotte*. El otro, el español era, por el referido ahorro del astillero norteño, gemelo del francés, excepto en lo específico, en lo inconfesable: el peticionario, La General de Ultramarinos, quiso una alacena de cuatro metros cúbicos disimulada bajo el castillo de popa, a ambos lados de la viga maestra de la quilla, aprovechando los huecos de las alfajías; fue botado y bautizado con el nombre de *Santa Clara* y su

destino era la línea regular de transporte de mercancías entre Veracruz y Barranquilla. El *Reine Charlotte*, por su parte, logró autorización de Navío de Permiso para comerciar entre Francia e Indias, y en eso andaba desde el inicio de su singladura el buque que ahora derrota destartado hacia el Brasil.

En esta travesía, una vez entregada su carga en Veracruz y La Habana, y antes de recoger mercaderías indianas para regresar a su puerto originario, el capitán, acordado de antemano con el armador francés, había prometido a la tripulación una soldada extra por retrasar dos meses el regreso. Ya lo habían hecho en anteriores travesías otros capitanes. Buscarían una ganancia adicional con una oscura mercancía de la selva africana, de la costa ecuatorial, del oeste del continente verde. Entro el buque galo en esta empresa porque los contactos de Lavoisier en los puertos del Caribe le habían asegurado que, mucho más al sur, en las posesiones portuguesas del Brasil, precisaban ébano, pues se había generalizado la corta y extracción de azúcar, su carga y transporte, y no bastaba con los nativos para aprovechar al máximo las ubérrimas zafras que se preludiaban. Por eso tramó de inicio otro negocio y arengó a sus tripulantes, por eso puso hace dos meses rumbo a África y eligió la ruta más difícil desde Indias. Navegó semioculto seis semanas contra el viento, contra terrible Ferbén congoleño, contra el terroso y caliente castigo, al revés de lo normal; por eso perdió ya hacia África algunos hombres, por inexpertos en esa navegación, aunque también por castigados o díscolos. En esas coordenadas había vientos calientes y desconocidos, encontraban la sed y perdían la cabeza los marinos, surgían pleitos y peleas, había menos baldeo, mucha sed, el viento traía arena, se desatendían las velas, tropezaban los hombres en los andariveles, bamboleaba el barco si el rumbo torcía una centésima.

Por fin avistó el Golfo de Guinea, ya con más abrigo y menos vientos, con menos sed y más contento. Divisó el de la cofa al horizonte la desembocadura de los ríos que bañan los congos, sus caudalosos color verde vieron fundirse en el océano. Había en esa franja diferentes banderas —luego se verá que también muchas banderías— varias barbacanas y poblados aldeaños en la cuerda costera; había posiciones belgas, holandesas, inglesas y portuguesas. La nave gabacha se varó frente a la guarnición lusa de São Afonso do Rei. Aún a bordo, Lavoisier ordenó a su tripulación la descarga de parte de la mercancía y un distinto acondicionamiento de la bodega: que se acotase de los almacenes y del polvorín mediante sólidos mamparos *ad hoc*, pues el barco estaba preparado para esa guisa cambiante. Recorrían longitudinalmente la estancia liberada tres sólidos largueros con abrazaderas de hierro cada metro y una cadena con argollas a cada lado. La marinería baldeó con agua y azufre la nueva bodega empolvó de cal el reguero de sentinas.

Lavoisier llevaba una carta de presentación para el jefe de la guarnición portuguesa. Acercó su falúa al pantalán de madera que flotaba sobre bocoyes viejos; en lenguaje marinero se entendieron para el amarre, estiba y acarreo, y en gabacho o luso con oficiales de tanteo. El comandante luso acomodó al capitán, a su segundo

oficial y sus sobrecargos en los barracones de transeúntes, el resto permanecería a bordo. Después condujo a Lavoisier a su estado mayor y es allí donde el francés le dio el mensaje del colega. Parlotearon ambos del negocio y sus triquiñuelas, uno para ti, dos para mí, *un pour moi, duas para te*, diálogos extraños pero inteligibles, bañados todos por dedalillos de aguardiente de las islas. Ya con exceso de facundia y soniquete en la voz, el jefe de puesto portugués ordenó a dos de sus soldados — aborígenes los dos— que se internasen en la selva, y la negrura del crepúsculo los engulló como una esponja absorbe el agua de un bacín.

Llevaban una semana de estadía en el trópico africano y es en ese tiempo cuando vuelven los toderos. Les acompañan otros dos —les acompañan es un decir; vienen por parejas, más bien unos al lado de los otros—, dos nativos que por ropa llevan telas estampadas enterizas, cimeras con dibujos indiciarios, adornados con ajorcas y colgantes. Vienen de Abomey, son los enviados del rey de Dahomey. Lavoisier es presentado por el comandante luso pero, hecha la introducción, se quita el portugués de en medio, pues ahí termina su misión: facilitar y cobrar, no quiere correr riesgos. El capitán francés muestra su afán de negociar, de caer bien, regala ámbar y barruecos a los diplomáticos negros, y bolsitas con tabaco, cacao y hojas de coca para el sueño. Toda la tarde la pasan los tres fumando, mascando, riendo. Al amanecer, los dos enviados reales cantan gorgoritos, sortean de regreso a la selva la maleza, vuelven a su medio, al león y a la tormenta. Y en el puerto quedan los gabachos y en mitad de la galbana la marinería se exaspera: «¿cuánto estaremos, Lavoisier?, queremos nuestra deuda», preguntan al que maneja; «lo que convenga a la espera», es la respuesta, y dobla el aguardiente como treta.

Diez días después vuelven los enviados reales y guían a Lavoisier y a ocho de sus hombres a los ventrículos del corazón verde; uno de los nueve no volverá, pero no por deserción ni enfermedad, sino por muerte. Atravesarán manglares y páramos encharcados, murallas vegetales, colosales nidos de termitas, zumbarán en sus oídos como trompetas de Jericó las nubes de mosquitos. Los leopardos y los pumas los llevan en el iris por el día, se relamen y les acechan a la noche: son silenciosos como gusanos y transparentes como el silencio. Al tercer día el grupo acampa en un claro, al abrigo de un montículo que prosigue a una maleza de matorral alto, oloroso, húmedo y colorido. Quedan dos hombres de guardia, uno junto al fuego, el otro entre las tiendas. La lumbre y la humedad invaden la vigilia, cae sobre el centinela como una telaraña de seda un manto de sopor. El otro deambula aburrido en las traseras, desbrozando raíces con la punta de su bota, llevándose a la boca tallos tiernos, bayas secas. Al amanecer la lumbre se ha extinguido, una fría capa de rocío despierta al vigilante; atiza con la espada el brasero y se alarma, pues no ve a su compañero; se levanta, mira en las trastiendas, husmea en derredores, no ve rastros ni ve huellas. Es la hora de diana, está asustado, despierta a la partida y con sus armas buscan al que falta, gritan y vocean: Lavoisier es informado de un macabro hallazgo ahí mismo, a escasos metros: entre bejucos y zarzales están el fusil y las botas, con trozos de

piernas calientes dentro.

La caminata prosigue por cinco días hasta que una tenue columna de humo y la ausencia de alimañas les indica la cercanía de presencia humana; sobre palmas y arboledas asoman pequeños conos pajizos: son el vértice de las primeras cabañas de paredes de tierra y piedras; es Abomey, está claro que les esperan, se retiran a su paso, miran y comentan. Adentro de la aldea las casas son más recias, de sillares adobados y caliza, con tejados de troncos y cortezas. Parece que hay mercado en la plaza, hay muchas telas expuestas, cerámica y madera, mujeres que intercambian y vocean, regateos y cánticos de feria. Al final de la explanada una larga muralla de barro está coronada por calaveras con restos de piel y cabellos; a la izquierda una laguna verde y espesa con una hilera de palafitos que parecen flotar, mecerse como el viento mueve las palmeras un día de bonanza. Detrás de unos juncos frescos, junto al lago, Siwanda abre mucho los ojos, contempla la escena; Yotuel le ha dicho que en otras aldeas también vinieron parecidos, después se fueron ellos, sin clanes ni recuerdos, con cadenas por collares y grilletes por pulseras. Se hace de pronto el silencio, calla el mercadeo, se detiene la vida al momento: sale de la choza principal un grueso personaje, bajo palio de hojas de palma, un vasallo le abanica con un penacho de plumas de pavo real, tintinean sus muchos y pesados collares y brazaletes.

Es el rey de Dahomey. Despliega su majestad sobre un sitial de anea las volutas de su vientre, reposa su papada en el cuenco de la mano cuyo codo está apoyado en la bracara. Revuelan en su torno como pajes trompeteros abejorros y libélulas, los que vuelan son los únicos que rompen el silencio de respeto, desatienden el miedo de la gleba pues se sienten atraídos del olor que les despierta el obeso personaje; el monarca que, de oficio, no se lava, conserva en sus adentros el efluvio del sudor y de la orina, de los restos de excremento, lo podrido de sus tripas que le sale por la boca, y el cerumen de su oreja. Combate su excelencia los hedores con perfumes de la India y con especias, y es la mezcla de vapores lo que excita a los insectos, que aportan al conjunto una sinfonía regia, el aleteo de sus élitros y el zumbido de sus vuelos que parecen una corte de heraldos y maceros. El dictadorzuelo acepta las reverencias de los negociantes extranjeros. Sus súbditos miran la escena con recelo, levantan los puestos, se giran, toman de la mano a los pequeños, se plasma en sus rostros el miedo.

El rey recibe a los nuevos, hay cruce de reverencias, ridículas pantomimas y saludos, presentes inmediatos al grueso reyezuelo; el personaje les invitará a comer, a beber, a ociar durante todo un día, y con ellos —con él—, siempre su pléyade de insectos. Comerán fruta fresca, dulce y agria, gelatinosa y tersa; comerán asado, mas también lo que se cuece en la marmita que humea, que huele a rancio y ropa vieja, y no es peor para los galos el humeo del potaje sino el tono amarillento que desprende un comistrajo en que es costoso distinguir si sus avíos son comibles o veneno, si animales o si humanos; pese a todo tragarán el companaje aunque sea con arcadas, lo

que sea para el bien de la misión que les llevó, contra el Ferbén, al Golfo de Guinea. Tras la colación viene el placer y las esencias, fumarán mucho tabaco, mascarán hojas de coca, beberán mucho aguardiente; entre coca y trago bajarán del palafito al lago espeso, unos nadarán en agua dulce, el rey y sus vasallos harán sus abluciones, por fin el rey se lava, no les gusta nada a las moscardas esa higiene pues pierde el personaje su atractivo: vuelven a sus nidos. Luego de los baños, y entre puro y masticada, entre trago y vaharada, traen a las mujeres: desde adultas hasta niñas, desde viejas a adolescentes. Es comprensible que tanta orgía deje exhaustos a jefes negros y a franceses extraños, así que, ora en los palafitos, ora en barcas sobre el agua o en la maleza, caen los sufridos negociantes en una más que merecida siesta.

Mientras duermen los jerarcas su festín, la luna menguante logra distinguir un claro en la espesura. No hay brisa ni rocío, parece detenido el raso apenas plateado. Sin embargo los arbustos y ramajes derredor parecen vivos, prologan un hervor de espejuelos y figuras, de sombras danzarinas, de marejadas oscuras: lenta, geoméricamente filtra la negrura siluetas humanas que levitan como sierpes, silenciosas, ordenadas. En hilera circular todas se postran, agachan la cabeza; bajo una palma de coco, junto al tótem de la diosa, está la presidencia, ahí se sienta Siwanda, y Yotuel a su derecha; visten pieles de jaguar y máscaras de empleita, los dos hunden sus cabezas en la tierra. Siwanda esgrime un palomonte y una chorrera que ha arrancado de la levita de Lavoisier al abrigo de la borrachera. Yotuel sostiene un cuenco con el polvo de la tierra, de pisadas de franceses, es la forma de sus huellas. El resto del conjuro lleva piedras, huesos de animales, conchas y cabezas, muñecos y peleles, pieles de serpientes, cocos y especias. Siwanda se yergue y esgrime la chorrera y el resto de iniciados levanta sus prendas y con ellas en ofrenda rompe el silencio de la selva un murmullo sordo y primitivo, un semitono creciente, de leyenda, que acalla el fragor de la espesura, de la fauna, y la luna opaca apaga su fugaz fosforescencia. Las gargantas sostienen el sonido, los cuerpos de hombres y mujeres van erguidos y Alioshi, en contradanza, derrama en aquellos negros cuerpos grasa de leopardo, aceite de coco, cenizas de sacrificios. Siwanda deposita a su frente el adorno del francés y trazan los celebrantes otro círculo interior con sus conchas, huesos y muñecos. A un gesto de Yotuel, encienden sus bujías delante de los objetos, formando un tercer círculo concéntrico de lenguas amarillas y, ya en el centro, apilan palos y sarmientos, yesca y hojarasca, cáscaras y frutos secos.

Con los círculos formados se asientan bajo el tótem Siwanda, el gran turiferario, Yotuel, su palero, Alioshi, con el timbal destemplado, y Uhanna con punteros; con uno de ellos la mujer prende de una vela y lleva la llama a la hoguera: el fuego es la señal del aquelarre, del trance de sus miembros, del alma que sale de los cuerpos para unirse a sus ancestros, a sus aves y sus credos, a la tierra de los muertos: nace el fuego que preludia maldiciones y lamentos, redenciones, comuniones con los dioses, venganzas y tormentos. Uno a uno los celebrantes se acercan a la hoguera y echan sus ofrendas, declaman sus conjuros y regresan a su puesto. Alioshi se levanta, mira al



cielo negro, el esplendor de las llamas reluce en los unguentos su cuerpo, es de bronce el contorno de sus pechos, son lianas de antracita sus cabellos y reflejos de aluminio el sudor de sus adentros; surgen de su boca como ramos de violetas salmodias desgarradas y jaculatorias violentas; invoca Uhanna con su canto el favor de Bareena, la diosa inteligente, la feroz estratega, la tormenta incandescente, la negra Atenea, y como erizos salen de sus labios oráculos de guerra. Canta al ritmo del timbal y a golpes de tam tam callan los jaguares en las ramas de los árboles, callan las serpientes, enmudecen las plantas y animales, la floresta se estremece. Toma Uhanna con la punta de su palo una llama de la hoguera, la convierte en carboncillo incandescente y dibuja rehiletes en el aire, y con la otra el puntero trazador, que raya el suelo con dibujos espectrales; pinta Uhanna el aire y, en el suelo, el pentagrama que escupen Alioshi y su garganta.

Uno a uno se levantan los orantes en hileras, forman círculos, sintagmas, y se abrazan en esferas, hacen saltos hacia atrás y hacia delante, se arrodillan con la espalda hacia la luna que alimenta su reflejo en los hombros mercuriales de los hombres y mujeres que inseminan a la tierra, a la madre de la vida que germina la semilla de la muerte; sube el ritmo del tam tam y los dibujos de figuras que en el suelo y en el aire abocetan los punteros, tiembla el suelo, yerguen lentos los brujos hacia el cielo la silueta de sus cuerpos, frotan pieles sobre pieles, frotan sexo sobre sexo, gritan coros y rugidos con la danza incendiaria en su apogeo, con la danza donde queman sus pecados y esperanzas quienes dentro de unas horas serán presa del dinero, carne de mercado, carne de fogueo, quienes tienen su futuro muy alejado de su patria o en la muerte, y es por eso que en la danza conjuran a su suerte. La oblación es culminante, la carne y los objetos se consagran; con los cuerpos ya en pureza por el rito celebrado, toma Siwanda la prenda del francés y la quema en la brasa, surge de la hoguera una llamarada postrera, una última voluntad y, cuando se apaga, vierte Yotuel la tierra y las pisadas, pero todos presagian el inminente tormento que quieren mitigar con la tierra del cuenco.

Amanece en Abomey, el poblado se despierta, bostezan en la corte los invitados impíos del rey hediondo, se relamen los jaguares y los leopardos, se desperezan magullados los oficiantes del raso escasamente iluminado por una luna que mengua, se calzan sus escudos y sus lanzas los mercenarios reales, ha empezado la caza. Irrumpe en la mañana un albedrío de carreras y chillidos, de madres arrastrando niños, de trampas y celadas, de flechazos y cuchillos; los soldados atrapan con redes a los hombres y arrastran del cabello a las mujeres, les desgarran de sus hijos a empellones, los arrojan a la jaula y, al que escapa, le dan una lanzada o le dejan que penetre en la espesura, ya verá el jaguar su encarnadura. Siwanda y Yotuel no se resisten, les calzan enseguida los grilletos y también Uhanna se entrega dulcemente, son más fuertes, y se une de corrido Alioshi con su grito: ellos cuatro aliviarán la horrible diáspora con el rito y la potencia de sus mentes, los efluvios de los dioses harán leve el recorrido de la selva hasta la muerte. El petimetre reyezuelo ha dicho

basta, ya está bien, que pare la caza, que cierren la jaula, eso es lo que valen los presentes recibidos; a su orden suspiran en las chozas los salvados o escondidos, aprietan las mujeres en sus pechos a los niños.

El monarca maloliente dará a los franceses treinta hombres y otras tantas mujeres; recibirá a cambio una cajita de esmeraldas, diez fardos de tabaco, diez de hojas de coca y cinco sacos de especies. Lavoisier y sus sicarios van sacando de la jaula a los negros elegidos: uno a uno son atados en hilera, una soga entre los pies, otra de cintura a cintura y un dogal desde el cuello a las muñecas. Enseguida la procesión de hombres y mujeres encadenados atraviesa la jungla de vuelta, pero no llegarán todos a la costa. Los captores mantienen gacha la cabeza de los ébanos con varas y latigazos, aunque se fustigan también sus cuerpos por mordeduras y picotazos. Algunos ébanos enfermos son más débiles o viejos: no pueden seguir. La caravana no puede detenerse, los oficiales franceses han disparado a cuatro hombres y siete mujeres, pero no hay que preocuparse: la expedición tendrá éxito si consiguen vender en Brasil al menos la mitad del cargamento. Al sexto día sorteando gelatinas movedizas, encajando el plomo verde del manglar como un mazo en la cabeza, siseando en remedo de los silbos de volátiles y ofidios, al sexto día están por fin de vuelta en Saô Afonso do Rei. Están contentos los gabachos pues dejaron tras de sí a los salvajes, se celebran por la carga conseguida, se alborozan los que estaban en espera porque ahora sólo queda que entregar en el Brasil la mercancía y volver a La Rochelle con aguardiente y paga extra. No hay tiempo que perder, los cuerpos yoruba de los veintiséis hombres y veintitrés mujeres que han logrado llegar a la costa se acomodan —es un decir— en la bodega; son encadenados a los gruesos maderos, remachadas las argollas y dogales, echan por la escotilla dos sacos de mendrugos de pan duro y medio saco de carne cruda reseca; y dejan también tres barreños de agua dulce con sendas cazoletas. De madrugada, el *Reine Charlotte* zarpa de nuevo rumbo al sur de América, al Brasil portugués, esta vez con el Simún y el Ferbén favorables. Tan favorables que en alta mar sobrevendrá una feroz tormenta, poco duradera, pero muy violenta, que matará a varios tripulantes, al carpintero, y quebrará dos botavaras y el mastelero.

Los guerreros Fon han resistido en la bodega a duras penas. De noche el dios Atlántico, el manto de viento y remolinos que protege la ciudad hundida, oye los lamentos yoruba, pero no son lamentos, sino plegarias de los hijos de Oduduá a Ogún, el dios de la guerra, a Lissá, la diosa del cielo, a Bareena, la que les da la inteligencia. Alioshi y Uhanna, fingiendo agonía, han logrado reducir al marinero de guardia y le han clavado un tenedor en la garganta, se han deshecho los grilletes con las púas y se deslizan entre las cuadernas hacia el pañol de proa, donde están los hombres. Han quebrado el cuello de cinco carceleros más y ya controlan toda la bodega de popa. Una doble pared de roble separa a la leva amotinada de la santabárbara, que es el objetivo: quieren tomar las armas y los explosivos para exigir el control del barco a cambio de no hacerlo saltar por los aires. Pero el tabique es

muy sólido y no tienen herramientas para derribarlo; ese contratiempo ha dinamitado el factor sorpresa; ahora, la guardia se ha redoblado al otro lado. Arriba, la tripulación bloquea las salidas de la sentina y se preparan a reducir la rebelión por hambre, vertiendo agua salada por los respiraderos y buscando delatores en los tragaluces con promesas de libertad. Cuando acaece el tornado, los oficiales abren la tapa de la bodega, disparan a discreción y advierten que hundirán el barco si no entregan a las dos cabecillas. Poco después, los negros lanzan desde la bodega el cuerpo de Alioshi y luego su cabeza, mientras que Uhanna se ha redimido lanzándose al mar desde un agujero.

La *Gata Negra* se halla mucho más al sur de su refugio. «El italiano» sabe que esas aguas están bajo la autoridad de la armada portuguesa y raramente las navega. Pero desde hace meses los indígenas Chocoes con los que trata en su fondeadero le han transmitido que, más al sur y al interior, están cazando a indios, a Tenaos y Saerios, le dicen que para la caña. Caraccioli quiere comprobar por sí mismo qué pasa con esos indios, qué pasa con la caña, y por eso se ha internado en aguas casi desconocidas, en aguas menos seguras. Efectivamente, sus exploradores en Todos los Santos le refieren que la producción azucarera se ha incrementado, que necesita de más esclavos, ya no basta a los hacendados criollos con los negros africanos. El antiguo cura manda una nueva expedición a la Amazonia, a ver eso de las cacerías de indios para la zafra pues, si hay negocio —bien en mar o bien en costa— de transporte o protección, quiere estar en la pomada. Sus espías se internan en la selva por el río, rompen como pueden el verdal americano, separan el follaje con machetes, a hachazos, abren vías a la vera de arroyos y cascadas, siguen la estela del trinar de los tucanes, el humo de las quemadas, el rastro de los cazadores de hombres que van en la vanguardia.

Tres jornadas en la entraña de la jungla les conducen al talón de una partida que se acampa al alivio de un sotillo; así agazapados pasan la vigilia. Viene la amanecida y el primer claror trae un instante de silencio a la sorda algarabía del final de la tiniebla; es aurora para todos, para moscas y serpientes en el suelo y en ramajes, también en los piratas escondidos que observan mercenarios que duermen todavía: lo está, sobre sí mismo, el centinela que recibe a su dorso, sobre el cuello, en la nuca, un impacto de pedrada disparada por la cuerda de una honda que salió del otro lado de la escena, una honda que cortó con su potencia el silencio que el naciente había puesto en lugar del susurro del final de la negrura. Instalado ya el sonido en la mañana vuelven a silbar al otro lado cerbatanas y flechazos sobre todos los que duermen en el raso; los piratas contienen el aliento, miran si tienen a su lado la punta de una flecha, si están vivos o menguados. Como sapos viscosos salen a rebato de lo verde hombrecillos con lanzas y pinturas en la cara y en los brazos; tienen anudadas lianas en sus torsos y machetes sujetos en escasos taparrabos. Eran siete cazadores y los indios hacen con lianas y cordajes otras tantas parihuelas donde ponen a los muertos; forman una hilera que se filtra entre las mallas de la selva sin sajar en la maleza: son

homúnculos cobrizos y atezados, se mueven como sapos. Los piratas avanzados se atreven a seguirles y, a la tarde, han llegado a su poblado; aún entre dos luces están parapetados, pero más les valdría haber abandonado la espía pues no olvidarán en vida —ellos, piratas, blancos y filósofos, pero piratas al cabo— lo que la indómita antropología brasileña les brindará gratis a sus ensanchados ojos.

En la aldea las mujeres esperan sus guerreros; esperan también los niños, los enfermos y los viejos, aguardan la cordada que viene en concierto con los siete cazadores enrollados en pareos trenzados con pieles y tendones, con camisas de anaconda e intestinos de macacos. Los mayores han formado junto a piras circulares de piedras y de barro montones de varillas y sarmientos, hojas secas, troncos viejos. Más allá hay un banco de madera poco ancho, aunque muy largo. Los guerreros acarrear a los muertos al poyete y se van a sus chamizos a esconderse o a bañarse en el arroyo donde lavan, y se lavan a escondidas, con vergüenza y con tristeza, como estando arrepentidos de cazar sus cazadores, como yéndose a la cara un velo de nostalgia por la hazaña. Unos quince cortadores empuñan los machetes y seccionan sin pudor los cuerpos de los blancos, mano a mano, brazo a brazo, pierna a pierna, no cabezas. Sí las tripas y los pechos, que los abren como cajas del que parten las costillas y desechan los pulmones, aunque no los corazones, que apartan en un cuenco junto a hígados y estómagos y harán en almirez, junto a lodo y con verdina, una pasta curativa. Las tripas no; las tripas las separan para urdimbres y cordeles tras untarlos con la grasa que resulta del asado y ponerlos a secar. El asado comienza de seguida en los hornos ya encendidos, sobre trébedes y pinchos y parrillas muy sencillas donde manos y rodillas, brazos y costillas se doran a lo lento esperando que los indios con las manos tomen piezas y las coman y las masquen y las roan casi ocultos tras los árboles, escondidos que parecen en pecado, casi lloran los indígenas caníbales comiendo carne humana, parece que sufriendo con la sangre y con la carne del extraño, comen tristes, preteridos, suplicando un perdón desconocido, un perdón por la matanza y también por el banquete, por sentir con los asados el placer de un manjar tan delicado.

Cuando ahítos los captosres entran en tormento y duermevela, parece por sus gestos, por lo que dicen que sueñan, que prosiguen inconscientes la feroz dicotomía entre la pena de comerse al enemigo o el regusto de haberlo derrotado. Toda la secuencia los piratas contemplaron, ateridos en sus huesos, con los cuellos apretados, con el miedo de que un ruido, una tos, un comentario delaten su presencia y sean apresados. Lentamente, en la siesta del festín, se alejan del poblado y regresan a lo loco golpeándose con palos y con ramas, enredándose en lianas y en el fango, esquivando a caimanes y serpientes, recorriendo en día y medio lo que en tres hicieron a la ida, pero nada como el mar les importa más ahora, lo que sea por abrirse paso en aquel bosque de maleza, de cuerpos deglutidos, de aire húmedo y oliente, de la selva embriagadora. Al fin ganan la costa, sus colegas les reciben en el barco, les acogen pero dudan, pues parecen una purria con harapos, con hambre y mugre,

parecen iluminados. Caraccioli escucha con desidia su relato y el resto del pasaje les oye en sobresalto: vale lo de matar al prójimo que quiere esclavizarte, vale bien asarlo —en su punto o pasado—, vale el comerlo y disfrutarlo. Pero no les entra en la cabeza la tristeza que sentían cuando comen el cuerpo de quien iba a sojuzgarlos.

No le excita a Caraccioli el resultado de la empresa y regresa. Pone la proa a norte «El italiano» y la emprende a su refugio. Con las horas se ve desde la cofa de la *Gata Negra* un horizonte que disipa los restos de una tormenta, y se ve que, cuanto más se alejan las nubes negras, más se acerca un galeón con rumbo errático, al bamboleo y con derrotas a costados. Cuando el oficial de proa del *Reine Charlotte* reconoce la bandera blanca, la *Gata Negra*, apenas balbucea «¡pirataaas!». Ni el capitán ni los siete marineros se aprestan para el combate, parece más bien que agradecen la inminencia del pirata como una suerte de juicio final. Lavoisier se rinde sin condiciones y entrega el barco y la carga. Caraccioli deja al capitán y a sus siete supervivientes en una chalupa con comida para dos días; a los negros los desembarca en libertad más hacia el norte; Pedro Arbolí se hace cargo del buque y, a la estela de su jefe remontan el océano a toda vela hacia aguas y vientos conocidos. Es el primer navío que capitanea el lugarteniente de «El italiano» y se siente satisfecho por ello; piensa en Niebla y en la Armada, en el corso y *La Gobierna*, en su encuentro con La Gata. Dos días después llegan a su cala, amarran los dos buques y liberan a los negros que iban para esclavos, pero antes tendrán que ayudar en el vacío y acarreo del botín.

Pedro Arbolí ha dirigido todas las operaciones de manera rutinaria, pero piensa, medita; piensa, pues lo dice su mirada, piensa asido a la driza del trinquete del barco capturado, contemplando cómo el sol se mete, cómo el mar se traga el disco de oro rojo desde el barco que él comanda. Traga saliva Pedro Arbolí, nota culebrinas en el pecho, ve la inminencia de otro giro en su agitada vida, quiere hacerlo. Ahí está el jefe, junto al palo, hendiendo en la madera su gubia de cachas de nácar y hoja plateada, sacando astillas secas del palo, dejando en él grabado la enseña del barco francés, pensando en su testero la respuesta a la pregunta que, sin duda, le hará el lugarteniente:

—Caraccioli, nada sé que no me hayas enseñado.

—Eres leal y arriesgado —dice «El italiano» concentrado en la talla y la madera —, nunca me has dejado, pero ahora vas a hacerlo.

—Puedo ser tu hombre en el mundo de ciudades y milicias.

Caraccioli suelta una estrepitosa carcajada; guarda la navaja e invita a Arbolí a pasear por la playa.

—Quizá funde una ciudad aquí —barrunta el pirata riendo—, es el momento de pasarse al otro lado.

—Italiano —dice el de Niebla, ya más relajado—, te suplico que me cedas el *Reine Charlotte*... quiero marear por mi cuenta.

—... Una ciudad pequeña, de recreo, al abrigo de tormentas, con placeres cotidianos y pequeños...

—Puedo ser tu emisario, tu espía, tu suministrador...

—... Un caserío recoleto y resguardado, un lugar para vivir...

—Tú lo que quieres es quedarte a morir —dijo en amistad el que quiere emanciparse.

El pirata se detiene y con él su acompañante; la escasa marejada lame sus pisadas; Caraccioli suspira de melancolía, le mira y exclama:

—Lo que quiero es Libertalia.

Los dos quedan frente a frente, una luz crepuscular matiza sus heridas, resalta sus edades y con ellas la nostalgia por el tiempo no vivido, por el tiempo que les queda, por el poso que les deja lo vivido y descartado. «El italiano» pone su mano derecha en el hombro izquierdo de Arbolí, y sale de su boca la sentencia:

—Vete con buen viento... nunca te precipites... ya sabrás de mí...

Y se desabrazan, y cuando lo hacen los dos sienten un desgarró real, pero también un vértigo placentero, como el que siente el piloto avezado que, de un golpe de timón, esquivo una tempestad o una escollera.

## LA ERIZADA

Fue un pinchazo en su corazón, una mala digestión, una pesadilla: por primera vez desde que se conocían Germán vio cerúlea la cara de Lidia; su rostro, de normal jugoso y reluciente, estaba seco y su mirada acristalada era ahora amarillenta; toda ella estaba huidiza, parecía no respirar, ni siquiera sudaba. Él acudió a su llamada recién duchado, lo hizo para raspar de su cuerpo la costra de un día a contrapelo, pero ahora, allí, en la descuajeringada casa de ella, no es que notara que otra capa de engrudo caía sobre sí, no, es que no había suelo bajo sus pies, es que se hundía en un légamo de arenas movedizas y ella se hundía con él; es que se veía junto a ella, los dos en el centro de un sordo tornado, en el núcleo de un tiovivo de escombros. Ella sin la frescura de su verbo ni el arrojo que tenía la arrogancia de sus pechos; él con el atasco aventurero, con el cuerpo magullado, dolorido su vientre de deseo insatisfecho, con un martillo sanguíneo golpeándole el pecho. «Me quedo contigo», barbotó; fue una frase temblorosa, apagada, que comenzó como un aserto y terminó en interrogante, pidiendo permiso; comenzó siendo «¿me quedo contigo!» y terminó en un fraseo iniciado de barítono y concluido en gorgorito, un ¿me quedo... contigo? Ella tardó unos segundos en contestar, le zumbaban los oídos; respondió por ella un gesto, asintió con la cabeza y, en seguida, hizo otro, con la mano en movimientos circulares, señalando el caos de enseres y papeles esparcidos por el suelo.

En silencio se pusieron a ordenar; él recolocaba muebles y cajones, subía las cortinas, colgaba cuadros, barría restos de cristal y porcelana; ella devolvía al arcón desencajado los recuerdos de familia, recogía hojas y carpetas, colocaba sin concierto libros en estantes. Lo hacían mudos de sus bocas, pero exacerbando chirridos, arrastres y golpes, dejando que el clamor de los objetos llenase el saco de sus silencios, esquinara el vértigo de sus indecisiones, orillase la presión de sus deseos. El aseo y la cocina apenas estaban revueltos. Necesitaban calor. Germán logró convencerla para que tomase un baño caliente. En el entretanto los pitidos del microondas indicaban que ya hervían dos tazas de té rojo, muy adecuado —según las herboristerías— contra el colesterol y la melancolía; no estaba claro que tuvieran que combatir lo primero, pero vendría bien la hierba para la segunda indicación. Tomaron las tisanas en un salón casi igual al anterior al desaguizado; el tiempo ocupado en la limpia, el líquido caliente en sus manos y en sus cuerpos, su aroma pajizo y seco, les relajó la constricción corporal; ella sonrió y él también lo hizo. Necesitaban más calor. Ella dijo «voy a dormir», se levantó y se echó sobre la cama recién hecha; él la siguió y se tumbó a su lado; quedó boca arriba, separado de su amiga; luego se inclinó hacia ella, se acercó a su cuerpo; acarició su cabello gelatinoso; le acarició el brazo y la cadera por encima de los bucles de la toalla; posó su mano cálida sobre el frío vientre de ella; lo palpó, estaba encogido; luego, con sus dedos inexpertos acarició sus nudos, sus durezas, le disolvió lentamente sus piedras, volvió a sus músculos el jugo, a respirar su cavidades, volvió a brotar su ombligo como un trébol

en la pradera.

Se desenredó su carne, emitió un suspiro su entraña, después una risa caliente. Lidia se acomodó al abrazo, amontonaron las manos en la esponja de su vientre, salieron de su boca palabras lentas y leves:

—Parce, ¿cómo fue con tu profesora?

El susurro de ella le recorrió el espinazo como un latigazo de nieve.

—¿Con... la profesora? ¿Qué profesora? —devolvió él, casi silente.

—No te las des de loco —afirmó Lidia rotunda.

—Ah... Amparo... la profesora... la del Archivo...

—Parcerito, no te saques disculpas, te pregunto cómo fue con la profesora con que vas al Archivo de las indias.

—Pues... no he avanzado mucho... bueno, no he avanzado nada...

—¿Con ella no avanzaste?

—Lidia... ¿qué quieres decir? —murmuró apenas audible, paralizada su garganta, trayendo momentáneamente, como ruidosos intrusos, los lúbricos pensamientos de la mañana.

—Nada, no me tomes cuenta, me apersoné, no me hagas caso —murmuró ella, apretando la madeja de manos de su abdomen.

La conversación, las palabras, entrecortadas y lentas, flotaban como estratos en la oscuridad de la habitación, eran como murciélagos blancos que salían de sus bocas, bailaban en el aire y se posaban como pétalos negros sobre la almohada.

—En serio, Lidia, no sé cómo seguir, estoy atascado... con lo del barco de tu tatarabuelo... —aclaró él.

—Sigues empeñado en que hay tesoro, pero ¿y del barco?

—Tengo la corazonada de que tiene un misterio... encontré dos reseñas distintas, la carta de tu tatarabuelo.

—No es tatarabuelo, princesito, es anterior, cuenta bien los años.

—Bueno, lo que sea, pero el *Santa Clara* tiene un misterio.

—Y ¿dónde crees que está, a ver?

—Pues donde va a estar... en mi Cádiz...

—¿Otra corazonada? —dijo ella con retintín.

—Pues... sí, otra corazonada... bueno —ahora con tono más docente—, mejor una intuición, allí naufragaron muchos barcos... además...

—Además ¿qué? —replicó ella displicente.

—Que tiene que estar allí... por nosotros...

—¿Por nosotros?

—Sí, porque nuestro encuentro no fue casual, estoy seguro...

Lidia cerró los párpados, se pasó la lengua por los labios; tenía a su espalda, en su cama, a un aprendiz de aventurero despistado y torpe, pero romántico y peliculero. Se sentía bien; después de la angustia venía la paz, se sentía bien:

—Tienes lindas intuiciones... te agradezco que te quedes esta noche... —dijo



asedando la voz, con mimo.

—Era lo mínimo... —bisbisó él.

—¿Y qué de sus heridas, qué de su boquita? —regresó Lidia.

—Bien, mejor; ya casi no me duelen... y la boca...

Germán rozó con los labios su mejilla; ella se expandió al instante, dejó de ser de cera, subió su temperatura; él se retiró de inmediato, la desabrazó como un resorte; tragó saliva, ya iba a decir «(perdona...)», pero ella se adelantó, se removi6 entera, ronroneó como una gata, «te lo suplico, favor, no me dejes ahora». Se enlazaron de nuevo. La tisana de té rojo estaba haciendo efecto. Una maraña de formas cayó sobre ellos, penetró sus cuerpos en remolino, la absorbieron sus poros como un bálsamo de tomillo y entraron muy despacio en el túnel del sueño.

Germán lo recordaría horas después: era él, corría sin apenas avanzar, le perseguían unos guerreros rapados y tatuados, tártaros tal vez o coreanos; luego estaba contrahecho y en silla de ruedas, deslizándose por las imadas de un astillero, pero sin llegar del todo al agua, con público formando alboroto, animándole y burlándole a la vez; de pronto, la plataforma se inclinaba más y más hasta que un empujón le arrojaba a una caverna iluminada por líneas oblicuas y paralelas, como de una persiana de lamas, y notó la boca llena de una baba oscura y picante; en las paredes había símbolos esotéricos, había el t6tem de una diosa, quizá de la negra Bareena, o más bien era una especie de Venus de Wilhemdorf de grandes pechos; la venus se mudó al rostro de Amparo, le atrajo hacia su seno de pezones erizados, gemía y suspiraba la diosa, había en la cueva el brillo de unos ojos turquesa, un maullido largo y sostenido, una gata que saltaba y arañaba la cara de la venus, su miembro duro y empapado, su boca anegada de saliva que le cae de los labios, sobre la almohada. No sabía dónde estaba. Lidia hablaba por el móvil, estaba desnuda toda su piel canela; se desperezó, se palpó la polución del sueño; se enrolló disimuladamente en la toalla de ella, que asentía con el aparato en la oreja y le hacía gestos como de atención, de silencio.

Lidia había cogido el teléfono justo antes de que cayese de la caja que hacía de mesilla; le había despertado maullido largo y sostenido del timbre de llamada; mientras escuchaba puso un gesto de sorpresa al ver que tenía restos de sangre en los dedos; sin dejar de hablar —de asentir, mejor—, se llevó la mano al sexo, y recobró la serenidad al ver que volvía más roja. Antes de tomar el teléfono estaba cantando en una especie de tabla6, con un piano que tocaba solo; cantaba coloraturas y se pinchaba el cuerpo con una aguja, y se teñía su vestido blanco de claveles rojos; luego caminaba por una calle de Sevilla, pero que no era de Sevilla pues tenía otros monumentos, tenía pirámides mayas y un enjambre de pájaros de colores sobrevolando y piando con estridencia; esa calle daba a un atrio que temblaba con sonido de tambores, se fue estrechando la sala, saliendo de sus vanos los sillares de los muros, casi aplastándola, rilaba un pitido electrónico de cornetas, vibraban los tambores como un coro de dominaciones, hasta que abrió los ojos, el móvil a punto

de caer de la caja que hacía de mesilla, pulsó la tecla verde, se levantó, se irguió entre las sábanas su desnudo color canela. Era la voz de la agente Robles, que la citaba; habían detenido a la banda de El Chojín. No quería hablar alto para no despertarle, le pidió silencio, vio que se desperezaba, que se limpiaba la boca de saliva, se cubría con la toalla y entraba en el aseo.

Salieron. Al cerrar la puerta de su casa, Lidia echó una ojeada fugaz al interior; estaba casi todo en orden; pesaba que no había sido para tanto, que seguía siendo una mujer con suerte, estaba contenta de tener un amigo tan estrafalario y divertido como Germán. En la calle él la tomó del hombro y le dijo «no podía suponer que me traerías... cosas tan peligrosas... pero tan emocionantes»; ella rió y acurrucó la cara unos segundos en su pecho; luego la separó, meneó la cabeza y volvió a acurrucarse. Pasearon, más que fueron, hasta la comisaría. No miraban de reojo ni notaban ojos de búhos enganchados en la espalda. Les esperaba la inspectora alta y morena, de uniforme, con el pelo recogido en una coleta; por la bocamanga de su muñeca izquierda asomaban las pinzas de cangrejo —o puntas de lanza— de su pulsera egipcia; «(hoy va de hombre)», pensó Germán. Robles les explicó que a raíz del asalto a la vivienda de Lidia, aceleraron la detención de toda la banda:

—¿Eran muchos? —se adelantó el joven.

—Ocho aquí —replicó seca Robles.

—¿Aquí?

—Sí, ha sido una operación conjunta de las policías de España y Colombia. Hemos arrestado a cinco colombianos y tres españoles, en Madrid y Sevilla. Nuestros colegas de tu país —miró ahora a la muchacha— han detenido a doce personas.

—¿En qué lugar? —inquirió Lidia.

—En Medellín y Antioquia, dos eran policías —aclaró la agente.

Lidia alteró de súbito su rostro, volvió por un instante la cera a sus mejillas, puso ojos de miedo. Germán tomó su mano y la apretó, casi le hizo daño. Luego le dijo «no te preocupes...».

—No se preocupe —prosiguió Robles—, la familia de Rosa está bien, esta banda queda a buen recaudo, créame.

—¿Reportaron algo de mi casa? —dijo la muchacha.

—Niegan que la hayan asaltado, es normal; también niegan la paliza que le dieron a usted —ahora miró a Germán, que se rehízo, estiró el cuello, se puso interesante; la inspectora continuó—: es normal que lo nieguen todo, aunque sí admiten que les estuvieron siguiendo.

—¿Y qué se sabe de Rosita?

—La secuestró el tal Morales, Pedro Morales creo que se llama, durante unos días porque dejó de pagarles. Se llama Rosa Bermúdez —aclaró—, ha sido liberada esta misma noche. Me dio saludos para usted, dijo que la llamaría.

—Gracias, le agradezco de veras.

—El cabecilla era un tal Edgardo Santamaría, alias «Chojín», de 34 años. La

banda —proseguía la agente como si les leyera sus derechos— conseguía documentación falsa para la salida de personas del país; aquí les buscaban empleos en clubes de alterne o como sirvientas a las mujeres, y empresas de limpieza a los hombres; luego les pedían dinero y les amenazaban con agredir, o con matar o destruir las viviendas de sus familiares en Colombia.

—Está bueno, agente, ¿qué más nos necesita? —suspiró Lidia.

—Eso, eso, no nos vayan a liar mucho todavía —se metió Germán—; es que teneos que ir a Cádiz.

—No se preocupen, les llamaremos la semana que viene para la identificación, váyanse tranquilos... y disfruten.

—Inspectora —dijo Germán ya yéndose—, hoy... ¿de hombre?

Robles y Lidia rieron abiertamente; la agente tiró ligeramente de su manga izquierda mostrando las faláricas plateadas —o pinzas de cangrejo, quizá— que coronaban su brazalete, y que devolvían un destello mate a la pálida luz de aquella mañana de febrero.

El autobús de línea que transportaba a Germán Bravo y Lidia Daza se deslizaba por la autopista entre exuberantes franjas de mimosas, filas austeras de pinos, baldíos o exageradas columnas de eucaliptos. Iban adormilados. Después del trámite policial, habían desayunado pan caliente con aceite, sorbieron el milagro diario del zumo verde que regenera los tejidos y las volutas del cerebro. Habían recogido separadamente equipaje para dos días, él tomó la carta del tataranosecuántos de Lidia, suponía que tendría tiempo para desentrañarla. Se reunieron en la estación alemana a la gran obra de la Sevilla del siglo XXI, «La Música del Viento», y se iban a Cádiz, separadamente abrigando la probabilidad de iniciar una nueva singladura, a disfrazar el sinsabor de una semana dura, pero que, sin saberlo —porque el río de la vida sólo nos permite saber lo que nos pasa cuando ya ha pasado y, por tanto, podemos deformarlo a medida—, cambiaría sus vidas, no tanto por las cosas que les ocurrían, sino porque éstas eran la consecuencia de un choque inicial, de su encuentro en el mercado, en la Alameda de Hércules de Sevilla, ante un anticuario que tenía en almoneda lo que creyeron una réplica del galeón *Santa Clara*.

El ruido del motor del autobús, el chispeo de los auriculares de los pasajeros se confundía con el zumbido de un avión que despegaba del aeropuerto de Jerez. Después venía un tramo llano y claro, sin apenas curvas ni arboleda, sin matorrales, más anchos los arcenes, de hormigón en vez de asfalto, un tramo distinto al resto. Sobre los demás ruidos se sobreponía el supersónico de un avión; no, no, son dos aviones, dos aviones militares, dos cazas serán, que hacen bucles y se cruzan, se pierden hacia el oeste. Reconoce Germán que son aviones militares de la base de Rota. Después ya vienen, como gigantes porterías de fútbol, dos grandes grúas de los astilleros de Puerto Real; después el mar de la bahía de Cádiz, cortado por una crencha, por el esqueleto de una ballena —quizá un puente levadizo—, aguas tranquilas a babor, marejada a estribor, decenas de pescadores en las barandillas

creyendo que manejan sus cañas como hilos de marionetas, pero son las caballas y los tritones que coletean sobre pecios y corales, son las herreras y las hespérides que aletean entre las ruinas de Atlantis y Deucalión, son esas sabias con apariencia de peces las que pican cuando quieren, las que mueven a discreción los hilos de los que los hombres penden. El vehículo se agitó al pisar las juntas de dilatación del puente. Germán salió de su sopor, regresó de allá abajo y farfulló a media voz «a lo mejor baja un buzo a ver...»; Lidia le alivió con una sonrisa interminable, «te dormiste», le dijo, «decías algo de un buzo...»; él se reajustó en el asiento e interrumpió un amago de bostezo; abrió mucho los ojos, estirando párpados y cejas, y prosiguió «ayer... que estuve con un buzo, a ver si quiere bajar a ver...». Ella meneó una vez más la cabeza, negando y riendo a la vez; era un gesto que se lo hacía a menudo, como de condescendencia, pero era encantadora cuando lo hacía, era encantadora muy a menudo.

Circulaba el bus por la arteria principal del Cádiz extramuros, avanzando ya antifaces algunas balconadas y purpurina letreros y fachadas. De farolas y postes colgaban banderolas que anunciaban Carnavales, unas, y el XIX Congreso Iberoamericano de Cantes de Ida y Vuelta, esta noche en el Teatro Palillero, otras. Así por el estadio, la glorieta, Carnaval, el hospital, el parque, Cantes de Ida, las Puertas de Tierra, Santo Domingo, Cantes de Vuelta, Tabacalera, el Puerto, Carnaval, término. Huele a sal y combustible, hay un viento casi ausente, que va y viene, deja calor cuando se va y es caliente cuando vuelve. Lidia se abre dos botones de la blusa, se la ahueca, se airea, se recoge con la palma de la mano el sudor que le gotea por las sienes. Señala un monumento de piedra blanca sobre el que se yergue una columna: ahí le ha dado a Germán, que no puede sustraerse a ser guía en su ciudad: «Es el monumento a La Pepa»; «¿la pepa?»; «sí, el monumento a las Cortes de Cádiz, te sabes lo de las Cortes de Cádiz, ¿no?»; «de pasada lo estudié —dijo, moviendo longitudinal su mano varias veces—, fue la primera constitución de España, ¿cierto?»; «Sí, cierto —dijo el chico enfervorizado—, paramos a los franceses en San Fernando. Mira —agregó, señalado el friso blanco— éste es Argüelles, este Nicasio Gallego, ese Mexía Lequerica, ese Terrero, ese Martínez de la Rosa...». «Y el grandote ¿quién es?», preguntó ella; «ése es Hércules, que derrota a Gerión, el gigante de tres cabezas...»; «¿y tiene que ver con la pepa?», «pues... no sé... fue el que fundó Cádiz». Ella miraba las alegorías de la Justicia y de la Libertad que sustentaban el libro de la Ley sobre la pilastra del centro del monumento; el viento las despeinaba, el aire en sus cabellos, los labios resecos, arena en la boca, sal en el pecho. Sorbieron agua de una fuente y se filtraron por una estrecha calle y sinuosa, cuanto más adentro menos viento, así hasta llegar a la casa gaditana de Germán, una casapuerta que franquearon con llave, pero que se abría, por dentro, tirando desde arriba con una cuerda anudada al pestillo.

Era un patinillo escueto y oscuro, pero de frescor ligero; Lidia sintió un placer poroso y licuante en aquel interior desvencijado; subieron por peldaños irregulares, él

le señaló un cuarto y el baño, y se arrumbó en el apulgarado sofá de la pieza que hacía de salón. Ella se desnudó y se refrescó; se enrolló en un pareo azul claro, tomó una carpeta, su celular y marcó el número del erudito local Ubaldo Beltrami:

—¿Sí, sí? —dijo una voz atiplada al descolgar.

—¿Licenciado Ubaldo Beltrami?

—Sí, sí, dígame, quién es...

—Mi nombre es Lidia Daza, ¿recuerda que llamé? Quisiera entrevistarle, si no es molestia, para hablar de El Sombra.

—...

—De parte de Curro, de la Peña Flamenca de Coria del Río, de Sevilla.

—Ah, sí, sí, de Curro, de Coria, ya, ya recuerdo, sí, que quería usted saber de un cantaor del siglo XIX, que le llamaban El Sombra, pero ya le digo que no fue muy conocido, porque, en realidad, comenzó tarde, a los 18 o 20 años y, además, no era muy bueno, vamos, eso me contaron algunos que oyeron de él, bueno, no es que no fuera bueno, es que era muy irregular, cantó poco y en poco tiempo, pero era un poco raro, lo mismo te hacía tres soleás seguidas, pero luego se quedaba sin voz en unas alegrías...

—Hallé unas alegrías tuyas —interrumpió ella—, ¿puedo verle para platicar? Estoy en Cádiz...

—Bueeeno... verá, esta noche tengo que ir a la clausura del congreso de cantes de ida y vuelta...

—¿Se le mide que nos encontremos allá?

—Sí, sí, es buena idea; ¿sabe dónde es?

—Leí que en el Teatro Palillero... ¿le busco esta noche?

—Sí, sí, estupendo, porque así tendré tiempo de rebuscar... luego me han llamado para ser jurado del concurso, claro, es que, verá señorita, tengo que hacer un pregón...

Lidia ya no escuchaba, separó el teléfono de la oreja, oía el chisporroteo de la divagación de su interlocutor, pero ella miraba a Germán, dormido en el sofá apelmazado de su casa de Cádiz, le miraba con ternura, pero había también en sus ojos una ráfaga de duda. «¿Señorita, señorita?», decía en agudo el teléfono; regresó a la llamada, «bien, señor Ubaldo, muy agradecida, a la noche nos encontramos...», y colgó.

Se sentó a su lado, le miraba; dejó sobre la mesita baja su carpeta; luego hojeó varias revistas atrasadas; al removerlas vio la carta que halló en el arcón que se quedó como única pertenencia de sus ancestros, se preguntó qué hacía allí; claro, la habría traído él, «así cuida este bizcocho mis pertenencias», se dijo cabeceando. Tomó la carpeta, vio sus notas en el interior, la estampa con las alegrías de El Sombra. Puso la carta dentro de la carpeta y la cerró. Tomó un vaso de agua en la cocina, salió a la escalera, subió dos pisos más, cada vez más irregulares y crujientes los peldaños, más estrecha la escalera, hasta que alcanzó la azotea. Era una tarde gris plata, atravesado

el celaje por cirros gris perla, sobresaliendo entre las terrazas torres blancas como almenas, mandando las espadañas de San Antonio, el agua plomiza y ligeramente encrespada al meridiano, minúsculas barcas de pescadores a un horizonte que reflejaba el pálido claror del poniente. Respiró; llenó su pecho generoso de sal y de coplas, de tamboriles y piriñaca, miró a mediodía, al mar que separaba, al mar que le unía con su Colombia lejana; se dejó desnudar por los ojos del viento, se convirtió en sirena, se dejó seducir a ojos ciegos por las leyendas, por las idas y vueltas, por los barcos atrapados en islas de sargazos, por marinos fugitivos y aventureros desaliñados, por barras de coral, por cuevas de ámbar y minas de metal. ¿Qué le pasaba a su vida? ¿Por qué latía así su corazón, por qué esa incertidumbre, esa inminencia de plenitud que iba y venía, pero que no terminaba de quedarse? ¿Por qué su vida, que parecía estable, entretenida, aburrida incluso, se veía de súbito zarandeada? Abrió los ojos, devolvió el aire a la bahía, volvió a la azotea, a su casa de Sevilla, a Rosita, a La Pepa, a las alegrías de El Sombra, al bello durmiente que gemía, que seguía en imposible posición sobre el ajado sofá de su casa de Cádiz.

Ubaldo Beltrami era una persona mayor. Aparentaba buena salud, pero caminaba algo renco y respiraba con pitos; era amable y dicharachero, aunque difícil de mantener una conversación, pues constantemente saludaba o era agasajado. Lidia comprobaría enseguida que expulsaba pequeñas gotitas al hablar y que acumulaba en su comisura derecha, un poco más caída que su asimétrica, una pasta blanquecina, como saliva concentrada, que puntualmente se limpiaba con un pañuelo cada dos o tres parrafadas. Se encontraron en el vestíbulo, les presentó un amigo de Germán que se fue luego al salón, pues ya comenzaba el acto de clausura del XIX Congreso Iberoamericano de Cantes de Ida y Vuelta. El simposio se había celebrado desde el jueves en un hotel, pero el broche final era un pequeño recital de algunos de los cantes objeto de debate.

—Yo ya he escuchado mucho, ¿sabes? —les dijo el experto gaditano—, pero me han pedido que venga a presentar la colombiana y...

—Charro, yo soy colombiana —interrumpió Lidia Daza.

—¡Ya sabía yo que ese acento suyo era más de por allí, de la parte de Chile o de Colombia... —dijo, expulsando una nube de saliva!

—Oye —dijo Germán, limpiándose la cara con la bocamanga—, mejor os dejo solos, ¿vale?, voy dentro, hasta luego.

Reprimió una arcada, tomó dos pastillitas de regaliz y se introdujo en la sala donde ya sonaba el rasgueo de una habanera; en el tablao estaba «El Canito», un cantaor aficionado de Granada; la música y el cante llegaban al pequeño bar donde estaban Ubaldo Beltrami y Lidia Daza. El anciano erudito se limpiaba como un tic la boca con el pañuelo, saludaba en todas direcciones —a veces a nadie— y hablaba:

—Todos los cantes de Ida y Vuelta salen del Tango de Cádiz, señorita, se lo llevaron de aquí los marineros y los comerciantes, ¿me comprende?, esta habanera, por ejemplo, es un tango pasado por el danzón, ¿no lo ve?, escuche, escuche... —Y

hacía como que cantaba con «El Canito», que le marcaba el compás—; luego, el tango que iba se mezclaba con las canciones populares americanas y volvía distinto, como se puede comprender, claro.

—Dígame Ubaldo, ¿cómo se mudan en flamenco? —dijo ella, secando disimuladamente varias motitas de su blusa.

—Bueno, es que... hija mía, se comprende que no sonaba a flamenco, pero entonces lo aficionados las pasaban por la guitarra y ya le daban el corte flamenco ¿comprende lo que quiero decir?, que al tocarlas con guitarra... —Volvió a recoger salivilla de la boca y a imitar con las manos un rasgueo.

—Comprendo... y, dígame Ubaldo, ¿qué sabe de El Sombra?

En el interior se anunciaba la interpretación de otros dos cantes de programa del congreso, los dos de inmersión cubana, una rumba y una guajira, también cantadas por «El Canito».

—Ah, la guajira —tosió fuertemente Ubaldo Beltrami—, perdón, la guajira es más cubana, allí la llaman Punto Cubano, ¿sabes?, es como la rumba, así, de baile, con mucho ritmo, así —y se puso a palmeaar, siempre con el pañuelo arrugado en una mano—, lo que pasa es que la rumba la pusieron de moda los catalanes y yo, si quieres que te diga la verdad, no veo...

—Sí, pero, dígame de El Sombra, ¿qué sabe de él? —intervino de nuevo Lidia, mostrándole a la vez la estampa con el dibujo del cantaor y las alegrías en el reverso.

El avejentado estudioso local examinó, con ayuda de unas gafas, el papelito que le tendía la muchacha. «No veo nada», fueron sus palabras. Lo de las gafas hay que contarlo bien pues, en su entusiasmo, Beltrami tomó unas oscuras de sol de su bolsillo interior izquierdo y, claro, no veía nada; se palpó por fuera el derecho y las extrajo; ahora sí eran las de leer. Ubaldo Beltrami reexaminó la estampa, leyó los versos. «Esto no son alegrías, señorita», dijo con seguridad, casi con arrogancia, «sí que se acoplan a la medida, eso sí, pero no veo yo mucho que sean alegrías...», prosiguió, observando el boceto del supuesto cantaor decimonónico.

—Me suena el nombre ese de El Sombra, pero usted comprenderá que esta cara... había muchos aficionados que cantaban por calles y en fiestas populares, que cantaban espontáneamente —tosió, se aclaró la garganta, se limpió la comisura por enésima vez—, y éste sería uno de ellos, pero lo que canta no es muy de alegrías, es demasiado poético, ¿me entiende lo que quiero decir, señorita?

—No mucho, señor, ¿por qué no es de alegrías?

—Porque eso de los vientos azules y los deseos de ámbar... mire, las alegrías son jotas de Cádiz que luego fueron cantiñas, cuando la guerra de la independencia, La Pepa, ¿sabe lo de La Pepa, lo de las Cortes de Cádiz?

—Sí, sí, vi una linda escultura esta mañana.

—El monumento está muy bien, señorita, pero lo mejor es el Oratorio San Felipe Neri, que es donde se proclamó La Pepa y que...

—Claro, señor Beltrami —cortó ella— pero dígame de las alegrías.

—Ah, sí, sí —tosió de nuevo, vaporizó alrededor de su boca—, le decía que eran cantiñas de cuando la independencia, ¿sabe usted?, entonces se hacían alegrías de pregones, de himnos, de refranes, de costumbres, por eso le digo que lo del ámbar ese y los cielos azules pues no creo yo que...

—Azules vientos —defendió Lidia.

—Bueno, vientos, qué más da. Además, deben de ser anteriores a Espeleta, porque le falta una cuarteta y no tienen tercio de salida, ¿sabe a qué me refiero, no?, a la salida, la salida de la alegría, el tirititrán trán trán... —Se puso a palmeaar y a entonar un tirititrán agudo y acompasado, aunque átono.

La conversación fue interrumpida por uno de los organizadores del congreso, que reclamó al ilustre sabio para el tablao. Le correspondía presentar a Shakira Millán, una cantaora de Lepe especializada en Ida y Vuelta que se estaba abriendo paso en el mercado musical con versiones «mestizas» o, como también se denominaban, «de nuevo flamenco», muy denostado por los puristas, aunque un célebre flamencólogo de Jerez, llamado Fermín Tabernero, sostenía que el flamenco debía de mezclarse siempre con otras músicas porque «siempre salía vencedor». El caso es que el *Beltrami* habló poco de la intérprete y mucho de la colombiana; mientras lo hacía, los focos trazaban haces de luz a su frente, haces donde brillaban como copos de nieve las gotitas de saliva que salían de su boca, como si fuese perfume en aerosol. Afuera Lidia aprovechó la ausencia de su catedrático para ir veloz a los aseos, se lavó la cara con abundante agua, se humedeció el cuello, se secó toda y se dispuso a salir de nuevo al pasillo. Empujó la puerta del aseo femenino, pero antes de abrirse del todo, chocó con algo, con alguien; era un chico... era Germán, que montaba guardia, pues supuso que ella acudiría al inodoro en cuanto se hubiese librado del experto escupidor. Le dijo «ay, otra chuza, mi mancito» y le masajé, le acarició más bien, la zona lumbar de la que se quejaba; luego le acarició —sin masajear— la mejilla, le hizo un mohín, arrumacos, mimitos, hasta que desapareció de su cara la expresión —un poco cosmética, la verdad— de dolor; se fue la mueca de dolor y se mudó en temblor de deseo, en encantamiento, en una corriente anular exclusiva y excluyente, en un manantial de sudor: se olía el almizcle de sus cuerpos bajo la luz mortecina del fluorescente, cayeron imantados a lo oscuro del recodo de la puerta lateral del Teatro Palillero, juntaron sus salivas en un tiempo y un espacio detenidos, unieron sus calores y suspiros, entraron en un sueño de humores retenidos, levitaron.

El presentador Beltrami, arrastrando una prosodia de léxico escaso, entre tos y carraspeo, explicaba en el tablao la colombiana. Les llegaba a los dos chicos un hilillo de su voz si descansaban. Le oían a lo lejos cuando respiraban, cuando sus labios se despegaban arañados y henchidos, cuando sus lenguas se desanudaban y dejaban de chocar las porcelanas de sus dientes; le oían a lo lejos si dejaban sus lenguas de morderse como una *mousse* de chocolate, si dejaban de sorberse por la boca el alma y el estómago, si cesaban de comerse los pliegues de la cara más jugosa e interior de las mejillas, si dejaban de comerse la garganta. Si lo hacían —para



respirar—, lejanamente le escuchaban. El respetado experto local decía que la colombiana «la trajo una gaditana que se llamaba Pepa Oro, que era hija del torero Paco de Oro. Como se puede comprender —decía muy seguro—, la niña acompañaba a su padre a la temporada americana, y la chiquilla pues aprovechaba para cantar en las tascas y en las tabernas, y se trajo una rumbita que luego fue la colombiana». El secretario del congreso hizo aspavientos desde el foro, apremiando, indicando al orador que su tiempo se agotaba, que fuese terminando, que iban mal de horario si querían respetar la hora de la cena, una mariscada que aguardaba muy fresquita en un cocedero de El Puerto de Santa María. Todavía se extendió un poco Beltrami sobre la colombiana, pero por fin se dio por aludido, «me dicen que tengo que terminar», dijo, y se retiró saludando, después de presentar a la cantaora como «esta niña tan guapa que se queda con ustedes». Y cuando se desenlazaban sus bocas para respirar, no se soltaban sus cuerpos, pues era una misma caldera hirviendo, una misma temperatura mojada la que traspasaba las ropas para colarse por los poros del otro como un sumidero traga el agua de lluvia. Se mantenían milagrosamente erguidos, pues no tenían conciencia de brazos ni de piernas, sólo de pechos y bocas, eran una madeja de labios y carne húmeda, empapados como estaban de sudor y de ternura, drogados de deseo y de premura.

El barrio de La Viña tuvo la madrugada de ese domingo un tráfigo incesante de furgonetas que descargaban sacos y más sacos por esquinas y ultramarinos, por bares y chiringuitos que se armaban sobre estructuras de mercadillo; iban y venían cajas de botellas y barriles calle La Palma arriba, calle abajo, pasaban los sacos y cajas por delante de la placa con leyenda y una raya que señala el punto exacto que tocó el agua del mar en el maremoto del siglo XVIII; noviembre de 1755, decía la leyenda. Más allá de la placa sale en ángulo recto la calle Cristo de la Misericordia, es una calle estrecha, como todas las del centro, es la calle menos indicada del mundo para poner un tablao y dar arriba actuaciones, pero no un tablao al fondo para que pueda verse de frente desde toda la calle, no, sino un tablao en paralelo, para que la muchedumbre que en unas horas abarrotará la calle lo vea incómodamente de lado y sólo una estrecha fila pueda verlo de frente, sólo se verán de cara las funciones desde un angosto paso que conduce indefectible a la Peña El Erizo. Es un local de tantos, pero es el centro del mundo un domingo al año, este del que hoy hablamos. Es el centro de un tornado de erizos y estribillos, de tangos y manzanilla, de rimas y romanceros, de máscaras y risa, sobre todo de risa, de risa sanadora, la risa de pecado, la risa que libera las esposas y correas, la risa denostada por la sura y el precepto, la risa perseguida con torturas por el clero, la risa que alocó en el XIV al monje ciego que quemó su abadía porque un libro en que se hablaba de la risa era leído sin vergüenza, relata Eco, traduciendo del latín un papel benedictino. La risa por el gusto de la risa, porque viene bien al cuerpo.

Germán Bravo y Lidia Daza caminan de la mano, la brisa en sus mejillas da color y da tersura a unos rostros que salieron a la calle con señales e hinchazón. Caminan

alineados a la recia barandilla jalonada por garitas que coronan la muralla de defensa por el Parque Genovés. Abajo hay un camino de ribera o bloques de cemento donde rompe el oleaje que viene de alta mar; también hay pescadores y lanchas amarillas con aletas y escafandras que se ajustan a la espalda para ir a bucear. Caminan anudadas las cinturas entre dragos y palmeras, entre lienzos vegetales de hibiscos y magnolios, entre láminas con trazos de carbón y de colores que antaño dibujara el botánico más grande de la época: ella notaba en el cutis la fragancia y la paleta de Celestino Mutis; cuántas vidas salvaron sus inventos, las suya sí que era una flora de ida y vuelta, y también fue perseguido, no por risa pero casi, por sistema de pensar, que no es lo mismo, pero es igual. Se apoyaron en un ficus de mil brazos, siguieron con los ojos las aspas de conífera que trepaban la araucaria, cubrieron su silueta del poder del bellasombra, se dejaron poseer de exuberancia. Venían de una noche de caricias y arañazos, volvieron del teatro enredados, con los dedos pegajosos, sin más mira en las mirillas que sus cuerpos de melaza, sin más gusto que las fresas de sus bocas, sin más agua ni alimento que las sólidas columnas de sus piernas.

Los dedos que atendían tras el poyo de madera tenían ya clavados en las yemas y en las uñas unas púas casi negras. Salían del machete y del poyete docenas, más docenas de erizos desconchados, platos agridulces con isletas de color anaranjado, verde oscuro, marrón claro, vísceras de erizo de aspecto purpurina y olor a marismilla, impagable el sabor en la garganta de esa gelatina, aclarándola después con un trago de fresquita manzanilla. En el suelo quedan sacos, ya vacíos, de erizos arrancados en la noche de las rocas de la costa en bajamar. Junto a ellos, en el suelo, garabatos oxidados, nasas y enmalladas, cáscaras de erizos, de púas y de pinchos que el gentío pisotea en constante crepitar. A ese dédalo de plazas y callejas, de coplas y reviejas, llegan aleados en crisol de caramelo Lidia Daza y Germán Bravo. La bulla y el gentío que atiborran ese barrio difuminan las historias personales, los amores y escapadas en cantares y guitarras. La pareja de esta historia disuelve con sus lenguas las texturas azufradas que desprenden los erizos, se diluyen mutuamente boca en boca, no importa que les miren —no les miran—, absorben el dulzor del ácido marino las grietas de sus labios —sus labios de uno a otra masticados por impulsos satisfechos—, corre por sus venas y sus miembros el sopor meditativo, casi místico, del cielo entre sus manos. Los cuartetos y los coros deambulan sin disfraces todavía, golpean los juglares las viñetas con los palos, vocean romanceros, nada importa lo demás, nada valen los tesoros ni los barcos, ni negreros ni corales, ni azahares ni cantañas: es el pagano milagro anual, es Cádiz en Carnaval.

La marea humana de La Viña les conduce en línea curva de colmado en cuplé, de trastienda a pasodoble, del vino al embeleso, y cuando notan que la sombra de sus almas se sale de los cuerpos, bordeando ya el ensueño, naufragan quietamente en la arena de la playa, caen sus siluetas junto al ruido de las barcas que dominan las cúpulas rosadas del balneario de La Palma y El Real, en la playa La Caleta. Pasan un buen rato en duermevela, pasan a una aguda dimensión de levedad, con las olas que

se frotan en las barcas y la arena y el sol dejando brillos en las crestas espumosas. Ha pasado el rato. No es que sea un ávido lector, de prensa en especial, pero cada vez que viene a Cádiz le gusta a Germán Bravo leer el diario. Dice esa mañana: «La Viña abre hoy el Carnaval con 20 000 docenas de erizos»; abajo una foto de la clausura del congreso de cantes de ida y vuelta; aparecen en primer plano los cantaores El Canito y Shakira Millán, acompañados del presidente del congreso —el reputado poeta y empresario gaditano Servando Pemartín—, la alcaldesa, Albina Fuentegrana, y el inevitable erudito Ubaldo Beltrami; un editorial llama a la cordura en la bebida durante la «Erizada»; otro, al rebufo del congreso de cantes recién celebrado, reclama a Cádiz como verdadero mantenedor de lo iberoamericano, pues «no en vano somos sede del más importante festival de teatro y no nos han dado gratis la Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno de 2012», dice. Una noticia de interior revuelve el ánimo de Germán y reclama la atención de Lidia: «Desarticulada una banda que falsificaba visados y permisos de trabajo para inmigrantes colombianos». Leen la noticia, algo escueta, de unos hechos conocidos, donde salen muchas listas de más extorsiones, aunque nada del asalto a su vivienda.

—Vamos ahorita mismo a un diario de Sevilla, a ver que reporta —dice Lidia reprimiendo un bostezo, despertando del letargo cadencioso y seminal que ha tenido con su amigo.

En un kiosco piden el periódico que, para entendernos, hemos denominado «cañero», El Planeta; es el único que queda de los sevillanos, los demás se han agotado, hay mucha gente de fuera hoy en La Erizada. Este trae más detalles de la detención de colombianos: los de aquí, los de Madrid y los policías corruptos de Colombia, los secuestros, los nombres, los métodos, las pesquisas policiales, la colaboración ciudadana, pero nada de su casa destrozada. Pasan hojas distraídamente acurrucados, el brazo izquierdo de ella engarzado en el cuello de él, sus ojos parecen leer por encima del hombro del muchacho. Él mueve su cuerpo como desembarazándose de ella, pero con un falso gesto de dolor, se lleva la mano al costado, «aún me duele aquí...», se queja, y ella le lame la oreja, «claro, la pelea...», y siguen pasando hojas.

—Un momento, un momento, esa cara... —amaga él, con la foto de un suceso en Jerez.

En la fotografía aparece un individuo ya maduro que viste tres cuartos de cuero bajo el que se vislumbra una camisa de cuadros; está irritado, gritando a la cámara; el pie dice: «un amigo del alborotador se encara con el autor de la foto». Y el titular no se queda atrás: «El Ermitaño causa un altercado en el Gallo Azul».

—¡Es Whithdraw...!

—¡Qué feo hablás, mi parcerito! —dice todavía embelesada Lidia Daza.

—¡El tío ese de la foto, es Whithdraw, el que me dio los portazos en el Archivo, el biógrafo de los Núñez de Cereto! —exclama él excitado.

—No se me altere, veamos eso —dice ella, colocándose el vestido.

El chico se acomodó en la arena, ella se acomodó a su pecho. El hecho —decía el diario— había ocurrido varios días antes. Al parecer, un hermano del duque de Arroyomolinos, de nombre Antonio Núñez de Cereto Saladillo —«este sale en la biografía que escribió Whithdraw», dijo el lector—, apodado «El Ermitaño» —«este apodo no lo traía el libro»—, había provocado una pelea en El Gallo Azul, una tradicional y céntrica taberna jerezana, cuando un cliente le reprochó que estaban «aguando el vino» y que eran «la vergüenza de su apellido»; estaba acompañado de un «ciudadano británico», que se encaró con los clientes, con la policía local —eso era frecuente en toda España— y con uno que pasaba por allí y que hizo la foto. «Este rotativo ha podido confirmar que no es la primera trifulca que protagoniza El Ermitaño. Al parecer —abundaba el periódico—, se muestra poco en público, pero cuando lo hace hay jaleo; es un individuo huraño y reservado, de mirada tornadiza y triste», decía con prosaica poesía el diario que decía de sí mismo «rotativo». Germán repitió para sí «rotativo» (rotativo, rotativo).

Una gacetilla aparte señalaba que El Ermitaño era el hermano raro de los adinerados industriales jerezanos; que vivía en Medina Sidonia, en la Hacienda del Cristo de la Sangre, la ermita de lo que, más de doscientos años atrás, fue la residencia de verano de sus antecesores, los primeros duques de Arroyomolinos; la hacienda fue vendida al Ayuntamiento hacía unos treinta años atrás, y la dehesa —donde se gestó la estirpe equina bautizada Sidonia— ya había sido trasladada al término municipal de Arcos de la Frontera antes de la unión matrimonial de las familia Núñez de Cerero con otros grandes vinateros, los Saladillo.

Lidia se inclinaba ya a creer en él, comenzaba a descartar que fueran sólo paranoias. Releyó la noticia cotejándola con las explicaciones que Germán le había indicado; levantó la vista y la dejó colgada en la lejanía por unos segundos; luego le acarició el rostro con la mano abierta, se colgó de su cuello, le besó en la cara y retomó la lectura del periódico que hemos dado en llamar «cañero», para entendernos. En las páginas de Cultura venía otra estrafalaria noticia: «Un funcionario del Archivo de Indias, implicado en una *mafia de robos de investigaciones*. La muchacha se pinchó para creerlo, se estiró el cuello y los músculos de los hombros, arrugó la frente, las cejas fruncidas; luego atesó los ojos y volvió a leer; se dirigió a su chico, que mascullaba por lo bajo y gesticulaba en silencio, apoyando en las volutas de las manos los quebraderos de su mente, sus conjeturas sobre los Núñez de Cereto y Whithdraw. Lidia tuvo que pellizcarle tres veces para llevar su atención al extravagante titular del periódico cañero». «¿Quééé?», exclamó, golpeando con la rodilla una botella de cerveza y extendiendo su contenido por la arena como la orina de un perro.

—Joder, Amparo se ha salido con la suya —comentó contento.

—No me diga que relación su amiga la profesora —dijo Lidia con mucho retintín.

—Joer, se cabreó muchísimo cuando vio que le pisaban su última investigación, dijo que iría a la prensa... y ha ido, la tía.

—¿Pues qué ocurrió en los archivos?

—Espera, déjame verlo...

Germán leyó rumiando los primeros párrafos, afirmando con la cabeza, asombrándose de vez en cuando, diciendo «claro, claro, si es que no podía ser de otra manera», pidiéndole a ella paciencia con la mano. Por fin explicó lo que había leído:

—No veas, que movida; resulta que el Crespo, el que estaba en información, se chivaba a dos ayudantes de un catedrático muy famoso, Moreno Terán, ése al que le disteis el premio el otro día, ¿sabes quién te digo?

—Por supuesto que sé, es un intocable.

—Bueno pues sus ayudantes estaban aliados con Crespo, que le chivaba lo que hacían el resto de investigadores; si eran trabajos inéditos o que podían dar juego para textos académicos, para libros o conferencias —prosiguió—, se adelantaban y los «descubrían», los «publicaban» ellos.

—¿Qué ellos? —interesaba Lidia muy atenta.

—... Claro, por eso Crespo ocultaba la pantalla, pero... claro, debieron olerse algo y comenzó a anotar a mano... ¡qué cabrón...! Por eso preguntaba tanto, por eso cuchicheaba tanto... ¡con Whithdraw! A ver si el inglés está metido en esto...

—Germán —dijo Lidia interrumpiendo—, quienes ellos, quién se embolsillaba investigaciones ajenas.

—Ah, espera, aquí dice... que los más beneficiados son un tal Pérez Terry y otro... Rivas González... y dice que... joer, dice que Crespo amenaza con tirar de la manta, no veas...

—Se armó una grande... y ¿cómo salió eso?

—Aquí dice que después de una denuncia de una profesora, la Ministra ordenó una investigación; joer, investigar a investigadores, jajaja, bueno, que descubrieron algo antes, en una rutina de informática. Ah, ya —recordó— era ese día que no iban los ordenadores, claro, y que se habían llevado a Crespo; ¡qué cabrón, el Crespo! Se iba a jubilar... Voy a llamar a Amparo, a ver que me cuenta.

Tomó el teléfono e hizo ademán de buscar el número; Lidia siguió abrazada a él unos segundos, pero aflojó la tensión; luego se desasió, se levantó y se fue a la orilla; él abortó la operación, fue tras de ella, la rodeó por la cintura; ella hizo un amago de rechazo, pero luego cedió, se enroscaron ambos como las columnas de un baldaquín barroco.

Por la tarde, nada más de asistir al espectáculo gratuito y singular de la puesta de sol en la playa, regresaron a Sevilla. El traqueteo del autobús todavía removi6 los últimos restos de erizos y manzanilla y les llevó a la cabeza una sensación de suave malestar. Regresaron de ella con caos de bocinas, cánticos y frenazos con que la salida del fútbol del estadio de Heliópolis rebosaba la majestuosa avenida de La Palmera, a media luz entre la noche y los neones, entre sus palacetes de ladrillo y sus modernos edificios de vidrio y acero. Fueron juntos a casa de ella; todo estaba en ordenado desorden, tal como lo habían dejado. Mañana era lunes, pero no era un

lunes cualquiera. Ella iría a la universidad, pero estaba enamorada. No había desentrañado el origen de la estampa de las alegrías de El Sombra, mejor dicho, sí lo había desentrañado, era uno de tantos aficionados, pero no tanto; era singular, pues no eran al uso sus versos, sino poéticos. Seguiría asistiendo al grupo de investigación del Departamento de Filología, pero estaba enamorada, tenía que ver a Rosita, seguiría en sus rutinas, pero urgida toda por una nueva prioridad. Él se presentaría en una nueva excavación, guantes, pinceles, disolvente, trapos, cuadernos, pero estaba enamorado. Llamaría a Amparo, a ver qué había pasado con lo de Crespo y los ladrones de investigaciones, pero estaba enamorado. Había otra una nueva prelación entre sus prioridades. En la escalera, se besaron profundamente, las caderas unidas, los muslos unidos, las rodillas y los pechos y los hombros también unidos, y los paladares unidos, cazados ambos por las bocas, por los dientes, como los cepos de animales atrapan si se les pone una presa. Se besaron largamente dejando en los peldaños sus gemidos y suspiros. Se soltaron, se miraron como animales, se relamieron y, a su pesar, se despidieron. Fue llevado Germán como un zombi por las calles hasta el barrio de Triana, hasta su calle, su casa de alquiler barato; ya casi en el rellano un crujido le asustó, le bajó de su ensalmo: la puerta estaba abierta, había corriente, daba portazos.

La puerta golpeaba contra el marco, había remolinos de papeles y de tamos en el suelo; pensó que olvidó cerrarla, pero le latía el corazón a más velocidad, se orinaba, tenía que evacuar, no podía respirar; dio la luz; comenzó a sudar, su escueto comedor era un campo de batalla, los muebles volteados, los cojines rajados, su cama estaba desecha, eso era normal, pero no la ropa por el suelo ni los cajones y armarios abiertos; su mesa de trabajo en el salón desordenada, también era normal, pero más desordenada. Habían entrado a robar, pero ¿por qué a él, si no tenía nada? ¿Por qué el desasosiego, esta angustia repentina tras dos días en el cielo? Se sentó desconcertado, se llenó de miedo; cerrar la puerta lo primero; llamar a Lidia lo segundo, no sabía qué sería lo tercero. Buscó en la agenda, llegó su nombre a la pantalla, pulsó la tecla verde. Lidia tardaba en descolgar, tenía lejos el teléfono, estaba para casi en la cama. Su pantalla se iluminó con el nombre de él, también su cara, un liviano placer le recorrió la espalda. Pulsó la tecla verde, puso voz de dulzura y embeleso: «Hey, mi parece, que no puedes dormir»; «Li... Lidia...». Quedó un instante confuso, no sabía si su voz denotaba tragedia o era de comedia; «¿qué pasó, por qué esa voz?»; «han entrado en mi casa... está todo revuelto...». Silencio. Recordó el mal trago de dos días atrás; estiró los músculos, dijo «llama urgente a Robles, voy allá», y pulsó roja. «Pero Robles no estará, es domingo...», dijo al tono de colgado. Marcó el número de la comisaría, denunció el robo, irían enseguida.

—¿Está la inspectora Robles?

—Espere un momento...

—Robles... —dice una voz marcial.

—Inspectora, soy Germán Bravo... ¿recuerda? —dijo con un verbo sumiso y

atiplado.

—Claro, claro que me acuerdo. ¿Os habéis divertido en Cádiz?

—Han entrado en mi casa, acabo de denunciarlo.

—¿Han entrado también en tu casa?

—Sí... está todo revuelto, acabo de denunciarlo.

—Está bien, voy con ellos, vamos para allá.

La rutina de preguntas, fotos y toma de pruebas ya la conoce, es el segundo pase de una película que ya vio hace dos días; lo mismos indicios, el mismo «*modus operandi*», dice uno de los agentes. Es como una película sin fin, un mismo anuncio en una tarde de televisión, un bucle que repite una escena hasta el infinito, como se hace ahora mucho en los museos. Sólo que no es una película, ni él es actor, aunque sí protagonista. La otra protagonista llega ahora y le abraza lo primero; es el negativo de la foto de anteayer. Por fin habla la inspectora:

—Es muy parecido a lo tuyo, Lidia —dice Robles frunciendo el ceño.

—¿Qué quiere decir? ¿No habían pillado ya a los colombianos? Lo leí en el periódico —exclama Germán, aún sumiso y atiplado.

—Sí, sí, pero negaban el asalto... no sé.

—Vamos —dijo él ya un poco crecido—, que si son capaces de secuestrar o de dar una paliza, no van a destrozarse una casa...

—Sí, eso es verdad, sí que son capaces, pero eso no quiere decir que lo hayan hecho. En los dos casos parece que buscaban algo, apenas han tocado el aseo ni la cocina; buscaban algo que normalmente no se guarda en aseos ni en cocinas...

—Pero si no tenemos nada que ocultar... —protestó Germán.

—Quizá sí tengáis algo que ocultar, aunque aún no lo sepáis. Tú trabajas en la universidad —dijo Robles dirigiéndose a Lidia—, ¿y tú? —Mirando a Germán.

—¿Yo? Yo hago prácticas de arqueología por las obras de por ahí.

—No habrás cogido alguna pieza, qué sé yo, singular, importante.

—¿Yo?, ¿qué se ha creído?

—Busca un tesoro, un tesoro en un barco hundido; cree que está en Cádiz —intervino Lidia, ahora sin soniquete de chanza.

—Sí, el galeón *Santa Clara*, que lo manejaba un antepasado de ella —dijo él, señalando a la muchacha.

—No creo que eso tenga que ver —musitó la agente.

Todos quedaron en silencio. Germán hizo un hueco en su estado para saciar una curiosidad: la inspectora no llevaba la pulsera de las pinzas de cangrejo —o puntas de lanza—, aunque llevaba pantalones; más bien iba de *sport*, ni de hombre ni de mujer, pensó.

—Creo que... esto no es lo que parece —dijo la policía, dotando aún de más enigma a las hipótesis de su cabeza.

El joven arqueólogo recién asaltado rompió el siguiente espacio muerto, apuntado lo que creía una brillante nueva línea de investigación:

—Y ¿no tendrá que ver con lo del Archivo?

—¿Lo del Archivo? —se extrañó uno de los agentes.

—Sí, esa «mafia» de funcionarios, editores y profesores, esos que robaban investigaciones... lo trae hoy el periódico.

—Sí, lo he leído; es un asunto interno de Cultura —dejó caer Robles.

—Y ustedes ¿no intervienen?

—Sólo si hay indicios de delito.

—Y... ¿los hay? —insistió en joven recién asaltado.

—Puede... —contestó la inspectora con aire enigmático.

La película repetida llegaba a su final, pero este final fue más corto, más rápido, pues todos se lo sabían. Cuando la policía se marchó con el consiguiente «ya os avisaremos cuando sepamos algo», Lidia y Germán, como dos robots, se pusieron a recoger el desaguisado; lo hicieron rápido, tenían experiencia. Al terminar tomaron un té rojo y se acostaron.



## LA GUERRA DE LA OREJA

Pocos meses antes de la extravagante travesía del *Reine Charlotte* y su caída en manos de «El italiano» en la costa del Brasil, mucho más arriba, a unas 50 millas al sur de Irlanda, el dios Eolo había visto una avanzadilla de seis navíos de la Armada Inglesa; en el puente de la primera cubierta de la nave capitana había visto al almirante Edward Norton; a su lado el contramaestre, el comandante Perkins, ya emérito, con un rostro rocoso y vengativo; cubría su cabeza un tricornio con escarapelas que tapaba, pero no ocultaba, el lado izquierdo de su cara: allí se apreciaba un muñón, un pingajo descuajado en el lugar de la oreja. El almirante Norton recorría el horizonte con su catalejo, comprobó la latitud en el sextante y comentó: «en seis semanas estaremos en Portobelo», y Perkins, a su lado, lo celebraba, se tensaba y, entre dientes, masculló «partiremos en dos la salida del oro de los malditos españoles». La flotilla navegaba hacia el Caribe después de haber provisionado en los puertos de Nueva Inglaterra. Siguió etapa: Jamaica, tres días de repuesta, albedrío para la marinería y acopio de aguardiente; pocas barricadas vieron los soldados que las grúas acarreaban, pero a partir de ese día, por raro que parezca tendrían doble ración; ¿cómo era posible? Norton ingeniaba.

Lo que no era posible era que una flotilla de guerra, con una alineación tan severa, tan pulcros los navíos y las banderas, tan inglesa toda ella, fuese desapercibida entre Jamaica y Yucatán. ¡Con la de barcos que cruzaban a diario entre ellas! Por eso la armadilla fue avistada por marinos españoles y, como la pólvora de los cañones, corrió la nueva por las capitanías de Veracruz, Portobelo y Cartagena. Se sabía que los ingleses estaban hartos de corsarios y de Navíos de Permiso, que querían romper la baraja, querían más trozo de tarta. Cartagena no preocupaba a España por ahora, pues estaba amurallada, para entrar en su bahía tendría que ser mayor la Armada. Portobelo, sin embargo, era vulnerable, menos preparada. Era terminal de las flotas de galeones, amarraban también en sus muelles las misiones comerciales de los mercantes ingleses. No era de lejos la más importante plaza imperial en el Caribe, pero Norton tenía a favor su menor defensa, el conocimiento del puerto y, creía, la sorpresa. Pero sorpresa se llevó él cuando procedió a la empresa, pues nada halló que compensase la treta; gloria personal sí se llevó, y también su bandera, más, como todas las glorias, fue efímera y maldecida, sobre todo por mal conseguida, pues ya nos dice el refranero que «los bienes mal adquiridos nunca aprovechan».

De manera que el gobernador español y el capitán general estaban informados de las intenciones inglesas por sus propios somatenes, pero también por indicios vehementes: los mercantes británicos, sin urgente razón que lo aportase, abandonaron Portobelo de súbito, incluso puertos adyacentes. Los dos jefes españoles sabían, pero ninguno era normal. Si hubiesen sido normales hubieran hecho lo normal, hubieran armado a la población, reforzado las defensas, dispuesto la flota de cabotaje y las

fragatas de respuesta, se habrían pertrechado, habrían pedido auxilio a Veracruz, a Nombre de Dios o a Cartagena. Pero siguieron otra estrategia: la que plantó Vercingetorix a Julio César, la defensa pasiva, que nos invadan, que luchen contra la nada, a ver qué cara les queda; guardaremos —se dijeron los anormales regidores— nuestros bienes y riquezas, nos dejaremos ganar, a ver cómo les sienta, y, si podemos, en retaguardia les haremos la puñeta. Fuera barcos del puerto, sean de guerra o comercio, se suspenden los trasportes y las rutas con los reinos. Es por ello que un grande cargamento reclamado por la Corona, descargado y listo ya en los muelles, es ordenado regresar a su origen, a la ceca de Santa Fe, para evitar la rapiña —bien en tierra, bien en mar— de los asaltantes ingleses. Vuelve el oro a las carretas y éstas, uncidas de mulas y bueyes, al interior bogotano, custodiadas por infantes de a caballo. Escoltan la caravana aparada por Rodrigo Daza, un hombre recto y cabal, confiaban en él gobernadores y generales, era un experto transportista americano, se podía poner la mano en el fuego por él, pues era dicho que solían llegar «casi» completas sus reatas a destino.

Esteban de Mesa está al tanto de la cuita que se cierne sobre el virreinato, y también su Comandante General, el reputado marino Blas de Lezo, apodado «Almirante Patapalo». No les preocupa de momento una mínima flotilla a sus puertos señeros. Por eso tolera las ideas de los jefes portobeleños; no quieren desarmar a Cartagena ni el virrey de Nueva España desvestir Veracruz por vestir sólo a medias el santo del Bello Puerto. Los anormales jefes de la guarnición amenazada ordenan el desalojo de torretas y viviendas; los españoles se guardan por las intrincadas sendas y los criollos se quedan sin actitud guerrera. Los caciques y sus indios se refugian en la selva y los negros y los esclavos permanecen en espera, les da igual su señor, español, inglés o chino, pues su futuro será, gane quien gane el envite, trabajar y trabajar, servir en los convites, no les cabe una duda de que ése será su sino. Cuando la flota de Norton se avista en Portobelo apenas hay vida en el puerto, ni en las calles ni comercios, ni mercados, ni hay jolgorio permanente de música y juglares que se supone a diario en tierra de carnavales.

Las andanadas inglesas acaban con las defensas, con fuertes y baluartes, con los diques y escolleras, pero por más que disparan, más aún se desesperan, por más fuego que abren, no recibieron respuesta. Seis navíos virados, en columna diagonal, cañonean por babor hasta que ganan los muelles; ellos mismos, para ataque —sus grumetes y soldados—, tienen que saltar a tierra, amarrar cabos y boyas, hasta que flota queda varada en los pantalanes. No les detiene nada, zumbidos de cucarachas contra salvas de metralla, pero de defensa, nada. Así que desembarcan los ingleses con mucho orden y estrategia, con mucho teatro se despliegan por un arrabal vacío, por una ciudad desierta. Arrasan los amplios galpones y penetran en los tinglados, asaltan la comandancia, atracan la aduana, nada en la contaduría, luchan contra la nada y, como es de esperar, cuantos más sablazos al aire, más que pronto se hartan. Los oficiales se irritan, la soldadesca rabia, y sin orden ni sanción el ataque se

convierte en destruir por destruir, no hay premio ni botín, asoma el aburrimiento, las viejas rencillas fluyen, se reproducen peleas, apuestas y encaramientos por descubrir al más chulo, por llegar siempre el primero. Con este panorama ya no hay batalla que valga. ¿Para esto hemos venido?, ruge la marinería, ¿qué dirá el Parlamento?, calcula el puente de mando, y entre cuestión y sopeso va la tropa de burdeles, a gozar las dulces mieles de las indias y negritas, a beber hasta explotar, a beber hasta dormirse, es distinto este orujillo del que dispensa Norton, es más seco, más potente; el que cargó en Jamaica les parece más que leve, vale que doble ración, pero el grog que ofrece a bordo —pues así le llamó la tropa, en lugar de aguardiente— más parece agua caliente, por eso tragan a espuestas, hasta morir se beben.

Norton tiene un problema: no hay vida ni gleba en la ciudad, sólo putas y alcohol, sus chicos se desmelenan. No es lo peor el relajo ni el tiempo muerto que sobra, sino los muertos que flotan entre los barcos y muelles: los criollos y los negros, las indias y las morenas arrojan a los borrachos o heridos en las pependencias a las aguas del puerto, cuatro esta noche, cinco mañana, uno después, buscan esa retaguardia para hacerles la faena. Cree la oficialidad inglesa que su marina esta mema, tiene Norton un problema: no puede quedarse por mucho en esa ciudad extraña sin población que le sirva; tiene un problema porque lo de Portobelo no es, en puridad, una gloriosa gesta. Así que envía emisarios a que cuenten su verdad, que la toma de esa ciudad fue una gran victoria suya, contra el corso y contra España; el mismo emisario plantea que se disponga la gran flota para atacar Cartagena, mientras que la breve de Norton se retira a Jamaica, a descansar, a la espera.

Todo esto —y lo que seguirá después en la bahía de Cartagena—, vino de una chispa que encendió una mecha que hizo estallar un polvorín; claro que si no hubiese habido polvorín, la chispa habría quedado en chiste, a lo sumo en chascarrillo de ridículo para su protagonista. La chispa fue la oreja que le rebanó Pedro Arbolí —ahora contramaestre del pirata Caraccioli— al capitán Perkins cuando el de Niebla era corsario a bordo de *La Gobierna*. Recordemos que el navío inglés apabullaba al corso español cuando Arbolí se atrevió a un acto de talento: él y dos más gañanes se arrojaron al buque del britano, ganaron pronto su puente y, mientras el ahora pirata bloqueaba a los soldados con la hoja de un cuchillo —el filo de su navaja al cuello del capitán—, sus dos secuaces rompieron la barra del timón y desencajaron la rueda; sólo les quedaba que volver a *La Gobierna*, pero ya hemos visto que Arbolí era para echarle de comer aparte; quiso dejar para siempre el sello de su audacia y, como si fuera trigo en el filo de la guadaña, seccionó al irritado Perkins el pabellón auditivo. Ésa fue la chispa, pero habría sido chiste de no haber un polvorín. El explosivo era el lucro por el control de los mares, por la trata de mercancías, por las rutas comerciales. España y la Gran Bretaña se hacían la guerra en corso y por más flema insular que tuvieran los ingleses, la peninsular ganaba: 190 buques apresaron los corsarios con patente española, por 25 sus homónimos de las islas de Albión. Cuando Perkins llegó a Londres desorejado, el asunto se convirtió en afrenta nacional. El rey Georges I y su

primer ministro Lord Walpole no tuvieron más remedio que convocar una sesión extraordinaria de la Cámara de Los Lores para declarar la guerra a Felipe V de España.

En aquella corte Lord Walpole estaba muy molesto con *Sir William Pitt*, un joven diputado de clase media, lleno de facundia, popular y filibustero. Se sabía en la City que estaba azuzado por mercaderes, por los dueños del comercio que querían la tajada americana. Y Pitt, que era ambicioso, se aprovechó de ello, dio suelta a su instinto político, y se convirtió en su vocero. Inflamó las pelucas plateadas y los escaños de fieltro de los lores, sacó a relucir con gran detalle las pérdidas de barcos, de mercancías y de libras a manos de corsarios, afeó a Walpole su condescendencia, que hubiera sacrificado el respeto y la grandeza británicas por unos miserables años de paz. Carteles y pasquines elevaban por calles y plazas el volumen de sus soflamas, censuraban la endeblez de los argumentos en contrario, justificaban sus iracundos mítines parlamentarios. Cuando llegaba a final el debate, próxima la votación, sacó William Pitt su última carta: «¡Que comparezca el capitán Perkins!», gritó el enfebrecido *speaker* que pidiera el presidente de la alta cámara. Y allí que entró el oficial escoltado por ujieres, humillado, lento, cabizbajo, subió hasta el estrado, se asió al atril, miró a los congregados.

—¿Sois el capitán Perkins, de la Real Armada Británica? —inquirió con voz de ley el diputado presidente.

—Lo soy, señor, a mayor gloria de Dios, de Inglaterra y de mi rey.

—*Sir Pitt* —agregó circunspecto el presidente togado—, vuestro compareciente está listo.

Sólo en esta última jornada se permitió que llenase el pueblo varias filas de bancadas puestas en escalera más allá de las alfombras; estaban tras una maroma de esparto que tenía por delante, por la parte de los lores, un cordón de seda morada. *Sir Pitt* se irguió muy ufano, inspiró varios litros de razón, miró al pobre marino, miró a Lord Walpole, miró a la concurrencia y habló, por fin habló:

—He aquí la prueba de la vesania española, su crueldad extrema, su salvajismo por norma; no le basta al español la avaricia del oro y la riqueza; no le basta la soberbia de los mares, no se aquieta su cuerpo tras el vino y los manjares, ni siquiera los placeres que las indias y las negras proporcionan —sólo a ellos, claro está—, no les calman de su bárbara codicia ni desprecio al adversario.

—Milord, os lo ruego, interrogad de una vez a quien habéis llamado —cortó con displicencia el que regía el diálogo.

—¿Acaso vais con Walpole? —requirió Pitt al mayor letrado.

—Voy con la ley, lord diputado. Interrogad, por favor, a vuestro convocado —volvió a pedir aburrido el conductor del senado.

—Está bien, *Sir President*, obedezco vuestro mandato, pues el relato de este hombre será clave en mi alegato.

Los murmullos del populacho en las tarimas de escalera se confundieron con

carraspeos de lores y prelados, todo ellos, por derecho, miembros y diputados; Walpole se atusó el bigote, oxigenó su peinado. Pitt se dirigió a Perkins y le exigió su relato:

—Capitán Perkins, os lo ruego, contad a esta cámara lo que os fue ocurrido defendiendo nuestras rutas contra el español corsario.

—Señor, costeaba mi fragata como me fue exigido las costas de Nueva Inglaterra por proteger nuestros mares y tierras del cobarde ataque ajeno —recitó henchido el oficial en el estrado—, cuando dos galeones españoles surgidos de la niebla se cruzaron por mi proa, en táctica de tijera y abrieron gran fuego...

—¡Eh, Perkins!, que yo estuve en esos mares y nunca se cruzó la niebla —gritó alguien desde el público.

El presidente ordenó silencio y algunos escuchantes reprocharon al que habló su osadía no patriota. Golpeó con la maza el conductor y prosiguió su odisea el desorejado marinero:

—Señor, los corsarios españoles bombardearon al socaire, mas con la rueda del timón viramos, y sus balas rasgaron al aire (silencio, expectación, atención). Con disparos de babor desarbolamos a uno y virando a ese costado evitamos el contuso (interjecciones de admiración). Quedó sólo un navío, pero tenía viento en contra y lista nuestra andanada para atacar a su sombra (excitación, nervios, mueca triunfal de Pitt, escepticismo en Walpole). Cuando de pronto observamos que en su palo más alto se eleva lastimeramente un pabellón blanco (protestas, murmullos, exclamaciones de decepción). Nuestro oficial les conmina para que suban a bordo a que rindan su misión, a que renuncien al corso (gritos aislados de «¡sin clemencia, sin clemencia!»; la mayoría chista y acalla). Se postraron ante mí dos miserables bandidos, despechugados de torso, nada había de bravío; uno nombrado Arbolí tenía semblante torvo y por cabello guedejas. Pues fíjense diputados adonde llega la afrenta, que cuando mi mano tendí, el llamado Arbolí, me seccionó la oreja (algunos murmullos de espanto. Luego silencio. Algunas risas apagadas. Luego, risas. Risas que crecen, poco a poco se propagan; luego son ya risotadas, sonoras carcajadas en la escalera del pueblo, grandes risadas sin descanso ni resuello).

Tuvo que golpear con el mazo el presidente para imponer atención y reclamar silencio, para devolver a Perkins la palabra de este drama. El testigo reclamó con la mirada la venia; extrajo de su guerrera y exhibió con orgullo un objeto gris oscuro: era un pingajo mohoso, un pedazo de cecina, era la oreja reseca que Arbolí le quitó de encima. Esta vez, como en los toros, se oyó división de opiniones: unos siguieron en befa, otros con diarreas, hubo quien pidió justicia, hubo quien pidió ¡Guerra! Y eso fue lo que ocurrió, que los Lores aprobaron sin demora la contienda; por eso a Portobelo y después, ¡a Cartagena!

Así fue que por mandato parlamentario, además de por venganza, declaró la guerra a España Bretaña la Grande. Tomó el almirante Norton el mando de una flotilla de sondeo mientras su Estado Mayor reclutaba con precisión una grandiosa

Armada con que hacer hincar las rodillas del español. Ya sabemos de la primera «hazaña» de la escuadrilla de Norton, su heroica toma de Portobelo: llegó a oídos del reino el mensaje trucado enviado desde el frente; «Doblamos el pulso España», se dice en el Londres áulico, primera prueba lograda, se felicita la Armada, el Caribe es nuestro, se lee en los pasquines, precisamos de más barcos, piensa Norton en Jamaica. Es llegada la hora del ataque verdadero, se jalea junto al Támesis, se oye también mar adentro. En la latitud de Galway se avitualla otra armada, con otros dos grandes navíos, 28 buques de línea, y 12 fragatas; se le unirán las flotas del mediterráneo y del Atlántico oriental hasta completar el mayor grupo naval nunca juntado entonces: 186 barcos, 2000 cañones, 15 000 marineros, 9000 infantes de desembarco; y no olvidemos los 4000 reclutas de Virginia liderados por Lawrence Washington, cuyo hermano Georges fundará una nación. Partió de Port Royal por mandato Real y también del Parlamento, con muy buena formación y con ánimo altanero, con un destino común y espíritu patriotero: destruir al español, conquistar Cartagena, tomar para Inglaterra el control de todo aquello.

No tenía nada extraño —excepto para él— que, a su llegada, tras su repentina salida de Jerez y de España, Antonio Núñez Rivera, duque de Arroyomolinos, creyese que aún estaba en Cádiz en lugar de en Cartagena de Indias. Más que hermanas, eran ciudades gemelas; eran como una parejita de damiselas, morenitas las dos, al contoneo, con sus corpiños blancos sin corsé y sus faldas de blonda sin miriñaque, caminando por los adarves de las murallas, con sombrilla, para que la claridad del mismo océano no les cegara, más bien para cegar ellas, rivalizando los rizos de sus cabellos con los tirabuzones de espuma que se deshacían en los rompeolas. No tenía nada de extraño ese mellizaje, pues estaban unidas las dos desde los primeros ochocientos por el comercio y los puertos: de Cádiz partían las flotas que a Cartagena arribaban; de Cádiz migraron familias que perdurarían en progenie cartagenera, eran de la misma humedad, el mismo salitre las purificaba. Eran los dos faros de bahía, las dos apetecidas, las dos amuralladas. Fueron presas de agresión, víctimas ambas señoritas de violaciones —pues envidia tanto el feo la belleza que la mata de impotencia, de saber que nunca será como ella—, pero siempre se rehacían, aprendían de cada caída para evitar la siguiente. Cádiz aprendió a esquivar el viento con calles onduladas; Cartagena y Cádiz aprendieron a burlar los ataques piratas y corsarios con inteligentes murallas.

Siendo como era Cartagena posesión española, nada tenía de extraño que del reino tomase ingeniería de guarda y rechazo; menos extraño aún que fuesen españoles los ingenieros mismos que, habiendo fortificado con bien a Cádiz y su Caleta, planeasen allí mismo sus muros y sus defensas. Así que en los ochocientos se copiaron ambas damas sus respectivas presencias. No fue raro que así fuera, pues ambas amuralladas venían del mismo talento, de don Ignacio Sala, Mariscal de Campo e Ingeniero Director de los Reales Ejércitos. Se ocupó en sus inicios andaluces en el Arsenal de La Carraca, en la Isla del León, y, en la misma, también

del puente Zuazo. Luego, del Canal del Guadalete. Luego, en Sevilla, de La Real Fábrica de Tabacos —que sería Universidad en el siglo xx—, luego Cádiz, y así hasta que fue nombrado Gobernador de Cartagena de Indias con la divisa de Teniente General. Por ello no resultaba nada extraño —excepto para el rico, pero iletrado duque Núñez Rivera— que las dos ciudades tuviesen semejantes lienzos de muralla, iguales diques, hermanos baluartes, parecidos castillos y garitas, idénticos adarves. Tenían que defenderse, a la belleza no le basta con ser bella, tiene que defenderse: Cádiz aprendió de los piratas ingleses, Cartagena de los corsarios franceses; Cádiz de Drake y sus bajeles, Cartagena de De Pointis y sus bateles. Tenían que defenderse. Puertas de tierra en Cádiz que se cierran a las nueve; murallas alrededor, sillares de mucho peso que se alzan en oblicuo a la altura de muchos metros; la pendiente es muy buena para el anclaje de bloques y mantiene el barco enemigo alejado de los bordes; en caso de abordaje se hace quimera la trepa y —para los que aún lleguen— los ingenieros colocan garitas de centinela. En Cartagena se adopta un plano similar, pero allí se precisa de más fuertes y castillos, pues las corrientes marinas y los canales submarinos la hacen más vulnerable que su hermanita melliza. Tiene esa protección, tiene ese sólido abrigo, pero también de Comandante al más legendario marino, al almirante Blas de Lezo, llamado también Patapalo, respetado por Caraccioli, odiado por su enemigo.

Era un verdadero lobo de mar Blas de Lezo. El Almirante Patapalo, reunía toda la épica y el valor que se suponía a la milicia. Llegó a su último destino cartagenero lleno de cicatrices y mutilado, pero a mayor herida que recibía, mayor sapiencia y estrategia guerrera, mayor astucia y mayor bravura. Fue nacido en Pasajes —donde el astillero— y siendo menos que teniente, en la batalla naval contra la armada angloholandesa, frente a Málaga, una bala de cañón se segó la pierna izquierda; más tarde defendiendo el castillo de Santa Catalina de Tolón, una esquirla de bombardera le reventó el ojo del mismo lado. Durante el segundo sitio de Barcelona, otro proyectil le rebanó la mano derecha, y ahí seguía el tío, navegando y defendiendo. Nombrado jefe de la Escuadra de los Mares del Sur limpió de piratas la costa del Pacífico. Por aquel entonces se decía que América del Sur estaba varada entre dos extraños piratas: el Almirante Patapalo, por el oeste, y Caraccioli, el pirata blanco, por oriente. En ésas volvió Blas de Lezo a los mares europeos siendo reclamado desde Orán, donde la ciudadanía era presa del pirata Bey Hassan. Ni corto ni perezoso allá que marcharon Lezo y sus bravos, y en esas que huyó el pirata árabe hacia la bahía de Mostagán, donde tenía dos castillos protegidos por 4000 hombres. Era una ratonera, no se atrevería el español a entrar, se creía a salvo el musulmán, pero no se arredró el tullido marino vasco y siguió su proa la popa del pirata, entró en la bahía salvo del fuego de los castillos de tierra, pues iban tan pegados los dos que temían dar a su jefe; el que no temía era Lezo, que cañoneó e incendió la nave del pirata y bombardeó sin tregua sus castillos, que quedaron también en llamas y en retirada sus guarniciones.

Por sus muchos méritos y ejemplo fue nombrado Comandante General de

Cartagena, que es donde ahora se encuentra presto a defender la plaza, en franca minoría frente a la escuadra de Norton, pues tiene tan sólo 6 buques de guerra y 3000 soldados regulares, pero dispone de un arma sorpresa: tiene mil indios flecheros que serán de gran auxilio y coraje, su concurso final será clave para repeler el abordaje. Patapalo instruye a su tropa en la clara desventaja, alecciona a infantes y fusileros, a portadores y flecheros, sube la moral baja con sus arengas y gritos, con su ejemplo y con sus ritos. Llegan sus emisarios, proceden de Portobelo, también llegan noticias de la escuadra de Jamaica y eso tranquiliza a Lezo, pues es aquella isla muy generosa en ron, el popular alcohol que, por receta de Norton, se habrá convertido en grog. Como la pólvora, corre por los barrios y arrabales la mala nueva que acecha en los alledaños mares; huyen los ciudadanos, tiemblan los comerciantes, se repliegan los soldados, se atrincheran los más valientes. Cartagena es un capitel de acanto, es el beso del Caribe que ahora ambicionan los anglos.

En el capitel de acanto se percibe la retirada. Levan anclas galeones de transporte, zarpan del muelle corsarios, se pertrechan los navíos de milicia, mucha bulla en Capitanía, racionamiento en hogares. Nubarrones en el norte y tornillos en el cerebro es lo que malician nobles, funcionarios y trapicheros. El nubarrón es Norton con su triunfo en Portobelo, pero tenemos a los flecheros, tenemos a Blas de Lezo. Ellos despliegan su impresionante escuadra, nosotros guardamos coraje, la santa enseña de España. En la calle Pedrerías, en uno de sus tinglados, caminan nerviosos dos hombres, se cruzan miradas de hiel, se espían más que se miran. En el almacén de La General de Ultramarinos Antonio Núñez Rivera, el duque de Arroyomolinos, que huyó de su predio andaluz agobiado por los rumores, que se vino a nuevos mares a respirar más espeso, a vigilar sus negocios, a incrementar sus dineros, no ha logrado en mundo nuevo sus prebendas anteriores. Su corresponsal indiano, el dicho Rodrigo Daza, ha resultado un villano, un miserable, un chantajista, el duque está en sus manos. Por la parte del tal Daza las cosas han mejorado —o eso se piensa él— aunque sus días, más bien, parecen como un vaivén, el cangilón de una noria, ahora arriba, ahora abajo, ahora subo, ahora caigo. Arriba se vio el tal Daza con la orden virreinal de parar el envío de oro, recargarlo en las carretas, devolverlo a Santa Fe. Tan arriba se vio que exigió a su jefe, el jerezano duque, que por un par de meses le traspasara el buque. Así cargó en Cartagena —en el barco *Santa Clara*— una carreta de oro, una riqueza robada, y la mandó rumbo al este, al opuesto de su ruta: quería ocultar la carga en cualquier cala escondida de las que había hacia el sur, de las que usan los piratas. Más adelante otro barco haría la permuta, y con tan brillante ganancia pesó que por siempre ojaría, que tendría la abundancia.

Pero era una noria loca en la que estaba Daza que luego se vino abajo porque después de pasado un mes, no recibía recado del galeón que partió a poner el oro a buen recaudo. Muy abajo estuvo Daza bajo el odio de su duque, bajo su ansia de venganza, y por si éramos pocos, con la amenaza bretona. Ese día, sin embargo, volvió a subir a lo alto de la noria, pues supo de buena fuente buenas nuevas del



*Santa Clara*: un almacenero suyo, de incógnito y oculto, le dijo que en una calita, al lado de Barranquilla, había visto la quilla del barco que un mes atrás zarpó con rumbo imprevisto. Así que tomó aire, así que se puso a hablar:

—Señor —dijo Rodrigo, a su todavía señor—, creo que os dejo.

—¿Qué me dejáis a mí o que dejáis mis trebejos?

—Os dejo, señor, regreso.

—Y ¿cómo pensáis volver a nuestra tierra europea, con el mar lleno de inglés, con tan difícil marea?

—Señor, hacia el sur me voy, trataré de llegar Guinea y desde allí algún barco que me lleve a tierra europea.

—Y mi barco, ¿qué es de él? Me lo robasteis dos meses...

—Y tres si fuera preciso, no olvidéis lo que tengo...

—¡Maldito traicionero! ¡Devolvedme el *Santa Clara* y partid con mal agüero...!

—voceaba Antonio Núñez en la soledad del puerto.

—Señor, nada sé de vuestro galeón...

—¡Maldito ladrón seáis...!

—Os digo la verdad, señor, se ha perdido el *Santa Clara*, y con él perdí mis dineros, mis piezas y mis alhajas, que las subí a bordo cuando os pedí la prestada.

El duque se reconcome, piensa rápido en vengarse, duda si su interlocutor es sincero o va de farsa, más no sabe averiguarlo. A vuela respuesta, columbra un doble plan:

—Está bien, Rodrigo Daza —reconoce Antonio en voz baja—, tomad vuestras cosas y partid, no quiero veros ya más.

—Muchas gracias señor, me iré de estas tierras por siempre, como el indiano que vuelve.

Rodrigo Daza vislumbra que las Indias cambiarán. De cada nuevo transporte saca menos beneficio; telas bastas o sutiles, tabaco de masca o fumar, azúcar de caña o refino, café para aroma o bebida viajan más inseguros. Tampoco abundan ya negreros a los que vendía coca ni receptores de ámbar para pingüe contrabando, se negocia ya a directo, con quien tiene criadero. Cartagena cae, aunque resiste; el pícaro Daza, el todero, cree llegado el final de su estadía en la Granada Nueva. Quiere instalarse en Cádiz, a ver si tiene influencias, no quiere renunciar a su trozo de pastel, aún puede rebañar de la trata comercial. Recoge sus pertenencias, llena varias arquetas con monedas de oro, joyas y perlas. Es de mañana, toma uno de sus carros y a buen paso busca el delta del río Magdalena. Antes de partir para siempre ha dejado una carta de despedida para sus dos hijos, no sabe si vivos, pues eran soldados en Veracruz y Portobelo. Es una carta póstuma donde explica a sus vástagos las razones de su huida; no cuenta, claro está, lo del oro, ni lo de la caja de plomo cuyo interior deslumbraba, la que quitó al de Jerez, la que es su seguro de vida; la carta queda lacrada sobre el aparador de la salida.

Sabíamos que en Barranquilla tenía Daza una base almacenaje; llega de

anochecida, enseguida va a la caleta donde, según le han reportado, fue visto el galeón que usaba, amarrado y con el ancla. Cuando está frente al barco se le ilumina el rostro, pues así es, era cierto, allí está, amarrado a noray, su galeón *Santa Clara*; será porque es casi noche, será por la calima, pero algo le parece extraño, es quizá su color, quizá la altura de palos, quizá unas manchas pastosas donde el barco tiene el nombre. ¡El nombre! «¡No es ése su nombre!», se grita Daza a sí mismo. Allí arriba, bajo el bauprés, junto a la quilla, en plenas amuras, no es *Santa Clara* el letrero, sino *Río Tinto* como se llama el velero. Sus empleados le llevan delante del capitán, un tal Pedro Arbolí, mas Daza no lo recuerda, no ya de capitán, sino siquiera de marino en la tripulación que partió hará ya más de un mes con su oro en la alacena. Se dice Daza «si quiero salir de aquí no es cuestión de hacer reyerta; ya se verá en alta mar», y habla con Arbolí; beben dedales de ron, comen chacinas y pasas y, entre veras y risas le emplaza al Golfo de Cádiz. Daza le ofrece un trato: «nos organizamos allá, yo constituyo una empresa, tú te encargas del barco, yo preparo las remesas». Asiente en pirata de Niebla, quería entrar de legal en el comercio y la empresa, lo que le ofrece Daza es más de lo que esperaba. Sellan rápido su pacto y durante toda la noche los negros de Dahomey cargan decenas de fardos, odres, vasijas y arcones, pertenencias y cajones, vacían los almacenes de Ultramarinos La General, izan al *Río Tinto* todo lo que hay de llevar.

Cuando el barco está cargado Daza le tiende la trampa; una vez cerrado el trato, le quiere poner a prueba; quiere saber desde ya qué pasó con su galera; quiere ver en la cara la reacción de su socio cuando le diga «*Santa Clara*, es el nombre del negocio». Así que le mira a los ojos y le dice de improviso «hay que renombrar el barco para que nos den permiso»; «¿pero ahora, señor; tan necesario es el cambio?» dice aturdido Arbolí; «Imprescindible, mi socio, si queremos transportar»; toma aire y suelta raudo «tengo un nombre registrado, *Santa Clara* era mío, así que para ir legal, ponérselo es preciso». Daza muestra los papeles de derecho de registro para el nombre pronunciado; pero Arbolí es listo, tiene ya muchas batallas y en lugar de dar sorpresa toma el pez por las agallas: no se inmuta, sabe que quiere cazarle, sabe a Daza usuario del barco que él, de pirata, hundió. Acepta de buen grado, papeles por delante, ordena a sus carpinteros que renombren el barco con el nombre sugerido, y así estamos ante un barco que en menos de dos meses se llamó de tres maneras. Cerca de la madrugada, Daza va a Capitanía para anotar la salida de su nuevo *Santa Clara*.

Mientras tanto, en Cartagena, Antonio Núñez Rivera columbra su doble plan: vengarse de Rodrigo Daza y asegurarse el futuro. Tiene Daza en su poder algo que le delata, por lo que huyó de Jerez después tras morir su hija Clara. Tiene que acabar con él, lo tiene claro, hará como los gatos: se arrimará sin vergüenza al sol que más calienta: les dirá a los ingleses que Cartagena es muy dura, que por muy grande la flota, difícil será la lucha, pero —como todo Aquiles— tiene su punto débil, y aquí es donde el duque leal sin tapujos se ofrece: «Seré muy claro», dice a un cartero de Norton, «si me dais a Daza os doy a Lezo», así quedó formulado.

Diez grados más arriba, tras la farsa de Portobelo, en la espera de Jamaica, entre simulacro y rondó, volvió la tropa inglesa a la doble ración de grog; así bautizaron soldados el seco brebaje caliente que el almirante les colaba en lugar del agua ardiente. Era Norton despiadado y sin arredro, pero también friolero y dandi. Siempre iba immaculado, en el puente o la bodega, en camarote o bajo la vela. Usaba levita de ordenanza, pero algo oblonga, casi más ancha que alta, pues para combatir el frío se la ordenó a medida, a la talla de su cuerpo, con mucho relleno dentro, de un tejido especial que se dio en llamar *grogram*, un barbarismo prosódico de la procedencia asiática de la tela de su ropa, pues era una basta mezcla de lana con mohair, hecho el grueso de seda y piel de cabra de angora, por dentro fortalecida con tiras de goma y caucho, una barrera eficaz para expulsar la humedad. De esa guisa ordenaba Norton que el cocinero mezclase el rico ron jamaicano con agua dulce de río, y a la extraña bebida puso la tropa grog, por lo feo de la palabra y por referirse a la ropa del que mandó adulterarla. Mientras el agua era buena afloraron las cogorzas de los marinos ingleses; eran sus chuzas lentas, graciosas, sin pesadillas, pues se llenaba la mente de sueños y alegorías, les bajaba el furor y las ansias sexuales, esa fuerza había que guardarla para el verdadero combate. Así ocurría la espera, entre calipso y entreno, entre queimadas de grog y sesiones de bailoteo.

Así hasta que la cruz roja y el aspa blanca que ondeaba en el Jack-Staff de la nave capitana surgió del horizonte por el norte de Jamaica. Era la gran Armada del Reino de Gran Bretaña. Detrás de la primera fueron brotando moharras como un bosque de abetos, clavadas en sus navíos, todas retando al viento. Tamizó el fuego del sol un bosque de velas y lanzas, se meció en el marino azul la algarabía de barcas, de buques y galeones, bergantines y fragatas, todas con cruces cruzadas, San Patricio y San Andrés unidos en las astas, Norton y Perkins hirviendo, mascullando mil bravatas. Se acabaron bailongos y rastas; hay que ordenar la flota por la inminente batalla, alinearla en ariete y en los costados fragatas, la capitana en vanguardia, y cerrando, la almiranta.

Blas de Lezo no se altera en su sala de Capitanía; recibe cartas de Norton que sólo le arrancan sonrisas; ya le ganó años atrás, cerró el puerto con cadenas que destrozaron las quillas de los barcos invasores. Son cartas provocadoras las del almirante britano, hace chanzas de su cuerpo, le amenaza con torturas, con cortarle las orejas, le detalla lo que hará con la ciudad, con sus vivos y sus muertos. Pero Patapalo es de piedra, repasa mapas y armas, recibe a sus oficiales, dispone estrategias y tretas, reparte las municiones. Tiene alineados los buques en las dos bocas de entrada, tiene apostados fusileros en los castillos y fuertes, está la infantería dispuesta y a punto los granaderos. La población está evacuada, excepto los más expertos, que con otros voluntarios se aprestan a echar el resto. Es verano tropical, hace calor espeso que saben sobrellevar los vecinos cartageneros, no así los de más al norte, que están hechos a los hielos. En esta estación del año se explayan los insectos, propagan enfermedades contra las que se busca remedio. Hay en Indias varios sabios,

doctores y exploradores que investigan en las plantas la búsqueda del camino para curar las pandemias, en especial la malaria; destaca entre ellos uno, de Cádiz tiene la gracia, su nombre, José Celestino. Pero aún no ha encontrado la buscada medicina, y eso lo sabe Lezo, que verá con buen ojo la mortandad del mosquito.

Por fin dan la voz de alarma los centinelas de Punta Canoa: ahí asoma la flota, ajustando sus bombardas; Norton sabe demasiado, ha dirigido sus mejores cañoneras a las baterías de costa españolas; con viento de cara, al unísono, lanza treinta andanadas contra la defensa hispana; pleno arrollador, ha destruido en el primer ataque las baterías de Chamba, Santiago y La Candela. El canal de Bocachica está expedito y allí manda sus naves. Justo por esa entrada Blas de Lezo sitúa sus fragatas. Al cabo de pocos días están ya desarboladas, sin municiones ni anclas; entonces Patapalo ordena una estrategia numantina: hundir las cuatro barcasas para tapar el canal; en las cuatro deja mechas largas y encendidas que terminan en las santabárbaras. Norton cree que huyen, que se retiran y mete por ahí a sus barcasas y cuando 7 buques de línea, y 5 bergantines creen que la tierra alcanzan, suena la gran explosión, se incendia el mar de llamas, se zarandean los barcos, y se rompen y se encallan, y apretujan en su desgobierno a otras naves que atacan. Provoca gran mortandad en los soldados de Bretaña y, entre putrefacción y bichos, las epidemias se explayan. Se demora el ataque, se echa atrás la flota, pero la diferencia es abismal: Cartagena tiene dos barcos, y Norton más de cien.

Blas Lezo y sus tropas se atrincheran en San Felipe; manda los dos buques que le quedan al caño de Bocagrande, y cuando vuelve a atacar el invasor, repite la maniobra y los sacrifica en el canal. Vuelve atrás el inglés, pero está cada vez más cerca pues ya sin defensa, toma el Fuerte Manzanillo, a la vista de San Felipe donde tiene Lezo el alto mando. Los virginianos de Washington toman Colina Popa. Aún no está en Cartagena, pero Norton cree que ya ha ganado la guerra. Entra triunfante en la Bahía, su armada en abanico, todas las velas al viento, la enseña roja, azul y blanca al viento, las cruces cruzadas en las cofas de sus naves. Ha mandado correos a Jamaica con la nueva de la victoria, y de allí a Londres, a los lores y a Lord Walpole. En la City lo celebran, escarnio al español, ordena el rey sajón el acuño de monedas con Blas de Lezo humillado, de rodillas, en hinojos, ante el magnánimo Norton, el supuesto vencedor; lo celebra el populacho, se celebra en los salones el perdón del Almirante, y en los despachos se juntan los ricos comerciantes.

Pero volvamos al escenario. Tenemos a los hispanos atrincherados en San Felipe; la infantería en la colina, la flota y sus baterías apuntando desde el mar; un nuevo Sagunto acecha. Descarga de artillería y bombardeo sin tregua al fuerte amurallado, pero la piedra es dura y los defensores perduran. Tiene el fuerte un secreto: hay un pasillo oculto por un tajo y por un bosque, de la colina al castillo atacado, da al lienzo de muralla interior, el menos acabado, el único punto débil si es que lo sabe el extraño. En el estruendo de bombas un jinete pertrechado de talegas, capa oscura y embozado, se cita cerca del paso que conduce al punto flaco del fuerte que resiste al

ejército que embiste. Un centinela avisado divisa al de la capucha que va hacia el enemigo sin que le haya sido mandado. Salen detrás de sus pasos varios soldados armados; sorprenden al español con otros confabulando, que visten guerrera inglesa; ven y oyen con horror que en tapado les indica el mejor sitio para ir fácil al recinto. ¡A por el traidor! Es un chivato, un infame, disparan fusiles y dardos, atrapan al delator, huyen los beneficiados. La cuadrilla cazadora conduce al fugitivo ante la planta implacable del marino Patapalo. Blas Lezo se le acerca golpeando los tableros del solado con la bola de su pata de madera; son campanadas de muerte, mazazos de sentencia, preludios de aldabonazo. Le arranca el caperuz, y aparece ante el tribunal militar unipersonal el rostro atribulado duque de Arroyomolinos. El estupor es general, Antonio Núñez tiritita, todo él obnubilado, los asistentes de Lezo murmuran asombrados, el noble es un traidor, le ha mostrado a los ingleses el sitio más adecuado. Blas de Lezo dio dos tajos: le arrancó la lengua primero, le rebanó el cuello después, con el segundo sablazo. ¡Quitadme esta mierda de aquí!, grita, y se va cojeando a dirigir en persona la defensa del costado, del flanco del castillo que, por ser lugar de suministro, es más fácil atacarlo.

Ajeno a estos dislates el galeón comercial de Pedro Arbolí y de Daza se desliza sigiloso tras los bajeles de Norton; navega fluidamente, con las luces apagadas, muda la marinería; hay que llegar pronto a las costas de Florida. Van como amordazados, con cera en los oídos, como Ulises en su barco, está vedado ceder al tronido de los cañones que unas millas más abajo disparan los galeones contra la bella Cartagena; las fragatas y navíos de la Escuadra de Inglaterra son ninfas todas desnudas que tienen que rechazar, ni atados a las cuadernas está permitido ceder a los cantos de sirena, al impulso natural de acudir en auxilio de Lezo, de atacar por retaguardia a la flota extranjera. Poco sospecha el de Niebla que unas millas más abajo está el desorejado Perkins; de haberlo sabido habría ido sin duda a equilibrar la figura del oficial vengativo; a igualar, por su bien, su propiedad auditiva, a sajarle la otra oreja, más que nada, por estética.

La traición de Antonio Núñez ha dado sus frutos: dos hileras de granaderos se deslizan por el llano semioculto por el tajo y el sotobosque de plátanos, el que va a dar a la parte más floja del Fuerte de San Felipe. Detrás de los granaderos, dos columnas de infantes portan escalerillas, andamios de madera y subideros de cuerdas; flecheros y macheteros desfilan por detrás, a rematar la faena una vez que las granadas minen la resistencia y que los infantes consigan trepar a las almenas. El invasor cree que ya ha ganado la guerra, ya lo anunció, ya entró en la bahía a toda vela, ya fundieron en Londres nuevas series de monedas; cualquiera que mida las fuerzas, da por buena esta creencia. Sin embargo algo pasó que le dio la vuelta a la contienda; pudo ser que el duque Núñez Rivera diera mala información sobre la altura de las murallas; pudo ser que fueran miopes los carpinteros de la intendencia británica, el caso es que cuando los infantes alcanzaron la base de los muros, cuando izaron andamios y escaleras de madera, éstas eran cortas, no tocaban las almenas,

quedaron cargadas de soldados, unos para arriba, otros para abajo, empellones y agarradas, hubo muchas caídas; había muchedumbre abajo, se amontaban granaderos, estallaban sus granadas, destrozaban sus propios cuerpos. Llegó el momento de los indios flecheros: Lezo los apostó a los bordes, eso sí que era pulcritud, disciplina, pura depredación, no fallaban ni una: mano al carcaj, flecha al arco, apunta, tensa, dispara, muerto; mano al carcaj, flecha al arco, apunta, tensa, dispara, muerto, y así hasta cientos.

Se baten en retirada dejando en los aledaños de San Felipe una alfombra de muertos que los hispanos lanzan sin demora al agua: es el desastre de Bocachica, los cuerpos podridos y los insectos han sembrado de virus y bacterias el aire que respira la flota inglesa. Enferman por decenas los anglos, cólera, escorbuto y malaria se ceba en la tropa; apenas llegan suministros, sólo de Jamaica, grog aguado, casi ni emborracha. El puente de mando invasor tiene serias discrepancias, se pelean los oficiales, discuten capitanes y contralmirantes; mueren por centenares los soldados, sin remedio para las enfermedades. Norton ordena cargar los cadáveres en los barcos vacíos; luego los rocía con parafina y les prende fuego. Seis buques ingleses ardieron llenos de muertos. En tierra, los muchachos de Patapalo recuperan la Colina y la Bocachica, pone en marcha Lezo la guerra de guerrillas: ahogarles de sed, dejarles sin vituallas; con pequeñas, pero muchas emboscadas, minan los españoles la moral y las agallas de la más grande de las Armadas.

Tres meses después Norton leva anclas, se retira a Jamaica, diezmada su formidable flota, con gran mortandad de hombres. Regresan sin alharaca a las islas británicas y el pueblo, como es normal, ve que vienen sin victoria. ¿Qué hacemos con las monedas, qué harán los financieros que azuzaron esta guerra? *King Georges the Second* prohibió que en mercados y corrillos se hablase nunca más de La Guerra de la Oreja. Mandó retirar las monedas, devolverlas a la ceca. No existió este episodio, nunca fue la flota inglesa a capturar Cartagena.

## EL ESPÍA BIÓGRAFO

Lo de las «mafias de investigadores» del Archivo de Indias era un asunto interno del Ministerio de Cultura «mientras no hubiese indicios de delito» o hubiera sido denunciado, aclaró Robles cuando fue preguntada por Germán Bravo al respecto en su piso de alquiler recién destartado; la policía parecía mera espectadora en ese expediente. Pero después de que Crespo hubiese amenazado en la prensa con «tirar de la manta», la ministra de Cultura pidió al de Interior que profundizase sobre lo que pudo dejar al descubierto el amago del funcionario casi emérito. En el reparto de tareas de la policía de Sevilla, ésta le tocó a Robles; bueno, un poco le tocó y un poco se la pidió, porque ya estaba en el ajo del complicado nudo de relaciones que avizoraba entre mafias colombianas, asaltos a viviendas y mafias de investigadores; nada tenían en común esos expedientes, excepto que el tal Bravo estaba en todos los perejiles. Así que la inspectora alta de pulsera rígida de pinzas de cangrejo —o puntas de lanzas egipcias— se arrogó esa tarea, se puso a pesquisar ese mismo lunes. No tardó en saber que, además del joven Bravo, en todas las salsas del archivo estaba también un ciudadano inglés llamado James Whithdraw. Crespo declararía que se conocían, que se contaban lo que cada uno averiguaba de otros investigadores, que se intercambiaban información, vamos; y diría más, mucho más; diría que él trabajaba nada menos que para el insigne ciudadano Juan Moreno Terán, el respetado catedrático, el recién depositario de la distinción de la Fundación Lux, el «Sevillano del Año», el último poseedor del Azahar de Oro —era de oro blanco—, pero que su colega inglés —indicaría Crespo— se relacionaba mucho con una conocida familia jerezana, pero no creía que tuviera que ver con el robo de investigaciones colombinas, se sabría, ese negocio lo monopolizaba Moreno Terán.

La agente aparcó de momento la variante Moreno Terán —parecía bastante pillado, ya habría momento de volver a él— y se puso a rascar en Whithdraw. Enseguida accedió al biolibro que publicó —bajo apariencia de estudio sesudo— sobre la saga de los Núñez de Cereto, duques de Arroyomolinos, dueños de los mayores latifundios vitivinícolas del Marco de Jerez, con mayoría en el Consejo Regulador de la Denominación de Origen y que manejaban el grueso de las exportaciones, que nunca aguaron vino para incrementar la producción, que jamás manipularon las botas madre. Los Núñez de Cereto, dueños de una ganadería y fundadores en el siglo XVIII de una estirpe de caballos de carreras, la Sidonia, de bella estampa y porte, ligeros y musculosos, pero que no lograban terminar bien las carreras. La cosa es que el tal JW llevaba unos veinte años por España, por el eje Sevilla / Jerez en concreto. Era visitante asiduo del Archivo de Indias, había publicado dos libros, el mencionado sobre las bondades de la saga ducal, y otro sobre la expansión británica en América. Robles solicitó antecedentes del sujeto a su cuerpo —al Cuerpo General de Policía—, y a Asuntos Exteriores y a la embajada del Reino

Unido los datos del sospechoso a su llegada a nuestro país. También ordenó indagar en círculos universitarios sobre sus cualidades académicas, sobre su supuesto currículum.

Bien, mientras esperaba los datos, a la policía de cabello negro le pidió el cuerpo —esta vez su cuerpo corporal— rascar más a Crespo; y el funcionario, que cada día veía su retiro dorado más negro, tiró de la manta del Archivo, vaya que sí tiró: no sólo ratificó con datos que los «robos» de investigaciones venían produciéndose desde hacía años, sino que aseguró que el propio Moreno Terán tenía en su casa documentos auténticos, documentos robados de los legajos del Archivo de Indias; esto eran ya palabras mayores, tanto por su vertiente penal como por la personalidad del acusado; la variante Moreno Terán tomaba cuerpo —cuerpo, aquí, es parte de una expresión, lo que sería *phrasal verb*, un verbo fraseado inglés—, se evidenciaba:

—¿Está usted seguro de eso? —preguntó incrédula Robles.

—Completamente agente, este marrón no me lo como yo solito —dijo Crespo con tranquilidad.

—¿Qué quiere decir?

—Que me están dejando tirado en este asunto, señora, que tengo... cajas de polvorones...

—¿Cajas de polvorones?

—Sí, que tengo mis cartas.

—Veamos cuáles son esas cartas —dijo la agente con despego—, a ver, qué es eso de los documentos robados... porque sabrá usted que eso es delito.

—Claro que lo sé, por eso guardo mis cartas.

—Entonces... ¿me enseña esas cartas o prefiere enseñárselas directamente al juez?

Crespo perdió la mirada durante unos segundos; luego miró a la mujer fijamente, como escudriñándola, como queriéndole sacar una respuesta a una pregunta que lo había formulado.

—Estoy pillado de todas maneras ¿no?

—Bueno, siempre es mejor colaborar...

—Mire —dijo por fin el funcionario— por aquí, por el archivo, apenas venía nadie, había muchos documentos sin abrir, sin clasificar o sin traducir, era difícil, pero a la vez, apasionante para muchos. Entonces empezaron a desaparecer documentos...

—¿Cómo sabían que desaparecían? Podría ser que nunca hubieran estado...

—Pues... por casualidad. Pedían legajos al azar, cosas del Indiferente General, las analizaban y descifraban, las clasificaban, por así decirlo, y claro, eso era bueno para el Archivo. Un día, cuando me devolvieron un legajo sobre las misiones franciscanas en el Alto Marañón me fijé que le habían arrancado unas hojas, que se las habían quitado recientemente, quiero decir. Entonces me puse a... espiar, por así decirlo, y me fijé en que usaban cuchillas de afeitar...



La agente hizo un gesto de extrañeza, de confusión.

—Cuchillas de afeitar —insistió él, haciendo como que rasuraba su mejilla derecha con una maquinilla imaginaria—... bueno, ahora ya no hay de éstas, eran unas más grandes, así —señaló el tamaño con los dedos pulgar e índice—, que se metían en unas maquinillas de metal con un tornillito que las sujetaba, no como ahora, que ya vienen de fábrica, y con cuatro cuchillitas cada una para que pille bien todos los pelitos...

—Sí, ya, ya... entiendo —interrumpió ella—, me decía que con esas cuchillas grandes...

—Sí, es que me iba... pues eso, que lo hacían con cuchillas de afeitar; bueno —agregó el funcionario a punto de jubilarse— había otros que mojaban el margen interior con saliva o con un algodón húmedo y luego estiraban un poco, así —hizo ademán de romper una hoja de papel—, y se desprendía la hoja.

—Y... naturalmente, usted sabe de alguien que hacía eso.

—Naturalmente, naturalmente. Mire, yo he visto personalmente cómo Moreno Terán se llevaba hojas y documentos, casi todos relacionados con la presencia de la Iglesia en los nuevos territorios.

—¿Tiene algo que ver que fuesen sobre la Iglesia?

—Por supuesto; su prestigio en todo el orbe colombino le viene de sus ensayos sobre el papel de la Iglesia. A cambio de la cara amable de las misiones, la Iglesia le ayuda a vender sus textos en colegios y universidades de toda Latinoamérica.

—Pero... —dudó Robles— se habrá deshecho ya de ellos, después de este escándalo...

Crespo hizo una pausa. Miró a la izquierda; luego a la derecha; luego hacia el techo; se rascó la coronilla, luego las mejillas —que apuntaban ya barba de un día—, carraspeó y volvió a hablar:

—Señorita... —dijo Crespo—, ¿qué beneficios comporta «colaborar» con la investigación?

—Inspectora, si no le importa —dijo ella cortante; luego agregó más coloquial—: mire, si además muestra arrepentimiento, puede que le apliquen el grado mínimo; además, en nuestra declaración seríamos... seríamos más suaves con usted.

—Esta noche va a intentar venderlos.

—¿Va a vender los legajos robados? ¿Quién puede comprarlos?

—Alguien que, a su vez, pueda venderlos al propio archivo o a los museos de México, Lima... alguien de su confianza —añadió con misterio— se va a entrevistar esta noche con un intermediario.

—Y usted ¿cómo lo sabe?

—Lo sé, señori... inspectora; además, usted puede comprobarlo...

Sería por el soponcio de las casas destripadas; sería por el envoltorio de plenitud que sienten los recién enamorados —no por el hecho de estarlo, sino por el espejismo de haber sido correspondidos—; sería por los efectos terapéuticos y narcotizantes de

la infusión de té rojo, pero Lidia y Germán se despertaron tarde y abrazados; en ropa interior, pero acurrucados uno en la otra, rechazando los dos el día. El día era lunes, a ella la esperaban en el Departamento de Filología y a él en el subsuelo de una céntrica iglesia en la que habían aparecido varias hileras de enterramientos; se habían hecho unas catas tras observarse fisuras en algunas columnas del templo: un día el párroco oyó crujidos y advirtió al cardenal arzobispo, quien, a su vez, reclamó al arquitecto municipal, que acudió encantado; es más, se molestaba mucho el arquitecto funcionario local si no lo llamaban para cualquier informe afecto al patrimonio monumental, fuese o no propiedad del Ayuntamiento. Diagnosticó «fatiga de elementos de sustentación... o hundimiento de cimientos, quizá...». Aparecieron decenas de sarcófagos y de estelas, un cementerio debajo de la iglesia. Con el suelo descubierto, los de patrimonio le habían citado el lunes y el martes para una primera evaluación arqueológica.

Era lunes el día al que no querían ver la cara, así que se desasieron y destaparon; los dos tenían llamadas perdidas en los respectivos teléfonos; «diremos la verdad, que nos han robado», dijo él; ella ya llamaba para relatar brevemente el desaguizado y anunciar que estaría enseguida en el despacho. Germán se refrescó la cara con agua, se vaporizó las axilas y se vistió; se quedó mirando por la ventana del salón a una mañana cremosa, de tránsito. Una vez en el inodoro, ella extrajo de su entrepierna un tampón hinchado y oscuro y lo envolvió en papel higiénico: lo tiraría luego al cubo de la basura, pues no había papelera en aquel aseo; se duchó, se colocó un tampón nuevo, se vistió, se coloreó los labios y los párpados inferiores, se puso un poco de rímel en las pestañas y ya se iba, ya se despedía, cuando le oyó exclamar:

—¡Tiene que ser por el contrabando!

—¿Qué fue, que aún no despertaste? —dijo ella divertida.

—Me he dejado cegar por el tesoro, Lidia, ¿no lo comprendes?

Ella encogió la cabeza entre los hombros y abrió los brazos con las palmas extendidas; una vez más, no entendía nada:

—¿Qué fregados decís?

—Tu tatarataloquesea, era contrabandista... no hay tesoro, sino un cargamento, lo decía la carta... sería algo valioso, pero pequeño, pues salió a toda pastilla... perlas o algo así...

—Hágame el favor, deje ya ese pinche barco. ¿No tienes tesoro bastante conmigo? —añadió entre mohines y sonrisas.

—Quizá de ámbar; Rubén me dijo que pagaban a los reyes africanos también con ámbar...

—Ya, ya —dijo ella escéptica—, igualito como las alegrías de El Sombra, que no eran alegrías ni na —añadió, despidiéndose con la mano y haciendo después un gesto con el pulgar y el índice, llevándoselos cerca de la oreja y la boca, respectivamente.

—Vale, vale, luego hablamos —gritó él, y añadió—: mañana iré al Archivo, a ver si veo las rutas del contrabando, algo del contrabando, joer, que por ahí empecé...

Pero ella ya no le oía, ganaba la calle Betis; sólo al cabo de un rato él se dio cuenta de que su soliloquio, mezclado con el aire apelmazado del portal, se había quedado colgando de los pasamanos de la escalera.

Germán, para excusarse el lunes, arguyó varias e insólitas derivas del asunto del asalto a su vivienda ante la delegada de Patrimonio para las obras de la céntrica iglesia de las grietas y las tumbas. Todo el lunes —mintió— estaría de atestados, declaraciones y ruedas de reconocimiento; para los novillos del martes dijo la verdad: tenía otra vez reconocimiento, pero médico; el miércoles no había sido citado. El lunes terminó de poner orden en la casa y, poco antes del mediodía, cayó en el dulce sopor de la siesta del carnero. Le despertó Lidia; la chica le pidió ayuda para terminar el acomodo de su casa. El chico salió en un santiamén, fue a ella andando rápido. Justo al tomar la calle vio una silueta grande, con pelliza de tres cuartos de cuero, mirándole; la silueta se escondió detrás de un tabloide de grandes fotos y caracteres; «(¿será una paranoia?)», se engañó. Llegó donde ella en un santiamén, la puerta se abrió y cerró en otro santiamén y, en un tercero, se acomodaron a sí mismos, las manos en las espaldas, los labios en los pechos, las manos en las nalgas, los labios en los cuellos y en los muslos, las rodillas en los sexos, los labios en los labios, los pechos en los pechos, las manos en las espaldas, los besos en los besos, como animalitos se comportaban en su brillante oscuridad. Esa noche se quedó con ella, ya no sangraba, así que durmieron muy abrazados, hicieron el amor, fue mejor que lo normal, pero menos que lo que ya tenían; les quedaron señales de las sábanas en la cara y en los brazos; una amplia sonrisa en ella y una gran incredulidad en él.

El martes ella fue temprano al Departamento, pero nadie sabía allí del asalto a su casa, de la reyerta con los colombianos, de su enganche con Germán, nada de La Erizada, de los deliciosos rincones del Teatro Palillero, nada del allanamiento a él, nada de barcos ni de tesoros, ni de contrabando ni de ámbar. Germán fue a revisión de sus heridas; todavía le dolía el costado y el brazo, le dolía un poco al respirar, pero nada de eso lo exteriorizaba, salvo ante el médico: en la consulta parecía que sus heridas se hubiesen reabierto y multiplicado por cientos. Salió el galeno reconocido y aliviado. Llamó a la chica; ella le anunció que por la tarde estaría en el Departamento, de tareas logísticas de su trabajo, aunque él pensó que más bien sería porque sus compañeros querían más detalles de sus últimos días. Entonces se retiró a su casa de alquiler y se quedó hundido en el sofá despellejado, se durmió, esta vez una siesta a la hora de la siesta, aunque más larga que lo normal: despertó casi de noche; ya no iría con ella, se quedó ordenando —es un decir— sus notas sobre los avances o retrocesos en el misterio del galeón *Santa Clara*.

No solía hacerlo habitual, pero últimamente, con tanta revuelta, comenzó a aficionarse: ponía la radio para ayudarse a despertar. Hoy miércoles iba a ir al Archivo; «¿estaría Amparo allí?», pensaba entre vigilia y despierto; puso la radio y lo que oyó le sobresaltó: «Esta emisora puede afirmar con rotundidad que la policía ha detenido en las últimas horas al ilustre catedrático de Historia Juan Moreno Terán, al

que se relaciona con la desaparición de documentos originales del Archivo de Indias. Según fuentes oficiales —decía un excitado locutor mañanero— la policía ha encontrado en su poder algunos legajos desaparecidos hace 20 años. Las sospechas sobre Moreno Terán se concretaron, al parecer, tras la declaración de un imputado, que le relacionó con el *affaire* —dijo *affaire* el locutor— del robo de investigaciones en el Archivo de Indias. El Ministerio de Cultura ha anunciado un comunicado oficial antes del mediodía, terminaba el avance de lo que fue presentado como una gran primicia informativa. Germán saltó de la cama como un muelle roto que rasga un colchón, mientras una locutora hablaba de isobaras y anticiclones, y decía *buen tiempo para los próximos días* porque habría sol y despejado; buen tiempo», decía la tía.

Tampoco habituaba comprar prensa diariamente, pero ese día lo hizo, se hizo con El Río, el periódico que entendemos conservador, y con El Planeta, al que conocemos como cañero. El primero, en un pequeño recuadro de su primera, decía «Extraña detención del insigne catedrático Moreno Terán», y remitía a páginas interiores y a un editorial titulado «presunción de inocencia». El cañero, por su parte, ocupaba gran parte de su cubierta con una foto del detenido entrando en comisaría, y un gran titular: «Con las Manos en la Masa»; debajo, dos sumarios: el primero «Moreno Terán robó valiosos documentos del Archivo de Indias», y el otro acusaba al «sevillano del año» de cerebrar los «robos» de investigaciones en el archivo colombino. El arqueólogo despistado y romántico no se lo podía creer: le habían zurrado unos mafiosos, había sido correspondido por el amor de su vida y había convivido con el mayor escándalo sociocultural de la ciudad; todo eso ¡le estaba pasando a él!

Prosiguió el incrédulo gaditano la lectura de El Río, que decía: «La comunidad universitaria ha recibido con gran estupor la insólita detención del ilustre ciudadano. La sociedad civil tiene razones para sentirse indefensa ante arbitrariedades como la consumada contra un ciudadano de bien, que es orgullo de nuestra comunidad científica y que dedica su vida a engrandecimiento de nuestras señas de identidad». El editorial hacía hincapié en la presunción de inocencia, en la escasez de pruebas y en la forma «agresiva y humillante» en que se produjo la detención: «Es de esperar —decía la posición oficial del diario— que todo se haya debido a un malentendido; si ha habido precipitación, deben de purgarse responsabilidades de forma inmediata; en ese sentido, comprendemos desde aquí que el partido Alianza del Pueblo haya presentado ya una pregunta al ministro del Interior».

Por su parte, el periódico cañero se explayaba en su editorial con expresiones como «la zorra llevaba años guardando el corral y, claro, se comía los mejores huevos; eso lo supimos hace unos días; lo que no sabíamos era que se comía también las mejores gallinas»; iba más al fondo del asunto aseverando que los archivos y museos «han sido el coto privado de un selecto grupo de ilustrados y lo han sido —seguía— a propio beneficio: publicaciones, conferencias, ciclos, viajes, congresos,

hasta las promociones internas han estado durante años bajo los caprichos de unos mandarines que han sido tolerados por los poderes públicos bajo la capa de su supuesto prestigio académico, de su supuesta ilustración». En varias de las piezas que componían el grueso de la información, el diario cañero detallaba que la policía pilló in fraganti a un colaborador de Moreno Terán, un tal Pérez Terry, negociando con un intermediario artístico la venta de documentos originales robados del Archivo de Indias dos décadas atrás; el tal Terry fue, al parecer, quien confesó que los manuscritos se hallaban en uno de los domicilios del catedrático recién premiado con el Azahar de Oro —de oro blanco—, y quien condujo a los agentes que procedieron a su detención. Todo ello con fotos del reo, de una caja que, supuestamente, contenía los documentos robados, y de portadas de libros cuyas revelaciones históricas fueron «robadas» en el Archivo por los acólitos de Juan Moreno Terán con el inestimable espionaje del funcionario a punto de jubilarse Aurelio Crespo.

Volvió a estar a la puerta de Indias; la última vez que salió de ese edificio lo hizo desorientado, excitado, con el vientre dolorido, a punto de tirar la toalla de su afán descubridor y aventurero. ¿Estaría Amparo? ¿Estaría Whithdraw? Y, en ese caso, ¿le volvería a golpear con la puerta? Crespo no estaría, claro, menudo marrón que le quedaba a Crespo. Estaba otra vez ante la puerta de Indias y estaba excitado, pero no le dolía el bajo vientre; estaba alterado por todo el lío de Moreno Terán; ¿estaría Amparo? Ansiaba ver el ambiente del interior. Empujó la puerta de la Sala de Consultas; milagrosamente no se le cayó nada ni nadie le golpeó con la hoja de madera y cristal opaco. En la isleta central estaba la sustituta de Crespo, había muchas más personas que lo habitual y no había silencio sino un murmullo altisonante, casi un jaleo. Su acceso a la sala fue acompañado por una pausa en los demás que, una vez comprobada su personalidad, volvían al creciente bisbiseo, al frote de las hojas de los periódicos contra el aire y los dedos. Estaba allí. Estaba rodeada de varios, era la protagonista, el centro del universo. Estaba... estaba guapísima; arrebatadora, triunfadora, rutilante; se giró levemente, le vio sin mirarle y volvió a reinar entre los demás; unos segundos después, repitió el gesto, pero esta vez le guiñó un ojo, le lanzó una sonrisa y un saludo con la mano; él se lo devolvió, se acercó al grupo e hizo un rodillo con el índice: ahora hablarían.

Resulta que todos habían sospechado algo. Unos decían que habían abandonado sus investigaciones por falta de tiempo o de datos, pero luego los veían publicados por Moreno, por Pérez Terry o Rivas González; ella arrasaba con su falda corta y sus medias oscuras, con su suéter negro escotado y su chaqueta clara ajustada. Otros se quejaban de que, justo en el momento final, se anunciaban sus trabajos por los antes reseñados. Amparo les tenía imantados con la seguridad de su voz, con su relajo, con su maquillaje discreto, pero contundente. Todos habían sospechado algo, pero sólo ella dio el paso. Por fin hicieron un aparte:

—¡Vaya lío que has montado! —dijo el chico para romper el hielo.

—Te dije que estaba ya harta, era muy raro lo que pasaba.

—Ese tipo tiene muchas agarraderas.

—Me da igual —dijo ella con energía—, yo no sabía quién había detrás.

—Estás... estás... das miedo.

—Lo único que me interesa es que reconozcan mis trabajos...

—Eres estupenda y estás... muy guapa.

Amparo puso un gesto amable, menos profesional; meneó la cabeza, dejó caer un suspiro de condescendencia; se ajustó la chaqueta y el cabello.

—Oye, ¿qué tal tú, cómo es que has vuelto por aquí?

—Quería verte... después de todo lo que está saliendo, quería verte; además —prosiguió, ahora con otro tono—, voy a buscar más datos del asunto del contrabando.

—¿Ya no buscas el barco de tu amiga? —dijo ella bromeando.

—Sí, sí, precisamente es por eso; bueno, no sabes lo que nos ha pasado...

Germán le contó lo más ordenadamente que supo los incidentes de los allanamientos ante la mirada incrédula de la elegante profesora de instituto; ella percibió, además, que otros y otras más estaban escuchando disimuladamente toda la conversación. Cuando Germán terminó su hiperbólico relato, Amparo lanzó un reojo a los mirones y carraspeó exageradamente. El corrillo se disolvió; luego le ofreció ayuda y compañía; él susurró en voz baja «eres muy valiente»; ella rió quitando importancia; luego le instó a que hiciera lo que había venido a hacer, a desentrañar documentos; el joven asintió y se acercó a los buscadores de fichas y signaturas.

Buscó rutas y escalas, y encontró los itinerarios que solían hacer las flotas comerciales entre las Indias y los países europeos o África. Los navíos ingleses solían escalar en las costas de Nueva Inglaterra; los que iba al continente negro, en Cabo Verde y en las Afortunadas; los barcos cuyo destino era Grecia, Turquía o Egipto, en Baleares; aquellos que comerciaban con Francia, España o Portugal, atracaban sin defecto en Azores. «¡En Azores!», gritó. Su expresión mereció, a partes iguales, la curiosidad y la reprobación del resto de la sala, y una risa reprimida de Amparo. Solicitó a la funcionaria azafata de la isleta central los libros de apuntes que hubiera de Azores. Naturalmente, no había nada original, pero sí muchas copias microfilmadas de estadillos de arribadas y zarpas de varios puertos portugueses. Ese material formaba parte de un convenio suscrito entre los ministerios de Cultura de Portugal y España como gesto de acercamiento tras los acuerdos para la cesión de la soberanía de Miradanza —que se concretó, tras dos siglos de litigio, gracias al hallazgo de la metopa del *San Juan Nepomuceno* que rescató el cazatesoros alemán Jarmut Wassler—, y que incluía intercambio de copias de varios archivos españoles para otros lusos y viceversa. La lista era enorme, pero Germán era un chino, una hormiguita, y terminó por encontrar lo que buscaba: un galeón español, llamado *Santa Clara*, procedente de Barranquilla, atracó el 25 de octubre de 1755 en São Miguel de Açores y zarpó hacia Cádiz el 27 del mismo mes. Le sobrevino una euforia a todas luces desmesurada; golpeó sin querer su bandolera y cayó al suelo su interior: bolígrafos, tisúes, llaves, el monedero, las gafas de sol, la cajita de pastillas de regaliz

que, esta vez, no se dispersaron; cuando terminó de gatear, se golpeó la coronilla con el interior de la mesa; otra vez la noria, arriba, abajo; ya estaba a punto de maldecir su mala suerte cuando encontró la mano blanca y perfumada de Amparo; se asió a ella como si fuera un naufrago y ella su salvavidas.

El ministro del Interior tomó el sobre cerrado que venía de la Comisaría General de Información; tenía una clave alfanumérica y un pequeño sello rojo de «clasificado»; se lo había entregado su jefe de gabinete con urgencia, una prisa que venía dada por la requisitoria del propio ministro del día anterior; había interesado ese informe tras recibir una llamada de su colega de Cultura, muy excitada y alarmada por las noticias publicadas sobre los robos en el Archivo de Indias de Sevilla. Una vez más, la ministra era protagonista porque se trataba del más importante depósito de documentación colombina del mundo, pero también por la personalidad del presunto urdidor de las tramas de robos de efectos e investigaciones; el asunto había adquirido relevancia no sólo nacional, sino iberoamericana, internacional. El ministro rasgó el sobre y extrajo un documento de dos folios, y uno más clipeado, que tenía en el ángulo izquierdo la misma clave del envoltorio, y cuyo primer párrafo decía:

No se han hallado datos que relacionen al nacional Juan Moreno Terán con el comunitario James Whithdraw. No parece que los contactos que manifiestan con el funcionario Aurelio Crespo guarden relación entre sí.

El segundo párrafo comenzaba:

James Whithdraw es la tercera identidad en España del ciudadano inglés Peter Gray, nacido en Bristol en 1945. Captado por el MI6 en 1963 cuando estudiaba matemáticas en la universidad de Southampton. Profesor de la universidad de Berlín Oeste en 1967 y agente de la embajada británica en la RDA. Transmite importante información científica y militar de la Alemania del Este mediante sus colegas de las universidades de Berlín Oriental.

El informe confidencial señalaba que dos años después se registró su primera presencia en España, bajo la identidad de Anthony Deluna, cuando fue detenido por la policía militar de EE. UU. de la Base de Rota, en Cádiz. Se hallaron en su poder documentos secretos sobre el despliegue del 16.º Escuadrón de Submarinos con misiles balísticos de la Sexta Flota USA en Rota; proyectos de instalación de un Centro de Soporte Táctico para la vigilancia de las actividades de la Marina de la Unión Soviética por el Estrecho de Gibraltar. Otros documentos sobre la ampliación de la Base Militar de La Parra, en Jerez, y sobre la construcción de la autopista Sevilla-Cádiz, resumidos en el anexo clipeado:

La mejora del aeródromo de Jerez y la autopista fueron exigencias de la Armada USA para situaciones especiales. Los planos intervenidos contemplan un tramo de tres kilómetros de la autopista —entre Jerez y El Puerto de Santa María— disponibles para aterrizajes y despegues de emergencia, con balizas y luces de posición camufladas.

El entonces Anthony Deluna fue puesto en libertad por mediación del Foering Office —seguía el informe— y expulsado de España; el documento no aclaraba si actuaba para el Reino Unido, como agente doble para la antigua URSS, o en propio beneficio.

En el segundo folio, la nota de despacho indicaba que el sujeto reapareció en 1985 como Julian Wellington. Fue interrogado por la policía de Valladolid tras denuncia del director del Archivo de Simancas; al parecer, fue sorprendido intentando robar una cédula real del siglo XVIII, una cédula que extendía la herencia del Ducado de Arroyomolinos a un particular de Jerez. Se daba la circunstancia —señalaba el informe— de que esa cédula había sido pedida unos días antes por otro investigador, Luis Viñas Salamanca, a quien su familia daba por muerto, pues desapareció tras viajar a Jerez una semana después de la fecha de su consulta. «No se pudo demostrar que JW fuese a robar ese legajo», seguía diciendo el papel. En el resto del informe el individuo protagonista aparecía ya como James Whithdraw, investigador y autor de dos libros, uno sobre las relaciones de los duques de Arroyomolinos con la Colombia del siglo XVIII, y otro, menor, sobre la expansión inglesa en América. Al final del documento había unas claves —referidas a los autores del informe— que el ministro lector, naturalmente, supo interpretar: ZINT (Centro Nacional de Inteligencia), PSVQ (policía de Sevilla), MDIP (Exteriores), PPUC (policía de Valladolid) y GFOR (Comisaría General de Información).

El ministro se rascó la coronilla, devolvió el doble folio a su sobre y lo guardó en un cajón. A continuación llamó a la ministra de Cultura y le comunicó que, aparte de lo conocido y difundido por los medios de comunicación, no había más revelaciones sobre el catedrático sevillano Juan Moreno Terán, lo que la dejó insatisfecha; «mejor que no vaya a más ¿no?», le dijo el ministro; «mmm... esperaba que estuviera más pringao», contestó la florida ministra; el ministro rió para sí, se despidió educadamente y colgó. Luego ordenó a su jefe de gabinete que felicitase de oficio a los autores del informe. Veinte minutos después, en Sevilla, en la pantalla de la inspectora Robles, parpadeó un *pos-it* indicando un correo cifrado y confidencial del Gabinete del ministro; la agente de ojos azules clicó una clave y leyó el «conforme» y el «buen servicio» de rigor. Con un gesto de fastidio, lo tiró a la papelera, y regresó a los cuatro expedientes que tenía sobre la mesa: mafias colombianas y paliza a Germán Bravo; allanamiento casa de Lidia Daza; asalto vivienda de Germán Bravo; y el último, de ayer mismo, el asalto al club de submarinismo Cubu, de la Facultad de Biología.

La agente Robles se proponía llamar a Germán Bravo; recordó que el chico había estado también en el club de buceo. Él era el común en todos los expedientes. Los colombianos secuestraron a Rosita, amenazaron a Lidia y agredieron a Germán; podrían, además, haber asaltado las dos casas, pero no faltaba nada en ellas, no había rapiña, eso no encajaba; y menos aún cuadraba que fuesen los autores de los desvalijamientos del; en cambio, los métodos eran similares en los tres atracos.



Germán había salido del Archivo hacía un rato, estaba otra vez contento, otra vez Indiana Jones; escuchó el timbre del teléfono y pulsó la tecla verde; «Soy Robles», se oyó al otro lado; «Ah, hola agente Robles... ¿sabe ya quién entró en mi casa?».

—Estamos cerca ya... —dijo ella con automatismo, y añadió enseguida— oye, ¿qué fuiste a hacer al club de submarinismo?

—¿Al Cubu?

—Sí, al Cubu, en biología.

—Pues... nada, una bobada, fui a ver si podían... —dudó un instante— no se ría, agente, les pregunté si podían buscar un pecio en Cádiz...

—¿Un pecio?

—Sí, un barco del siglo XVIII que creo que se hundió allí... ya se lo comentó Lidia; ¿por qué me lo pregunta? —añadió confuso.

—No, por nada... no creo que tenga importancia, pero han revuelto también las oficinas de ese club.

—Y eso... ¿tiene que ver conmigo? —dijo, y agregó—: bueno, no son oficinas, es un sótano, un cuchitril...

—Ya, ya, no parece la caja fuerte de un banco —siguió ella—. No, nada sólo te preguntaba por si podías darme algún detalle... bueno, vale, no te molesto más, ya te llamaré —y cortó enseguida.

El joven se irritó por el brusco corte; meneó la cabeza, se quedó pensativo unos minutos; ¿por qué le habría llamado si pensaba que no tenía nada que ver en el asalto al Cubu?, ¿por qué entraron en el Cubu, si no había nada de valor? «En fin...», se dijo, tomó una pildorita de regaliz y echó a andar hacia la Universidad; iba a ver a su amigo Rubén, le pediría una carta de recomendación para tener acceso a los archivos del Puerto de Cádiz, adonde iría mañana; entonces pensó que mejor pasaría primero por la estación de autobuses a comprar el billete; pasó delante de las obras del *scalextric* que metería a Sevilla en el siglo XXI, del gran viaducto que quería combinar tradición y modernidad, pasó bajo el letrero de «La Música del Viento» y la constructora *Proseinsa* y llegó a las taquillas de la estación. Se distrajo un instante mientras le dispensaban los billetes y lo que vio ya no le sorprendió: le hizo gracia, lo vio normal: allí estaba, oculto en su tabloide de grandes fotos el seudoinvestigador inglés, con su camisa a cuadros y su tres cuartos de piel.

Su amigo Rubén le recibió relajado, contento; le dio varias palmadas en la espalda, le preguntó por Luisa —la delegada de Patrimonio en las excavaciones— en qué obra trabajaba ahora, qué tal sus pesquisas en el Archivo. Germán respondió subrepticamente a la primera, pero fue más prolijo con la segunda: para eso venía, para que le avalase como historiador, para que le franquease el acceso a los papeles del puerto gaditano. Tuvo la tentación de narrarle también sus problemas con el mundo de la delincuencia, pero se reprimió a tiempo: ello le habría obligado a contarle su rendición ante otro mundo, el de lo femenino, el de «lo» mujer, y tenía pánico al ridículo. Así que torció en oblicuo al gran asunto de los últimos días. «Ya te

dije que Moreno Terán tenía muchas agarraderas, Germán, todos lo sabían; y si no sabían, sospechaban lo que pasaba... pero no creo que le hagan nada», sentenció el profesor. Rubén redactó una carta de recomendación para su amigo, la introdujo en un sobre de la universidad y se la entregó. Quedaron en llamarse, se apretaron las manos y se despidieron.

El autobús iba más animado que de costumbre; una pandilla hablaba alto, celebraban sus indumentarias, decían gracias que otros del pasaje celebraban; también los había que chistaban o les miraban con reprobación; los jóvenes bebían de una botella de dos litros, regoldaban, iban pintarrajeados, con disfraces muy caseros. Jaleaban cada bache, cada adelantamiento, cada curva peligrosa, cada acelerón, cada ruido, cada frenazo. Poco antes de Jerez pasó por las ventanillas, en descenso, casi a tamaño natural, un avión regular, pero pareció una flotilla por la charanga de reactores del grupito de atrás. Después de Jerez vino el tramo llano, de hormigón, sin curvas ni matorrales; vino también otro estruendo, vino de la derecha y se fue por la izquierda; esta vez no era la pandilla de disfrazados carnavaleros, eran tres cazas que rayaron el atardecer, que dejaron en el cielo un pentagrama de líneas blancas que fueron engordando poco a poco hasta convertirse cirros. Germán reprodujo su pensamiento de unos días atrás, «cazas... de la Base de Rota»; reprodujo sólo su pensamiento; su compañía era ahora un señor gordo que dormía, no la dulce Lidia. Unos minutos después, los truenos pasaron de nuevo, esta vez de izquierda a derecha. El bus atravesaba el esqueleto de ballena —o puente levadizo— que dividía la bahía, el puente de cuyos costados surgían cilios y sedales como lanzas. Detrás de las Puertas de Tierra llovían millares de copos de colores, festoneaban la Catedral redes de guirnaldas, las freidurías ambulantes lanzaban fumarolas que se diluían a los ritmos de los pitos de caña. La pandilla disfrazada, hirviendo la bebida en sus vientres, salió en estampida y alboroto. Germán rodeó el monumento a La Pepa, se dejó absorber por la retícula de calles estrechas, por las casas de roca ostionera. Metió la llave en la cerradura de la casapuerta; en la mesa del salón había una nota de su madre: se había ido por unos días, pero había dejado en la nevera varias comiditas de esas que sólo las madres de cada uno saben hacer.

Por la mañana los empleados de las oficinas portuarias le atienden con fastidio, tienen ojeras, la cara descuadrada, señales inequívocas de una noche agitada. Germán enseña la carta de presentación de su amigo Rubén; el funcionario suelta un bufido y despliega el papel como si fuera un albarán de color rosa; duda, menea la cabeza, dice «esto no... me parece que esto no sirve aquí... porque... ¿qué es lo que quiere ver?», pregunta con evasivas; «mirar el archivo», contesta eufórico; «¿el archivo?», exclama extrañado el ausente funcionario; «debe ser el almacén ese del sótano», farfulla otro sin levantar la vista de la lectura del diario local. «Espere un momento —dice el primero—, voy a consultar...». Unos minutos después regresa con otro que debe de ser su jefe de servicio y que se hace cargo de la situación: «Eso lo lleva Parodi, pero no está en este momento», dice, y añade tras una pausa «de todas maneras... ahí no

entra nadie desde hace mucho tiempo; vamos, yo sólo recuerdo meter ahí cajas y papeles, pero no recuerdo a nadie que haya venido así, como usted, para estudiar...», insiste, como queriendo disuadirle. Germán se encoge de hombros, extiende sus manos («y a mí qué»); «bueno, si quiere venir... es por aquí», dice el jefe de servicio, y le acompaña hasta una escalera de bajada; luego indica a un conserje que le abra la puerta de una especie de almacén en cuyo interior se alinean en aparente desorden numerosos volúmenes de diferentes tamaños encuadernados, torres de hatos de papeles sujetos por cintas o cordeles, decenas de cajas, algunas amarillentas y todas llenas de polvo. El sótano tiene dos claraboyas alargadas que dan a sendos patios en cada una de las paredes laterales; al fondo hay apilados muchos muebles, cuadros, caballetes y varios manojos de listones de distintos largos.

Lo que parece ser el archivo del Puerto de Cádiz huele a humedad; es lógico porque en Cádiz no hace frío, hace humedad; y es ciudad trimilenaria, pero allá abajo había a polvo tetramilenario; olía a muy cerrado. Germán vuelve a la planta superior y reclama a alguien que conozca como comenzar en aquella enorme papelera; «espere un momento, a ver si viene Parodi...». Por fin llega Parodi; es una funcionaria de unos cincuenta años que viene cargada de bolsas de comercios; «estaba desayunando», dice, y agrega que estuvo años atrás poniendo un poco de orden en aquellos papeles. Ya abajo señala con el dedo «de aquí a aquí está encuadernado todo, desde 1908 hasta ahora. Para atrás, y hasta 1800, está en esos libros sin encuadernar ni clasificar», dice la empleada del estado. «¿Y antes de 1800?», pregunta el joven. Ella ríe subrepticamente y le indica otras estanterías con cajas: «todo lo demás está ahí», concluye, y abandona la sala con aspavientos de estornudo. Germán queda anonadado. Tras unos momentos de duda, decide comenzar a abrir cajas, de izquierda a derecha. Algunos rayos de sol, rayos fríos, penetran a través de una de las claraboyas y se detienen en las pilas de cajas blanquecinas; el joven sigue con un dedo la estela del rayo, lo pasa por encima de la caja; su huella descubre debajo un color marrón oscuro y deja en su yema un montoncito pardo claro; escribe sobre el polvo de la caja «*parodi, parodi, parodi*».

Al final de la mañana Germán regresa a casa sin nada nuevo. Su madre se ha ido por unos días con unos amigos, pero le ha dejado varios guisos en el frigorífico; picotea de casi todos y se propone que por la noche saldrá de carnavales, y en eso anda cuando cae en el sofá y se va quedando dormido, penetra en el culebrón de la sobremesa, en casas destartaladas y salas polvorientas, bucea entre crustáceos soldados al maderamen, se ve marcando tipo entre disfraces y caretas, le regresa de la siesta el trueno de una cajabombo destemplada que procede de una murga de la calle. Por lo que ha oído, este año la de «El López» es la caña, no veas que aje tienen los de «La Marga de Rota», pisha, qué tipo, qué arte...; también quiere escuchar el coro «Los Pícaros Turlurones», el primer coro de un país iberoamericano que participa en el concurso del Teatro Falla, un coro de la ciudad centroamericana de San Theodoros que ha levantado expectación, no porque pueda competir con el ingenio gaditano, eso

ni se discute, sino porque presenta una factura tropical, brasileña, más del carnaval de Tenerife, pero que ha elegido Cádiz, como debe de ser; estará la Plaza de El Palillero. Ese lugar le trae recuerdos de su parte más instintiva, le lleva al paraíso animal adonde entró por la boca de Lidia mientras el erudito Beltrami disertaba sobre las colombianas, sobre el cante por colombianas. Se duchó, se quitó las miasmas del almacén portuario, se cambió de ropa y salió al bullicio; caían templadas hilachas de humedad, se pegaban a la piel desnuda de los brazos, se asimilaban al salitre, y surgía de su cuerpo la pasta resultante con la forma de su cuerpo, y era ese trasunto autómatas, en lugar de él, el que avanzaba por el plano de callejas asimétricas hasta que desembocó en el Palillero.

Volvió al otro día al polvoriento almacén portuario. Estuvo ausente anoche, como drogado por el clima y el ambiente. Eran voluntariosos «Los Pícaros Turlurones», pero nada más; mucha voluntad, mucha brillantina y cartonaje, pero nada que ver; eran un auténtico coñazo los de San Theodoros, aplausos de cortesía y ya está. Se trajo una máscara —una de esas blancas para respirar— y unos guantes y retornó al océano de papeles y documentos sin ordenar, ilegibles unos, muy deteriorados otros, difíciles de interpretar los más. Poco antes del mediodía halló en la tapa de una caja descuajada una inscripción a mano que decía: Maremoto de 1755. La abrió y encontró declaraciones de pescadores y marineros que alertaban de un embravecimiento anormal del océano; el libro de arribadas de barcos los días precedentes al maremoto. Reclamaciones de vecinos de los barrios afectados, relaciones de desaparecidos, de enseres perdidos o destrozados. Encontró, por fin, en un informe final de la catástrofe, que algunos vecinos vieron acercarse un galeón sin identificar, pero que no fue capaz de sortear la tormenta y, después de varias horas de intentos por eludirla o acercarse a los muelles, desapareció bajo el agua. Pleno de excitación, Germán telefoneó a Lidia y le comunicó su hallazgo, la noticia de un naufragio en otoño de 1755 provocado por el violentísimo maremoto que arrasó barrios enteros, un naufragio del que no hubo supervivientes ni aparecieron restos. «Era el *Santa Clara*, seguro, todo coincide, la carta de tu tataranosecuántos, la fecha de salida de Barranquilla, la escala en Azores...». Ella le felicitó y aseguró que estaría en Cádiz en un día. Él agradeció al dios de los vientos la inminente llegada de Lidia y la aparición del documento que aclara la travesía del *Santa Clara*. Ahora tiene que arreglárselas para que el monitor del club de submarinismo de Sevilla —Arturo, cree recordar que se llamaba—, haga varias inmersiones hasta localizar el pecio; no sabe cómo pagarle... ah, ya, le ofrecerá un tanto por ciento del tesoro que seguro que encuentra... pero, no, tiene que disfrazar eso, porque Patrimonio seguro que reclama los restos, uff, que lío...

Está contento el novato arqueólogo en prácticas, el buscatesoros imaginario, apaleado romántico, recién enamorado, porque «¿será esto Amor?», se pregunta; «nunca me había pasado», se dice. «Bueno, está rico, mientras dure... pero... ¿y si se acaba?», se zahiere... «fuera, fuera ese pensamiento», y se obliga a fijarse con mucho

interés en objetos cotidianos de su casa gaditana, una percha, un costurero, unas tijeras de manicura, una revista, un mechero, lo que sea para echar de su cabeza el sombrío pensamiento. Esta noche saldrá de nuevo; irá por La Viña y El Mentidero, a ver callejeras, a ver si se topa con los de «La Marga de Rota»; es el mejor «El López», cómo juega con las palabras el tío, qué humor tan fino, qué distinto a las groserías de otros, qué pedazo de pasodobles; y qué culpes. Va de la guerra de Irak; parodia los numeritos de esas cantantes que el ejército invasor de USA y Gran Bretaña se llevan al frente para levantar los ánimos de los valerosos marines que defienden la libertad con gas prohibido, con torturas, etc. bueno, de todo eso de las armas de destrucción que no había, de cómo las empresas de las que procedían Bush y sus allegados se han beneficiado, de los más de cien mil iraquíes muertos —y 1500 marines, sí, también de ellos—, de lo tranquilas que son las calles de Bagdad y las ciudades de la antigua Mesopotamia, en fin, de lo de la Guerra de Irak va la chirigota callejera «La Marga de Rota». La cosa va de que los vecinos de Rota ofrecen a los marines de la base militar una noche de diversión con La Marga; no veas la que lían, no veas qué aje, qué crítica tan mordaz, tan fina, qué cosa tan despiadada, tan dura, la guerra...

Nuestro hombre está feliz: está seguro de que el galeón que naufragó cerca de Las Puercas en 1 de noviembre de 1755, en pleno maremoto, era el *Santa Clara*; mañana vendrá su chica; no le costará mucho convencer a Arturo, el monitor del Cubu, de que haga varias inmersiones, que le localice el pecio *Santa Clara*, que halle «el cargamento» que sacó Rodrigo Daza a toda prisa, «¿será oro, serán monedas, serán perlas, qué será?», se dice electrizado, seducido por la media luna que se va y por los disfraces, por las coplas y jaranas, por la orgía anual de Carnal y Cuaresma. Camina levitando por animadas traveseras, desemboca en San Antonio, dobla hacia La Viña; casi se tropieza con el cordón de su zapato nada más pasar la esquina; se detiene y se agacha para atarlo; se le lía la bandolera en la rodilla, le estorba, pero lo consigue; es un hacha. Justo cuando se levanta aparece ante sí el gigantón Whithdraw. Confusión. Se chocan, eso no es nuevo pero, por vez primera le parece una presencia diabólica, el flexo de un interrogatorio de la Stasi —o del Abwehr, o de la Pide, o de la Social o de la Dina—, están frente a frente; la cara del otro es de pocos amigos, tiene minúsculas venitas rojas por todo el rostro, también rojos los ojos, y el cabello pelirrojo ligeramente plateado; los picos del cuello de una camisa de franela de cuadros grandes asoman por la chupa de cuero negro. Germán hace un intento de entablar conversación («¡qué casualidad!», cree que dirá) pero el otro no está de bromas, mira varias veces a derecha e izquierda, atrás y adelante, él se asusta, pinta este mucho peor que los colombianos que le atizaron, no entiende qué le pasa, será que tiene imán, que atrae a los matones. Las risas de un grupo de festeros abortan el encaramiento y el joven se agrega a ellos, y con ellos gana la plaza del Tío de la Tiza, la calle La Palma, se le va pasando, La Cruz Verde, la Plaza de La Libertad, ya se le ha pasado. Ha visto algunas buenas agrupaciones, «Las Pornochachas», pero también

mucha bazofia; y de «La Marga de Rota», nada de nada.

Bueno, toca retirada, mañana viene su chica, llamará al buzo del Cubu, hará el amor con ella, le explicará bien lo del maremoto, harán el amor, saldrán de carnaval, a ver si ven de una vez a los de «El López», harán el amor, espera que lo harán... cree. Germán se aleja de la bulla, se encamina por el dédalo de calles asimétricas, guiado por balcones y geranios como un murciélago borracho, atajando por trasmanos y revueltas solitarias, rozan sus zapatos los bordillos y adoquines, se escucha el eco filtrado de tacones en las minúsculas aceras, mira hacia arriba, al mercurio de la noche, parece que las cornisas de las azoteas se tocan, late más fuerte el silencio por segundos, le vuelve un latido de miedo, hacía mucho que no tenía miedo en Cádiz, es una presencia tenebrosa el silencio en ese delta de traveseras y callejones, le lleva la corriente por los meandros curvilíneos de las calles de Cádiz, es un leucocito por el delta de venillas rojas y la malla de cuadros de camisa de franela de las calles de Cádiz, lo ve oscuro, se oye el eco filtrado de tacones en las minúsculas aceras, pero él no lleva tacones; se detiene bajo el farol parpadeante de una esquina, no respira, ahora el eco es no filtrado, es claro y seco, de tacones en baldosas, pasos al compás que a su compás se paran. Ve con los rabillos sombras que titilan, sombras a su lado de distinta intensidad, sombras que se mecen impasibles bajo la luz que agoniza en el fanal. («Debería mirar atrás»), se dice, pero no se atreve («debería correr»), le empuja su instinto y emprende una carrera, una huida de su sombra en el farol, desemboca en Candelaria, una Plaza a media luna, vacía como un estruendo, silenciosa, encantada, con los dragos y las secuoyas sentadas en los arriates, esperando un desenlace; es el centro de todas las fachadas, el vórtice de todas las nanas de los niños que jugaron por el día en los jardines, la esponja de todos los flujos y sudores de los adolescentes que han quedado prendidos de las ramas de los árboles; todos le miran, todo le señala, nadie le ayuda: aguardan el desenlace, como la plebe romana ansiaba en el circo los gritos de angustia y el olor de la sangre.

Huye por el burladero de uno de los rincones, otra vez se sumerge en el mapa jeroglífico, en el laberinto de calles y pasajes, en la urdimbre de arcos y arquitrabes, dobla esquinas que conducen a tres caminos, el Pópulo, Santa María, Garaicoechea, boquea, derrota como un toro acosado, La Libertad, El Vestuario; se detiene en un portal, se queda quieto; sus diástoles, sus inspiraciones, sus ruidos corporales le protegen del metálico compás del silencio, del vocerío de la soledad, del espanto de la quietud. Silencio, nadie, quietud. Ruidos de viento en remolinos, leve chirrido de dientes de rata, suave golpeo de postigos, lejano rugido del camión de la basura; se acompasa su respiración, bajan sus pulsaciones, el sudor se vuelve frío. «Uff, creo que le he despistado», se dice con poca convicción. Pasan los minutos, vienen de la alcantarilla sonidos de dientes de rata. Pasan los minutos, «voy a salir», se dice, animándose, dándose palmadas. Pasan minutos y minutos, se ha ido la media luna, «voy a salir ya, me estoy quedando helado»; se mueve, estira los músculos, va a salir, va a salir ya, se va a asomar, sólo están los ruidos normales de la noche, el chirrido de

dientes de rata, ya sale y es otra oscuridad mayor que la noche la que le cierra el paso: la estatura de Whithdraw tapa por completo la puerta del portal, de la sombra sale una manaza, una horquilla hacia su cuello, le alza unos centímetros, le aplasta contra la pared, no puede respirar, regurgita apenas; la otra mano esgrime una pequeña pistola negra, ésta es de verdad, tiene el cañón un poco más largo y grueso, es una beretta con silenciador que apoya en su sien el agujero estriado; la sombra masculla «*shit spaniard*», y Germán agita sus brazos y sus piernas como un pulpo enloquecido.

«Shit, shit, shit», maldice el gigante; retira la pistola, afloja la garganta; le tapa la boca y le ordena silencio con el índice cruzado en los labios. Germán puede oír claramente el compás de un tambor, el sonido vibrante de unos pitos de caña. Whithdraw se asoma y maldice de nuevo: vienen unos soldados... no, no son soldados, bueno, van disfrazados de soldados, pero con guerreras rotas, botas rosas, cascos de Astilleros y condones por medallas; vienen soplando un tubito, lanzando piropos a una mujer exuberante de grandes globos como pechos, en *body* de látex y medias de red, rubia teñida, como Madonna. A la altura del portal el tambor redobla por tres veces, la charanga se para. «¡Eh, algo se ha movido ahí!», exclama el sargento.

—Ehhh —grita una soldado—, si molestamos nos vamos.

—De eso nada —dice la Madonna— vamos a alegrarles la carga con el arte de La Marga.

El grupo suelta una carcajada larga, pero blanda y desgana, graduada de alcohol. Whithdraw sale del portal con una sonrisa de *atrezzo*; de un salto, empujando al grandullón, sale también Germán.

—Anda —dice otro falso soldado norteamericano— si son dos tíos...

—Como si son cuatro —ataja La Marga—, ya que nos hemos parao, que se coman un cuplé —y de corrido se lo cantan:

Estaban muy contentos, de mil amores,  
los tres guardianes del mundo, en las Azores;  
salieron los tres muy guapos en casi toas las fotos  
pensé que eran muñecos de aquellos de comecocos.  
Lanzaron contra los moros todos sus barcos y sus aviones,  
la gente no quería guerra y protestó en manifestaciones.  
Pero ellos, erre que erre, venga a echar bombas con toa la inquina,  
se ve que más que la paz y la libertad, les traía cuenta la gasolina.  
Pues pa bajarles los humos yo les propongo darles trabajo,  
que curren un poquitito y que se mezclen con los de abajo.  
Yo pondría al del bigote, con la esponja y con la artesa,  
a limpiar la suciedad del que pone los pies en la mesa.  
A Blair le pondría en el metro, corriendo y con mochila,  
a ver si le tiran a dar sus brillantes policías.

Y pa acabar con el tejano, yo tengo una buena receta,  
al Bush le pongo en la teleanunciando una galleta.  
No había acabado la befa para desgracia del matón: quedaba el estribillo:  
Soldadito americano, si no te funciona el arma,  
vente pa Rota de Cai, que te la arregla La Marga.

Eran «La Marga de Rota», la chirigota de «El López», por fin se los encontraba, qué peazo de tipo, qué arte tienen los tíos... y las tías, que peazo chirigota, joer, que guapo. Los tíos y las tías se quedaron tocando los pitos ante las narices del gigante inglés unos cuantos compases más; tenía una risa impostada el sesentón pelirrojo, una mueca sardónica más que una risa, iban a estallar sus dientes de rata de cómo los apretaba. Allí estaba, la *Beretta* y el silenciador sujetos por el cinturón a su espalda, encima del culo, mientras el ritmo del tambor rodaba calle abajo, hacia la Plaza de las Flores, con La Marga y sus soldados marcando tipo, y un tipo desaliñado, exultante y rescatado, marcando el paso con ellos.



## ENTONCES SE FUE EL MAR

Sabemos que Pedro Arbolí navega hacia España, asociado con Rodrigo Daza, en un galeón *Santa Clara*, que antes era *Río Tinto* y, antes aún *Reine Charlotte*. Sabemos que lo hizo porque quería ser de ley, quería marear por su cuenta, y sabemos que Caraccioli le dio la venia. Pero no sabemos cómo llegó a este viaje. Llegó pensando; el de Niebla pensó: con su currículum de delincuente pasaría a ser un ladrón de guante blanco, pero su barco era negrero. Había que reparar el buque francés para adecuarlo al comercio y renombrarlo después. Así que sin salir de la guarida, reparó casco y mastelero, puso un nuevo cabrestante, repuso los cañones con restos de botines, repintó los emblemas de las velas con símbolos cristianos y españoles. Faltaba el nuevo nombre. A la hora de nombrar Pedro se fue a lo seguro, a recuerdos del terruño; ¿qué tenía de especial el condado aquel de Huelva al que Góngora —a su dueño— mencionó en su más barroca fábula? Mucho pasto, desde luego, mucho cuero, mucho gremio maderero, mucho cerdo bellotero cuyas patas, resecadas a la sal, daban ya una especie de cecina, alimento para pobres, aunque dos siglos después, será el rey de la cocina. Todo eso había en Huelva y mucho más, muchas minas y metales, muchas setas, mucho corcho y un río singular. Era un cauce como tantos, pero el agua no era clara ni sabía cómo todas, era ácida y salobre, decían los doctores que curaba enfermedades. Pero era otra la virtud que distinguía a este río, pues por demás de su sabor, el color era tinto, tinto como el vino tinto, era púrpura y cromado el color que a ese río daba un aura de leyenda. «¡Ya lo tengo!», dijo Pedro; dicho y hecho, y ordenó a un pintor que aplicase al gabacho sustantivo un onubense repinto: aquel negrero francés fue a llamarse *Río Tinto*.

El *Río Tinto* se dio a navegar al oeste, a sotavento, bordeando cabos y bahías, sorteando los golfos y las costas de la Nueva Granada. Tomó de tripulación a dos indígenas, cuatro piratas de la *Gata Negra* y dieciséis guerreros yoruba del cargamento de ébano rendido por Lavoisier. Llevó lo imprescindible al camarote de popa, el que tenía jergón, mesa, silla y anaquel, y puso en él libros de filosofía y una caja, un pequeño cofre de madera reforzada con pletinas de metal; un tesoro en esa caja, una luz amarillenta, varias lascas de la veta principal de la oculta mina de ámbar, gemas extraordinarias que fulgían por sí solas, que no precisaban de luz, pues la luz de seis milenios y el aire de esa luz se escondía en todas ellas. Derrotaba el *Río Tinto* hacia puertos y ciudades bien pobladas, Riohacha, Barranquilla, Santa Marta, Cartagena, quería Pedro Arbolí darse a conocer en esos mercados y puertos; en otros más pequeños que se topa en su navego se identifica y acopia para el empeño.

Los negros de su tropa son buenos marineros, son incansables obreros, pero no debe el blanco saber de los ritos africanos, pues ellos saben hacer, es un eterno saber. No supo ni quiso saber el capitán de Niebla de las misas y conjuros que ocurrieron en bodega a poco de zarpar el *Río Tinto* hacia la Granada Nueva. Fue un estertor ventral, confundido en la noche por los silbos y bramidos de ballenas y gaviotas, compases

que percutían sobre todas las cubiertas, que se fueron de amanecida, a la hora de las brisas, al momento del silencio que preludia el tránsito diario de la sombra a la plena luz del día. El caso es que, tras los ruidos y ceremonias que de seguro harían los yoruba en el sollado, en la misma bodega en que estuvieron encadenados junto a excrementos y heridas, aspirando el olor de la sangre de sus muñecas y de sus rotas espinillas; el caso es que, tras esa noche de velas y aroma de semillas, esa noche junto a las vigas y alfajías con argollas y mamparas desmontables, esa noche en la bodega fabricada inconfesable a medida en el astillero de Pasajes; el caso es que el día que siguió a esa noche tenía dos menos la marinería, dos guerreros negros Fon no aparecieron. Nadie se lo dijo a Pedro Arbolí, pero se supo que Yotuel y Siwanda, que eran del *Río Tinto*, despellejaron dos cuerpos vivos, descuartizaron sus miembros y los lanzaron al agua; hicieron lo que oyeron a Mawú que había que hacer con los malos cuerpos, vengaron los espíritus de la traición nefanda de quienes quitaron la vida a Alioshi y Uhanna. Nadie exigió cuentas de las cuentas que arreglaron los Yoruba por su cuenta, pero los catorce Fon que quedaron a bordo parecieron liberados de una mancha de vergüenza.

Jornadas más allá, el *Río Tinto* fondeó a dos millas de Barranquilla, al abrigo de un pobladillo de indios y criollos en escala de provisión; fue un muy fácil ataque, sin corbetas militares, sin aduana ni registros. Luego se sabría por qué, pues recibió allí las nuevas de que la escuadra de Norton sitiaba Cartagena. Mandó, a su vez, Arbolí emisarios a la busca de socios para el pasaje y recibió contestación: un comerciante avezado le invitó a hacer sociedad para comerciar desde España, un tal Rodrigo Daza. Sólo le puso pegas al nombre del galeón, pues para comerciar —decía— había que estar registrado y él tenía el documento de un barco que hace poco que perdió; sólo le hizo Daza repintar el *Río Tinto* con el nombre de *Santa Clara*, y ahí se rió para sí el avezado expirata, pues ése era el barco que hundieron unos dos meses atrás cerca de su fondeadero y si ése lo reclamaba es que algo tenía que ver; fuera lo que fuere, había que firmar, ya lo averiguaría más tarde, cuando el buque y su carga alcanzaran alta mar.

Al amanecer del 30 septiembre de 1755 Rodrigo Daza informa a la Capitanía de Barranquilla de su salida y zarpa rumbo a España a bordo del *Santa Clara*. Navega dos grados de través, contra el viento, toda la tripulación a rebato, girando masteleros, izando y arriando velas, equilibrando lastre, porque el *Santa Clara* derrota a toda vela pero va muy lento, navega al milímetro, silencioso, ahora a barlovento; por la noche se dejará ir al paio; hacia el sur, a su babor, la marinería distingue entre la bruma del horizonte un centenar de manchas, apenas pinceladas negras con pequeñas luminarias: está bordeando la retaguardia de la flota de Norton que sitia Cartagena. Unas horas después las fogatas de los galeones y navíos de guerra ingleses están ya a popa, son imperceptibles hilos grises que se deshacen en el clamor de la aurora. Pedro Arbolí y Rodrigo Daza suspiran en las regatas, junto a la rueda, enganchados a las jarcias. El *Santa Clara* acaba de superar una de las más peligrosas etapas: el cruce

con la armada británica. Ahora navega ligero, sigue a barlovento durante cinco días hasta ganar la costa sur de La Española. Enseguida se verá empujado como una peonza al fondo de saco de las corrientes y los vientos del golfo de Florida; apenas hay que vocear, apenas hay que laborar a bordo, pues es una milagrosa fuerza de la naturaleza la que mece el barco como el viento voltea un cesto de mimbre. Rodea la isla, gira 180°, parte por la mitad decenas isletas de sargazos, encamina su proa a las Azores, adonde llegará en veintidós días con la suerte de su parte, pues por raro que parezca, no se ha cruzado piratas, corsarios ni flotas.

Los días son tranquilos en esta travesía; Rodrigo Daza tiene mucho tiempo para encontrar a bordo lo que busca, pero quiere estar solo en ese menester y, claro, la soledad en un barco es casi imposible. Este *Santa Clara* —o *Río Tinto*, piensa Daza — es igual que el *Santa Clara* que él conoce, pero tiene diferencias en adornos y pinturas, son otros los olores y resinas; es distinta la bodega. Una tarde de siestas Daza percibe una salpicadura de decepción cuando, al fin en soledad, revisa en persona la bodega: un lametazo de angustia, pues no hay alacena, no tiene aquella carbonera oculta donde guardó el oro que robó en la vuelta de Portobelo a la ceca de Santa Fe. Se da cuenta de que es un alguacil alguacilado; creyó que engañaba a Arbolí, pero resulta que él es el timado. Lo primero es mirar si le han robado también las exiguas pertenencias que guarda en su litera: respira calmado, sus cosas están ahí; entonces puede que Arbolí sepa menos de lo que cree que sabe. Se empuja a hablar a las claras con él, le preguntará sin ambages de dónde sacó este barco, a ver si se le escapa qué pasó con el oro de la alacena. Se acoda en la regala, espera que aparezca Pedro Arbolí en cubierta. Y aparece:

—Parece que buenos vientos alientan nuestra aventura... —dice Daza picajoso.

—Hasta no llegar a Cádiz no hay aventura que valga —dice severo Arbolí.

Hacen los dos una pausa, se notan desconfianza, se miran de reojo, uno cree que el otro le engaña con el trato, el otro cree del uno que le quitó el oro robado; ambos piensan, por su parte, que ya vale de disfraces, que será mucho mejor que las cartas muestren los ases.

—Está bien, Arbolí —suelta Daza de repente—, este barco, desde siempre, se llamó *Santa Clara* y yo su concesionario; contadme de una vez por todas la farsa del *Río Tinto*.

—Es cierto, socio Rodrigo —dice un Pedro muy templado—, pero vuestro barco fue atacado por Caraccioli el pirata, se lo llevaron todo, mataron o apresaron todos los marineros.

—Y vos ¿qué hacéis aquí? ¿Acaso erais del barco? No os recuerdo...

—Alguno logró huir nadando hasta la orilla desde donde pude yo ver todo lo que ocurría —decía Pedro asombrándose a sí mismo de su capacidad de inventiva.

—¿Y cómo ahora estáis al mando? —dice el otro, sin creencia.

—Inexplicable, señor, pero el pirata se fue solo con el botín, no quiso hundir el barco; quizá vio a la armada o tenía prisa por algo.

—Y vos... ¿sois marinero?

—Señor, entiendo de todo; me abalancé al barco y lo conseguí amarrar en una cala cercana; soy bandolero, señor, de las costas de Nueva Granada; reuní entre mi tropa y estos esclavos negros la nueva tripulación, arreglamos el barco y le cambiamos el nombre y algo del aspecto para marear de nuevo.

Una ráfaga de viento remueve el tricornio de Daza, pero no se menea el pañuelo de Pedro; el galeón queda al bamboleo, enseguida lo equilibra el que mueve la rueda que mueve la barra que mueve el timón que gobierna la barca. Sigue el viento. El capitán dirige las maniobras, Daza se va por el foro, pero recela, la historia tiene sentido, pero podría ser historieta; en este caso, el oro estaría a bordo, aún podría encontrarlo.

En Saô Miguel de Azores el mar está extrañamente encalmado; la maniobra de aproximación a los pantalanes del puerto ha sido sencilla, sólo con el torno de proa, los cabos se han anudado en los bolardos a la primera y el barco se abarloa al muelle con un chasquido apagado. Desembarcan la tripulación y algunas mercancías, pues intercambiarán varias cajas de ron por otras tantas de porto y sendos sacos de tabaco por otros de café. La negrería deambula por su cuenta, se aleja del poblado para realizar exequias, cantos y ofrendas de supervivencia, pues Ogún sólo les protege fuera de tierra firme si le honran cada noche. Pedro Arbolí y Rodrigo Daza conversan con los locales en las tabernas. En ellas les manifiestan que varias fragatas inglesas han partido días atrás tras de la flota de Norton; los ingleses —dicen— iban seguros de que esta vez ganarán el gran bastión español, que romperán Cartagena. En el rostro de los nativos, sin embargo, ven la huella de un pavor desconocido. Les han relatado también que, al norte de Isla Graciosa, ha desaparecido una línea entera de peñones. Ocurrió ayer —siguen diciendo los azoreños— después de un prolongado rumor cervical que encogió el corazón de todos los habitantes del archipiélago: fue al amanecer del día anterior: comenzó apenas como un leve zumbido, pero se fue prolongando y abriendo, era una vibración calurosa, se percibía por todo el cuerpo, no sólo por los oídos, un susurro que venía de doquier, un eco al que las nubes le hacían de escudo, que reverberaba como un gemido sordo y monocorde, aunque *crescendo*, un sonido que terminó con un ligero temblor de tierra y una espumosa marejadilla. Eso les dijeron con pavor no disimulado.

Unas millas más hacia el este está Cádiz, el destino de Daza y Arbolí. Es la ciudad y puerto de mayor efervescencia de España. Hacía varios años que Cádiz había sido beneficiada del decreto real por el que pasaba a ser, en lugar de Sevilla, el puerto de referencia del tráfico con América. Era, pues, Cádiz en un agitado y convulso zoco, rico y trapacero, consciente de su prelación y su riqueza por causa del comercio de Indias. Pese a la resistencia de Sevilla, el gobernador del Consejo de Indias, Andrés de Pez, y el Intendente general, José Patiño, lograron el favor real para trasladar a Cádiz los Tribunales de la Casa de Contratación y el Consulado. Los hechos se imponían a las razones de Sevilla, pues los barcos eran de mayor quilla y

embarrancaban en la barra de Sanlúcar: hasta 90 días emplearon algunos navíos en remontar hasta la Torre del Oro. Así que al abrigo de las flotas comerciales, de las guarniciones militares y de toda su barahúnda administrativa, se desarrollaron gremios de impresores, toneleros, vinateros, calafateros, algodoneros, carreteros, traficantes, en fin. Se muta Cádiz en un mosaico de razas y lenguajes, de nuevos oficios y de trapaces. Se establecen nuevas milicias para la escolta del transporte del oro y la plata americanos; se dobla la población, primero con transeúntes, que luego serán residentes.

Esta nueva perspectiva, este fulgurante crecimiento económico y comercial da lugar nuevas familias y protagonistas destacados, tanto en lo militar como en las letras o en la ciencia. Como, por ejemplo, don José Cadalso o don José Celestino Mutis. Era un sabio José Celestino, un naturalista y también botánico, médico y matemático; y también filósofo, astrónomo y teólogo; y también sacerdote y canónigo; y también fue perseguido por la Inquisición por copernicano; y fue médico real de Fernando VI, y médico del virrey de Nueva Granada. No paró Mutis hasta lograr de Esteban de Mesa fondos para crear el Jardín Botánico de Mariquita y el Observatorio Astronómico de Santa Fe. Hemos dicho que era muchas cosas Celestino, y fue cierto, pero lo más fueron sus fórmulas medicinales, sus compuestos naturales para curar enfermedades. Y entre ellas, la quina: hasta siete especies distintas clasificó y luego prescribió para otras tantas malarías; tanto hizo que temblaban los bichitos ante la ciencia de Celestino; y temblaban de gusto sus coetáneos ante su ciencia, y ante los dibujos y pinturas que ilustraron sus catálogos. Fue un precursor de la Ilustración José Celestino Mutis en aquel embrión de Europa, en aquellas Indias expropiadas, en aquel Cádiz de Oro.

El fulgurante crecimiento económico de Cádiz, sus nuevas perspectivas, dieron lugar también a nuevas arquitecturas. Así que las sinuosas callejuelas del interior se adornaron con ostentosos palacios civiles, severas instalaciones militares y austeros templos religiosos. Pero también surgieron casas de roca ostionera, de corales y de cal, con rejas y balconillos, casas de dos alturas y torres sobresalientes —planas unas, otras abovedadas—, casas con patinillo, trastienda y sobrado —incluso pozos con puteal de mármol— que erigían las nuevas clases medias gaditanas y la sobreabundancia funcionarial. Viviendas de exterior posbarroco y señorial, pero de interiores ilustrados y románticos: mesas, sillas, cómodas y anaqueles de teca y caoba, de formas suaves, lacadas en colores claros; cristales y espejos biselados, lámparas de lágrimas, vajillas y cuberterías de plata, jarrones de porcelana de la China, visillos y tapetes de seda con encajes de borda fina. Y bibliotecas. Se llenaron esas casas de colecciones de libros, de cuentos y enciclopedias, de tratados y novelas, de biblias y catecismos, libros de primorosa impresión y portadas grabadas en piel de cordero y papel cebolla en las ilustraciones. Entraba la Ilustración en las casas, fue el Siglo de Oro de Cádiz.

Vinieron nuevas clases emergentes cuyo desarrollo iba acompañado de pequeñas

sagas que entretenían el imaginario local, de historias más o menos ejemplares, más o menos repugnantes, que las consejas del populacho se encargaban de engrandecer, generalmente hasta lo insólito. Hubo por entonces dos mujeres luminosas entre las demás gaditanas. Las dos tenían *glamour* y eran muy brillantes por los apelativos con que eran referidas: una era Oro y la otra Hore, aunque apodada Sol. La primera era hija del afamado torero Paco de Oro, se llamaba Josefa y solía acompañar a su padre en sus giras taurinas americanas; pero resultó que la niña se aburría con su padre en la plaza, y se iba de tabernas; y como le gustaba cantar, lo hacía entre corrida y corrida; y cantando entre corridas llegó a ser una célebre cantaora, recordada como Pepa Oro; y resultó que en las idas se llevó tangos de Cádiz, que en venidas trajeron distinto son de base, con otro ritmo modulados, y entre idas y venidas, se trajo la Colombiana. No era rubia, pero lucía de apodo, oro, siglo de oro, Pepa Oro. Tampoco Hore era trigueña, pero era como el sol de luminosa. Hubo un chascarrillo muy continuado en torno a la vida de Doña María Gertrudis de Hore, versada en letras, acaudalada de cuna, bellísima y vanidosa. Era por estos últimos atributos por los que su nombre estaba permanentemente prendido en las bocas de los gaditanos. Que si pasaba las mañanas entre afeites y ungüentos, que si gustaba de admirarse en los espejos, que si los cojines sobre los que se arrodillaba en la iglesia tenían finos brocados de oro y rojo terciopelo; tanto se extendía la fama de sus cualidades cosméticas que pronto fue conocida como La Hija del Sol. De este modo alimentaba los comentarios populares, hasta que a la edad de 36 cayó en un profundo pozo de melancolía. Ahora la veían en su carruaje, bella y ojerosa, la mirada perdida, con el aura del anhelo no correspondido en su torno. Estaba casada desde los 20 con un opulento y apuesto caballero que, naturalmente, percibió la mutación de su linda esposa, pero pareció respetar su repentina y duradera introversión. Fue muy comentado el ingreso de La Hija del Sol en el convento de las monjas de Santa María, donde profesó regla hasta morir. Atribuyeron los directes y boca a bocas —los mismos que rumoraban por envidia sobre Pepa Oro— dos posibles causas a su singular proceder: la supuesta vuelta de un joven a quien amó secretamente en juventud y no podía poseerlo ahora, ya matrimoniada, decían unos; otros que fue el marido, celoso de sus atributos, del resplandor que destellaba, quien la obligó a la clausura. Unos terceros dijeron que ella, aterrorizada de que sus encantos juveniles se apergaminasen con el paso del tiempo, quiso evitar esa torsión ocultándose de por vida hasta su muerte.

Apenas tuvo más relación con nadie, sino consigo misma y sus superiores. Es verdad que en una ocasión recibió la visita de una duquesa jerezana de quien oyó que cayó triste y deprimida al caer así su hija; Gertrudis de Hore soñó que la noble, de nombre Clara Cereto, a más abundamiento duquesa de Arroyomolinos, quedó introvertida a causa de un repugnante asunto familiar que afectó su hijita Clara, Clarita, que iba a ser la reina de Andalucía, pero algo terrible pasó que cayó en anorexia, piel ceniza, muda y exprimida, y su madre se apagó, y escribía, como ella, poesía. Eso soñó La Hija del Sol el día que recibió aviso de su visita, y por ella

rompió el encierro y todo un sábado estuvieron las dos mujeres con sus tristezas y cuitas. El caso es que de ella chismorreaba la ciudadanía, así entretenía Cádiz los intervalos entre compra y quita, entre vende y dita. Pero todos callaron la mañana del 1 de noviembre de 1755, cuando un fortísimo temblor acompañado de una ola gigante destrozó todo el barrio donde se asentaba el convento de Santa María, pero ni una campana sonó, ni un santo cayó de su hornacina, quedó incólume la abadía, dijeron que por la divina intervención de doña María Gertrudis de Hore, La Hija del Sol. No sería el único milagro ocurrido en Cádiz aquel funesto y tempestuoso día de Todos los Santos.

También en aquel otoño de 1755 se encontraba en Cádiz Don José Cadalso, un ilustre ciudadano, de gran sensibilidad artística y predicado estratega militar. Era un poeta soldado. Era de Cádiz, hijo de un comerciante de origen vasco que hizo fortuna en el tráfico americano. Eso le permitió tener una educación singular: con los jesuitas en Cádiz y en París. Le permitió viajar por varios países europeos y hablar varias lenguas antes de establecerse en Madrid, donde ingresó en el Regimiento de Caballería de Borbón, pues hacían falta soldados para tanta guerra externa y estúpida. En Madrid estaba instalado, tenía una especie de liceo de aprendizaje rápido; luego se trasladaría a Salamanca. Pero estos días había venido a su Cádiz natal, pues había recibido una carta de Jean Racine, hijo de Jean Racine, que le comunicaba que su hijo —el nieto del escritor— estaba por Andalucía de misión diplomática, y que le gustaría que le acompañase a visitar las instalaciones del Arsenal de La Carraca, en la Villa de La Isla del León. Se trataba de la más moderna instalación de la marina de guerra de Europa; ordenado por José Patiño, Intendente General de la Marina, presidente del Tribunal de Contratación de Indias, muñidor del traslado a Cádiz de la Casa de Contratación, milanés de nacimiento, pero gaditano de adopción. El Arsenal de La Carraca reunía en su torno diques de carenado, naves de arboladura, atarazanas, almacenes, cuarteles, fábrica de cañones y armamento, serrería y fundición, depósitos de alquitrán y calafate, teneduría, toda la cadena de mobiliario y acondicionamiento interior de los navíos y fragatas, hospital y ranchos. Era toda una ciudad de ingenieros y operarios que construían los mejores buques de Armada, era la envidia de Francia e Inglaterra y el núcleo de protección y escolta desde Cádiz hasta Algeciras, el verdadero cancerbero del Estrecho de Gibraltar.

Jean Racine nieto era cadete de la Marina Francesa; en esos años Francia y España habían firmado un armisticio, pero no hay que desanimarse: varias décadas después, volverán a la greña. Ahora hay buenas relaciones, tantas, que el monarca galo solicita conocer el moderno complejo de La Carraca, sabedor, a mayor abundamiento, de que uno de sus más conspicuos ingenieros es Cipriano Austrán, francés de origen. Así que mandata a Racine nieto al frente de la inspección. Éste, por su parte, solicita a su padre, comandante francés de la flota del Mediterráneo, que le disponga un guía o intérprete. Como quiera que Cadalso hiciera amistad con el militar hijo del escritor, precisamente a causa del legado literario de su padre —por el

que se interesó vivamente en su estancia parisina como educando—, Racine hijo escribió a Cadalso con el ruego de que agasajase a Racine nieto. La cita sería en la mañana del día 1 de noviembre, a este lado del Puente Zuazo. Nunca se encontraron. Apenas salía José Cadalso al galope de Cádiz, huyendo del caos que había provocado una ola de grandes dimensiones en Las Viñas, escapando de un tifón que había llevado afuera del puerto —y hundido— varios buques, apenas Cadalso, con gran riesgo de su vida por las escasas defensas del itinerario, enfilaba el istmo de La Isla del León, vino a su encuentro un oficial francés y le dio la mala nueva de que el diplomático nieto había perecido, junto con el grueso de la embajada, por el embate de una ola gigante que arrastraba gran cantidad de efectos, árboles y enseres.

Lisboa se quebró como una astilla de alecrín; que un crujido seco la partió en dos y la incendió, barrios enteros han desaparecieron sin un suspiro de despedida, murieron miles de personas el mismo día, casi a la misma hora que se retiró en mar en Cádiz y vibraron las casas en Sevilla. Muchos años más tarde se sabría que, mar adentro, la piel del fondo es una malla de líneas caprichosas que delimitan cada una de las piezas del *puzzle* oceánico; se sabría que las placas euroasiática y africana chocaron sus bordes, se reajustaron, lo suelen hacer cada poco, cada miles de años; apenas un roce de varias decenas de metros, un cuerpo que se reajusta involuntariamente en el sueño y un calambre recorre cientos de kilómetros haciendo temblar la superficie. El caso es que aquella Lisboa murió con la única extrema unción del agua marina que el agua dulce del Tajo apenas pudo mitigar, ni sofocar los incendios que el gran coletazo de Neptuno trajo al Terreiro do Paço, y cuyas réplicas llegaron a Sevilla, agitaron Cádiz, alcanzaron hasta Madrid.

En la capital Madrid supieron que el Día de Todos los Santos las veletas de algunos palacios y las espadañas de algunos templos temblaron también a la misma hora que moría Lisboa. Incluso fue reportado que dos niños murieron al caerles encima los salientes de la cornisa de una Iglesia a cuyo abrigo jugaban como soldados. Eso ocurrió en Madrid, una Corte de soldados, pero plagada de familias de salvapatrias y aduladores; de nobleza enriquecida por el negocio americano, pero de clérigos inquisidores. Una Corte cuyo tesoro se desangraba en las guerras europeas, contra Francia, contra Inglaterra ahora, una sociedad que comenzaba a convertir la apariencia en valor, que establecería por los siglos venideros la confusión entre noción y sapiencia. El gaditano poeta soldado José Cadalso era mirado con recelo en la Corte de Madrid; se le perdonaba la vida por su ilustración y su sapiencia militar, pero no dejaba de ser considerado como un advenedizo, un extraño de provincias entre la flor y la nata de la nobleza madrileña. Era también escritor y autor teatral, pero estaba adusto: los censores eclesiásticos tumbaban una tras otra sus obras. La intelectualidad de pacotilla le reprochaba sus amistades con los Fernández de Moratín y, más tarde, en Salamanca, sus atrevidas influencias anacreónticas en los poetas castellanos, su pupilaje en Meléndez Valdés. Era una clase analfabeta, asida como una grapa a la palabra «neoclasicismo», del que lo desconocen todo, pero que les



suenan bien, neoclasicismo, neoclasicismo, «somos neoclásicos» se decían, y creían haber hallado la síntesis literaria en una denominación, pero no tenían más que una palabra. Era Madrid un parnaso de falsos eruditos que odiaban al nuevo prerromanticismo francés y que consideraban degeneradas sus proclamas literarias. A Cadalso se le perdonaba la vida, no les quedaba más remedio que respetarle por sus escarapelas y entorchados, pero no se le perdonaba que combinase sus escritos de táctica militar con otros meramente literarios. Se le perdonaba la vida, pero les llenaba de ira que hubiera recibido los favores de María Ignacia Ibáñez. Ella era una reputada actriz de teatro —protagonizó con enorme talento «La Hormesinda», de Fernández de Moratín padre—, una actriz que fascinaba a los amates del drama por su verismo interpretativo, pero era carnal y sanguínea, era la musa de los salones, de boca salival y mirada turbadora: los hombres se desarmaban inconscientemente ante ella. María Ignacia vivía bajo el acoso permanente de los donaires y requiebros de nobles y militares; en realidad, esa pléyade de impostores desdeñaba el teatro, pero era una de las escasas citas sociales y tenían que dejarse ver junto a los iconos relevantes de la agitación cultural del momento.

A la par que envidia, mucho éxito generó la iniciativa de Cadalso de crear una escuela de aprendizaje rápido, de básicos conocimientos, que permitieran al estudiando asistir sin desmerecimiento a cualquier estreno, exposición o tertulia, e intervenir incluso, y declamar poemas propios o ajenos, y opinar y citar a los clásicos —«somos neoclásicos», decían— y aparentar, en fin, que uno es ilustrado sin haber pasado por la suciedad de los pupitres de las aulas. Entre sus más íntimos se decía que Cadalso creó la «Escuela de Eruditos» como venganza hacia esa clase salaz e ignorante que le repudiaba, aunque le manosease. Comenzó como un cursillo singular y extraordinario para vástagos de la nobleza demasiado vagos para las universidades europeas, pero cuando corrió la voz, fueron muchos los pedidos que le llegaron al soldado poeta gaditano, de modo que, junto a una licenciada antigua alumna suya, de nombre Violeta, dispusieron el aula de formación para medrosos en la calle de Alcalá. Para facilitar la comprensión de sus enseñanzas, para que cueste menos saber, se organizaron los cursos en siete lecciones, una por cada día de la semana, comenzando el lunes con Ciencias; el martes Poética y Retórica; el miércoles, Filosofía, antigua y moderna; el jueves Derecho Natural y de Gentes; el viernes Teología; el sábado Matemáticas; el domingo, finalmente, Miscelánea. Esta última clase era un compendio de usos, costumbres, modos de comportamiento y juegos sociales. Para aprobar el curso había que superar las materias de cada uno de los días de la semana. La Miscelánea era el relajo de la dura semana, todos deseaban llegar al domingo, pero muchos quedaban en el camino; era el colmo, no superar siquiera un cursillo facilón y deshuesado; José y Violeta observaban que los estudiantes asistían muy atentos hasta el jueves, pero el viernes —Teología— y el sábado —Matemáticas—, se producían deserciones en masa. Naturalmente, las enseñanzas eran —intencionadamente— menos que superficiales, pero Violeta y Cadalso entregaban un

certificado final de «Erudito», cuya posesión imbuía milagrosamente a su receptor de una estampa de sapiencia, y así se percibía, de modo que llegó a ser el documento en sí el pasaporte para el acceso a las tertulias y reuniones sociales. Eso hacía Cadalso para entretener su estadía, mientras procuraba ensancharse en la poesía y el teatro. Eso y visitas a su Cádiz natal como la desgraciada, cuando un maremoto frustró su encuentro con Racine nieta.

José Cadalso logró por fin superar la censura con «Don Sancho García», una glosa de la vida y milagros de un noble castellano, nada sospechoso. Actúa como Condesa de Castilla su María Ignacia Ibáñez; al fin Cadalso estrena, ve su libreto en el proscenio del Teatro de la Cruz de Madrid. Pero la obra, de tantos descosidos que han inferido los censores, no tiene interés, es un fracaso, apenas cinco representaciones. Es aquí cuando se lanzan a degüello sus detractores, y a ella la tildan de embaucadora, de loca, pero lo que más le duele es que la hayan calificado de artista de segunda. María Ignacia Ibáñez cae enferma, pierde mucho peso, vive entre alucinaciones y vaivenes febriles. Cadalso ve en esa angostura, en esa pérdida de color, la huella de los correveidiles y los maldicientes, es el alma lo que le han roto a su luz de arco iris, son los libelos los que se han clavado en las vísceras de su amada, la envidia lo que termina por matarla. José se despeñó por la pendiente de la locura, pues María Ignacia lo merecía: intentó desenterrar su cadáver, profanó su sepulcro incluso, por lo que su amigo el conde Aranda lo desterró «amigablemente» a Salamanca. Allí recuperará la calma y se despojará totalmente de sus escasos vestigios neoclásicos para predicar sin límites la realidad primaveral y romántica del momento. Eso hizo hasta que, de oficial de batería en Trafalgar, la metralla de una granada inglesa se le incrustó en la sien izquierda y le segó la cabeza y la vida.

Pero volvamos a las Azores y al *Santa Clara*. Con viento de través Pedro Arbolí encara la proa hacia el Golfo de Cádiz; tardará siete días en arribar, si no hay complicaciones. Costeando desde Cabo San Vicente, vuelve a un puerto cuyas murallas y ensenada habían inspirado la arquitectura de la ciudad que resistió a duras penas el ataque inglés. La mañana de 1 de noviembre de 1755 avista el falso *Santa Clara* el perfil de las murallas coralinas de Cádiz, el fuerte de Santa Catalina, el castillo de la Isla de San Sebastián, las boyas de la línea de protección de Las Puercas; atisba el opaco resplandor y el humo negro de las antorchas de la bocana, las suaves pinceladas de cal de las casas y sus torreones, salientes como minúsculas crestas de ola. Arbolí conoce bien ese puerto, allí llegó y de Cádiz partió en más de una ocasión cuando estaba enrolado en la Armada española, antes de su desertión. Tiene que bordear la boya para encarar bien el puerto, pero lleva ya dos intentos y una resaca de bajamar apenas perceptible lo retiene una y otra vez a mar abierta, virándolo incluso, pues el timonel no tiene tiempo de girar toda la rueda y recuperar el gobierno de la nave, de manera que el galeón retrocede una milla y pierde casi una hora en cada intento.

En Cádiz hay una extraña calma; en el puerto hay 15 barcos amarrados que,

repentinamente, chocan sus amuras, aletean su velamen, es el único ruido que compite con el atronador silencio que ha caído como una telaraña sobre la ciudad amurallada. Tiene el cielo un color grisáceo, detenido; el viento amaina, se hace cada vez más imperceptible, causa un leve espanto interior en Cádiz la ausencia de viento; en el Pópulo y Santa María la ciudadanía aquieta a coro sus quehaceres, en La Palma se miran unos a otros, miran al cielo, al mar, los soldados inquietan con la mirada a los locales, rilan dentro de sus arneses. Un silencio telúrico se extiende como la niebla, empapa la piel, cala hasta las vísceras, los pájaros se quedan sin trinos, se esconden en los nidos. El cielo plomizo se entrevera con delgadas láminas amarillentas, hay mucha actividad arriba, entre las nubes, masas oscuras que se expanden y contraen, ráfagas de incensario que dibujan elipses, vetas ámbar que se licuan sobre hilachas de algodón, es una silenciosa paleta de pintor en inquieta efervescencia.

A lo lejos, junto a la boya de Las Puercas, el farero avista un galeón que no termina de ajustar la quilla a la corriente de la canal de entrada. No se explica que le cueste tanto esa maniobra sin signos de tormenta en el cielo, sin viento, aunque tampoco se explica el silencio. Varios mozos del puerto observan también la maniobra como estatuas, petrificados, como encantados por el sonido del choque del maderamen de los buques anclados. Ya son todos los empleados, el personal de Capitanía, guarniciones, almaceneros, estibadores, todos miran como imantados las torsiones y revueltas que el galeón no identificado realiza junto a Las Puercas. Nadie se atreve a aviar una embarcación ligera que acuda en guía y auxilio; todos están secuestrados, atrapados entre el pavor silencioso del fulgente celaje y la fascinación de degustar por anticipado el fatal desenlace.

Cerca de las 9.30 todos los habitantes comienzan a sentir un rumor ultramarino, como una tormenta de arena bajo sus pies, un zumbido sordo, efervescente, imparable, inaudito. El rumor se convierte en ruido, en traqueteo, tamborileo, y éste en vibración, de manera que las fachadas de las casas se ven borrosas, cimbrean las torres y espadañas, se derrumban las casuchas como si fueran de cartón, con gran polvareda, embisten unos contra otros los cascos de los buques anclados, pero los portuarios siguen pendientes del galeón que va y viene de Las Puercas, como un columpio, como si estuviese atado a una resaca permanente. A los diez minutos se diluyó el temblor, pero en lugar de silencio hubo quejidos y lamentaciones, gritos de auxilio, gestos de miedo, confusión, huidas a discreción, abandonos. Se despejó el cielo mientras agonizaban los derrumbes de casas y edificios, tablas, yeso y piedras formando montañas, cortinas de polvo, quedaban los más cercanos cubiertos de lodo, ciegos de tierra, tierra en la lengua, crujían todavía grietas y socavones; pero creyeron que al fin respiraban, aparecieron alguaciles, soldados y marineros, llamando a la calma, auxiliando al albur, proclamando que ya pasó, ya pasó, menos mal, podían respirar.

Entonces se fue el mar. Cuando creían respirar, se fue el mar.

Un bufido repentino, agudo y envolvente, preludió la desaparición del azul marino. Estaban en La Caleta de Santa Catalina acopiando enseres, recontando pérdidas, cuando vieron sus barcas alejarse, vaciarse el embarcadero, se iba el agua, se va el mar, se muestran inéditas cordilleras de roca, madejas de algas parecen desperezarse, es un espectáculo inédito, es un sueño, todos están paralizados, desconcertados, embelesados, les parte en dos la lucha feroz entre la supervivencia y el vértigo de lo desconocido. Los más viejos y los marinos saben qué ocurrirá de inmediato, y por eso apremian «¡a las azoteas, al interior, a las azoteas!», y así corre la mayoría excepto algunos que siguen petrificados siguiendo la estela de las olas fugitivas. Al otro lado, el *Santa Clara* se ha visto violentamente absorbido a mar abierta, de golpe arrastrado y alejado de la boya que hace tanto rato se le resiste. Es una fuerza sobrenatural, desconocida para cualquiera de los avezados piratas que lo comandan. Sorpresa y desconcierto, los marineros negros gritan jaculatorias, se desentienden momentáneamente de sus tareas. Todavía está el galeón siendo empujado cuando un estruendo surge de las profundidades como un gran eructo de Neptuno, un estruendo circular, se hunde el mar y desciende con él el frágil cascarón; y, desde abajo, resurge una descomunal masa de agua, una ola de ocho varas de altura y muchas más de ancho, una montaña de agua viva, y el *Santa Clara* en la cresta como un pollo sin cabeza.

Arriba de la ola, abajo de las velas, Rodrigo Daza sabe que ahora va en serio, sabe que van a morir y quiere saber el misterio del oro que robó y escondió, y que cree que le fue robado; aunque tuviera cien años de bula por robar lo robado, quiere de Pedro una excusa, qué es lo que hizo con sus lingotes de oro; a gritos desesperados, mantienen este diálogo:

—Está bien, Pedro Arbolí, decidme antes que muramos qué hicisteis con mi oro.

—¿De qué habláis, Rodrigo Daza? Jamás vi oro en la barcaza.

—El oro del *Santa Clara*, que escondí en la alacena.

El diálogo se rompe, los dos hombres vuelan expelidos metros adelante, metros atrás por el vaivén de la ola, el ajuste de cuentas es interrumpido por el raudal de agua que inundaba a sus anchas.

—Jamás hubo aquí alacena, ni éste era el *Santa Clara*.

—Dejad de burlaros de mí, nunca me creí el cuento del ataque pirata, vos abordasteis mi barco para robarme la carga.

—Creedme, señor, éste era francés, negrero para más señas, que yo me lo quedé, con la venia de Caraccioli, para ser hombre de bien.

—¿Erais, pues, pirata de «El italiano»?

—Sí, señor, lo fui hasta hace nada, y ahora me maldigo por hundir el *Santa Clara*; vuestro oro está perdido en el fondo de la nada.

Y otro testarazo de mar sacudió al galeón de los mil nombres, y hombres de mil colores salieron despedidos y fueron succionados por el vientre del océano, hombres mudos en el último suspiro, más les valiera, la verdad, no haber nacido.

Desde La Caleta, los que no se han recogido, los seducidos por el capricho de la naturaleza, ven surgir una ola del tamaño que su vista alcanza, del tamaño de un palo mayor tal vez, que viene sostenidamente, arropada por un fragor de estampida, avanza, se acerca y embiste en empellón contra la muralla, levantándola, saltando por los aires los sillares, destrozando los embarcaderos, alcanzando la vía, arrastrando carruajes y caballerizas, tres garitas de vigilancia han sido arrancadas de cuajo, parece que flotan las piezas de artillería. El agua entra con fuerza por calles y almacenes, se cuele en las casas, sube a la altura de cuatro varas. La mayoría se ha refugiado en las azoteas y pasan segundos de angustia hasta que parece que regresa la ola, llevándose cuerpos y animales, tejados y maderas, tenderetes y carretas.

Pedro Arbolí y sus marinos trepan por las jarcias tratando de arriar las velas, aligerar la arboladura, con hachas y machetes cortan ataduras, rasgan nudos y amarres, pero la fuerza desconocida les hace errar, son despedidos, vuelan como gaviotas, son engullidos por aquel inmenso volcán de agua salada, nunca podrán llegar a las guindolas salvavidas que les lanzan desde el barco. Los guerreros yoruba luchan en la bodega por asegurar la carga, por equilibrar el casco, pero son impelidos contra los mamparos y las cuadernas, se rompen sus cráneos y espinazos, se quiebran sus miembros, pelean contra barriles, chocan contra escaleras, cantan en la tormenta; son cantos azules, salmodias de despedida, una polifonía que compite con el mar y su bravura, compone el mar y los yoruba una rapsodia de mortal belleza marina, cantos dulces y tristes que ahogan la marabunta, el crujido de los tablones y los palos que se quiebran y los corifeos Fon muriendo con la música aprendida en el corazón de las tinieblas. El *Santa Clara* ha quedado a la cola de la ola y vuelve a bajar en abrupto; sin centro de gravedad ni equilibrio; el impacto ha sajado los palos, ha abierto grietas en los costados, el navío es un guiñapo sin control al albedrío de la ira de fondo del océano.

Cientos de personas corren hacia las Puertas de Tierra, huyen de la ciudad, instintivamente despavoridos; varias decenas franquean las puertas y eso será su perdición, pues en el istmo se juntan los mares sin defensa, saldrán despedidos y arrastrados al interior marino o quedarán inertes y destrozados sobre el fango, flotando sobre pequeñas lagunas espumosas, junto a rocas y ramajes. El sexto sentido del gobernador salvó muchas vidas, aunque a la fuerza, pues ordenó el cierre de las puertas y a los granaderos que formasen en hilera, bayoneta calada, para obligar al gentío a permanecer en la ciudad. En el convento de los Dominicos, el prior ordenó la salida de la Virgen del Rosario, y nada más poner ella cara a la bahía, se fue la ola, volvió el mar al mar.

Otra vez el soplido arenoso de la resaca, otra vez el mar que se engulle a sí mismo, y allá abajo toma fuerza, otra vez se levanta como un bruto con aletas y escamas la mole de agua alargada y avanza desbocada hacia la playa desnuda de muralla, y vuelve a penetrar en las calles y casapuertas, en los bajos anegados, siguen en tejados y azoteas las plegarias. De la capilla de La Palma sale una minúscula

procesión, bajo palio, con casulla y solideo, tres curas portan el Estandarte de la Virgen, más bien van a su abrigo, no ven ola ni desastre, sólo el revés del lábaro divino. Avanza el grupo lentamente calle arriba y la ola hacia ellos, chillan los vecinos, las vestimentas talaras embarradas por el vuelo, pero ellos mantienen izado el estandarte, lo empujan hacia el cielo, lo muestran al desastre; y la ola cede, aminora su empuje, parece que se filtra, es que retrocede. Vuelve lentamente el remanso a La Caleta, ya sin barcas ni defensas, vuelve el viento y los ruidos del desastre tranquilizan a las gentes.

El malherido *Santa Clara* pierde el equilibrio a la cola del gigante; Pedro Arbolí se ha aferrado a la rueda del timón, pero gira sin sentido pues se rompió el mecanismo en la primera embestida. Rodrigo Daza se ha refugiado en el castillo de popa, pero es un habitáculo deforme, las ventanas reventadas son torrentes de agua, la mesa y las sillas golpean los tabiques, Rodrigo Daza se busca sus dos cofres, pero es un muñeco que rebota en el cubil que chirría como chilla su garganta ante la cara de la muerte, la muerte que le llama a las puertas de la ciudad que creyó que sería el territorio de su vida. En bodega sólo quedan los cuerpos de los negros, sus almas ya se fueron, son sus cuerpos que mueren a borbotones, sin dolor, sin dolor, el espíritu se fue con sus ancestros, con sus voces y lamentos. Las mareas se han llevado todos los barcos del puerto, pero los gañanes y mozos siguen aún clavados en la lucha del buque que no llega, contenida la respiración, el impulso de la ola voltea el galeón, lo lanza al aire como un diábolo, queda vertical, y vertical como un arpón se clava a mar abierta; los espectadores del puerto se han quedado sin función.

## LA HACIENDA DEL CRISTO DE LA SANGRE

El número de la policía de Cádiz que atendía la denuncia de Germán Bravo dudaba de su veracidad, no se decidía a abrir un atestado. No olía a alcohol el muchacho, no se le trababa la lengua, no tenía centellas en los ojos, pero era Carnaval, caramba, no tenía visos de realidad la historia esa de un tipo grandote que aparece así, como un fantasma, que le empuja a un portal, le agarra del cuello, le pone una pistola en la sien y luego viene una chirigota y, ale, todo se acaba; ¿no será una cámara oculta de éstas? Eso no está permitido en una comisaría ni en Carnavales.

—¿Está usted seguro de que no era un disfraz? La gente se pone cualquier cosa para... —preguntó incrédulo el agente.

—Qué va a ser un disfraz... si casi siempre viste así —cortó el chico.

—Entonces es que ya se conocían...

—¡Pues claro que nos conocemos, ya se lo he dicho antes...! No mucho, somos investigadores («investigadores», dijo para su adentro) en el Archivo de Indias de Sevilla.

—Y dice usted que se llama...

—Ya se lo he dicho —replica con fastidio—, Germán Bravo.

—No, no, me refiero al presunto agresor.

—Ah, no recuerdo su nombre; su apellido es Whithdraw, con uve doble... no, no, así no, mire, w, h, i, t, h, d, r, a, w, Whithdraw.

—Sí, sí, güidra, ya, ya... y... la pistola... ¿era de verdad?

—Mire agente, no estoy borracho ni estoy loco.

Han reventado mi casa y la de mi novia; pregunte a la agente Robles, de Sevilla, si no me cree; no sé cómo es una pistola de verdad, pero ésta era de verdad, era negra, fría y dura, hizo un clic antes de apuntarme...

El policía pareció comenzar a dar crédito a la historia; terminó de teclear sobre la mesa y la impresora lanzó el formulario de la denuncia.

—Firme aquí... un vehículo le llevará a urgencias a que le reconozcan el cuello y luego le acompañará a casa.

—Muchas gracias —dijo Germán tras rubricar el documento, y luego, bajando la voz— menos mal... —y soltó un bufido.

Otro agente le acompañó hasta un coche camuflado, un coche normal, vamos, sin luces ni sirenas. En la puerta de la comisaría de Cádiz, cuando ya partía, el policía que instruyó la denuncia fue a decirle algo, pero los dos pronunciaron al unísono «ya le avisaremos»...

De camino a urgencias, en el coche policial, Germán se dijo: «mi novia, he dicho mi novia»; maquinalmente tomó el móvil y buscó Lidia en la pantalla; pulsó la tecla verde: «Papito, qué deshoras ¿quihubo pues?», oyó que decía una voz dormida; «han intentado matarme», exclamó con voz de reo. El amago de conversación quedó en silencio, en una pausa que se hinchaba lentamente, como un aerostático, con los

soplidos de la imaginación de los interlocutores; ella habría dudado de oficio, pero no después de que sus casas hubieran sido desvalijadas; «ha sido Whithdraw...», prosiguió él, «¿quién...?», «Whithdraw, el investigador inglés...», «pero... qué...», exclamó ella, y luego «¿acaso te lastimó?». Le contó lo sucedido: que vio que le seguía, que le arrinconó en un portal, que casi le ahoga, que le apuntó con una pistola, que le salvó una chirigota. Aquí Lidia Daza tuvo que reprimir una chanza, se la tragó y siguió a la escucha: «llegó La Marga de Rota, cantó un cuplé y me sacó del lío». «¿Amarga derrota?», replicó ella entre risas y veras; «sí, sí, la de El López, es la caña este año, no veas los palos que le pegan al Bush y a los de las Azores; yo la estaba buscando desde ayer pero no la encontré, y mira qué casualidad que...», «Oyeee...», «¿qué?», «que si le hicieron algo a tu cuerpecito», «no, no creo... casi me ahoga el hijoputa... ahora llegamos a urgencias... oye, corto... ¿mañana vienes?... oye, luego te llamo», y colgó bajando del coche a la puerta del hospital.

El médico de guardia le hizo tumbarse en la camilla y desnudarse casi por completo; él protestó señalándose la garganta «ha sido aquí, aquí», pero terminó casi en cueros; «¿le duele aquí?», «no», «¿y aquí?», «no», y así hasta el cuello. El médico carraspeó, «mmm... tiene unos arañazos, señales de dedos... grandes... ¿le duele la garganta?»; «ya le he dicho que sí, que fue aquí...», repitió Germán, incómodo por la postura. Unos minutos después el doctor le dio una crema, unos analgésicos y una copia del parte médico; «a la policía ya se lo enviamos nosotros», dijo, y añadió como final «póngase esto dos o tres días y ya está... ha sido un buen susto ¿eh?». Germán asintió con un monosílabo nasal, se acarició el cuello y salió hacia el coche, donde le esperaba el agente conductor. Le dio la dirección y nada más ponerse en marcha vibró en la pantalla de su teléfono móvil la palabra «llamada, llamada, llamada». «¿Quién será?», se preguntó. Era la inspectora Robles.

—Hola... ehh... perdone, pero di su nombre... ¿la han despertado?

—No te preocupes, estaba de servicio... —dijo en tono coloquial, y prosiguió—: oye, ¿estás seguro de que era Whithdraw?

—Claro que estoy seguro, nos hemos visto muchas veces, era su voz, su ropa, su estatura, su olor... ¿Por qué?

—Porque... —dudó—; verás, le hemos investigado y resulta que es un tío peligroso... puede estar involucrado en un...

—Joder, y tan peligroso... no vea cómo me levantó del cuello... y la pipa que tenía.

—Sí, ya te digo que es peligroso... bueno, ten cuidado y...

—¿Qué... qué me decía de él? —interrumpió con repentino interés.

El policía que conducía no perdía coma de las palabras de Germán; éste le reconvinó con un carraspeo; el agente pareció volver a sólo a conducir. Al otro lado del satélite, Robles dudaba, pero luego prosiguió:

—Creemos que está involucrado en una desaparición —hizo una pausa—. Además, es, o era, espía.



—¿Espía? —gritó Germán, llamando la atención del policía escolta.

—Sí, sí, esto... Germán, si estimas tu seguridad y la de tu chica... si te fías de mí, tienes que ser muy discreto y no hacer nada sin antes consultarme ¿lo prometes?

—(Ha dicho «tu chica»). Prometido, pero... no me asuste.

—Tranquilo. Whithdraw era espía británico en Berlín, pero tras la caída del muro siguió trabajando para el Reino Unido; no sabemos si también lo hacía por su cuenta, o como agente doble.

Silencio. Luego un tímido «¿habla en serio? Joder, ¡vaya película!».

—Sí, sí, muy buena, pero tú estás en medio —siguió la agente.

—¿Yo? ¿Por qué, qué he hecho?

—Porque este tío trabaja también para alguien que está muy interesado en el barquito ese de los cojones que estás buscando.

Era la primera vez que le escuchaba decir tacos; le sonó raro, pero luego lo tomó como un síntoma de complicidad, de buen rollo, de colaboración a la hora de resolver el nudo de enigmas que les atosigaban. Aunque, la verdad, no le gustó lo de «barquito de los cojones».

¿Acaso él le decía «esa pistolita de los cojones» cuando la llevaba al costado? Bueno, la cosa es que estaba en el centro de la diana y no sabía por qué.

—Y... ¿por qué... que tiene que ver...?

—Aún no lo sé —siguió ella—; este tipo quiso robar un documento del Archivo de Simancas, pero le pillaron; era un documento que había leído antes otro sujeto que, desde entonces, desapareció.

—¡Hemos llegado! —interrumpió el agente conductor.

—Un momento, inspectora —dijo Germán al móvil. Luego, saliendo del coche se despidió del policía con un «gracias».

—Ya estoy otra vez; esto... ¿y qué era ese documento? —dijo, entrando en la casa.

—Era un... un decreto, o cédula, me parece que se llama, por la que la herencia de unos duques de Jerez se extendía a otra familia.

—¿Unos duques de Jerez? —dijo él, exacerbando la interrogante.

—Sí, los duques de Arroyomolinos... es para ellos para quienes trabaja tu amiguito inglés.

—Bueno, no es que trabaje —corroboró el chico subiendo las escaleras, asfixiado—, es que ha escrito un libro sobre ellos...

—Sí, sí, lo he leído, pero vete a saber si lo que cuenta es verdad.

—O sea, que trabaja para ellos —enfaticó mayestático.

—Sí, sí, confirmado. Además, van juntos a los sitios, a las carreras de caballos y otros saraos... más que trabajar, parece que es una especie de hombre de confianza.

—Está bien, releeré el libro y si averiguo algo, la llamo ¿vale?

Esto último lo dijo ya crecido, creyéndose dueño de habilidades policiales, ayudante iniciado de la agente de ojos azules que cuando vestía masculino, solía

llevar una pulsera de plata terminada en puntas de lanza egipcias, aunque quizá fuesen pinzas de cangrejo. Esa madrugada antes de dormir puso un mensaje a Lidia:

«No vengas, yo voy», y después durmió, durmió bien pese a que el viento traía entre sus silbidos redobles intermitentes y vibraciones de pitos de caña.

Las comisarías de Policía de Cádiz, Sevilla y Jerez trabajan al unísono en la operación «pecio *Santa Clara*», bautizada así por la inspectora Robles; la verdad es que tanto al jefe superior como a sus compañeros les chocó el nombrecito. Les ocurría lo que a ella la primera vez que Germán le dijo que buscaba un pecio: creyó que decía precio, de dinero; no sabía que pecio significaba pecio, le hizo gracia la palabra, incluso la usó algunas veces con sus colegas y amistades. Pues eso mismo les ocurrió al resto de policías y guardias civiles que se iban involucrando en la operación, que no sabían qué quería decir pecio; algunos entendieron «precio en Santa Clara» y pensaron que se trataba de algún desfalco o corrupción urbanística en alguno de los distritos que con ese nombre había en Sevilla, Jerez o Cádiz. La cuestión es que la mañana del día que sería de autos, otro auto —bus en este caso, regular— transportaba a Germán Bravo de Cádiz a Sevilla —zona despejada de autopista, sin arboleda ni puentes, hormigón en vez de asfalto, etc.— mientras que a la inversa circulaba un vehículo policial con Robles, a quien acompañaba un joven subinspector Míguez; seguramente se cruzaron, pero ese detalle es secundario. En algún momento del trayecto, ella explicó a su acompañante las pesquisas en marcha: «Si las cosas son como creo Whithdraw debe estar a punto de reunirse con Cereto Saladillo —resumía—; pronto lo sabremos, porque está bajo vigilancia desde la madrugada». El joven policía Míguez asentía al volante con mucho interés; luego, entrando ya en la ciudad, dijo «vamos a ver qué nos cuenta el capataz». Se ajustó las gafas de sol y miraron los dos con el rabillo la hilera de grandes vallas publicitarias, consecutivas y uniformes, a la derecha de la marcha, que anunciaban las marcas y las variedades de las bodegas propiedad del duque de Arroyomolinos.

En los ambientes de la aristocracia vinícola jerezana les habían informado del episodio de Bejarano, el capataz de la principal bodega de los Núñez de Cereto, que tuvo un accidente en el hipódromo por el que quedó en silla de ruedas. Por entonces —cuando se consolidó financieramente la unión marital con los Saladillo, cuando el desmesurado incremento de la producción y ventas, cuando la creación de nuevas marcas y variedades—, se rumoró que fue un intento de suicidio después de que el señorito estropease la bota madre del oloroso más añejo de la familia; pues esto mismo recordaron ahora los confidentes a los policías cuando recabaron datos sobre el pasado de los duques bodegueros. Bejarano fue localizado en un piso —una planta baja— de una barriada de protección oficial en las afueras. Vivía con una hermana, viuda como él, que le atendía; vivían de su pensión de invalidez, pero vivían tristemente, las ventanas con rejas y sin geranios, cortinas de cretona oscuras, papel pintado en la pared y sintasol en el suelo. Los agentes se sintieron incómodos en la planta baja de la filial pareja de viudos: se escuchaban las tuberías y saneamientos de

todo el bloque, pero era el olor a ropa usada y a muebles viejos, a cerrado, eran las mesas y sillas de tubos que algún día fueron niquelados, la falda de camilla de lana gruesa y el frutero de porcelana, fue ese conjunto lo que les agrió el gesto.

—Fue porque hoy día no saben... —dijo Bejarano.

Presentaba irregular afeitado; estaba embutido en la silla de ruedas, con una manta de cuadros grandes sobre las rodillas. Míguez —que había disparado la primera pregunta de rigor «¿qué le ocurrió?»—, enarcó las cejas tras la enigmática respuesta. La hermana del excapataz mantuvo su rostro sólido, como si los cientos de arrugas que lo cruzaban sujetasen aquella expresión de queja permanente. Robles sonrió de oficio, invitando a Bejarano a proseguir su aserto:

—Sólo tienen ambición, sólo quieren dinero y placeres... no saben... no saben los siglos que guarda el vino —prosiguió el encuestado.

—¿Desde cuándo llevaba usted en las bodegas de los Núñez de Cereto? —inquirió el subinspector.

Bejarano meneó la cabeza, esbozó una risa postiza.

—¿Desde cuándo? Toda la vida, señor, toda la vida... nací allí, entre las botas y las andanas... todos mis antecesores —prosiguió— eran capataces de esas bodegas, señor, desde casi trescientos años, desde antes de que los señores fueran duques.

La hermana se levantó y acercó a la mesa varios marcos sencillos que estaban sobre un escuálido aparador y en los huecos de una estantería. Algunas de las fotos eran muy antiguas, eran manchas oscuras, apenas bocetos de retratos: «ésos eran mis bisabuelos, en las viñas», y ése soy yo de niño, con mi abuelo, en la bodega primera, dijo, señalando otra en la que había un hombre mayor con chaleco, botas camperas y una venencia en la mano; estaban junto a un bocoy sobre el que montaba a horcajadas un niño delgado casi rapado. Otras fotos eran de la Feria, de fiestas en la casa de los duques, más de la bodega —ya con su padre ejerciendo de capataz, y con él mismo, éstas en color— y había otras con caballos, debía de ser en el *paddock* de un hipódromo.

Con las fotos sobre la mesa el monólogo de Bejarano se tornó unívoco y torrencial:

—Mi padre me decía que toda la familia era igual, eran pocos y siempre había uno raro, o medio loco... eso me decía mi padre que se lo dijo mi abuelo, ¿sabe?, y así para atrás... siempre había uno rarillo en esta familia, desde el principio; había un misterio sobre algo que pasó con el fundador de la bodega, el primer duque, don Antonio Núñez Rivera... ¡estaban tan orgullosos de una placa que le dieron los reyes! La tenían en la entrada de la casa... Pues igual ahora con los gemelos, ¿saben?, Antonio, el que le dicen El Ermitaño, ése sí que era inteligente, pero se le fue la cabeza y ahora es huraño y revenío, se pasa la vida en la ermita, en Medina Sidonia, y fue su maldito hermano Jaime el que se ha quedado con el negocio, el que ha echado a perder todo el trabajo y el cariño que toda mi familia puso siempre a su servicio... todo por querer más y más, ¿sabe usted lo que cuesta mantener una buena madre, una

madre espesa y esponjosa como un panal de miel?

—¿Una madre? —dijo Robles frunciendo las cejas.

—La madre del vino, la bota que recoge el poso del primer vino bueno de cada variedad, señorita, es como una miel, y se alimenta del poso de cada añada; es la miel que da sabor a todas las cosechas... no se puede alterar, ni sacar ni echar más de lo debido ¿entienden?, porque ni no, se estropea; ésa estaba en la misma bota desde hace cientos de años...

—¿Qué quiere decir «estaba»? —interrumpió Robles.

—El señorito, señorita, el señorito... las echó a perder... hará unos veinte años... los que llevo yo en esta silla —sollozó, y se retiró de camilla, dio un par de vueltas por la habitación y volvió a su posición; luego siguió hablando—: sólo quería vender y más vender... mató la madre, sacó toda la miel y la disolvió en otras diez botas, para vender más y más vino, pero ¡vaya mierda de vino que vende desde entonces...!

—Mi hermano discutió con don Jaime —terció la otra mujer—, él le amenazó con dejarnos a todos en la calle... mi hermano...

La mujer miró a su hermano; luego a los policías; de nuevo a Bejarano; éste asintió con la cabeza, y la mujer dijo: «mi hermano se arrojó a los pies de los caballos... y así está desde entonces».

Medina Sidonia no es un lugar cualquiera. Es hermana legítima de la Sidón fenicia y es medina desde la toma musulmán; de su topónimo tomó nombre un egregio ducado español; fue metrópoli visigoda de su comarca y sede arzobispal, fue taifa. En sus dehesas se gestó la joven estirpe «sidonia», caballos de gran porte y presencia, aunque no suelen terminar bien las carreras.

Fuera aparte de los caballos, la ciudad —Muy Noble y Muy Leal por privilegio de Enrique IV en 1482— está socavada por una red de galerías romanas y conductos de traída y saca de agua. Así que no escama que el interior del pueblo y sus aledaños estén moteados de fuentes y lavaderos, que abunden manantiales y abrevaderos, todos ellos aljibes de diferente ornamentación, pero de rica y fresquita agua. Su pasado arzobispal y capitalino le confiere un aire señorial, exclusivo, se nota en la elegancia de los asidonenses. En parte, del ancestro proceden casonas y cortijos de las afueras, dehesas, rediles y haciendas, pegadas algunas ya a los bordes de la ciudad. Una está envuelta en la sombra de palmeras y trepadoras, escudada por lindes de chumberas, cañaverales y silencio; apenas asoma entre la verde floresta una cúpula que corona los blancos muros de la ermita.

Tiene otra sombra que ahuyenta a los curiosos: un enrejado de vocales y consonantes que conforman un nombre de imaginería goyesca, un azulejo encastrado en el friso de la cancela: HACIENDA DEL CRISTO DE LA SANGRE. Tiene la Hacienda una sombra tercera.

Tiene una tercera sombra que humea de revolucionarias leyendas. Pudo ser cierto que hizo allí parada de posta camino de Alcalá, al frente de su milicia libertaria, Fermín Salvochea, el mejor alcalde de Cádiz por siempre jamás, ilustrado

cantonalista al que los riquísimos terratenientes andaluces acusaron de instigar las revueltas atribuidas a La Mano Negra.

Pudo ser que allí almorzase su partida pues, a finales del siglo XIX, quedó deshabitada unos años la hacienda por el traslado de la dehesa de los equinos sidonios a Arcos de la Frontera. Pudo ser, pues parece que una delación condujo a La Guardia Rural a la ermita donde se hallaron —o alguien puso— proclamas y reglamentos de La Mano Negra, sus lemas incendiarios «¡Muerte a los Zánganos!», «El producto de la tierra es vuestro y debéis tomarlo», o «todo vale para combatir a los ricos, incluso el fuego y el hierro». Había enormes desequilibrios sociales en Andalucía y, claro, prendieron como la yesca las utopías del socialismo libertario. Hubo algunas quemaduras de cortijos y olivares y, claro, la gran propiedad dijo «¡hasta aquí podíamos llegar!», y acusó a las asociaciones anarquistas de realizar orgías, misas negras, asesinatos de niños.

Para que esos libelos no se sintieran solos, los pobres, los hicieron acompañar de una cruenta represión, un pogromo que llenó las cárceles de Cádiz y Jerez con más de 5000 jornaleros: muchos terminaron en cárcel o pena capital, y cientos de braceros fueron deportados a Filipinas.

Aún se alarga la sombra de esta hacienda en el tiempo, se viene hasta hoy mismo la verde sombra de su leyenda, pues ubican en El Cristo de la Sangre los más viejos de las casas al Seisdedos de Casas Viejas en cabildos y reuniones; luego pasó lo que pasó, el Seisdedos se lo creyó y dijo un día «¡hala, todo para el pueblo!» y dio el paso; y, claro, allá que tuvo que ir, como una jauría de lobatos, la Guardia de Asalto (Rural, Civil, de Asalto... ¡cuántas guardias tenía España, y qué poco que guardar!), y no tuvo más remedio que incendiar la casa donde se habían refugiado los anarquistas, no le quedó otra salida a esa guardia que hacer juicios sumarísimos y ejecuciones rápidas, la pobre Guardia de Asalto... Y, claro, se ve que no quisieron romper con esa gasa de misterio y de locura los propietarios duques de Arroyomolinos cuando rehilaron la ermita; *que se la quede el loco*, debió de decir su gemelo Jaime de su hermano Antonio; y la habitó Antonio, también llamado El Ermitaño.

—¿Recuerda si por entonces tuvo tratos con un tipo alto y pelirrojo, de acento inglés? —continuaban las preguntas de los agentes.

—¿Con El Inglés? Pues claro, señorita, se conocieron por entonces y ya no dejó de venir; siempre anda con ellos, con don Jaime o con El Ermitaño... con don Antonio, quiero decir.

—¿Sabe cómo se conocieron? —interpeló el ayudante.

—No me caía bien, ¿sabe?, metía las narices en todo... Fue poco antes de la catástrofe de las madres... teníamos confianza todavía el señorito y yo... me dijo que puso un anuncio, que necesitaba un... un guardaespaldas, aunque yo creo que ese tío es un matón... dijo que tenía miedo de la ETA, que secuestraba a empresarios...

—Siga, por favor —dijo Robles, tomándole del brazo unos segundos.

—No hay mucho más que contar, señorita... la llegada de El Inglés revolvió nuestras relaciones, luego estropeó el vino...

Los cuatro se quedaron en silencio. Bejarano fijó la mirada en el frutero de porcelana macada; los policías se miraron, luego a la hermana, luego los tres al excapataz hemipléjico. Éste musitó algo, un monosílabo; el subinspector Míguez se apresuró a insistir:

—¿Recuerda alguna cosa más, algo que le llamase la atención, alguna persona más?

—Vino un joven, de Madrid... vino un chico, nadie le conocía, y estuvo toda una tarde con don Jaime... creo que discutieron... el chico salió de la casa en plan chulo, así, muy altanero, dijo algo desde la puerta, dijo... «siempre habrá una placa bajo el mar», o «una placa aunque esté en el mar»... algo de placa y de mar dijo y luego se fue.

—¿Recuerda algo más de ese episodio? —repreguntó el policía.

—No mucho ya... el señorito estaba muy enfadado, se reunió con El Inglés mucho rato... nada más.

—Y... a ese joven de Madrid ¿volvieron a verlo?

—No, no, nunca más le vimos... bueno, es que enseguida pasó lo de la bodega... —hizo una pausa; luego prosiguió con rabia—: el mimo de toda una familia de capataces y el hijoputa ese...

Los agentes se levantaron; dieron varios apretones, como de ánimo, a Bejarano, y se despidieron formalmente de la mujer. La inspectora les dijo «han sido de gran ayuda» y su ayudante corroboró esas palabras con otras más originales, las que nunca dice la policía cuando se marcha: «si hay algo ya les avisaremos... y llámenos si recuerdan algo más...».

«Todo podría encajar», comentó Robles con su ayudante mientras almorzaban en una céntrica taberna, «todo, excepto el rol de Germán y su novia»; «parece que las últimas acciones del *Whithdraw* ese están relacionadas con él, pero aún no sabemos por qué», sentenció pensativa. «A ver», dice el subinspector, repasando notas e informes, «el tal Viñas averigua en los archivos de Simancas que hay un documento de hace doscientos años que pondría en aprieto a los duques; viene a verle y quiere chantajearle. Entonces el tal Jaime Núñez de Cereto Saladillo —¿es así, no?— contrata a un guardaespaldas, a *Whithdraw*, para que le arregle eso; de Viñas nunca más se supo; luego el Inglés decide quedarse por aquí y disimula sus actividades como biógrafo de los duques; luego lo duques estropean el vino para vender más...», «ésa es otra historia —cortó la inspectora— no creo que estén relacionadas». Robles tragó un bocado de un jugoso revuelto de tagarninas; luego sorbió un traguito de manzanilla de un catavinos de propaganda, y continuó: «debió de ser todo así, pero hay algo que hace Germán que no les gusta a estos pájaros, porque revientan todos los sitios donde van: sus casas, el club de submarinismo... nos falta una pieza, la relación de este pobre chaval con este jaleo de vinos, caballos y crímenes... a no ser

que... que crean que el barco ese que busca pueda tener algo...». El timbre del teléfono la sacó de sus conjeturas; atendió la llamada con onomatopeyas, con «vale, vale, muy bien... me llamáis si se mueven», y colgó; luego dijo a su compañero: «Ya están juntos». A continuación pidieron el postre, profiteroles, para nada típico del lugar, pero esos buñuelos de helado, ese chocolate amargo, líquido, caliente...

La verdad es que Whithdraw no era exactamente un 007 que digamos: le pillaron espionando asuntos militares de la Base de Rota, le sorprendieron intentando robar un documento en Simancas y ahora, en Cádiz, cuando se iba a cepillar a un chollo de objetivo, viene un panda de esas del carnaval, una chirigota de ésas, y le revienta la escena. Ese tío no era capaz de matar ni una mosca. Bueno, algo sí que debía de saber porque estuvo unos años en Berlín pagado por el MI6, pero, claro, aquéllos eran otros tiempos. Algo sí que sabía, por ejemplo, que no debía de huir de inmediato de la zona del crimen, y menos aún de Cádiz, una ciudad tan fácil de cerrar, con una sola salida. Así que se escondió el resto de la noche en un ático muy cerca del lugar de los hechos; «*The police is not silly*», pensó, y no buscará por aquí; efectivamente, la policía no era tonta y no buscó por allí. Con la luz del día, con las máquinas esas amarillas —o naranjas— que hacen como que limpian la calle con un ruido molestísimo, Whithdraw se preguntó cómo salir de Cádiz. Tomó un autobús urbano hacia la única entrada; se apeó antes de llegar, lo suficiente para ver que había controles de la Guardia Civil; vuelta al centro. «¿Cómo salir, *how to leave?*», se decía. La estación de ferrocarril también vigilada; enfrente, el puerto.

¡Claro, por el puerto! Se dijo; tomaré un barco, entraré de polizón, un barco extranjero, eso es, se dijo, y entró a merodear los muelles. Ya se las prometía felices nuestro espía, pero en las terminales de pasajeros también había chequeos. Rugió. Sólo le faltaba alguna llamada inoportuna. Dicho y oído: sonó su móvil: era don Jaime, de Jerez, que le pedía cuentas. «¿Pero cómo te has dejado pillar?», bramó el noble vinatero. Silencio; silencio moteado por las sirenas del puerto; «¿dónde estás?», dijo el auricular del teléfono; «en el puerto, tengo que salir de aquí»; «Ven a verme enseguida... si te han reconocido... tenemos que hacer algo», ordenó bruscamente y cortó la conexión. Whithdraw se vio perdido y pequeño, aislado, esquivando el trajín de tráileres con contenedores, toros mecánicos, estibadores, bocinas, grandes grúas sobre raíles, grupos de turistas... turistas... turistas... un grupo de turistas británicos... se dirigen al muelle, pero ahí no hay ningún buque de pasajeros... no, pero hay un coqueto barco de vapor, pone «*Adriano III*» en las amuras... suben los abigarrados turistas... «va al Puerto de Santa María», rumian los dientes de Whithdraw, y pasa adentro como uno de ellos.

Poco después del mediodía consigue llegar a Jerez.

Ha logrado salir de Cádiz en un típico barquito turístico, se la ha jugado a los polis, todavía está en forma.

Se encuentra con Jaime Núñez de Cereto Saladillo en una de las bodegas. Don Jaime está excitado, como casi siempre. Whithdraw viene crecido como nunca: «¿por

qué no ha dejado que me marche?», le increpa, «sólo me han visto a mí...»; «porque todo está patas arriba, imbécil», le recrimina el otro, «no tenemos la carta, no sabemos nada del barco y encima te han descubierto».

—Sólo descubren al que lo intenta —replica JW en advertencia.

—Tienes que desaparecer —atempera el duque—, pero antes...

—Cuanto antes desaparezca, mejor —interrumpe el inglés.

—Antes tienes que eliminar a mi hermano y limpiar la hacienda.

—No hago más que quitar gente —protesta riente.

—Es el único que puede cantar... con su locura, lo largará todo; además... ¡a saber lo que guarda en la ermita...!

—Usted se viene conmigo.

—¿Estás loco? No puedo arriesgarme.

—Usted es mi garantía, señor; tiene razón, hay que acabar con su hermano y vaciar la ermita, pero usted viene conmigo... o canto.

Don Jaime muda su excitación en miedo, ya no está tan arrogante; JW tiene prisa, le apremia con un gesto de las manos; «Está bien, vamos al Cristo de la Sangre», dice el duque, y se dirigen los dos al garaje; hay varios vehículos, dos todoterreno, dos utilitarios, una berlina grande y un Rolls blindado; don Jaime se dirige a uno de los todoterreno, pero Whithdraw se ha metido ya en el coche más caro, nunca estuvo en uno igual, cree así tenerlo más pillado. Salen a velocidad.

Nada más irse la bodega, a una cincuentena de metros, otro coche va tras ellos.

El salón de la vivienda de Lidia volvía a estar revuelto; bueno, sólo en parte, sólo la parte del sillón largo, la alfombra y el suelo. Hay un batiburrillo con la bolsa de Germán desparramada, periódicos y libros diseminados y abiertos, la blusa de ella, el jersey de él, sus pantalones arrebujados en el respaldo de una silla, la falda de ella en el asiento de otra, dos vasos y un paquete de patatas fritas caídas sobre la mesa baja, las medias y las braguitas a su lado, el *slip* sobre la alfombra, sobre la alfombra los cojines, sobre la alfombra una manta, y bajo ella se fundían los latidos y certezas de los chicos, sus ardores; todo era relativo en ese entonces, ni la pipa ni las manos del inglés, ni la suerte de Rosita, ni la carta, ni el ámbar de contrabando, ni el miedo a los asaltos, ni los capos colombianos, ni el Crespo ni su Archivo, ni la pulsera de Robles... era el tiempo detenido allí entre ellos, mordiscos de trufa y cacao, borracheras de ambrosía, aromas de incienso y mirra, carne y piel en las uñas de los dedos. Luego regresaría la realidad, volvería a primer plano el envoltorio que a diario les aleja de ellos mismos, eso luego.

Le narró a su favorita sin comerse ni un detalle el intento de matarle, la milagrosa ayuda de La Marga de Rota, la denuncia, el reconocimiento médico, la conversación con Robles, el historial de Whithdraw, la cédula del Archivo de Simancas, las relaciones de toda la película con los Núñez de Cereto «en fin, mi niñita, que estoy colaborando con la poli, a ver si pillamos al granuja ese...». Siguen unos momentos de incertidumbre bajo la manta que está sobre la alfombra del salón de la casa de



Lidia Daza; «¿qué tú estás...?», «sí, sí, me ha dicho Robles que la llame si averiguo algo», y, sin darle tiempo a reaccionar, la tomó de la mano y añadió «anda, vamos a releer el libro de Whithdraw», y se vistió a la carrera; ella le siguió refunfuñando, se vistió también, le siguió de mala gana por las calles, de Sevilla a Triana, a volver a ver y remirar el escuálido librito. Era muy malo el panegírico, ya lo hemos dicho, cantaba mucho; se leía que era un encargo al dictado. Pero cierto era que alguno de esos ricachos iba a por él, se lo había dicho en secreto la alta de ojos inspectores —o la poli de cabellos robles, o la mujer de manos de cangrejo u hombre que vestía de pulsera, algo así—, iban a por él por algo relacionado con el *Santa Clara*.

—Vamos a ver —le dijo a Lidia, su única interlocutora—, si es por algo del galeón, tiene que ser algo que venga de aquel tiempo.

—Lo que digas, mi chulito, pero no te metas en más líos.

—Aquí dice que de entonces eran los caballos, lo de la hija esa que se puso mala... una placa de cobre con el título del ducado, la que está en su palacio de Jerez... a ver, qué más...

—¿Eso qué es? —interrumpió ella sus deducciones—. Acá, que pone Hacienda del Cristo de la Sangre...

—A ver... es una propiedad que compraron en Medina, ah, en Medina Sidonia, ¿no lo conoces?, es un pueblecito precioso, está en lo alto de un cerro y domina toda la campiña y se ve el mar...

—Un titulito mágico, sí... americano.

—Lo nombra así, de pasada...

—A lo mejor tiene algo que ver...

Germán hizo una pausa; releyó lo referente a esa propiedad; miró al techo, se dijo: «¡Qué diablos!, estoy colaborando con la policía...».

—Lidita, ¿vamos al Cristo de la Sangre? —propuso excitado.

—Antes deberías reportar a Robles, recordá que estás colaborado...

—Estamos colaborando —pluralizó, y continuó—: es mejor que no, porque como es tan listilla me dirá que no es importante. Mira agregó, —si no hay nada, no hacemos el ridículo, pero si hay algo, quedamos fenomenal... ¿qué?

—¿Te provoca la aventurita, eh?

—Me gusta... si estás tú, chula...

Lidia se sintió muy halagada por esa frase; sabía que era una frase con truco, pero le gustó; él quería ir, eso estaba claro. Entonces, no iba a dejarse solo, ahí, para que le dieran otra golpiza... ella siempre podría refrenarle... que carajos, vamos a ver la ermita esa, se dijo.

—¿Cuándo sale el ómnibus? —dijo con su boca de marfil.

Esa tarde había en Medina Sidonia un fuego mal apagado, un rescoldo latente, había expectación. Medina tiene privilegio de ciudad, pero es un pueblo, un majestuoso pueblo blanco, un Macondo de sueños y rencores, un microcosmos de esplendor y rencillas clavadas a la tierra, una red de sagas anudadas unas a otras por

las mismas raíces que se funden con las rocas que lo sustentan, un amasijo de raíces que beben de las cuevas y galerías subterráneas que horadan su pasado, que condicionan su día a día y también el de sus gentes. No había ocurrido aún, pero todos los mediníes sabían, ya a mediados del setecientos, que una tragedia se cernía sobre el recién y emergente ducado de Arroyomolinos. Todos sabían que la niña más culta y versada, la más bella de la comarca, Clarita Núñez Cereto, se secaría en su propia lozanía, no podía ser tanta felicidad. Todos sabían que se quebraría su estampa, que sus colores, su olor a naturaleza, se volvería ceniciento, que se desharía como una estatua de escarcha.

Todos tocaron campanas y rezaron avemarías, pusieron candelas a Santa María La Blanca, rezaron triduos y rosarios por el alma de la niña. Todos miraron con rencor a Antonio Núñez Rivera, el señor duque, cuando se marchitó aquella flor, y a todos aquél prohibió que le mirasen a los ojos; en todos los gremios y agros se habló en clave de susurro, de todos los mercados y confesionarios fue surgiendo una nebulosa de rumores y certezas que logró su objetivo: creó una pesadilla de culpas y fantasmas en torno al duque, una humareda tan insoportable que tuvo que irse para nunca más volver. Tuvo que irse a Indias, dijo que para mejor cuidar sus negocios de allí. Se dijo que hizo gran labor con nativos y criollos, con indios y negros, que produjo grandes réditos a la Corona; eso se dijo, pero nunca más volvió ni se supo de él.

Esa tarde había un rescoldo latente en Medina Sidonia; se venía avivando desde que, días atrás, «El Ermitaño» se viera envuelto en varios incidentes. Salía muy poco de El Cristo de la Sangre, pero cuando lo hacía se dejaba notar: bien porque conducía atropelladamente su todoterreno negro de cristales tintados, casi militar de blindado y oscuro que lo tenía; bien porque bajaba a las cuevas y se le oía gemir, maldecir a veces, arremeter contra árboles, fuentes o bancadas; o bien porque terminaba peleado con los clientes de las tabernas de Jerez o de Medina Sidonia, cuando raramente entraba en ellas. Unos días antes de esa tarde en que latía la expectación de un inminente suceso, condujo su tanque por las calles de la ciudad con gran estrépito de motor y frenazos, dejando olor a combustible y goma quemada; destripó a dos perros y varias madres temieron por sus niños. También dio cuenta la prensa de otro incidente, éste en Jerez, cuando tuvo una pelea en El Gallo Azul.

Fue retenido por la policía local —en general, es muy fácil que la policía local retenga— y estaba acompañado por un tipo alto y fuerte, ya maduro, que se le veía de vez en cuando por El Cristo de la Sangre, siempre con «El Ermitaño» o con su hermano gemelo, el señorito, el duque de Arroyomolinos; era un tipo pelirrojo a quien llamaban «El Inglés» porque tenía pinta de inglés. Pero decíamos que crecía la sensación de suceso en la gemela de la fenicia Sidón. Por eso, a la caída de la tarde, a nadie extrañó la llegada estridente y sucesiva de tres coches, el primero conocido. Ni tampoco, más tarde, el arribo de otros varios de la Guardia Civil y de la Policía, éstos ya con lucecitas azules y verdes. El primero de los dos resultó muy conocido, era

Rolls de don Jaime, el duque, el señorito, que venía acompañado de El Inglés.

Llegaron a velocidad y misterio, frenazo ante la cancela y entrada en la hacienda con gran apresuramiento. Había comenzado, de lo que fuese, el desenlace.

Unos minutos después llegaron en similares circunstancias otros dos coches de menor cilindrada e inferior marca. De uno descendieron una mujer alta, morena y de ojos azules, acompañada de un hombre más joven; y otros dos hombres, también altos y fornidos, del otro. Éstos vestían zamarra y pantalón de tela gruesa —parecida a la de los uniformes militares— y gorro calado; la mujer y su compañero iban medio de paisano, pantalón oscuro, camisa clara y cazadora oscura, como de forro polar, los dos parecidos. Buscan con prisa las entradas de la hacienda, gesticulan, llevan microteléfonos. Los hombres parecen agentes de policía, o guardias civiles, uno de los coches pone en la matrícula PGC y un número, el otro tiene matrícula convencional, normal. Uno de los dos que parecen uniformados examina el Rolls mal aparcado, hace una llamada y envía la descripción, espera unos segundos; algo le dicen y el pronuncia «aháa... muy bien, gracias», y luego se dirige a sus compañeros: «están dentro». Los que parecen uniformados van uniformados; son guardias civiles aunque no lo parezcan, pero es que ese cuerpo ha cambiado mucho los últimos años, tanto que ya no llevan el tricornio aquel acharolado que tan bien les quedaba.

Así pues, los guardias civiles buscan un acceso trasero a la hacienda-ermita; los policías, por su lado, golpean la puerta de entrada; el joven grita «¡abran, policía!».

Silencio. «¡Retírese, inspectora!», dice el subinspector; ella se retira. Llegan los guardias civiles, no había puerta trasera; los tres hombres a la una, a las dos, a las tres, ¡zas!, la puerta abajo. Es un pequeño habitáculo con puertas a cada lado, como las entradas de las iglesias. La de la izquierda da a un aseo, la de la derecha a la bóveda principal. Ésta es recoleta, como una ermita, hace de salón y tiene una pequeña cocina; cuatro ventanas ojivales a cada lado, altas, como de una ermita; todo está desordenado, anárquico, sucio, pero no parece abandonado; al fondo hay otra puerta que da a lo que sería la sacristía, pero ahora es un dormitorio. No hay nada más, no hay nadie.

Lo que no habían visto los vecinos es que, antes de la peliculera llegada de los tres coches, dos jóvenes —un chico y una chica— habían accedido sigilosamente a los alrededores y se habían colado entre los cactus y bambúes de la trasera de la hacienda. Habían llegado en el bus de Sevilla; venía medio vacío, nadie en el pueblo les echó cuenta, todos estaban con la cabeza en la hacienda.

«No me dejaste saltar la valla de mi excavación, y ahora quieres que nos colemos», susurra Germán al oído de Lidia. Ella chista con el índice en los labios, él hace un estribo con las manos; ella lo pisa y se aúpa, separa las cañas y ase su mano desde arriba; y tira, tira; al unísono caen al interior, quedan tumbados avizor, respirando, respirando. El hace unos raros gestos con los brazos y la cara, ella no entiende nada; él dice «uno por cada lado», ella chista otra vez, «no hables tan alto». Se arrastran, esquivan las palmeras como niños al escondite. Alcanzan ambos lados

del pórtico de entrada. Lidia toma una piedrita y se dispone a lanzarla contra una de las altas ventanas ojivales cuando oyen un chirrido del interior, unos pasos, el cerrojo, la puerta que se abre. Un hombre abotargado sale, camina despacio, se arrastra como un enfermo, la vista al suelo, habla solo, parece que gime; se sienta entre la maleza del selvático jardín, la cabeza hundida en el pecho, como un chamán o la pitia de un oráculo. Ahora o nunca, se dicen los chicos por señas, y penetran en la hacienda. Desde luego, no les faltan agallas, quién lo diría...

Hay un recibidor, luego un salón de techo alto, abovedado, con nervaduras que descansan en rústicas columnas de ladrillo, ventanas como góticas, alargadas, pero sin vidrieras, de cristal opaco. «¿Y si vuelve?», «entremos ahí», en una pequeña pieza que tiene un armario, un cajón como mesita y un camastro —casi un jergón, con una jarapa y un deshilachado almohadón—, es una cama deshecha, a la derecha. «¿Y ahora qué?», «mira ahí, junto al armario, una trampilla abierta», «¿entramos?», «entramos». Tenía el agujero escalones de hierro grapados a la pared, era un pozo, un tubo vertical de cinco metros por lo menos; abajo se abría una galería más ancha a cuyo fondo titilaba la luz de unas bujías. Era una estancia circular con muebles viejos apilados en las paredes, aperos del campo sujetos en ganchos, albardas de esterilla, sillas de anea, sillas de montar viejas, pendones y cortinas gruesas colgadas de los muros. Picaba la nariz, olía acre, a madera carcomida, a humedad, a herida que supura. Del redondo distribuidor partía otra galería en pendiente, con varios escalones, que terminaba en una cripta de techo alto, un habitáculo mayor, más ordenado, con teas ardiendo en las paredes, tapices y símbolos, un anaquel con libros, un aparador en buen estado y una mesa; era un tablero alargado sostenido en bastidores y, sobre ella, dos alcuzas de luz tenue. En la pared del fondo había dos vanos, como dos hornacinas: uno en el centro y el otro a un lado, denunciando el conjunto una elocuente asimetría.

Los intrusos alcanzaron esa pieza embebidos de delito, ciegos de misterio, borrachos de peligro, abducidos, encantados. Estaban narcotizados por el rumor de los símbolos pintados en los esponjosos muros, trufados éstos de colgantes y anillos esotéricos, dibujos de anagramas y fórmulas masónicas, míticos iconos y deidades.

Había en aquellas vitrinas subterráneas láminas de hespérides y lagos, de Heracles en las fauces de Océano apoyado en las columnas; en el suelo tapas —o señuelos— de sarcófagos fenicios, copias de las piezas del tesoro de Tartessos, grabados con el sello de Argantonio, monedas con rostros turdetanos, trozos de ataurique cordobés, omeyas celosías, un aguamanil y yesos nazaríes, suras sobre orlas en un friso y aleyas, tótemes aztecas, hachas mayas.

Una atmósfera espesa se cernía desde el techo como baba de la tierra, como andamio o almidón que sujetaba el contenido de la cripta. Cuando se hacen los intrusos con el aire de allá abajo, se atreven por fin a relatar: «Vaya museo que tenía aquí», sisea Lidia todavía seducida por el vértigo del sitio; «son mitos y leyendas...», gime él, girando su mirada en panorama circular, «anda, vamos a ver cosas».

Hurgando el anaquel, entre libros y papiros, llama su atención una gaveta de madera oscura; «(¡un tesoro, joyas!)», piensa, la pone sobre la mesa y llama a la chica a que le ayude en su apertura, pero ella no ha perdido la audición: «alguien baja», le susurra, «será él, ¿qué hacemos ahora?». Los dos chicos se dirigen hacia el fondo, los dos vanos tienen puertas, la del centro no se abre, la derecha es un hueco grande, una alacena con más trastos y cacharros. Los pasos y las voces ya se acercan, «no es uno, vienen más», se dicen con el rostro teñido por el miedo. «Las cortinas, detrás de las cortinas», dice ella, y se ocultan tras de ellas, con la espalda adosada a la húmeda pared. «Vienen más... dos... o tres», piensa Germán, «esa voz... yo la conozco», y se pone a temblar.

La toma de la mano y ella, que está viva, ve el desasosiego, le pregunta con un gesto, abriendo los ojos; luego, reclamando una respuesta acerca su oído a la boca de su amigo, y escucha: «es... es Whithdraw», y tiembla también al compás de sus latidos, chupan las líneas de sus manos y el vello de sus brazos el sudor que se derrama de las ropas del muchacho.

Nadie respondía el Cristo de la Sangre; había un Rolls frente a la cancela y expectación en el pueblo, pero no respondían de dentro. «Tiene que haber otro acceso», exclama la inspectora, «aquí ha habido alguien ahora mismo... la temperatura, el olor...». «Ya le hemos dicho que no hay otra puerta, señora», dice uno de los guardias, y luego, entre dientes «teníamos que haberlo hecho a nuestra manera...». Civiles y Nacionales cruzaron el puñal de sus miradas. De pronto se oyen gritos, voces discutiendo, ruidos. Uno de los guardias se asoma al ventanuco de la antigua sacristía, pero no hay nadie. «¡Vienen de abajo, del suelo!», exclama Robles. Mueven muebles, la cama, el armario; por fin, bajo la caja que hace de mesilla hay una trampilla que no muestra resistencia y les engulle, los cuatro con linternas. Escuchan voces y más golpes, carreras, gemidos, silencio. Llegan al suelo, al pasillo, al distribuidor circular, a la galería y, en el centro de la cripta, aún caliente, regurgita un cuerpo agonizante: era El Ermitaño, empapado, exangüe. Las candelas se agitan por una corriente, «allá, al fondo», señala el policía; todos se dirigen al portón abierto del vano central, pero los guardias civiles se imponen: «déjenlos de nuestra cuenta, ustedes miren aquí». Se lanzan los dos guardias al boquete de negrura angosta y supurante, de suelos limosos y estrechas galerías; las linternas son balazos de luz cuyos círculos enseñan un delta de meandros desiguales: ahora se estrechan, de modo que un adulto va de lado hasta la asfixia; ahora se abren en pórticos abovedados más anchos y espaciosos, ahora son arcadas, ahora resbalan los civiles en las tégulas del suelo y en las losas, ahora parece que se hallasen en bañeras; llega del silencio un breve chapoteo y el eco de unas voces. «¡Por ahí!», y siguen nuestros guardias por cloacas y ramales en incómodas posturas, así hasta diez minutos de bajadas y rumores en las tripas romanas de la Muy Leal Medina.

En el ambiente cartilaginoso de la cripta, los dos policías permanecen perplejos unos segundos; la firmeza de sus colegas les ha pillado de sopetón, pero la verdad es

que les gustó su arrojo. El sangrante está muerto; Míguez llama para que avisen al forense. Rebuscan entretanto en la salita y lo primero que les choca es la arqueta en el tablero. Está añeja, pero limpia, ha sido recientemente abierta. «Veamos qué contiene», dice ella, y manipula el bruñido cerrojo; emitió éste unos gruñidos, pero es distinto otro chirrido que la alerta, pues nace detrás suyo, en la pared; empuñan los dos sus armas. «So... somos nosotros», suplica la voz de Germán; se hacen ver despacio los aventureros románticos a los desconcertados agentes. «¿Qué coño hacéis aquí?», dice Robles aliviada en desconcierto, enfundando su pistola, e igual su compañero. «Vinimos... porque... la arqueta...», balbucía Germán temblando, «lo han matado aquí mismo, delante de nuestras narices...», decía sollozando.

Lidia, más tranquila, explicó cómo llegaron, cómo Whithdraw y otro hombre han matado a El Ermitaño.

—Y ¿qué es eso de la arqueta?

—Na... nada, íbamos a abrirla.

—Estábamos listos a ver su contenido cuando escuchamos que venían... y nos ocultamos... ya saben lo demás —Lidia aclara.

—Está bien... —dijo Robles exhalando un largo suspiro.

Sin mucho esfuerzo, abrió la gaveta; en el interior había cuatro hatos de papeles macilentos, sujetos cada uno por un cordel de rafia; estaba claro que la cuerda era muy posterior a los papeles, era de ahora. Uno de los legajos estaba deteriorado en su parte superior derecha, desleída la tinta, resquebrado el papel. La caja misma estaba más hinchada y ennegrecida por el ángulo derecho; «debió caer algún líquido, o agua, por esta parte», comentó Robles sin levantar la vista de los manuscritos.

«Pero el tocho ese medio podrido —dijo Germán, señalando con el dedo el legajo estropeado— ¿cómo es que no coincide con esa parte de la caja?». La inspectora, sin dejar de examinarla, arguyó: «porque después de leerlos, los guardó de otra manera... les cambió los lazos, los originales estarían desechos». Robles ordenó los paquetes por la paginación correlativa que tenían, mirando las primeras y últimas hojas; abrió uno, al azar, y todos pudieron admirar una primorosa caligrafía, escasa de correcciones o tachaduras, de renglones paralelos, sin caídas, fáciles de leer. Cerró la tapa y dijo: «Esto tenemos que llevárnoslo...». Los chicos la miraron con decepción, como corderos en silencio. Germán dio un paso, se ofreció: «yo puedo ayudarla en su interpretación... llevo meses con esto». La inspectora dudó; pero luego cedió, e inició la lectura del primer ható:

Lágrimas que en soledad derramo  
salvar pretenden el alma atormentada  
de quien, viendo al diablo negra daga,  
pecar, dejó, el peor de los pecados.  
Era de los campos la flor más pura,  
la más tierna doncella de estos lares,  
la más dulce sirena de los mares,

la savia inmaterial que todo cura.  
Era tal el fulgor de su blancura,  
que quien pudo ser quien más la quiso  
cometió sobre ella, con mi omiso,  
el crimen cuya herida es la más dura.

Aquí debió de parar la escritura para volver a ella en otro momento, días después seguramente, porque la tinta luego era distinta, ligeramente más clara, y también algunos trazos eran diferentes, la voluta de las eses finales era un poco más corta, y también la de las jotas mayúsculas:

Jamás olvidaré, memoria mía,  
el día fantasmal, cuya mañana  
escucharon mis oídos, de sus ojos,  
el relato de su bárbara agonía,  
el acto más cruel, que alma villana  
manchó la blanca flor con sus despojos.

Había pasado de cuartetos a sextetos; quería contar un secreto, pero no terminaba de dar con la forma, combinaba dolor con inquietud literaria, era como si quisiese sublimar en la poesía su todavía incógnito desgarramiento interior. Seguían muchos sextetos más, aún como preludio de la historia central, se adornaba la autora en ritmo y medida, aunque mezclaba dodecasílabos con endecasílabos, medía mal las agudas y las esdrújulas; se ve que ponía intención, pero sabemos que con eso no basta.

En las hojas siguientes volvía a cambiar la espesura de la tinta y la esbeltez de los trazos, pero lo más significativo era que ya concretaba hechos y, sobre todo, que era en prosa. Se asemejaba a una declaración ante comendador, de corte judicial; era un relato feo y espeluznante:

Esperaba yo aquel día a mi hija en la pradera de la casa de Medina como todas las mañanas, cuando vino ante mí prieta, llorosa y compungida. En su cara tenía heridas y arañazos en los brazos, la saya de raso rasgada y manchas de sangre en las manos que sacaba de sus piernas y miraba con terror. ¿Te has caído del caballo?, pregúntele asustada, y fui hacia ella, pero ella se detuvo y, sin consuelo derramó sobre mi pecho sus hipidos. Mi Clarita apuntó su blanca mano hacia la hacienda y pronunció «mi señor padre, mi señor padre, madre mía, me ha forzado por abajo, perdonadme, madre mía, no quería, me obligó, qué será de mí», eso decía temblorosa la hija mía, la más bella flor de la campiña, y fueron fuego sus palabras que me ardieron por mi adentro como hierros en la fragua, me ahogaba, me apagaba, creí morir, Dios mío, mi Señor Dios, creí que me moría, creí morir.

Todos contuvieron el aliento. Las paredes dejaron de sudar. Parpadearon las linternas encajando la dureza del relato de la duquesa contrita. Germán repitió para sí «hipidos, hipidos, hipidos». Lidia le apretaba la mano, se mordía el interior de las

mejillas; el joven policía alzó las cejas un instante y tosió; la narración cambiaba de legajo; Robles prosiguió su lectura desapasionada, detectivesca:

Salvar a mi retoño era tarea por instinto devenida; le lavé la cara, curé su herida mancillada por la bestia agazapada; la acosté en la cama de mi estancia, la abracé, quedeme fría para darle mi calor. Me llené de pavor a mi marido, a su olor y sus modales, encararlo rehuía, no podía. Huyó de mi mirada el mayoral cuando dije qué sabía; fue a montar el señorito de mañana, su vergüenza respondía. Volvió al caer el día bebido y altanero, enseguida le inquirí su paradero, qué le hizo en la mañana a mi Clarita; él rió sin pesadumbre, se quedó acomodado calentándose a la lumbre, lo que hice está pasado, no hay nada que hablar, dijo rumiando, lo que fue, pasado está. Le insulté toda humillada, le injurié desesperada, cosas de hombres, me gritó, yo alimento este ducado y, en el pago, a tu familia, ten cuidado, eso dijo la bestia enfurecida. No te olvides de la niña, no de tu familia, me gritó, y me agredía, le esquivé y cayó de largo en procaz borrachería. Huimos las mujeres de lugar de aquella infamia, puse espalda a la ermita con Clarita, y al huir escuchamos el rugido que decía: nada hables por jamás o adiós a tu familia.

En toda esta parte las eses finales y las jotas habían recobrado la voluta de los primeros cuartetos, lo que sugiere que era accesorio el asunto de las volutas. Las oraciones estaban más claras, más diáfano el nudo del crimen que contaba, se le daba mejor la prosa. Estos fragmentos de los manuscritos de Clara Cereto parecían haber sido escritos también de seguido, quizá en varios días, pero sin interrupciones bruscas, tenían el mismo tono de tinta y semejante tamaño e inclinación las grafías:

Quiso hablarnos con premura, más le repudiamos; quisimos curar la pena, más la pena dura. Anidó la fiebre en Clara, le vinieron los dolores, quedose en ella el mal. La fiera se asustó, temió por su fortuna, pidió abortar. Pero Clarita no quería, deseaba su bebé, y yo quería a mi nieto por más que fuese de incesto. Me arranqué el valor de madre, me salió del alma, le advertí: dije que diría, a las monjas y los curas, de su negra hazaña impía. Nos hurtamos trece días. Volvimos confortadas, pero el miedo no se iba. Dijo el duque muy apuesto, qué queréis; el apellido compuesto, de aquí a siempre, y que al niño salvéis. Que Satán te vuelva, esposa mía, cerdo bruto. No sufráis, marido mío, yo me ocupo.

Respiraron con alivio los lectores: había salvado al niño y había colocado el apellido de su rama en el cardinal del ducado. En esta parte aparecían frecuentemente octosílabos y hexámetros. Estaba claro que se le daba mejor la prosa, pero tampoco terminaba de lograr la musicalidad de Góngora o Garcilaso, aunque quedaba más disimulada, eran licencias más aceptables en la prosa que en el puro arte mayor. Hicieron pausa.

Proseguían las páginas, saltaba el relato de hoja en hoja, de ható en legajo. Toda la narración venía ya en prosa; la poesía la puso en el inicio y, como veremos después, en los tramos finales, más íntimos, cuando parece querer reconciliarse con Dios y consigo misma por un crimen que no había cometido, pero del que se creía



cómplice por omisa. Ahora la primera duquesa de Arroyomolinos testificaba en sus memorias el destino final de Clarita y su hijito, de su hijita y su nietecito:

A Juliana, la bordadora, quise dar a mi nieto. Ella no se preñaba por más que pusiera reto; su marido, el pregonero, por ello la repudiaba, y yo le confié un trato: yo le traería un niño, aunque fuera inclusero, si ella fingía embarazo: las dos hicimos teatro. Más adelante, me dije, con el niño ya crecido, le explicaría lo cierto y le daría recurso para cuidar a mi nieto, mas esto nunca lo hice.

Ahora volvería de nuevo al verso, pero estaba plenamente justificado: era una confesión, pero de verdad, una especie de *mea culpa* ante alguien, probablemente un sacerdote que sería como su director espiritual; después, en el mismo poema, narra brevemente un encuentro en Cádiz con una monja que se clausuró en el convento de Santa María, una exdama que fue conocida como La Hija del Sol, a la que también confió sus secretos; parece que se cayeron bien. Vamos con la confesión:

A vos imploro, Dios y señor mío,  
perdón, todo el perdón y penitencia,  
poder, a mi muerte, en tu presencia,  
calmar mi culpa en crimen tan impío.  
A vos, del Señor ministro en tierra,  
os ruego entera, triste y humillada,  
la gracia y comprensión de alma callada:  
que mane vuestra gracia en paz y en guerra.  
Del acto por su padre cometido,  
por salvar a mi familia estuve ciega;  
y ahora que la guadaña en la siega,  
me culpo por haber desasistido.  
Sólo vos, mi confesor, mi santo padre,  
sabéis de mi pecado de mi entraña,  
que a nadie este dolor confesaría.  
Vos, y una mujer que no fue madre,  
que alivió mi secreto un turbio día.  
Hija del Sol era, Cádiz de España,  
del claustro del barrial Santa María.

Era lindo el poema, pero a estas bajuras todo el grupo era presa de estornudos, lagrimeos y picores nasales. Era el efecto de las miasmas del subsuelo, pero también la ternura de los poemas. La inspectora de la pulsera de faláricas egipcias —o puede que pinzas de cangrejo— se proponía abordar la lectura del cuarto legajo —el que estaba un poco deteriorado por la humedad— cuando recibió un aviso de llamada y abrió el teléfono. Unos instantes más tarde chistó contrariada y dijo «vayaaa... en fin, ahora salimos», y dijo a los demás «han subido a la torre de una iglesia»; «voy a por ellos», dijo el subinspector Migues; «no, no, ya hay un equipo especial, vamos a terminar aquí abajo», concluyó ella tomando el cuarto legajo; entonces Germán le

preguntó: «¿cómo es que tiene cobertura?»; la agente le miró de lado, osciló la cabeza, chascó la lengua y le dijo con desgana «siempre tenemos... como urgencias». De continuo Robles encaró por tercera vez el último taco de papeles de Clara Cereto; volvía en ellos a la prosa anárquica que ya conocemos, de oraciones elásticas, de muy distinto metro:

Juliana, la bordadora, me confió su abandono. Diego Baza, el pregonero, tras saber de su embarazo, la rechazó con encono: la creyó infiel, pues él, jamás la dejó en estado. Se fue la noche, me dijo, en que un emisario real dejó un bulto desigual; Diego firmó un recibo y se quedó con el recado; entró de seguido en casa, me dijo la bordadora, el albacea del duque; conversaron los dos, dijo, fue poco lo que supe, y se lo llevó en mala hora, a Medina, me dijo que le dijeron, y que ya no volvió su celoso pregonero.

Robles sacudió una brizna de mohó del cartón de contratapa; luego anudó el mazo con la cuerda de rafia y lo dejó en la caja. Se abrieron paso unos segundos en silencio. Se miraron los cuatro, había lágrimas en las pestañas de Lidia Daza y Germán Bravo, cara de circunstancias en el subinspector, suspiros en la inspectora alta.

Whithdraw y el duque vinatero salieron al exterior, a una pequeña calle encalada y blanca sobre cuya blancura se recortaban sutiles siluetas humanas: eran las ánimas de los patricios romanos que se desasían por unos instantes de las grutas subterráneas; eran los siervos de la gleba que apuntalaron el ducado y la capital, los mojes corifeos de la sede arzobispal, los almuédanos de la taifa; eran los habitantes de la Muy Noble y Muy Leal, ojos y certezas que indicaban el camino a las sirenas y a los fugitivos, que sabían, pero callaban. Salieron de la entraña de la tierra a las calles de Medina, todo el pueblo les miraba, los destellos lapislázuli y naranja les guiaron hacia arriba (es curioso cómo, en un naufragio las ratas, lejos de huir del barco, nadan hacia él); les guiaron hacia arriba, a Plaza de La Cruz, a la Iglesia de La Victoria, «¡a la iglesia —gritó el duque—, ahí no pueden entrar!». Penetraron en un templo muy escaso de creyentes, extranjeros, por demás, luego clientes, que aplaudieron la llegada del inglés y de su amigo, pues pensaron que eran parte del billete en la agencia adquirido. Los huyentes penetraron en la torre de la iglesia, rodeada al exterior de vecinos, de destellos y sirenas.

—Salgamos —dijo Robles— poco nos queda que hacer aquí; ya repasaremos todo esto luego... arriba puede que nos necesiten.

—Esperaré a la ambulancia a que recoja a este pobre hombre —se ofreció el subinspector.

La agente tomó la arqueta de madera con las confesiones de Clara Cereto; ya se disponían todos a exhumarse cuando Germán creyó advertir un mínimo destello en una de las paredes: «¡Ahí!», gritó, señalando con el dedo hacia el fondo, «una lucecita». Todos miraron en esa dirección, pero no vieron nada; «estaba ahí, lo juro...», se excusó el muchacho, que seguía indicando la pared de los dos vanos; iban

a reanudar la salida cuando esta vez fue la policía la que advirtió el fogonazo; fue al moverse; movió su cuerpo varias veces y vio que el puntito de luz aparecía y desaparecía: no tardó en comprender que era un reflejo de su linterna en el remate de su pulsera de plata, un destello que, a su vez, era absorbido por algo metálico en la pared, a unos metros. Se acercó, enfocó ahora de lleno y, camuflada en la pared, semioculta por una especie de masilla, asomaba una chapita. Las pupilas de los cuatro rostros se paralizaron en el centro de sus ojos, todas las miradas confluían en la pequeña pieza de metal que avisó el fulgor de la rígida pulsera de la agente de ojos azules y ademán adusto; el movimiento aleatorio de la linterna deformaba, a oleadas, las caras de los cuatro; el policía ayudante desbrozó la placa con un trapo; era una rudimentaria cerradura; era el cierre de una caja de metal, una especie de valija de metal, pesada y blanda; de plomo, era una caja de plomo. Los dos hombres la depositaron sobre la mesa bastidor; contuvieron la respiración. El policía miró a su superiora; ella asintió con la cabeza; con un destornillador hizo saltar el cerrojo y abrió la maleta. Ante ellos apareció una metopa de cobre verdecido, hinchado y descuadrado el marco de madera; el joven policía frotó el trapo varias veces hasta que fue legible una leyenda grabada que decía: «Por real cédula de Su Majestad, se ordena extensión y partición de herencia y bienes del ducado de Arroyomolinos a los herederos de Diego Baza desde la próxima generación.

El Corregidor General», y a cuño grabado también, el toisón de oro Borbón.

De forma rutinaria, el subinspector enfocó al hueco del vano redescubierto: esa vez no encajó la visión de forma hierática, profesional, no; esta vez no se hizo el duro ante lo que descubrió a sus ojos el disco amarillo de su linternita, no; esta vez fue un puñetazo en el estómago, un desgarrón en el pecho, una vomitona de terror fue lo que le atravesó el cuerpo con la aparición de aquella calavera de cuencas vacías, de pellejos pegados a la dentadura y pómulos sobresalientes, de cabello ralo y pardo sobre aquella testuz cenicienta y agrietada.

Fue más su propio grito, fue un eructo de aquel cráneo riente lo que le hizo retroceder, trastabillar y caer con estrépito a la espalda de su compañera y los jóvenes, iluminados los tres todavía por el brillo de la metopa chivata hallada en el hueco de la pared. Los tres abrieron los ojos, se llevaron las manos a las bocas; Robles ayudó a su compañero a incorporarse; el cuerpo de Lidia se agitó como un tiovivo, se arrugó en convulsiones y arcadas, expulsó tres balsas de babas. Germán le dio golpes en la espalda, la ayudó a sentarse, le inclinó la cabeza hasta las rodillas; se puso a su espalda, la rodeó con sus brazos y cruzó las manos en su vientre hasta que se sintió mejor; empezaba a divertirse la situación; sería porque se creía a salvo, protegido por los policías; sería porque pensaba que su concurso era clave en la acción policial; sería porque sus aprensiones y su miedo se habían disuelto en la atmósfera de la cripta después de presenciar un crimen y hallar la metopa; sería porque en las últimas horas le habían encañonado dos veces; por lo que fuera sería, pero a Germán Bravo la situación comenzaba a divertirse.

La agente y su segundo terminaron de descubrir el hueco de la pared del fondo de la cripta y emergió un esqueleto vertical, vestido de ropa rota y sin color; tenía la cinturilla de lo que debió de ser un pantalón y en ella prendida una hebilla; tenía restos de una camisa pegados a las costillas y las hombreras, parte de las mangas y las costuras de lo que tuvo que ser una chaqueta; cosido a una de ellas, el bolsillo interior dejaba ver un minúsculo paquete: los gusanos habían devorado la cartera, no así un permiso de conducir ni un carné de identidad plastificado que delataba al saco de huesos: Luis Viñas Salamanca. «El desaparecido», dijo Robles. Germán, como si estuviese al frente de la pesquisa, pidió más datos con un arqueo de cejas; «el que vio primero el decreto de Simancas», dijo ella sin alarde; «cédula», corrigió Germán. Ella meneó la cabeza, casi en desprecio, y ordenó «salgamos ya de aquí, a ver qué pasa arriba; hay que avisar al juez, tenemos aquí dos cuerpos...».

Germán estaba arrasando y corroboró: «Sí, sí, dos cuerpos... la nacional y... los picoletos», y rió en solitario su propia ocurrencia.

La torre campanario de la Iglesia de La Victoria de Medina Sidonia es de ladrillo visto, de planta cuadrangular y dos ventanas de medio punto en el penúltimo cuerpo, ocho en total, una por campana. Sobre éste hay otro tramo, una especie de linterna octogonal coronada de una cúpula minúscula; tiene esta zona de campanas cuatro huecos, uno por costado de la torre, cuatro en total, una, pues, cada dos lados del octógono. El espía trasnochado y el rico de Jerez ascendieron por las rampas laterales que cedían a su izquierda el hueco de la torre a las cuerdas de campanas; al entrar cruzaron tras la puerta, a modo de dos trancos, dos reclinatorios que hallaron de camino. Entre toses y jadeos alcanzaron el pretil del campanario. Había un lindo panorama desde allí: era la belleza del paisaje que romanos, bereberes, caballeros medievales y prelados siempre vieron desde el cerro que sustenta la Muy Noble y Muy Leal. Más también era el fulgor de lucidez y claridad que disfruta el alma humana cuando teme su final: dominaba la colina que sustenta la medina la campiña y alta mar; dialogaba el campanario de La Victoria a septentrión con otra torre, la de la Iglesia Santa María Coronada, y charlaba por igual con las palmeras de la ermita de la Sangre, donde hace unos minutos quitaron de sufrir en este mundo al amigo de los dos y gemelo de uno de ellos. No pudo reprimir Jaime Núñez de Cereto Saladillo una moraleja: «Hemos reptado bajo tierra y escalado por el aire, pero estamos peor que cuando comenzamos». «La vida es una montaña rusa», pensó, en inglés, James Whithdraw, El Inglés.

Abajo, en la calle, había un ensayo de teatro. Había en la Plaza de La Cruz, al pie de La Victoria, tres legiones diferentes: había cinco grupos de distintos uniformes, ya con gorra de visera, bien de plato, bien con gorro de montaña; cada grupo con sus coches y sus luces de destellos oscilantes, no sincrónicas las luces entre grupos, ni tampoco de los coches de los grupos entre sí. Agentes de civil y de uniforme de Policía Nacional disuadían a paisanos «¡no se acerquen demasiado, por favor, atrás, atrás!»; el destello de sus *flashes* era azul, era azul vivo. Cerca de ellos iban los de

verde, uniforme de campaña en tono verde camuflaje, y sus coches emitían tonos verdes. A su vera los de blanco, la UVI móvil que llegó a toda prisa y sonido de sirena repartiendo naranjazos a los ojos por doquier. De azul claro iban agentes autonómicos y azul cielo eran las luces que soltaban sus vehículos; no sabían muy bien qué hacer éstos, pero ahí estaban, dando el callo. Por penúltimo estaban los más chulos, los locales. ¡Vaya armarios, que cuadradas y cuadrados estaban los locales! ¡Qué poder en sus miradas, qué marino y qué frecuente el azul de su luz intermitente! Hemos dicho por penúltimo, porque el último grupo uniformado eran varios seguratas que oyeron el jaleo y acudieron «a ayudar». Éstos eran el primero de los grupos de la Plaza de la Cruz. Al costado estaban los segundos, los turistas. Eran grupos de excursiones, ellos y ellas con bermudas y vestido estrafalario, con el pelo escarolado o teñido de imposible; todo ellos con sus cámaras de fotos o de video guardando el recuerdo de su gira andalusí, creyéndose de veras que el asunto que filmaban era parte del programa que la agencia les vendió. Los terceros eran los vecinos; los había tras los vidrios de las ventanas de las casas, pero algunos ya bajaron a la plaza, a vivir en el directo la captura de don Jaime, el señor duque, y de su amigo El Inglés. Era algo que sabían, la leyenda que pesaba sobre toda la familia desde tiempo inmemorial, cuando el que hizo el apellido hizo algo inconfesable dos centurias más atrás.

—Ríndanse —gritó el teniente de la Guardia Civil—, no tienen ninguna posibilidad, no tienen salida.

Eran casi las ocho de la tarde, caía ya la luz del día. Los policías y guardias —entre ellos, dos tiradores de élite—, apuntaron con sus armas al campanario.

Unos segundos después vino la respuesta en forma de disparo. Todos los uniformados se parapetaron en sus vehículos; los lugareños se resistían a entrar en los portales; los turistas aplaudían. Después se oyó la voz de Whithdraw:

—¡Quiero un helicóptero con piloto y la plaza despejada en media hora; si no, mataré al duque!

La cabeza de Núñez de Cereto Saladillo asomó a un hueco con una pistola en su sien. Abajo se produjo una reunión de crisis entre los mandos de los uniformados: «¿Pero no quedamos que estaban conchabados?», dijo uno; «¿pedimos un negociador?», dijo otro; y un tercero: «puede que uno se quiera entregar y el otro...».

Tan en ésas andaban que sólo vieron al sacristán cuando entraba ya a la iglesia; un agente avisado le gritó:

—¡Eh, usted, no se puede entrar ahí, salga inmediatamente!

—¿Cómo que salga? —respondió el acólito sin ninguna intención de obedecer. Y agregó—: ¡Llevo treinta y tres años entrando todos los días a esta hora, tengo que llamar a misa de ocho!

Y, efectivamente, llamó a misa de ocho. El disciplinado sacristán se colgó de las maromas del interior del campanario y tañeron las campanas su concierto cotidiano, tres series de dos agudas, una grave, tres series de dos agudas, una grave, dos series,

una grave, dos, una, una y una, una y una, y, finalmente, tres graves.

Los repentinos campanazos derribaron del pretil a los de arriba. Los de abajo se dijeron: «Están aturdidos, lancémosles cartuchos», y pusieron nacionales y civiles sus bengalas en la liza, botes de humo, gas de risa, cohetes para ruido y fogonazos, a minarles los sentidos a los pájaros de arriba... Y así hubo unos minutos de gran gloria, de gran belleza plástica, acústica y sincrónica, de pólvora: todo un espectáculo que no mentaban los más viejos del lugar. Cuando vieron los turistas y vecinos en la puerta de la iglesia a los agentes que llevaban esposados a los malos detenidos, aplaudieron a rabiar; un estruendo sostenido de palmeos y de «¡bravos!» se escuchó en la campiña, y al final, al cura de Medina: «Hermanos, después de la fiesta, la misa». Nunca volvería a cantar el señor cura tan colmada eucaristía.

El camarero del bar Cádiz, en la Plaza de España de Medina Sidonia —frente a célebre repostería La Sobrina de las Trejas, siempre llena de clientes y con más de cien turnos en lista de espera—, acercó a una de las mesas tres tazas grandes de chocolate caliente; en otra estaban el subinspector, los tenientes de la Policía y Guardia Civil, respectivamente, y el juez terminando los atestados: había que organizar el papeleo de dos detenidos y dos muertos, uno de hace mucho tiempo. Lidia y Germán sorbieron un traguito del espeso tentempié, maldiciendo el chico porque hervía. Robles aceptó la invitación con cautela, pues había tomado ya chocolate en el postre del almuerzo. Los tres pasaron en resumen sobre algunos de los hitos de las últimas horas:

—El tal Viñas Salamanca hurga en los archivos de Simancas y encuentra el apunte de un decreto, nada menos que del siglo XVIII, que dice lo de la herencia y las placas esas; cree que puede comprometer a los Arroyomolinos si aparecen las metopas y...

—Una cédula —interrumpe Germán—, era una cédula, que no es lo mismo. No —prosigue—, lo que pasa es que eso coincide con que un alemán, Wassler creo que era, descubre una placa en un pecio, por Huelva... por Ayamonte; y resulta que eso vale como prueba para devolver a Portugal Miradanza, un pueblo que llevaba siglos en disputa. Entonces —continúa el repentino catedrático— se puso de moda la recuperación de pruebas no documentales, lápidas, estelas, cosas así; este Viñas debió creer que, bien con la cédula de Simancas o con la posibilidad de que apareciesen las metopas que certificaban la extensión de herencia, podría chantajear a los Núñez de Cereto Saladillo.

—El Jaime de los vinos debió de creerse la milonga —enlaza la inspectora—, pero estaba en plena expansión y cree que si sale lo del... lo de la cédula le quitarán negocios y patrimonio; y contrata al inglés para que se cargue al Viñas... quizá mató también al buzo ese que murió ahogado, veremos a ver qué dice...

—Disfrazan luego sus servicios como que es un investigador, escribe dos libros y todo, y vigila en el Archivo a todos los que buscan barcos por si aparece la segunda metopa —continúa Germán.

—Más o menos debió de ser así; la que hemos encontrado debió de ser para la bordadora ¿era una bordadora, no? —se interrogó Robles—, la que se quedó con el niño de la violación de su hija Clara; se la robaron y la escondieron aquí.

—Pues el apellido compuesto se lo impuso su mujer... —terció Lidia.

—Sí, sí —volvió el chico—, eso y la vida del niño; que cabronazo el Whithdraw, no decía nada de eso en su libro.

—Todo el librito será de chimba; a saber si murió tan valientemente defendiendo Cartagena —apuntó la chica.

—Por los papeles de la caja —dijo la agente señalando la gaveta de caoba y sorbiendo un trago de chocolate— debió de irse a Nueva Granada cuando vio que se había ordenado la partición del patrimonio y la herencia.

—Allá se encontró con mi antepasado, que era su delegado... de seguro que sostuvieron feos negocios...

—Me pregunto —dijo Robles pensativa— cómo llegaría la... la Chancillería a considerar la partición de la herencia.

—Seguramente la mujer se lo contó todo al confesor... o él leyó eso —dijo Germán señalando la arqueta con los legajos— y luego movió sus hilos para que se partiese la herencia, podría ser...

Los tres sorbieron otros tantos traguitos de chocolate. Lidia retomó la conversación con cara de gran extrañeza, incluso de piedad:

—¿Por qué, pues, metieron por medio al gemelo?

—Lo tumbaron ahí mismo, delante nuestro —dijo suspirando Lidia.

—Era el guardián en el centeno —replica Germán.

Todos miraron extrañados al joven arqueólogo: suplicaban ampliación de contenidos, querían más datos de la críptica frase; él lo comprendió, es más, dijo la frasecita esperando su momento de gloria para desarrollarla:

—El Ermitaño era inteligente, raro, nigromante; se volvió esquizofrénico. Su hermano pensó en tenerlo como escudo, en recaer sobre él las culpas si había problemas, pero cuando yo reconocí a Whithdraw en Cádiz se vio pillado, no se fió de su silencio y prefirió cargárselo... el hijo de puta... igual que su antepasado... debe ser de la sangre.

—Pudo ser así —dijo Robles—, a ver qué dicen en los interrogatorios...

—El Ermitaño creyó ser el último caballero de la Mesa Redonda, el guardián del cáliz de su estirpe, pero terminó traicionado por su propia sangre, por su hermano gemelo, allí abajo, en la gruta secreta de los caballeros —terminó Germán, con la vista extraviada en un horizonte indefinido, en los volantes de una gitana de porcelana que quebraba su cintura en la licorera del bar Cádiz.

En la calle hacía fresco. La gente salía de la Iglesia de La Victoria, la misa de ocho fue el colofón de un inesperado día: habían disfrutado de una sorpresiva función de luz y sonido, Luminarias y Ministriles, campanas y fuegos de artificio. Los turistas siempre pensaron que venía en el programa. Lidia Daza y Germán Bravo pidieron

que un coche les acercase a Sevilla. La inspectora alta y el joven subinspector aún tenían tarea: los dos detenidos, dos cuerpos, el cruce de competencias con los civiles, el consabido protagonismo del juez... Antes de despedirse de los muchachos, de oficio, les dijeron: «Si hay algo, ya os llamaremos».



## EL PECIO SANTA CLARA

El ruido agudo de la voz del locutor horadaba sus oídos; tenía timbre de lata, de pito de árbitro malo, de los que pitan mucho; de vicetiple, ni a tiple llegaba. Era veloz, constante, hiriente, y estaba lejos de su alcance. Se había conectado el radio reloj a las ocho, como todos los días, pero tenía que salir de la cama para aplastarlo y no le apetecía: se estaba muy bien allí. Se estaba calentito en la cama, con esa cabeza de mujer que hacía mimos en su pecho y rezongaba por el ruido de la radio; se estaba bien, enlazada la pierna de ella —atrapada, más bien— entre las dos suyas, aplastado el brazo bajo el peso de su cuerpo, con el cálido vapor de la mezcla de sus pieles que manaba de la esponja de sus poros. Fue capaz de traspasar la doble manta y conjurar el metálico sonido, mas no las voces de la radio. Informaba el aparato a vértigo listado: de la negativa de las empresas farmacéuticas a liberar las patentes a la fallida constitución europea, de nuevas medidas contra el terrorismo a los sucesos de Medina, de la guerra de Irak a la junta general de la Fundación Lux: «Siguen siendo interrogados los dos detenidos —un exespía y un conocido empresario de Jerez, respectivamente— tras el tiroteo de Medina Sidonia; se les acusa de los asesinatos del hermano de uno de ellos y de un científico madrileño desaparecido hace 20 años, cuyo cadáver fue hallado en La Hacienda de El Cristo de la Sangre». «Fuentes de la investigación», decía el cardíaco locutor, «han asegurado a esta redacción que ambos detenidos se acusan mutuamente del crimen de Antonio Núñez de Cereto Saladillo, apodado El Ermitaño, quien, al parecer, tenía perturbadas sus facultades mentales, y que era hermano de Jaime, igual apellidado, y duque de Arroyomolinos».

Después vino una información política, algo de unos tráfugas en un ayuntamiento, bobadas. A continuación el locutor dijo «sociedad», y luego: «La junta directiva de la Fundación Lux reunida ayer, tomó la decisión de desposeer a Juan Moreno Terán del título de “Sevillano del año”, y retirarle, asimismo, la concesión del “Azahar de Oro” —de oro blanco era el galardón— a la vista de las evidencias que le relacionan con el robo de documentos del Archivo de Indias. El presidente de Lux, Javier Puche Montes de Oca —aceleraba el loro matutino—, presidente también de la constructora Proseinsa, ha pedido a la sociedad sevillana —(de ahí lo de llamar “sociedad” a este bloque de noticias)— que comprenda que éste es un caso aislado y que no debe de afectar a la limpia trayectoria de la fundación ni a la erección de La Música del Viento, el gran proyecto arquitectónico que sus empresas llevan a cabo, y que, como ustedes conocen —decía el neurótico radiofonista a sus oyentes— ha sido fehacientemente apoyado por el catedrático ladrón». Bueno, lo de «ladrón», no lo dijo; dijo «el catedrático detenido, presunto autor del robo de papeles...», etcétera, etcétera. Lidia, en una acrobacia olímpica, aunque sonámbula, dobló la rodilla sobre el pecho del chico, y gimió de nuevo; Germán aventuró su brazo al exterior, luego el codo, el hombro, todo él entero, alcanzó el radio reloj de un brinco, lo golpeó hasta que quedó del todo mudo y volvió al paraíso.

Otro sonido electrónico vino a sacarles del pegajoso duermevela en el que andaban; era el timbre de llamada del teléfono de Germán. Se levantó y buscó despistadamente el aparato; por fin halló sus pantalones y en uno de los bolsillos el origen sonoro; la pantalla decía «Amparo»; «(es Amparo)», se dijo mirando de rabillo al desnudo de canela que salía de la ropa de la cama; «es... es Amparo», esbozó con cautela. Lidia se acercó amagando una risita; le tomó el sexo con las manos, lo apretó suavemente y le dijo «ande y atiéndala ya, bobo», y fue despacio al baño. Descolgó y dijo un «hola» afónico, minúsculo; Amparo entró enseguida al trapo: «No me digas que estás en ese lío de Medina».

—Pues... sí... un poquito...

—Ayer escuché que uno de éstos había reventado dos casas y me acordé de ti y de tu amiga... la colombiana.

—Yo... yo también me he acordado de ti; joder tía, te has cargado al tipo ese, le han echado de una fundación ¿no?

—Menudo jeta estaba hecho el tío; bueno, me han encargado los alemanes una serie de artículos... no sé, a lo mejor me pido una excedencia si esto va a mejor.

—Te irá a mejor, Amparo, seguro —dijo él con cierto misterio, pero con mucha apostura.

—¿Qué quieres decir? —respondió ella acusando el tono.

—Mira, tenemos que ir a la policía, al juez y varias historias más, pero dentro de unos días te llamaré y te contaré todo lo que ha pasado.

—¿Más historias de piratas... de barcos y tesoros? —dijo con retintín la profesora Amparo.

—Sí, sí —dijo Germán riendo—, vas a alucinar, Amparo, y vas a publicar un trabajo chulo chulo, ya verás; vas a ser una investigadora de intriga y secretos inéditos... como Indiana Jones.

—Eh, eh, cuéntame lo que sea, no me dejes...

—Ah... misterio, misterio... jajajajajaja, oye, en serio, en unos días te llamo y te cuento...

—Eres...

—Un beso, muaaaa —dijo muaaaa y se despidieron.

Lidia Daza estaba frente al espejo del baño; era un azogue de medio cuerpo, pero faltaba espejo para tanta mujer; se cardaba el pelo, se pintaba carmín oscuro en los labios, luego los pegaba, los movía, se besaba los propios labios, se los mordía; se extendía colorete sobre una erosión granate que tenía en el cuello, y reía al hacerlo. Afuera, él se calzó un polo, una sudadera y el mismo pantalón. Caminaron despacio por las calles, aturdidos, ausentes del resto. Entrando en la comisaría volvió a sonar el teléfono de Germán; «mierda, ahora no...», dijo, y luego hacia ella «es de la excavación, tenía que haber ido... pero ahora tengo ganas de...», «pues apaga», resolvió la chica. De pie, desde su mesa, la inspectora Robles les hizo una seña; se acercaron, les indico las sillas, les habló:

—¿Sabéis por qué desencadenó Whithdraw sus ataques violentos contra vosotros?

—No sé... ¿por la carta? No sé... —se adelantó Germán.

—Por eso y por una coincidencia: porque confundió tu apellido —dijo dirigiéndose a Lidia.

Los dos jóvenes se miraron confundidos; luego miraron a Robles, pidiéndole más explicaciones:

—Confundió Daza con Baza... ¿no lo entendéis? Creyó que eras descendiente de Diego Baza —volvió a mirar a la chica—, el pregonero de Jerez, el marido de la bordadora, el beneficiario de la extensión de la herencia del ducado.

—Pero si nunca más se supo de esa familia... —siguió el chico.

—Nunca supo la bordadora que el niño que le dio la duquesa era el hijo incestuoso de Clarita —explicó la agente—; tampoco supieron nunca lo de la partición del patrimonio; no sé por qué, pero no debieron de recibir la cédula, y la placa, según las memorias de Clara Cereto, se la robaron antes que supiera qué significaba. Pero estos dos elementos —dijo, refiriéndose a los detenidos— pensaron que vosotros lo habíais descubierto todo y que ibais a reclamar.

—Entonces... fue Whithdraw quien asaltó las casas.

—Eso es lo que ha confesado; dice que te espió en el Archivo —miró a Germán—; debió de oír algo de que Lidia tenía una carta, y por eso fue a vuestras casas... y al cubu; rastreaba todos tus pasos.

El chico tragó saliva. Lidia había permanecido callada, escuchando, digiriendo toda aquella información, pero ahora intervino:

—¿Y por qué le dieron al hermano, al pobrito Ermitaño?

—Creo que su hermano Jaime quiso que pareciera el único culpable: si había problemas le echaría el muerto a un loco, era buena idea —explicaba la policía—; Whithdraw nos ha dicho que El Ermitaño halló la metopa en el sótano y se lo contó a su hermano, pero éste, al principio, no le dio importancia. Sin embargo cuando vino Viñas Salamanca a chantajearles, ya receló él también y pensó que en cualquier momento podría aparecer la otra metopa.

—Pero ¿cómo podía aparecer la segunda placa? —retornó Germán.

—Se supone que la entregaron en Cartagena —explicó Robles—; Viñas también encontró en Simancas un recibí, sellado en Cartagena, de que había sido entregada la placa; debió de decírselo también a Cereto Saladillo; cuando se enteran que hay alguien que creen que se apellida Baza, con una carta aparecida en un arcón, que busca un barco... creen que va tras la metopa que se entregó en América.

—Y deciden que mame la mierda el hermanito —apunta Lidia.

—Como El Ermitaño estaba loco por los símbolos y las cosas raras que tenía en la cripta, debieron de decirle que tenía que proteger el secreto de la metopa, que era el guardián de la saga, o algo así; y terminó siendo el guardián del cadáver de Viñas...

—El guardián en el centeno —dijo Germán—, ya se lo dije.

—(Muy listo —murmuró Robles).

—O sea —comenzó a discursar Germán—, se pone de moda lo de las fuentes no documentales; Viñas descubre la cédula y que hay unas placas y quiere aprovecharse; Núñez contrata al espía y se carga al Viñas; luego le dice que le escriba un libro para disimular y que vigile a todos los buscadores de barcos, no vaya a ser que en algún pecio aparezca la segunda metopa, la que fue a América... —hizo una pausa, frunció el ceño y los párpados, pensando—; por entonces fue también lo del buzo canadiense que murió en Sancti Petri...

—Hemos hablado con Arturo, el monitor del Cubu; el pobre, estaba alucinado de que le hubieran roto la sede por este asunto —dijo la inspectora—; él ya iba a Sancti Petri por entonces; le hemos mostrado fotos de Whithdraw y dice que sí que le suena, pero que no lo podría asegurar; naturalmente, el inglés niega que tuviera algo que ver, no quiere otro fiambre, pero ya tiene dos a la espalda... que sepamos.

La agente fue avisada de una llamada. «Es del juzgado, un momento», dijo ayudándose de una mano; asintió varias veces con monosílabos; «de acuerdo, cuando usted diga», y colgó. «Bueno», resopló con un suspiro, «creo que esto lo hemos cerrado... dice el juez que en unos días os llamará para ratificar las declaraciones». Lidia Daza tomó de la mano a Germán; él tenía la vista en la muñeca de la policía, en la pulsera rígida de plata que tenía en sus extremos como puntas de lanza —quizá fueran pinzas de cangrejo—, miraba sus brillos, la dirección que señalaban los vértices; iba a abrir la boca cuando Lidia se adelantó:

—Qué fue de... de mis «compatriotas» —dijo, enfatizando con desprecio la última palabra.

—Están todos en la cárcel, a espera de juicio; las autoridades de Colombia los han reclamado para cumplir allí condena...

—Huele raro ¿sí?... o puede que bueno —corroboró Lidia.

La agente tocó rutinariamente algo en el teclado; ellos se apretaron las manos, se juntaron.

—¿Cómo está tu amiga?... Rosa, se llamaba ¿no? —cambió la agente.

—Rosita... con todo este jaleo... la última vez que platicamos no andaba bien; iría a Barcelona... o Madrid... a olvidar esto.

—Historias... de ida y vuelta —sentenció Robles—, cada día más...

Robles se levantó, hizo como que ordenaba su mesa; recolocó los libros de su pequeño anaquel, sus cedés; timbres de teléfonos, ruido de sillas, tráfigo de personas, órdenes, protestas...

Era la tercera vez en una semana que tomaba ese autobús desde Sevilla a Cádiz; lo había usado decenas de veces antes, pero éstos fueron viajes iniciáticos, nunca tuvo un corazón femenino latiendo tan al lado, nunca se había fijado en las mimosas en flor que amarilleaban los terraplenes, ni en las lagunas, ni en la crema de la tierra de los viñedos, ni en el tramo de hormigón sin arbustos ni puentes ni curvas, ni en los cazas de la Base de Rota... bueno, en los aviones sí que se había fijado, era imposible

no caer en ellos, con ese ruido. Rodeó con el brazo izquierdo su espalda, atrajo la mejilla su pecho; ella gimió por tercera vez ese día y deslizó una mano por debajo de su camisa; se quedó dormida; era un guante de popelín su mano bajo la camisa. Éste ya no sería de iniciación: sería sólo de placer.

Desde la balaustrada de mármol de La Alameda de Hércules se percibía una visión rutinaria de la bahía: había una lenta pleamar que dejaba las aguas encalmadas, y la ligera nebulosa que se desprendía del horizonte se enredaba en las bocachas de los cañones, en las antenas y en los radares de los apenas imperceptibles buques de guerra norteamericanos de la Base de Rota. Blancos pañuelos triangulares mecidos por el viento abrían y cerraban pequeñas heridas en el agua, como regueros de cal esparcidos por un pincel de pelo de marta. Cerca de las defensas de piedra y hormigón en las que se asentaba la barandilla en la que estaba acodado Germán, un buzo se deslizaba entre dos aguas, pataleaba con sus gafas y una pistola de dardos en busca de cabrachos; su lancha se balanceaba amarrada a un saliente. Dos grandes cargueros esperaban más allá de las boyas la autorización para encarar la bocana del puerto y un buque de larga eslora y facineroso casco dirigía su proa al interior con su repiquetear rítmico y acompasado: era la draga *Orca II*, que durante la última semana estaba procediendo a la limpieza bianual del canal de entrada.

El sol de mediodía sacaba minúsculos brillos de sudor en los brazos y cuellos de los paseantes en una atmósfera en la que se aliñaban los olores a fritura de las tabernas cercanas con los perfumes mareantes de las flores tropicales del parque aledaño y también con el sonido de las campanas de la Iglesia de El Carmen: el blanco de su fachada, festoneada con líneas de ladrillo rojo, era de la misma materia que la nebulosa del horizonte y las intermitentes rayas que sobre las aguas depositaban los veleros. Era una mañana normal, de mariscos y aceitunas, con esa paz interior que a veces nos hace pensar que hemos alcanzado nuestros ideales. Estaba acodado Germán Bravo sobre la balaustrada de la Alameda de Hércules; «Algo va a pasar», pensó, «fue en la Alameda de Hércules de Sevilla donde me choqué con ella por la maqueta del *Santa Clara*... ahora estoy en la Alameda de Hércules de Cádiz; va a pasar algo».

Estaba distraído en la rutina del barco limpiador, enredado en el zumbido vibrante de la draga, que volvía ahora mar adentro, rebosante como un cetáceo camino de su cementerio, cuando notó en esa especie de iceberg metálico y oxidado una brusca deriva a babor que desequilibró el casco por completo. Tras unos segundos de vaivén, la barcaza recobró la horizontalidad, venció a estribor y recuperó el rumbo. Fijó Germán su atención y, una vez que la descomunal plataforma se hubo alejado de su propia estela, vio como surgía del agua una burbuja, como una gran pompa de jabón que, apenas se había izado de la superficie, estalló en miles de cristales que cayeron como copos de nieve sobre la ondulada lámina de agua, formando un archipiélago de espuma que se diluyó lentamente, crepitando, como los cubos de hielo en un vaso de licor. Surgieron entonces del interior, como del corazón de un volcán efervescente,

trozos de madera, herrajes, remolinos de barro y coral, pedazos de vidrio sin pulimentar, líquenes y caracoles y decenas de peces muertos o agonizantes que, con su secuela sanguinolenta, le conferían al conjunto una vaga impresión de campo de batalla, de abordaje, de naufragio. La zona, segundos antes inmaculada y esmeralda, estaba ahora sometida por el lodo y los desechos que escupía el remolino que ocupaba el lugar de la pompa, una especie de embudo clavado en el fondo de la bahía y que, en lugar de filtrar, expelía a la superficie los posos de la improbable bañera en que se hallaba.

Empujado por una repentina intuición, Germán se lanzó por las escaleras de roca de la escollera y nadó hasta el respirador negro que sobresalía de la superficie; el buzo, prevenido por los pequeños remolinos de las brazadas del nadador, emergió, se quitó las gafas y vio al joven vestido y empapado que le ofrecía un monedero a cambio de una hora de su motora. Una vez a bordo, el buzo apretó hasta el fondo el acelerador y enseguida alcanzó la zona recién removida por el extraño suceso. Todavía brotaban de las profundidades barros y medusas, pero ahora veía a su alrededor cerámicas, maderas que se deshacían, rejas y cristales y, como en un último estertor, vio surgir Germán un bulto que, tras flotar unos segundos, hizo ademán de volver a hundirse. No supo muy bien por qué, pero saltó hacia el objeto y lo empujó con todas sus fuerzas hacia la superficie; le faltaba el aire, tenía arcadas, pero no se detuvo hasta que consiguió salvaguardarlo en el interior de la lancha.

En el patio de su casa familiar se pertrechó de herramientas y se arrodilló sobre la alfombra del suelo frente al ajado cofre. Con ayuda de un martillo y un cincel, lo desbrozó, quedando ante sus ojos una valija de madera fuertemente asegurada con flejes metálicos, todos corroídos de orín. Germán hizo palanca con un cortafríos y abrió la tapa; las bisagras cedieron sin resistencia. Una sustancia algodonosa, moteada de múltiples pecas verdes, apareció ante su vista; introdujo una mano enguantada y, una vez hubo limpiado las húmedas telarañas, extrajo ocho bolsas como de cuero que se desintegraron al instante, dejando caer entre sus dedos innumerables piezas amarillas, como burbujas de zumo deslizándose en cascada. Abrió mucho los ojos, los abrió muchísimo: ¿Eran lo que parecían? Eran piedras irregulares, con filos y aristas rutilantes, tenían vida esas piedras amarillas, eran cremosas, jabonosas, se le aclaraba la mente, se sentía rejuvenecido acariciándolas, teniéndolas entre sus manos, dejaron de dolerle los costados, los brazos, la garganta, eran cristalinas esas piedras amarillas, creaba el sol a su través un insólito arco iris, emanaban plenitud. Quiso gritar, iba a llamarla, a participarla del éxtasis de aquellas gemas que desprendían a su torno calidoscópicas composiciones. Quiso gritar, iba a llamarla, pero se contuvo: «Todo a su tiempo», se dijo juguetón, «a la noche», repitió con cara de truhán.

El patrón de la *Orca II* transmitió un parte a la superioridad donde informaba que «a las 12.42 horas del día 27 de mayo, y en la posición 37.47 N / 6.33 W se produjo un incidente por colisión de la quilla con un fondo marino, representado en la

cartografía marina con una curva de nivel de 22×45 metros en la longitud y latitud antes reseñadas», y que ese accidente está «fuera de la línea de navegación autorizada para la entrada y salida de la bahía». Informó que, «quizá por un error de cálculo, ese día el buque viró a babor durante varios segundos dos centésimas más de lo establecido en su hoja de ruta y por esa razón se produjo el choque». El memorando finalizaba explicando que el impacto «abrió una fisura en el casco de 5 metros que afectó ligeramente a uno de los depósitos, por lo que parte de los limos de esa jornada volvieron al océano dejando una estela de desechos, pero totalmente benigna. Al siguiente día las autoridades marítimas y culturales difundieron un comunicado conjunto en el que informaron que, como consecuencia del choque de la draga *Orca II* con un saliente del canal, surgieron a la superficie restos de un pecio que los arqueólogos estaban analizando. Los primeros análisis —decía el comunicado— apuntaban la posibilidad de que se tratase de un navío del siglo XVIII que, en su hundimiento, habría quedado oculto por un casual derrumbamiento submarino. Pudo ocurrir durante el maremoto de 1755», decía la nota, expresando que ya estaban los expertos buscando indicios en el archivo del Puerto de Cádiz. «Entre los objetos rescatados, bastante bien conservados —decía el comunicado—, porque debió formarse una cavidad con algo de aire donde el pecio quedó alojado, se ha hallado un trozo de la amura del barco con restos de una inscripción —seguramente el nombre del barco— que, en el proceso de descomposición, deja ver debajo otra u otras inscripciones».

Esta reseña podía leerse en el Diario de Cádiz, junto a un extracto del informe del patrón de la draga «al que este periódico ha tenido acceso», decía el diario, ambos en página par, encarada a otra que abundaba en los sucesos de Medina Sidonia: lo más nuevo de éstos eran unas declaraciones de la suegra de Jaime Núñez de Cereto Saladillo, la señora Saladillo, como era conocida. Estaba muy molesta, muy contrariada por todo lo ocurrido; anunciaba su intención de hacerse con las riendas de los negocios de sus yernos «uno asesinado y el otro detenido», de ejercer su influencia en el consejo de administración, de ejercer su derecho de tanteo; «No podemos permitir que las actitudes y la incompetencia de estos desalmados afecten al prestigio de nuestros vinos», declaraba, aunque, eso sí, aseguraba que jamás se aguaron las madres del vino; no era cuestión de tirar a la basura la producción de estos años, el euro es el euro. Defendía «la señora» como colofón la honorabilidad de su apellido: «Los Saladillo nunca necesitamos a los duques de Arroyomolinos, yo me casé por amor. Volveremos a controlar nuestros vinos». Y, de paso, los de los Núñez de Cereto; no le salió mal el casorio a la suegra.

Es de noche. La azotea de la casa familiar de Germán Bravo es un iceberg que flota en un lago de salinas, es la cofa de un barco al paio de un mar encalmado, la cimera de la reja en que se enredan las ramas de los ficus que se mueven como serpientes por las calles de Cádiz. Es de noche, hace calor, hay una luna casi llena, una luna equinoccial que proyecta sobre las baldosas la cal de las paredes y confiere

un brillo de ceniza a los cuerpos semidesnudos de los dos jóvenes. La luz, la temperatura, tienen efectos sobre ellos: secan la garganta, aumentan el bombeo de sangre, les pone en suerte taurina, en reojo. Él la ha citado, para desvelarle, cree, el tesoro del *Santa Clara*, pero lo que desea es blindar con sus manos la certeza de su cuerpo, separarla del resto de los hombres y mujeres de la tierra, protegerla del universo. Recostados en el suelo, agitan sendos vasos de agua con ron miel, tintinean los primeros hielos de la temporada; juntaban y separaban sus labios, hablaban junto al lóbulo en susurros:

—El mar sacó ayer el barco que buscaba... —decía él acariciándola.

—¡Qué sabe si es...! —ronroneó ella.

—No crees en tesoros escondidos —reprochó con un maullido.

—Creo... en los signos.

—En qué signos.

—El barco del mercado...

—¡Qué sabes si era el *Santa Clara*! —se vengó el chico.

—... Tenía el tesoro de nuestros caminos...

—Tus palabras son...

—... Sólo teníamos que descubrirlo.

Se taparon los labios, aliviaron sus salivas con el hielo del ron miel.

Hay viento; Levante parece; no, no, es Poniente, seguro; bueno, Sur en todo caso. Llegan salobres vaharadas de algas y erizos, suenan entrecortadas coplas de carnaval, sahumeros de adormidera. El viento.

La noche. La temperatura, las sombras; luz de luna, labios de mango, lenguas de pomelo, manos de brasas, yemas de caramelo, lenguas de luna, labios de brasas, luz de mango, luna de pomelo. La noche.

El joven se desasíó de pronto, se irguió, rebuscó en su bandolera y extrajo una bolsa negra. Regresó al suelo junto a ella y derramó el contenido del saquito sobre su cuerpo: los cristales ambarinos recorrieron aquel torso como gotas de melaza, se deslizaron entre sus pechos recios, bordeó por su ombligo la sólida resina y su vientre musculoso, cayó como un torrente por el delta de su pubis, inundaron sus muslos las gemas y formaron un cerco luminoso que bebía de la luna sus perfiles fueguinos. Él creyó que era una diosa. Ella también lo creyó; se sintió hechizada por la magia de las piedras, poseída por su regocijo de destellos, hipnotizada por sus reflejos.

Movía con las yemas los cristales por su piel. Miró con falsa intriga al chico: «Óyeme, ¿crees que estas piedras eran el “cargamento de gran valor” de la carta del arcón?»; Él le respondió: «Son... lo que imagines de ellas». La chica cerró los ojos y trajo a la cabeza un cuarteto de las alegrías de El Sombra; tarareó la melodía — aunque sin tercio de salida—: Y mis deseos, niña / de ámbar llenos / duermen en un cofre / aún más adentro.

—Eso no eran alegrías... —reconvino Germán con fastidio.

—¿Y qué son las palabras, sino lo que imaginamos de ellas?





---

Este libro se terminó de confeccionar, en Sevilla, a 17 de septiembre de 2012,  
coincidiendo con el día en que Pedro Estopiñán y Virués, natural de Jerez de la  
Frontera (Cádiz),  
en 1497, toma la ciudad de Melilla con el objeto de combatir a los piratas  
berberiscos,  
y la pone bajo jurisdicción del Gobernador de Andalucía.  
Juan Alonso de Guzmán, III Duque de Medina Sidonia.



CARLOS FUNCIA FRÍGOLA (Zamora, 1956). Periodista. Ha ejercido en la Cadena Ser —Premio Ondas 1981 por el Informativo Regional de Andalucía—. *Diario 16 Andalucía* —de cuyo equipo fundador formó parte—. *El País* —miembro de la primera redacción en Sevilla—, y TVE. Guionista de documentales de vídeo. En la Expo'92 formó parte de la Comisión de Radio Expo y fue Jefe de Equipo en la División de Control de Operaciones. Director Técnico del Centro Internacional de Prensa de Sevilla. Como gestor y consultor de eventos, ha sido Director de División de Medios de Comunicación en el Mundial de Atletismo Sevilla'99 y autor del Libro Conmemorativo del mismo; Director de Comunicación de la Diputación de Huelva; Director del Campeonato Iberoamericano de Atletismo Huelva 2004. Actualmente es Director del recinto que alberga el Museo de la Autonomía de Andalucía y la Casa Museo de Blas Infante, pertenecientes a la Fundación Centro de Estudios Andaluces, en Coria del Río (Sevilla).